
ROBERT GOLD
LOS DOCE SECRETOS
Sospecharás de todos.
Pero jamás adivinarás el final.
THRILLER
LOS IMPERDIBLES

LOS DOCE *SECRETOS*

LOS | IMPERDIBLES

ROBERT GOLD

LOS DOCE *SECRETOS*

Traducción de Begoña Prat Rojo

DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2026

Título original: *Twelve Secrets*

© Robert Gold Ltd. 2021
© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
© 2026, de la traducción: Begoña Prat
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: junio de 2026

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Plaça Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq. 08010 Barcelona (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88042-10-2
DL: B 10190-2026

Composición: David Pablo
Imagen de cubierta: © Mark Owen | Trevillion Images
Diseño de cubierta: Hernán Verdinelli | OpalWorks BCN
Conversión a formato digital: Ebuuky

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, *la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

A mi padre; el verdadero Michael Nole

Uno

«No quiero volver a experimentar jamás mi propio pasado».

1

La convocatoria para reunirme con Madeline ha llegado a mi bandeja de entrada a última hora de la mañana. El correo no tenía asunto, pero de inmediato he sabido de qué se trataba. Si algo caracteriza a Madeline es su insistencia.

Me he pasado la tarde matando el tiempo. Incapaz de concentrarme, enseguida he renunciado a trabajar de verdad. Las tres tazas de café que me he bebido en los últimos cuarenta y cinco minutos tampoco han ayudado. Más que nada, me he dedicado a leer el interminable flujo de noticias sobre famosos de nuestro portal de noticias, que se actualiza durante las veinticuatro horas del día.

–La familia real tiene un nuevo labradoodle rojo –le digo a Min, sentada frente a mí en el espacio abierto de nuestra redacción–. Te apuesto lo que quieras a que lo llaman *Harry*.

Min arquea una ceja. Durante la última media hora he intentado una y otra vez entablar conversación con ella, aunque sé que tiene una entrega pendiente.

«Lo siento», articulo con los labios, y me concentro de nuevo en mi pantalla. Otra pareja de Hollywood ha anunciado su compromiso, y un jugador de fútbol de la Premier League le ha estampado la cabeza contra la taquilla del vestuario a un compañero de equipo. Muy bonito.

Ante mí aparece la alerta del calendario, aunque no me hace falta. Miro al otro extremo de la sala, donde está el despacho de Madeline con sus paredes de cristal que le confieren el aspecto de una pecera, y la veo gesticular furiosa a dos ejecutivos de *marketing*. Ambos se

encogen en su presencia. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que la única manera de trabajar con Madeline y no morir en el intento es plantándole cara, una lección que muchos de mis colegas todavía no han aprendido.

–¿Vas a ser sincero con ella? –pregunta Min, como si me hubiera leído el pensamiento.

–Siempre procuro serlo –contesto.

Pero fue Madeline quien me inculcó su propia determinación para llegar al meollo de toda buena historia. Es algo que ahora compartimos, y por eso me da miedo esta conversación.

–Eres el único al que escucha de verdad.

–El problema es que, en este caso, no creo que haya una solución de compromiso.

Min me dedica una mueca comprensiva antes de ponerse los auriculares. Yo miro de nuevo hacia el despacho y veo alejarse a los dos publicistas, después de que los haya echado sin contemplaciones. Cierro mi pantalla con actitud decidida y me pongo en pie.

A través de la puerta abierta, veo a Madeline sentada en su silla de cuero blanco, con los ojos clavados en la pantalla que tiene delante. Sin alzar la mirada, me llama por mi nombre.

–Ben, no te quedes ahí plantado.

–No tiene sentido que discutamos por esto –digo, al tiempo que entro en su despacho esquinero, cuyos ventanales del suelo al techo tienen vistas directas al Puente de la Torre.

Detrás del escritorio curvado de cristal de Madeline hay colgadas tres impresionantes fotografías iluminadas por el sol, todas tomadas por ella misma, como me ha repetido en incontables ocasiones. La primera es del palacio de Westminster; la segunda, de la Casa Blanca; y la tercera, de su propia casa, que da a Richmond Park. Ella las llama «las tres casas del poder mundial», y creo que solo es una broma a medias.

–Veintinueve coma cuatro millones –dice, sin apartar todavía la mirada de la pantalla–. Hemos bajado casi un tres por ciento, y esos dos payasos me dicen que no me preocupe. Le sacamos menos de

dos millones de usuarios de ventaja al *Mail Online*. No voy a dejar que perdamos el primer puesto mientras yo esté al mando.

No espera una respuesta de mí y yo no se la doy. En lugar de eso, sorteo su inmensa mesa de reuniones y me siento en la silla que hay frente a su escritorio.

–Y no pienso discutir con nadie –continúa ella–. Sé que es un momento difícil para ti, Ben. Ahora que se acerca el aniversario de tu madre, será un periodo de reflexión para todos. –Su voz tiene una cualidad sedosa. Ha ensayado sus palabras, y me niego a dejarme arrastrar por ellas–. Tu madre estaría muy orgullosa de tus logros. Hace diez años, se nos partió el corazón a todos. Ojalá ella pudiera verte ahora: uno de los mejores escritores de *true crime* del país. Ha sido una travesía impresionante, Ben, un verdadero triunfo sobre la tragedia. Si alguien ha de contar la historia, eres tú.

–Por más que discutamos el tema –contesto–, mi respuesta sigue siendo no.

–¡Ben! –exclama ella–. Ni siquiera has escuchado lo que tengo que decir.

–Sé lo que buscas, y no es la clase de cosa que hago. Escribo reportajes de investigación, no textos lacrimógenos.

–Lo que busco no es una historia sentimentaloide de pacotilla. Será tu verdad: emocional, conmovedora, cruda y redentora. La verdadera historia, contada por el hombre por el que todo el país siente un gran afecto.

–Bueno, pues no me interesa.

–A ti no, pero a millones de personas sí, Ben. –La voz de Madeline ha adoptado el tono que emplea cuando está decidida a salirse con la suya, y pronuncia cada palabra con precisión–. Subestimas el cariño que te tiene la gente. Lo que le pasó a Nick, y luego la muerte de tu madre… Todo el mundo lo recuerda. La gente sabe quién eres y cree compartir un vínculo genuino contigo. –Se levanta y, tras rodear el escritorio, se apoya en la esquina más cercana a mí–. No digo que no haya unos cuantos chalados por ahí, pero, te guste o no, ellos tienen la sensación de compartir tu dolor. Quieren apoyarte, al tiempo que dan las gracias al cielo de que no les pasara

a ellos. Y ahora quieren leerlo contado en tus propias palabras, como nuestra exclusiva mundial.

Madeline es una de esas personas que nunca se corta al hablar. Su implacable habilidad para ir directa al grano es lo que la convierte en una gran periodista. Yo me limito a negar con la cabeza.

–Te he dicho que no lo voy a escribir.

–Ben, los dos sabemos que sí vas a escribirlo. Por dolorosa que sea la historia, es demasiado buena como para no contarla.

–Si escribo el artículo que tú quieres, durante todo el año que viene tendré que aguantar que la gente se me acerque por la calle, me pregunte cómo estoy y me diga que siempre me tiene en sus oraciones.

–Pues no me parece algo tan malo. Esas personas tienen buenas intenciones, hasta las que son un poco peculiares.

–Va a ser que no, Madeline.

–Ben. –De pronto se incorpora, se acerca a la puerta para cerrarla y se vuelve hacia mí–. Voy a ser sincera contigo: nuestros números no pintan bien y estamos bajo mucha presión. Necesitamos una historia importante.

–La respuesta sigue siendo no.

Madeline me ha enseñado a emular su implacable búsqueda de lectores. Ahora, sin embargo, me he dado cuenta de que cuando la cacería llega a tu puerta, la perspectiva cambia.

–Nadie está más comprometido que yo con el éxito de este portal –respondo–. Mis artículos atraen más nuevos lectores que los de cualquier otro y, por la razón que sea, esos lectores se quedan en la página para leer los cotilleos baratos a los que llamáis noticias. –Los ojos de Madeline destellan y, durante un instante, creo que todo ha acabado. Pero entonces sus hombros se relajan–. Tú misma lo has dicho: soy el mejor periodista que tienes –añado.

–Un premio no te convierte en mi mejor periodista.

–Dos, y son los únicos que ha ganado este portal.

–Lo que nos importa no son los premios, sino los lectores –replica ella–. Y necesitamos más. Cuanto antes.

Noto que estoy perdiendo la paciencia, así que respiro hondo. Si no conociera tan bien a Madeline, me costaría creer que esté

intentando intimidarme para que acepte. Se crio cerca de mí y, por ello, sabe de primera mano lo traumática que fue la muerte de Nick, no solo para mi familia sino también para toda la comunidad. He leído los artículos que escribió al respecto en su momento, y sé que comprendió el efecto devastador que tuvo en el pueblo entero.

Giro mi silla para quedar de cara a ella mientras va de la puerta a la ventana.

–No voy a hacerlo, Madeline; tienes que aceptarlo. Jamás podrás hacerte una idea de lo que supuso todo aquello. La cara de Nick en todas las portadas; la de mi madre, la mía. No tengo la menor intención de publicar el último pedacito de mi vida que logré mantener a salvo del público.

No es la respuesta que ella desea, y percibo su creciente irritación. Tamborilea con los dedos sobre la mesa y, con los labios apretados, se sienta de nuevo y empieza a aporrear el teclado. Al ver que no dice nada más, doy por hecho que la reunión ha terminado y, aliviado, me levanto para irme. Pero justo al llegar a la puerta, ella habla de nuevo:

–Ben, ¿se te ha pasado por la cabeza que, si no lo escribes tú, podría hacerlo otra persona? –Me quedo quieto, aunque no me vuelvo a mirarla–. Y en ese caso, no podré controlar lo que diga.

2

Al salir de la oficina a las cuatro de la tarde, le digo a Min que necesito solo una copa. Una se transforma en dos y, casi de inmediato, noto que mi equilibrio se vuelve precario. Hace diez años que dejé de beber, pero necesito algo que atempere mi enfado con Madeline. Aunque admiro su extraordinaria habilidad para ser la primera en publicar cualquier historia, su voraz apetito de lectores a veces resulta intolerable.

Mi equipo no tarda en enterarse de mi conversación con Madeline. Nuestro grupo es cada vez más numeroso y, cuando somos ya demasiados para el abarrotado *pub* de la City, decidimos alejarnos del centro de Londres y dirigirnos hacia el oeste, a Mailer's, nuestro restaurante favorito. Ubicado en la orilla del Támesis, en el pueblo de Saint Marnham, el local, dirigido por el famoso chef londinense East Mailer, se halla en un almacén reconvertido. Fui yo quien se lo descubrió a los de la oficina. La mayoría no se había aventurado nunca tan al oeste de Londres, pero la increíble comida, combinada con las imponentes vistas del otro lado del río, enseguida se ganaron a un ejército de conversos.

Incluso cuando no nos acompaña, Madeline tiene la costumbre de convertirse en nuestro principal tema de conversación. Durante la cena, el apoyo hacia mí es casi unánime, y la mayor parte de mis colegas se muestran apropiadamente indignados por su insistencia en que escriba el artículo. La única que no abre la boca es Min, y noto que está reflexionando mientras todos los demás despotricamos contra el empeño de Madeline de conseguir lectores a

cualquier precio. Al final, mientras reparte el resto de la última botella entre nuestras copas, Min me pregunta si es posible que Madeline tenga razón. Al menos en parte. ¿Es posible que el décimo aniversario de la muerte de mi madre sea un momento adecuado para que yo me tome un respiro y aproveche la oportunidad de entender de verdad lo que ocurrió?

En mis momentos más bajos, he compartido con Min mi sentimiento de culpa; mi incapacidad de comprender, aun después de tantos años, por qué mi madre hizo lo que hizo. Todo el mundo se queda callado y yo prometo pensármelo. En realidad, ya sé que nunca voy a escribir el artículo, por todos los motivos que le he dado a Madeline. Puede que mi trabajo me permita explorar la vida de otros, pero no quiero volver a experimentar jamás mi propio pasado.

Cuando la velada se acerca a su fin y mi equipo se marcha a casa, Min y yo nos acercamos a la barra de ladrillo visto para tomar una última copa. A pesar de saber que mañana por la mañana me arrepentiré de haber bebido tanto, apenas me resisto cuando Min me convence de que una más no supondrá una gran diferencia.

Sentado junto a la chimenea abierta, el copropietario del restaurante, Will Andrews, sonríe al vernos y nos invita a sentarnos con él, al tiempo que hace señas al camarero para que traiga tres vasos de *whisky*. Más de veinte años atrás, Will era uno de los mejores amigos de mi hermano en la escuela. Tras lograr un extraordinario éxito en la City, hace unos años que Will, junto con su pareja, East, invirtió en el restaurante. Aunque yo no tenía una relación muy estrecha con él, Will mostró una generosidad increíble con mi madre: jamás olvidaba su cumpleaños y siempre le mandaba rosas en el aniversario de la muerte de Nick.

Tras intercambiar las cortesías de rigor, Will y yo nos ponemos al día respecto a nuestras vidas. Él me pregunta por el portal y yo le hablo de un artículo que publiqué hace poco, así como del prolongado proceso de convertirlo en un pódcast de *true crime*. Luego, le cuento la conversación que he tenido hoy con Madeline.

–Mientras que todos los demás tenemos que acatar las órdenes, Ben está acostumbrado a salirse con la suya –comenta Min entre risas–. Es el favorito de la jefa.

–No lo soy –protesto–. Bueno, igual un poquito.

–Cuando te he preguntado antes, no quería decir que tengas que escribir el artículo sí o sí –continúa ella–. Y por supuesto, la decisión debes tomarla solo tú, pero sabes que no te gusta discutir con Madeline.

–Pero hasta ella tiene que entender el punto de vista de Ben, ¿no? –dice Will–. Es una historia muy personal.

–No digo que no –contesta Min–, pero creo que Ben debería aprovechar la oportunidad, no de escribir el publirreportaje que quiere Madeline, sino de llevar a cabo una verdadera investigación. Por mucho que me duela reconocerlo, es el mejor en nuestro oficio.

–Ben es el único que puede saber qué es lo correcto –dice Will–. La muerte de Clare tuvo un impacto enorme en todos nosotros; y antes, la de Nick. Pero para Ben, fue algo que le destrozó la vida. Madeline tiene que respetarlo y ser consciente de que él lleva toda una vida intentando recuperar la normalidad. Tiene que poder poner el límite en algún punto.

–¿Puedo dar mi opinión? –digo con una sonrisa, antes de que East Mailer nos interrumpa un momento al traernos las bebidas.

Me levanto para saludarlo y él promete unirse a nosotros cuando se marchen los últimos comensales.

–¿Te puedo hacer una pregunta? –dice Min al retomar nuestra conversación, y yo asiento–. ¿Cómo lo enfocarías si se tratara de cualquier otra historia?

–No es cualquier otra historia, esa es la cuestión –interviene Will–. Es la historia de Ben. Y además, después de todo el tiempo que ha pasado, ¿es realista esperar averiguar algo nuevo?

–Por supuesto; es lo que hacemos todo el tiempo –replica Min–. Ben, sé que es doloroso, más doloroso de lo que cualquiera de nosotros pueda imaginar, pero también sé que, en el fondo, hay una parte de ti que tiene mil y una preguntas que te mueres de ganas de plantear.

–Pero esto no me atañe solo a mí –digo, mientras hago girar despacio el vaso de *whisky* en mi mano una y otra vez–. No creo que mi madre hubiera querido que lo hiciera.

A lo largo de mi vida, mi madre me enseñó que las cosas más sencillas pueden suponer un cambio enorme. Para ella, eso implicaba dejarme actuar como cualquier otro adolescente: jugar al fútbol, hablar de chicas, beber una copa a escondidas o fumar algún que otro cigarrillo. Lo afrontaba todo de la misma manera que cualquier otra madre. Ni una sola vez perdió los nervios y trató de impedirme hacer algo, por abrumador que fuera su deseo de hacerlo. Y tampoco utilizó a Nick como excusa. Si llegaba media o una hora tarde a casa, estoy seguro de que eso debía aterrorizarla, pero nunca lo dejó entrever; no había grandes dramas ni reacciones exageradas. Tras su muerte, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza y recurrir al apoyo de las personas más cercanas a mí para retomar mi vida. Estoy convencido de que ella no habría querido que lo echara todo por la borda para hurgar en el pasado.

–Lo entiendo, Ben, de verdad –dice Min con delicadeza, y le echa un poco de agua a su bebida antes de volverse hacia mí–. Pero creo que todavía tienes preguntas sobre la muerte de tu madre y que eso siempre te va a impedir aceptarla. No creo que ella quisiera eso, tampoco. Así que mi consejo es que aproveches la oportunidad para averiguar la verdad.

–Tal vez no sea precisamente eso lo que espera Madeline –respondo.

–¿Cuándo ha sido eso un impedimento para ti?

Sonrío a mi pesar.

–Lo que no soporto es cómo la gente siempre se ha creado su propia imagen –continúo–. Creen que mi madre era tan feliz que fue incapaz de enfrentarse a lo que pasó, al hecho de que ya no tenía ilusiones. Pero yo sé que no fue así. A pesar de lo que nos pasó, ella había encontrado una nueva positividad. Sigo sin entender lo que hizo. Tiene que haber algo que se me escapa.

–¿Como qué, Ben? –pregunta Will con delicadeza, mientras East nos llena otra vez los vasos.

Yo me quedo un momento callado.

–No te lo sabría decir.

Cuando se marcha el último comensal, East se sienta a nuestra mesa y la conversación deriva hacia la vida del pueblo. Los planes

para instalar una noria en el campo de deportes para las ferias han generado polémica.

–El presidente del comité organizador ha amenazado con dimitir –explica East–. Y mi ofrecimiento de pagar la dichosa atracción no tuvo el recibimiento que esperaba. Varios miembros me acusaron de intentar apropiarme de todos los festejos. Me sentí profundamente ofendido.

–No le hagáis caso –dice Will entre risas–. En verdad le encanta, y todo el mundo lo adora. Cuando se ofreció a organizar una barbacoa mongola, fue como si se hubiera ofrecido a caminar sobre las aguas.

–¡Y cruzar el estanque del pueblo! –añade East.

Cuando nos ofrecen una última copa, yo levanto las manos para indicar que ya he superado mi límite, mientras que Min dice que mañana tiene que estar pronto en la oficina. East llama a un taxi para ella y yo decido volver andando por la ribera hasta mi casa en Haddley.

–El aire fresco me ayudará a despejarme –digo, de pie en el patio del restaurante con East, que se enciende un porro.

–Ahora Will me obliga a fumar fuera –explica, y mientras le da una calada nos quedamos los dos contemplando cómo los faros traseros del taxi de Min se alejan hasta desaparecer.

East se quita su pañoleta de chef a cuadros y, tras pasarse los dedos por el pelo canoso, que le llega hasta los hombros, me tiende el porro.

–Creo que no es buena idea –digo, sabedor ya de que mañana por la mañana voy a arrepentirme de los dos tragos largos de Glenmorangie.

–Seguramente no.

Salimos del patio y caminamos despacio hacia el sendero que discurre junto al río.

–Ben –continúa East, a medida que las luces del restaurante se desvanecen a nuestra espalda–, antes no he podido evitar oíros y no estaba seguro de si debía decir algo…

–No te cortes –digo al tiempo que nos paramos junto al río, bajo la luz que la farola derrama sobre el camino de sirga.

–Hace mucho tiempo que conozco a Madeline. Era una clienta habitual de mi primer restaurante en Richmond, hace una eternidad, y sé lo persuasiva que puede ser. No dejes que te convenza para hacer algo que no quieras. Mi consejo es que continúes con tu vida como hasta ahora y alimentes tus ilusiones. Nadie ha sacado nunca nada bueno de mirar hacia el pasado.

3

Mientras la luz de la mañana se cuela a través de las lamas de la persiana, me quedo tumbado en la cama sin tener ni idea de qué hora es. Extiendo la mano hacia la mesita de noche y, al tantear para buscar mi móvil, una jarra de cerveza llena de agua se derrama por el suelo. Me da miedo que, si levanto la cabeza de la almohada, la habitación empiece a dar vueltas, así que me vuelvo muy despacio y miro por el borde de la cama. Noto en la boca el sabor rancio a alcohol.

Hace diez años, estaba tumbado en esta misma cama cuando mi madre me gritó por tercera y última vez que me levantara. Era mi segundo año en la Universidad de Manchester y había vuelto a Londres durante las vacaciones de Semana Santa para trabajar en un portal de noticias deportivas, en el que me pasaba el día verificando los datos de los artículos. Había tardado menos de una semana en darme cuenta de que los periodistas deportivos no empezaban su jornada hasta el mediodía, la terminaban tarde y pasaban la mayor parte de su tiempo libre en el *pub*, mirando partidos de fútbol en la cadena Sky. Era una rutina que había adoptado encantado, y aquella mañana, echado en la cama y con resaca, no había tenido prisa alguna por acompañar a mi madre a primera hora de la mañana para ir a trabajar.

Ahora, con los ojos aún cerrados con fuerza, reproduzco una y otra vez mentalmente la voz de mi madre; su frustración conmigo, su creciente irritación ante mi aparente apatía. Mientras salía por la puerta, me gritó una última vez: «Ben, ¡deja de malgastar el día

tumbado en la cama! ¡Levántate ya!», y luego la oí coger su bolso antes de cerrar de un portazo la puerta de entrada.

Fueron las últimas palabras que me dirigió en su vida.

Esa mañana, mi madre se marchó de casa poco antes de la ocho. Cogió el camino que cruzaba el parque de Haddley Common y continuó por el linde del bosque que se extendía en paralelo a las vías del tren. Habría tardado menos de diez minutos en llegar a la estación de Saint Marnham por la misma ruta que seguía cada mañana. Por lo general recorría el andén hasta el extremo, donde siempre se quedaba de pie y esperaba a subir al último vagón del tren, el único en el que estaba segura de encontrar un asiento para el trayecto de veinte minutos hasta el centro de Londres. Pero en lo que se refiere a lo hizo esa mañana en concreto, solo sé lo que la policía vino después a contarme.

Yo me había preparado el desayuno, así como un bocadillo para llevarme al trabajo, y estaba plantado junto a una ventana del piso de abajo, bebiendo una taza de café y pensando que tenía que ponerme en marcha. Mientras contemplaba sin prestar mucha atención a mi viejo vecino, el señor Cranfield, trabajar en su jardín, un coche patrulla aparcó delante de casa.

Dos agentes de policía se bajaron y echaron a andar por el camino de acceso. De inmediato, se me hizo un nudo en el estómago. De niño había visto a demasiados agentes llegar a nuestra casa, y el miedo que acompañaba su llegada me resultaba excesivamente familiar. Tras la muerte de Nick, siempre que los veía acercarse me escondía, a menudo en cuclillas en lo alto de la escalera, desde donde escuchaba con atención la información que le transmitían a mi madre. De pronto me sentí de nuevo como un niño, salvo que en esta ocasión, por más que lo deseara, no había lugar al que huir para esconderme.

Cuando sonó el timbre me quedé quieto, petrificado junto a la ventana, mientras veía cómo el señor Cranfield apoyaba el rastrillo en la pared de su casa. Luego, se dirigió a su escalón de entrada y se sentó para quitarse las botas de agua, que dejó a un lado con cuidado antes de ponerse de pie y entrar.

Solo me moví cuando el timbre sonó de nuevo. Muy despacio, fui hacia el recibidor y vacilé un momento antes de colocar la mano en el pomo de la puerta principal, desesperado por aferrarme a la vida tal y como era hasta entonces. Una vida que de alguna manera ya sabía que se iba a esfumar.

El timbre sonó por tercera vez y yo abrí la puerta.

Un vendaval azotaba el parque y, en el umbral, los dos agentes estaban apiñados uno junto al otro de manera inconsciente. Ni siquiera esperé a que hablaran; me limité a dar media vuelta y a recorrer de nuevo el pasillo hasta la cocina. A mi espalda, los agentes entraron en casa, y los oí cerrar la puerta. El hombre me preguntó si era el señor Benjamin Harper y, con cierta resignación, contesté que sí. Sabían a la perfección quién era yo.

En la cocina, me senté a nuestra vieja mesa de granja. Era un armatoste enorme que ocupaba casi toda la estancia. Después de lo de Nick, había parecido demasiado grande para mi madre y para mí, pero a lo largo de los años habíamos aprendido a ocuparla. Ahora, sentado ahí solo, su inmensidad me resultó asfixiante.

De pie en el umbral de la cocina, la mujer me pidió que confirmara que era el hijo de Clare Harper. ¿Había alguien más en casa?, quiso saber. Yo negué con la cabeza. Vi cómo el hombre cruzaba la cocina con paso vacilante antes de apoyarse en el lado en el que descansaban sin lavar mis platos del desayuno. Me había olvidado de volver a guardar la mantequilla en la nevera, y ahora brillaba allí donde había empezado a fundirse. Además, un cuchillo sobresalía del tarro de Marmite. Mi madre habría aborrecido aquel desorden.

La mujer policía retiró una silla y se volvió para quedar de cara a mí. Yo alcé la cabeza y la miré bien por primera vez. La compasión que vi en su mirada era una expresión que había acabado por detestar.

Me preguntó de nuevo si Clare Harper era mi madre y yo contesté que sí. ¿Trabajaba en unas oficinas junto a Welbeck Street? Recuerdo que me reí, una risa nerviosa involuntaria, antes de notar que me tocaba la mano. Volví la cabeza solo para encontrarme con la mirada del hombre, que enseguida se puso a mirar por la ventaba nuestro jardín trasero, donde el sol primaveral había hecho crecer

mucho el césped. Mi madre se había pasado toda la semana anterior pidiéndome que lo cortara, y yo le había dicho que dejara de agobiarme.

La agente me preguntó si mi madre cogía el tren en la estación de Saint Marnham. Yo empecé a contarle que cogía el tren desde el mismo sitio del andén todos los días, que era un animal de costumbres que seguía siempre la misma rutina: salía de casa a la misma hora y cruzaba el parque hiciera sol o lloviera. La mujer intentó interrumpirme, pero yo no la dejé hablar. Mi madre era jefa de proyectos en una empresa de diseño de oficinas, siempre se llevaba el almuerzo de casa, tenía una hora para comer que empezaba a las doce y media, se preparaba un café cuando llegaba a trabajar por la mañana; en aquel momento estaría en la oficina y era allí donde podían encontrarla. La agente me dio un apretón en la mano y dijo mi nombre.

Una mujer se había tirado a las vías, delante del tren con destino a la estación de Waterloo.

Yo asentí, sumido en un repentino silencio.

«Creemos que la mujer era tu madre, Ben».

Yo miré al otro agente, que ahora me miraba al tiempo que asentía despacio, y acabé por imitarlo. En la pared, a nuestra espalda, oía el tictac del reloj de la cocina, que de pronto me pareció espantosamente ruidoso.

«Lo siento, Ben, pero ha muerto al instante –dijo la agente. Nos quedamos sentados en silencio hasta que ella continuó–: Sé que tienes mucho que asimilar, así que tal vez sea mejor que llames a un familiar para que te acompañe. –Yo no dije nada–. O quizá a un buen amigo», se apresuró a añadir, al tiempo que miraba a su compañero.

Aguardó a que yo respondiera, pero yo no tenía nada que decir. Solo quería que se marcharan. Había una serie de formalidades que cumplir, pero no las oí. Era necesario identificar el cuerpo, pero no caí en la cuenta de que sería yo quien lo hiciera. Tenía veinte años.

«¿Hay alguien a quien podamos llamar? –repitió ella–. Creo que es mejor que no estés solo».

Por alguna razón, yo solo podía pensar en el señor Cranfield en su jardín con su rastrillo.

«¿Ben?».

Me obligué a prestarle de nuevo atención y mentí. Dije que llamaría a mi padre. Ni siquiera sabía su número.

El agente cruzó la cocina, me puso la mano en el hombro y me preguntó si estaría bien. Yo dije que sí. Quería que se fueran, y estaba seguro de que él sentía lo mismo.

Me puse de pie y eché a andar despacio por el pasillo. Ellos me siguieron, mientras la agente me pedía que le confirmara que iba a hacer la llamada.

Volví a prometerle que lo haría. Solo quería que se marcharan.

Estarían en contacto, me dijeron.

Yo asentí y les di las gracias. No sabía qué les agradecía.

El viento sopló por el pasillo cuando abrieron la puerta de entrada para irse. Había empezado a caer un aguacero y los agentes salieron disparados hacia su coche. La mujer se sujetaba la gorra con todas sus fuerzas. Yo cerré la puerta y me quedé plantado en el recibidor vacío, solo.

4

Dani Cash salió de su cuarto, encendió la luz y cruzó el pequeño descansillo del primer piso hasta el dormitorio de la parte posterior de su casa de Haddley. La primera vez que había puesto el pie dentro de aquella casa, la había adorado: sus paredes recién decoradas, el acogedor olor de las nuevas y mullidas moquetas, y los muebles colocados con orden para que todo tuviera su sitio. La vivienda le había parecido perfecta, el hogar con el que siempre había soñado. No le importaba que se hallara a un kilómetro y medio del Támesis y del supuesto encanto victoriano de las viviendas ribereñas de Haddley. Aquel sería su hogar. Se había convencido a sí misma de que podía convertirse en un lugar extraordinariamente feliz.

Cuatro meses después, le parecía una cárcel.

De pie en el umbral del dormitorio, imaginó la habitación para el bebé que tenía pensado crear: huellas de animales en las paredes, sus pingüinos favoritos en los estores. ¿Se engañaba a sí misma esperando que ese día todavía pudiera llegar?

Ahora no era el momento de pensar en ello. Debía concentrarse en el trabajo.

Miró el uniforme que había tendido con precisión sobre la cama la noche anterior y, durante un instante, vaciló. ¿Estaba preparada?

Tenía que estarlo.

Era su única escapatoria.

Cogió su camisa blanca almidonada, con las charreteras ya colocadas. Con los dedos entumecidos, se abrochó los botones y se

puso el pañuelo al cuello. Al agacharse para atarse los cordones de los zapatos, vio de soslayo su propio reflejo en el espejo. La noche anterior, al planchar el pliegue en sus pantalones negros, se había sentido orgullosa. Había pensado en su padre y en todos los años que él había servido, y no le había cabido duda de que él habría compartido ese orgullo.

La chaqueta estaba colgada de la puerta del armario. Quitó la funda de plástico de la tintorería, desabrochó con el pulgar el botón superior y se la puso. Le quedaba holgada en la espalda y las caderas, cosa que no la sorprendió: en las últimas semanas había perdido el apetito. Cogió la gorra de la cama y remetió por dentro tantos rizos rubios como pudo. De pie delante del espejo, por un momento casi no se reconoció.

Volvía a ser agente de policía.

En lo alto de la escalera, se paró un momento y aguzó el oído para ver si detectaba signos de vida. Con cuidado de saltarse el segundo escalón desde arriba, que a pesar de la promesa del constructor seguía crujiendo a la mínima presión, se escabulló escalera abajo. Al llegar a la puerta del salón, la encontró cerrada con firmeza y dejó escapar un suspiro silencioso.

Tras salir por la puerta de su casa, Dani cerró un instante los ojos, alzó el rostro hacia el cielo y dejó que los rayos del sol le levantaran el ánimo. Se quedó un momento quieta antes de echar a andar, decidida a dejar los últimos cinco meses a su espalda.

Sus cinco años en el cuerpo le habían demostrado lo buena agente que podía ser. Con veintiún años y recién licenciada, había impresionado de inmediato a todo el mundo. Ser hija de Jack Cash solo significaba que el escrutinio sobre ella era mayor, pero Dani había estado a la altura desde el primer día. Calmada y de mente ágil, se había convertido en la favorita de los supervisores. Hacía tan solo seis meses, se había llegado a hablar de ascenderla a sargento.

Apartó esos pensamientos de su cabeza. Había sido una buena agente antes y lo sería ahora.

A medio camino de Haddley Hill, se detuvo en un semáforo y esperó para cruzar. El tráfico ya era bastante denso y los chicos se dirigían al instituto de Haddley. Tras dedicar una sonrisa a dos chicas

adolescentes que esperaban a su lado en el cruce, Dani dejó vagar la mirada hasta el Támesis y observó cómo el autobús náutico pasaba por debajo del puente de Haddley, trasladando a los madrugadores pasajeros que iban a trabajar a la City.

La explosión se produjo de improviso. Las chicas chillaron y Dani saltó hacia atrás con tanta fuerza, que el repentino movimiento arrojó su gorra al suelo. Tanteó a su alrededor, hasta allí donde alcanzaba su mano, pero apenas veía nada debido al pánico. ¿Dónde estaban las chicas? No podía permitir que sufrieran heridas. Se puso en pie rápidamente pero se le nubló la vista, y entonces notó una mano sobre su brazo.

–¿Está bien, señora? –preguntó una de las adolescentes, al tiempo que le tendía su gorra.

–¡Idiotas! –gritó la otra a unos chicos, antes de ponerse a reír a carcajadas–. ¡Sois como niños!

Dani miró a su alrededor y vio cómo la vida cotidiana seguía su curso con normalidad. Al otro lado de la calle, vislumbró a tres chicos que desaparecieron a la carrera en el parque de Haddley Hill.

–Se pasan el rato trasteando con petardos –dijo la joven que le había dado la gorra a Dani–. Se creen muy hombres, ¡pero no son más que unos niños idiotas! –El último comentario lo chilló a pleno pulmón hacia el otro lado de la calle.

–Estoy bien, gracias –dijo Dani, y mientras el semáforo se ponía en verde, se paró brevemente para colocarse bien gorra.

Las chicas cruzaron la calle y se adentraron en el parque. Antes de que pudiera darse cuenta, el tráfico empezó a moverse de nuevo y Dani volvió a pulsar el botón para cruzar.

Mientras bajaba por la colina en dirección a la calle mayor, se formó un atasco en la calzada. Un autobús con destino a Wandsworth bloqueaba el cruce principal. Entre sonidos de bocinas, Dani se volvió hacia un conductor frustrado y trató de aplacar su enfado con una mirada. Un repartidor se detuvo en una zona de estacionamiento prohibido y, tras indicarle que circulase, Dani se alejó mientras, a su espalda, el tráfico recuperaba la fluidez.

A medida que se acercaba a la comisaría de Haddley, redujo el paso. Desde el otro lado de la calle, observó cómo dos policías rasos

entraban por la fachada principal del edificio, seguidos por una anciana que caminaba apoyándose en su bastón. Un policía de grado superior que salía de la comisaría sujetó la puerta para dejar pasar a la mujer, antes de que otro agente entrara tras ella. Dani no reconoció a ninguno de los agentes rasos, y los demás le resultaban extrañamente irreconocibles, como personas de otra vida a las que solo había conocido de una manera vaga. ¿Tanto tiempo llevaba fuera? Había tomado la decisión consciente de mantenerse alejada de la comisaría durante los últimos cinco meses. Había quedado con un par de los agentes más jóvenes para tomar algo, pero había preferido no llamar al resto del equipo. Ahora se arrepentía. Si hubiera llamado ni que fuera unas cuantas veces, a lo mejor habría roto el hielo y aquello le resultaría más fácil.

Al cabo de un momento, dio media vuelta y se alejó de la comisaría.

Al llegar al puente de Haddley, se miró el reloj. Quedaba aún media hora hasta el comienzo de su turno. Decidió cruzar el río, disfrutar de las vistas desde el puente y dirigirse luego a la comisaría. Para entonces ya estaría preparada.

Desde el puente, miró río arriba hacia los embarcaderos de Haddley, que eran ya un hervidero de actividad. Más allá de ellos estaba Haddley Common y luego el bosque que se extendía hasta Saint Marnham. En sentido contrario, hacia el norte, se erguía un rascacielos con la fachada de cristal. Era un edificio de pisos de lujo en cuya planta baja había un supermercado *gourmet*, atestado de verduras ecológicas y buenos vinos. La ubicación perfecta para atraer a personas acomodadas que buscaban una cena fácil al llegar a casa del trabajo.

Y el lugar perfecto para un atraco a mano armada el pasado Halloween.

Al pasar apresuradamente junto a ella con sus máscaras de monstruos, le habían parecido poco más que colegiales. Apenas les había prestado atención, concentrada ya en la botella de vino de la que pensaba disfrutar tras un largo turno.

Ellos no se habían percatado de su presencia cuando los había seguido al interior del local.

Todavía llevaba puesto su uniforme.

Cuando al fin la vieron, sucumbieron al pánico.

El destello de la hoja de un cuchillo. Y luego otro.

Los gritos de los clientes.

De pronto se convirtieron en rehenes, y ella se encontró con un cuchillo presionado contra su espalda.

Dani aún podía oír las sirenas en su mente, igual que le había pasado una y otra vez durante los últimos cinco meses. ¿Debería haber actuado de otra forma?

Visualizó el rostro de su padre, las arrugas que se le formaban junto a los ojos cuando reía. «Nunca dudes de ti misma, Dani –le decía–. Puedes ser cualquier cosa que te propongas». Dio media vuelta con brusquedad y recorrió de nuevo el puente en dirección a la comisaría. Sin aminorar el paso, subió los tres escalones de la entrada del edificio y cruzó con rapidez las puertas, decidida a demostrar su valía una vez más.

5

La luz que ilumina mi cuarto es tan intensa que resulta casi insoportable. Me incorporo, cojo mi móvil y, al pulsar la pantalla, el reloj me indica que llego tarde al trabajo. Le diré a Madeline que voy a pasar la mañana en casa buscando información para mi nuevo artículo. Además, es jueves, y la mitad de nuestros redactores estará ya pensando en el fin de semana.

Recorro la habitación con la mirada. Mi ropa está desperdigada por el suelo, y mi billetera vacía descansa junto al reloj que mi madre me regaló al cumplir dieciocho años, en el mismo sitio donde la tiré anoche. La cabeza me sigue dando vueltas, así que la apoyo otra vez en la almohada y me quedo mirando el techo. Las lágrimas empiezan a brotar y presiono con los dedos las comisuras de mis ojos. Tras respirar hondo, aparto mi colcha pero, mientras lo hago, oigo correr el agua en el baño.

Segundos después, la puerta se abre y la señora Cranfield irrumpe en mi habitación. No osaría llamarla mi asistenta a tiempo parcial, sobre todo porque nunca le he pagado ni un céntimo, pero hace un trabajo excelente ayudándome a mantener mi casa en orden. Su marido y ella son dos de las extraordinarias personas que me ayudaron a recuperarme y retomar mi vida tras la muerte de mi madre. Para mí, se han convertido en mis padres sustitutos más que cualquier otra cosa. No soportaría que no estuvieran en mi vida, aunque, como todos los padres, a veces pueden ser un pelín pesados.

–Vaya, estás despierto –dice la señora Cranfield–. Ese baño está hecho un desastre.

–Ah, ¿sí? –contesto, mientras tiro de la colcha para taparme de nuevo.

–Nada que no haya visto antes –señala, y mientras cruza mi habitación, recoge mis calzoncillos y los tira sobre la cama–. Ayer debiste vomitar otra vez al entrar en casa. Tendré que volver luego para darle un buen repaso.

–¿Otra vez? –pregunto con cautela.

–Después de vomitar en nuestro jardín de camino a tu casa. George le está dando un manguerazo a las clemátides.

–Dios, lo siento mucho –respondo, muerto de vergüenza, mientras alargo la mano para coger mis calzoncillos.

–De verdad, Ben, ese baño da asco. No quiero ni pensar en cuándo fue la última vez que lo limpiaste como Dios manda.

Debajo de la colcha, consigo de alguna manera ponerme los calzoncillos antes de sentarme en la cama.

–Señora C, ahora ya estoy despierto, así que creo que…

Ella ha subido la persiana sin prestarme apenas atención.

–Voy a ordenar esto un poco mientras te duchas. He empezado a preparar el desayuno abajo.

En lo que se refiere a la señora Cranfield, resistirse a sus deseos es inútil.

–Menuda pinta tienes –comenta cuando me levanto de la cama, y me doy cuenta de que me he puesto los calzoncillos del revés–. Cuando uno no bebe, le sube mucho más cuando lo hace. No tienes la clase de tolerancia que ha desarrollado mi George.

Me apresuro a entrar en el baño y cierro la puerta.

–Y ¿qué diría tu madre? –Oigo que me dice.

El vapor caliente de la ducha no contribuye a mejorar mi dolor de cabeza, y cuando vuelvo a entrar en el cuarto sigo notando el martilleo. La señora Cranfield ya ha quitado las sábanas de mi cama y ha recogido mi ropa del suelo. Las ventanas están abiertas, lo que ha devuelto la vida a la habitación. Cojo una camiseta del armario y me la pongo mientras me acerco a la ventana. El sol de comienzos de primavera ha aportado nueva vida al parque de Haddley

Common, donde los narcisos alfombran la hierba y los cerezos están en flor. Las copas de los árboles forman un dosel sobre el camino que sale de la acera, en la que los autobuses paran cada diez minutos, en dirección a la oscura y sombría entrada del bosque.

En la esquina de la calle veo al señor Cranfield cuidando de las flores de su jardín, igual que diez años atrás. Semijubilado desde que tengo uso de razón, en los últimos doce meses se ha retirado de manera definitiva de la óptica que dirigió durante casi veinte años. Cada dos semanas, procuramos ir a un partido del club de *rugby* Richmond. Nunca me ha dado la impresión de que sea un gran seguidor de ese deporte, pero empezamos a acudir a partidos hace años, cuando mi mejor amigo, Michael Knowles, entró en el primer equipo del Richmond. Aunque solo jugó una temporada antes de mudarse a Bath para jugar en el campeonato de Inglaterra, el señor Cranfield y yo continuamos apoyando a nuestro equipo local. Creo que su principal entretenimiento durante los partidos son las preguntas que me hace sobre la veracidad de las historias que publicamos en nuestro portal de noticias, decidido a enterarse de la información privilegiada del último escándalo político. A pesar de que se pasa el partido entero hablando, disfruto mucho de su compañía.

Veo cómo se dirige al huerto que tiene en un lateral de la casa. La vivienda de los Cranfield es la última de la calle, lo que les proporciona un trozo adicional de terreno que el señor Cranfield ha cuidado con meticulosidad desde el día en que se mudaron. Con el rastrillo en la mano, cuyo mango está atado con cordeles, tiene el mismo aspecto que tenía esa mañana de hace diez años. Tal vez haya ganado unos kilos y quizá su pelo canoso es un poco más ralo, pero por lo demás, yo podría estar contemplando la misma escena de tantos años atrás.

Oigo a la señora Cranfield trajinando en la cocina. Aquella mañana, después de que la policía se fuera de mi casa y yo me quedara solo en el pasillo, ella había abierto la puerta trasera, había cruzado la cocina, se había sentado conmigo al pie de la escalera y me había abrazado mientras yo lloraba desconsolado. Dudo que hubiera podido superar ese día sin ella.

Voy a la planta baja y, al entrar en la cocina, me recibe el olor de café recién hecho y beicon frito.

–Ahora tienes un aspecto más respetable –dice la señora Cranfield con aprobación–. ¿Por qué volviste tan tarde a casa?

–Trabajo –contesto, al tiempo que cojo la cafetera–. Tuve una especie de discusión y, como un estúpido, decidí que necesitaba una copa para calmarme.

–Apuesto que eso no hizo más que empeorar las cosas. Es lo que suele pasar con el alcohol –dice ella, y me da un bocadillo de beicon antes de sentarse con dificultad en uno de los taburetes que han sustituido las sillas de cocina estilo Shaker de mi madre–. Nunca entenderé por qué compraste estas cosas –continúa, al tiempo que agarra la encimera de la isla para no perder el equilibrio. Al verme reprimir una sonrisa, se echa a reír–. Mi figura no está hecha para cocinas de diseño moderno.

–Yo la veo estupenda.

–Zalamero –dice ella con un resoplido.

Fue la señora Cranfield quien me animó a hacerme mía la casa durante los últimos años. Tras la muerte de mi madre, regresé a Manchester, dejé de beber y conseguí licenciarme con unas notas decentes. El año siguiente lo dediqué a viajar por el mundo. Mi viejo amigo de la escuela, Michael, se reunió conmigo al cabo de unas semanas, mientras yo estaba en Estados Unidos, y juntos celebramos el Mardi Gras en Nueva Orleans. Yo no había vuelto a beber desde la muerte de mi madre, y el hecho de verlo estamparse contra la puerta de cristal que había junto a la piscina y pasar dos semanas en el hospital universitario de Luisiana no hizo sino confirmarme los peligros del consumo excesivo de alcohol.

Al volver a Inglaterra encontré mi primer trabajo en condiciones y, además, el trayecto desde Haddley era sencillo. Sabía que era el momento de regresar a casa. Al principio fue difícil, pues me había convencido a mí mismo de que no podía caminar por la calle mayor de Haddley sin que me reconocieran, pero con el tiempo me di cuenta de que la mayoría de la gente tenía buenas intenciones, y no malicia.

–Dime, ¿a qué vino la discusión?

–Imagíneselo.

La señora C sonríe. Ha escuchado muchas anécdotas de la montaña rusa que es mi relación con mi jefa.

–Madeline quiere que escriba un artículo sobre mamá para el décimo aniversario de su muerte –explico–. Le he dicho que no –me apresuro a añadir al ver que ella abre la boca para hablar.

–Esa mujer no tiene principios –dice, y chasquea la lengua en señal de desaprobación–. Mira que pedirte que lo revivas todo… Como si te fuera a servir de algo. De verdad, es de lo que no hay.

Yo le doy un sorbo al café y sonrío.

–Entonces, ¿cree que debería mantenerme en mis trece?

La señora C arquea las cejas.

–No me digas que te estás planteando no hacerlo.

–Min cree que podría ayudarme a encontrar respuesta a las preguntas que siguen pendientes.

–Min es una chica encantadora, pero la verdad es que…

–Aún me pregunto qué habría pasado si yo no hubiera tenido la resaca que tenía, señora C; si hubiera hablado con ella antes de que se fuera, o la hubiera seguido. Igual todo habría sido distinto.

–Ben, ya hemos hablado de esto. No fue culpa tuya. No debes culparte, nunca –susurra ella, y se baja del taburete para darme un apretón en el brazo.

Luego, agacha la cabeza y se dirige a la pila para empezar a fregar la sartén con vigor.

–Se va a achicharrar las manos –le digo mientras el vapor del agua caliente se vuelve más denso, pero ella sigue frotando. Me acerco a ella y cierro el grifo–. No quedará más limpia de lo que ya está; esos rasguños no tienen remedio.

Ella se seca las manos con un trapo y se me queda mirando un momento.

–Bueno, háblame de tu noche –dice al cabo–. ¿Has dicho que Min estaba contigo?

–Min y otros compañeros de trabajo.

–¿Min es solo una compañera de trabajo?

–Compañera y amiga, nada más.

–¿Y los demás también eran compañeros y amigos, o Min es la única?

–¡Ya basta! –digo entre risas, y vuelvo a la encimera para echarme más kétchup en el bocadillo de beicon.

–Muy bien, no preguntaré más. –La señora C levanta las manos emulando un gesto de rendición–. ¿Ya tienes suficiente kétchup? –Yo vuelvo a apretar el bote–. La primera vez que viniste a comer a casa con George y conmigo, te negaste a comer nada hasta que no estuviera cubierto de kétchup.

–¡Tenía diez años!

–Hay cosas que nunca cambian.

Ese día, mi madre había ido a su primera entrevista desde que había decidido volver a trabajar. En mi escuela salimos al mediodía porque los profesores tenían un cursillo de formación, y el señor y la señora Cranfield se ofrecieron a cuidar de mí. Mi madre, que se hallaba en un brete, había aceptado encantada el ofrecimiento de sus nuevos vecinos, que se habían mudado al barrio tan solo dos semanas antes. Mientras la señora Cranfield se ocupaba de vaciar todas las cajas de la mudanza, el señor Cranfield me había llevado al río para enseñarme los fundamentos de la pesca en agua dulce. En cuanto abrió el bote de gusanos vivos de cebo, se convirtió con rapidez en mi primera y última experiencia en el arte de la pesca con caña.

–Estaba tan contenta de volver a trabajar… –dice la señora C, y yo recuerdo la alegría de mi madre cuando, dos días después, llegó una carta en la que le ofrecían el puesto–. Lo único que quería era cuidar de ti. –Se queda un momento callada–. Y era tan buena amiga conmigo… –Le tiembla la voz–. Pero ahora mi prioridad eres tú; es lo que tengo que hacer, por ti y por tu madre. –La señora C aclara su taza en el fregadero antes de añadir–: Ven a comer el domingo y tráete a alguien si quieres.

Me río, y mientras ella se dirige a la puerta trasera, tiro de ella para darle un abrazo.

–Gracias –digo.

–¿Por qué? –contesta ella–. Para eso estoy aquí.

Y tras un rápido saludo con la mano, baja por el callejón hacia la parte posterior de su propia casa.

Me acabo la taza de café antes de abrir las puertas que dan a mi pequeño jardín trasero. Sentado en el escalón bajo el sol de principios de primavera, activo la pantalla de mi móvil y pulso en nuestra nueva aplicación. Nuestro portal de famosos informa de que un miembro menor de la familia real ha salido tambaleándose de una discoteca acompañado de un hombre que, a todas luces, no es duque de nada, mientras que en el portal principal de noticias el titular es la noticia de una grúa que ha caído en el centro de Nottingham y ha matado a tres personas. A continuación viene la noticia de una mujer hallada muerta en su piso de una sola habitación en las afueras de Leeds. Clico para enterarme de los detalles. La policía se niega a dar más información en este momento, pero no descarta la posibilidad de que las circunstancias de su muerte sean sospechosas. Cualquier periodista que se precie sabe que eso significa que, con toda probabilidad, la mujer ha sido asesinada, pero la policía todavía no puede confirmarlo.

Regreso a la página principal y hojeo los titulares de las noticias, hasta detenerme de pronto cuando mi madre me devuelve la mirada desde la pantalla.

EN RECUERDO DE CLARE HARPER: DIEZ AÑOS DESPUÉS.

Dos semanas antes del aniversario de su muerte, Madeline publicita una historia que aún no se ha escrito. Su osadía nunca deja de sorprenderme.

Me quedo mirando el móvil. Conozco muy bien esa foto de mi madre. Tomada una fría tarde de verano el año antes de su muerte mientras la luz se apaga a su espalda, se la ve sentada en la orilla del Támesis enfundada en su jersey preferido. Ese día, yo había salido por Haddley y, al volver a casa por la orilla del río, la había visto sola mientras el sol acuoso se ponía detrás de los árboles. Sin que ella se percatara, había captado su imagen en mi teléfono: la imagen de una mujer en paz con el mundo. Luego, me senté con ella y hablamos del viaje a Burdeos que ella acababa de hacer con dos de sus mejores amigas; las diversas bodegas que habían visitado cada día y cómo se quedaban sentadas en la terraza hasta

tarde bebiendo vino. La fotografía capturó la recién descubierta libertad que el viaje le había proporcionado. Cuando murió, fue una de las que escogí para facilitársela a la prensa.

Debajo de la imagen hay una serie de enlaces a noticias relacionadas. Una es un artículo de hace años escrito como parte de una serie titulada «Mujeres con coraje». Lo releo; es un homenaje a una mujer de gran dignidad y fuerza interior.

Mientras navego por el artículo, me detengo en una foto de mi hermano Nick con su mejor amigo, Simon Woakes. Es una imagen que se convirtió en sinónimo de la historia de Nick y Simon, una imagen que se hizo tristemente célebre en todo el mundo. Plantados en la línea de banda del campo del club de *rugby* Richmond, vestidos con su equipación escolar de *rugby* y una sonrisa triunfal en el rostro, están Nick y Simon. Y con ellos, todos cogidos por los hombros, están dos de sus compañeras de clase.

Las dos chicas de catorce años que, dos semanas después, los asesinarían de una manera brutal.

6

Mientras esperaba junto a la verja de nuestra casa a que Nick volviera a casa, me puse de pie y observé a las dos chicas tumbadas sobre la hierba abrasada de Haddley Common. La llegada del autobús las animó, y se apresuraron a levantarse cuando el 29 se paró en el bordillo. Nick y Simon, con la mochila colgada del hombro, bajaron del autobús. Yo me asomé por encima del muro del jardín y vi cómo tenía lugar una breve conversación.

Luego, una de las chicas se apartó bailando mientras su pelo ondeaba bajo el sol de la última hora de la tarde. Extendió las manos para coger a su amiga y, tras tirar de ella, ambas se alejaron danzando en círculos por la gran extensión de hierba hacia el denso bosque que separaba Haddley de la población vecina de Saint Marnham. Desde el otro lado del parque, las oí chillar mientras giraban y giraban.

Nick y Simon parecieron vacilar un instante, pero luego los vi echar a andar a buen paso detrás de las chicas. Sin dejar de mirar, crucé la calle de mi casa y me adentré en el terreno reseco del parque. La hierba estaba seca y quebradiza. El calor del sol me abrasaba mientras los interminables días del verano escolar se negaban a llegar a su fin. Un poco por delante de mí, las figuras de Nick y Simon se veían borrosas por el sol. Me mantuve a una distancia prudencial, pero no tardé en ponerme a correr para no perderlos de vista. Como cualquier niño curioso de ocho años, estaba decidido a averiguar adónde iban.

Sin aliento, llegué a la entrada del bosque, cubierta de arbustos, y llené mis pulmones de aire seco antes de encorvar los hombros y escabullirme dentro. De inmediato noté cómo el calor se disipaba gracias a las copas de los árboles, que bloqueaban los rayos del sol.

Avancé con cautela, mientras un hilillo de sudor me bajaba despacio por la columna vertebral.

En el bosque reinaba el silencio y, como no soplaba ni una pizca de viento, las ramas de los árboles estaban inmóviles. El único sonido que se oía era el crujido de mis pasos sobre los arbustos secos. Agucé el oído por si captaba algún ruido que pudiera guiarme, pero, mientras lo hacía, un tren pasó traqueteando por las vías que discurrían junto a la parte más alta del bosque.

Esperé.

Luego, escuché de nuevo. Mi propia respiración era el único sonido…, hasta que un grito distante resonó entre los árboles. Nick se pondría furioso si me descubría, pero aun así seguí adelante de puntillas, agachado y escondido entre los matorrales. Me dirigí hacia el pequeño claro ubicado en lo más profundo del bosque en el que mi hermano y sus amigos se escondían a menudo.

El angosto sendero estaba lleno de curvas, y yo me abrí paso de lado entre los arbustos hasta llegar por fin al claro. Deslumbrado por un instante por el sol que se derramaba por el hueco entre las copas, me tambaleé hacia un lado. Mi cuello desnudo ardía bajo los rayos.

El claro estaba desierto.

Arrastré los pies por el suelo y di patadas a unas colillas de cigarrillos, levantando una nube de polvo. Como no había ni rastro de mi hermano y yo tenía cada vez más sed, decidí volver a casa.

A lo lejos, una risa reverberó entre los árboles.

Y luego otra.

Y luego, un grito de placer.

Al instante supe dónde estaban: una pequeña zona elevada en el extremo más alejado del bosque, cerca de Saint Marnham; el sitio secreto de Nick. Si quería acercarme sin que me vieran, tenía que trepar por la ladera cubierta de hierbas altas que había junto a las vías del tren. Mientras me abría paso entre los cardos, una espina se

me clavó en el recodo del brazo. Al sacarla, un hilillo de sangre me bajó por el brazo hasta llegar a mi palma. Me mordí el labio para mitigar el dolor.

Plantado al pie del enorme montículo, el silencio se adueñó de nuevo del sofocante bosque. Empecé mi ascenso, trepando como pude por la ladera mientras mis pies resbalaban sobre el suelo polvoriento. No conseguía agarrarme bien y no dejaba de deslizarme cuesta abajo, hasta que sujeté una raíz muerta y la usé para darme impulso. Al llegar a lo alto, me quité el polvo y miré mi camiseta de fútbol preferida: estaba cubierta de tierra seca y sangre.

Muy despacio, avancé con cautela.

Uno.

Dos.

Tres pasos vacilantes.

Entonces me paré.

Contuve el aliento.

En el otro extremo del montículo, Nick y Simon yacían desnudos con los brazos extendidos y los pies hacia mí.

Confundido, seguí adelante.

Mis gritos atravesaron el silencio.

7

La sargento de recepción le dedicó una sonrisa y Dani Cash tuvo que recordarse que debía respirar mientras pasaba por delante de ella para entrar en el vestuario femenino. Costaba creer que cinco meses atrás, hubiera considerado aquel sitio su segundo hogar. Al abrir la puerta, se paró a mirar el tablón de anuncios: plazas disponibles en la media maratón de Richmond, clases de pilates y taichí, la fiesta de una agente en prácticas que cumplía veintiún años. Dani había colgado una invitación parecida en el tablón para su vigésimo primer cumpleaños. Hacía solo un par de semanas que había entrado en el cuerpo, y lo había celebrado saliendo de fiesta junto al río con un montón de nuevos amigos.

Mientras se dirigía a su taquilla, Dani se preguntó a cuántos compañeros podría convencer ahora para salir de fiesta con ella. Al enfrentarse a su candado, se quedó en blanco. Probó una combinación, después otra y por último una tercera: el cumpleaños de Mat. El hecho de haberla olvidado solo la hizo sentir peor.

Cuando conoció a Mat, se había quedado patidifusa. El ambicioso sargento del que todo el mundo decía que un día sería comisario jefe. Con su más de metro ochenta de altura, su pelo rubio rapado, su barba de dos días y sus ojos azul claro, no pasaba precisamente inadvertido. Era ocho años mayor que ella, pero eso no importaba. Casi toda la comisaría estaba impresionada con él. Dani se había quedado impresionada.

Una lluviosa tarde de lunes, lo que menos le había apetecido era ir a clase de gimnasia, pero había decidido cumplir con sus propósitos

de Año Nuevo y se había obligado a ir al gimnasio de Haddley. A los miembros de la policía metropolitana les hacían descuento de socio, lo que significaba que en la mayoría de las clases acababas sudando junto a oficiales de rango superior. Ella se había dado la vuelta para dedicarles una media sonrisa cuando él se había colocado a su espalda en una clase de entrenamiento de fuerza. Al terminar la clase, le había dedicado otra media sonrisa, y al salir del vestuario, se lo había encontrado sentado en un banco del pasillo, esperando.

Quizá aquel tercer *gin-tonic* en el *pub* con vistas al parque de Haddley Hill había sido un error. Mat había dicho que él solo bebía dobles y había pedido lo mismo para ella. Antes de las nueve estaban ya los dos en el piso que él tenía alquilado en lo alto de la colina y, a pesar de la borrachera, a ella le había encantado sentirlo en su interior con una vehemencia apasionada. A la mañana siguiente, él se había mostrado más tierno y ella se había marchado con el deseo de volver a verlo. En la comisaria no habían hablado, pero por la tarde él le guiñó el ojo y esa noche la pasaron juntos de nuevo. A finales de verano, fueron de viaje a Croacia, donde habían disfrutado de la playa y, entre copas de frío vino blanco local, ella había empezado a imaginar un futuro con él.

El hedor alcanzó a Dani en cuanto abrió la puerta de su taquilla. Sus zapatillas y su ropa de deporte sin lavar llevaban cinco meses allí dentro, macerándose. Entre arcadas, lo sacó todo y lo tiró a la basura que había junto a los lavabos.

–Creía que no volvería a verte por aquí.

Dani se incorporó y, al darse la vuelta, se encontró a la agente Karen Cooke de pie junto a ella. Por alguna razón, su uniforme siempre parecía un centímetro más ceñido que el de las demás agentes.

–Decían que ya no tenías estómago para el trabajo –continuó Cooke, al tiempo que le dedicaba una sonrisa desagradable.

Nunca se había esforzado por disimular su antipatía por Dani. Esta siempre había supuesto que se remontaba a la época en que su padre era el jefe, pero no por ello dejó de sorprenderla el veneno que destilaba la voz de Cooke. Sin contestarle, se dirigió de nuevo a su taquilla, pero la otra se interpuso en su camino.

–Por la comisaría corre el rumor de que te ha pasado lo mismo que a tu padre: que has perdido el valor. –Dani se sonrojó y notó que se le tensaba la mandíbula, pero le sostuvo la mirada–. Gallina –añadió Cooke con una mirada de odio.

Dani pasó junto a ella y cogió una toalla que había al lado del lavabo, pero mientras la ponía bajo el chorro de agua caliente, notó la presencia de Cooke a su espalda.

–Al menos tu padre tuvo la decencia de dimitir. Nadie te quiere aquí. –Dani sintió el peso de Cooke sobre su espalda mientras esta le susurraba al oído–: No se puede confiar en ti.

Sin previo aviso, aplastó a Dani contra el lavabo, con un brazo alrededor de su cuello y el otro apretado con fuerza sobre su pecho. Estrujada por el peso de Cooke sobre ella, Dani notó cómo el borde de la pila se le clavaba en el estómago. Sin aliento, se retorció, desesperada por quitársela de encima, pero Cooke la agarró por el cinturón y la estampó contra el espejo.

–Tienes que buscarte otra comisaría. Y deprisa.

Con un único y veloz movimiento, Dani se lanzó hacia atrás y, con tres pasos rápidos, estampó la espalda de Cooke contra las taquillas y le restregó la toalla mojada por la cara. Mientras lo hacía, oyó abrirse la puerta del vestuario y, cuando se dio la vuelta, vio a la subinspectora Lesley Barnsdale de pie detrás de ellas. Dani dejó caer la toalla y cruzó de nuevo la sala en silencio.

–Buenos días, señoras –dijo Barnsdale con calma. Dani se dio cuenta de que su superior estaba evaluando la situación–. Bienvenida, agente Cash. Hoy será mi compañera. La policía de West Yorkshire ha requerido nuestra ayuda. Salimos en cinco minutos; prepárese.

–Sí, señora –contestó Dani, y metió su bolsa en la taquilla.

–Cooke, la veo un poco mojada –dijo Barnsdale–. Le sugiero que se seque y, después, sigo esperando esos dos informes de la semana pasada.

Barnsdale cruzó la estancia y le tendió la toalla mojada a Cooke antes de meterse en un retrete y cerrar la puerta.

–Sí, señora –respondió Cooke, mientras cogía un puñado de pañuelos de papel–. No te voy a quitar el ojo de encima –le susurró

a Dani–. Y dale recuerdos a Mat; todo el mundo se muere de ganas de que vuelva.

Dani dio un paso lateral y agarró a Cooke de la camisa.

–Que te den –le dijo, antes de apartarla de un empujón y salir del vestuario.

8

Trece meses después del asesinato de Nick y Simon, Abigail Langdon y Josie Fairchild fueron condenadas. Durante el juicio, ninguna de las dos mostró arrepentimiento alguno. Habían matado a los chicos, que estaban a punto de empezar tercero de la ESO, de la manera más inhumana posible.

En el tribunal se afirmó que habían engatusado a Nick y a Simon para ir al bosque. Creo que no entendí la mayor parte de lo que se dijo, aunque tuve que declarar por videollamada. Recuerdo que me preguntaron si había visto a las chicas besar a los dos muchachos mientras cruzaban el parque, y tuve el impulso de echarme a reír porque estaba convencido de que a Nick no le habría gustado que lo vieran besando a una chica en el parque. Pero, consciente de la gravedad de la situación, me limité a negar con la cabeza.

Nunca me pidieron que describiera lo que me había encontrado al descubrir los cuerpos. Las fotografías se presentaron como prueba, pero se prohibió a la prensa publicar los detalles más gráficos.

Ese horrendo día de verano, yo me había arrojado cuesta abajo por la parte delantera del montículo y, embargado por el pánico, me había desorientado. Crucé el bosque dando traspiés y me encontré en el pueblo de Saint Marnham, y entonces corrí hasta llegar al estanque de patos que hay en el centro de la localidad. Jadeando y confundido, caí de rodillas sobre la hierba y lloré hasta que noté una mano sobre mi hombro y me puse en pie de golpe. Junto a mí, un hombre me tendió la mano, y yo lo miré y grité; grité que mi hermano estaba muerto, muerto en el bosque. Él me dijo que

esperara mientras corría hacia las casas que daban al estanque. Desesperado por huir, yo también eché a correr, esta vez por la carretera que une Saint Marnham con Haddley.

Ahora sé que la distancia entre ambos pueblos es de un kilómetro y medio, y con el calor abrasador de ese día aciago, empecé a marearme. Incapaz de seguir corriendo, me desplomé a un lado de la carretera y me hice un ovillo. Con solo ocho años, tuve la sensación de estar allí solo al borde de la carretera durante horas, pero solo debían de haber pasado unos minutos cuando se acercó un coche patrulla. Sentado en el asiento de atrás mientras me llevaban de vuelta a Haddley, me eché a temblar, consciente de que tendría que contarle a mi madre lo que había visto.

Tres días después detuvieron a las chicas y las imputaron. Encontraron su ropa manchada de sangre aplastada bajo la cama de Abigail Langdon. Tras la condena, la identidad de las adolescentes se reveló por fin al mundo. En las fotos de su ficha policial se las veía sonriendo estúpidamente a cámara, como si no tuvieran ni una sola preocupación en el mundo. Asesinas sádicas y ritualistas, se convirtieron en objeto de odio, representantes de la depravación de la generación más joven.

Justo después de su condena, las trasladaron a sendos centros de detención juvenil de alta seguridad. Durante el viaje, el vehículo que transportaba a una de las chicas sufrió un ataque: alguien le arrojó un bloque de cemento desde un puente de la autopista. El traslado no se retomó hasta que no hubieron cortado todas las carreteras del recorrido. Cuando le pidieron al primer ministro que comentara el incidente, este pidió calma, pero su mensaje en apoyo de los valores familiares quedó ahogado por el deseo nacional de venganza.

Dos días después del asesinato de Nick, mi padre se presentó en nuestra puerta. Mi madre aceptó su derecho a compartir nuestro dolor y lo invitó a entrar en la casa de la que se había marchado cuando yo tenía solo tres años. En el tiempo transcurrido desde entonces, había aparecido varias veces sin avisar: llegaba de improviso con regalos mal elegidos que entregaba con un entusiasmo exagerado. Dos semanas después de que yo cumpliera siete años, me lo había encontrado al volver de la escuela, sentado

en un banco del parque. Me había llamado para que me acercara y me había regalado una equipación del Chelsea de imitación. Molesto por mi ingratitud, había tenido que ser Nick quien se lo llevara aparte para explicarle que nosotros éramos del Brentford, no del Chelsea.

«¿Cómo es que no lo sabe?», le pregunté a Nick esa tarde, mientras hacíamos los deberes a la mesa de la cocina.

«Hace mucho tiempo que no está aquí».

«Pero nosotros siempre hemos sido abejas».

«Lo sé», contestó Nick.

El fin de semana siguiente, mi madre y él me llevaron a mi primer partido del Brentford. Jamás me puse la camiseta del Chelsea.

Cuando mi padre volvió a casa, creo que le proporcionó a mi madre un consuelo momentáneo; enfrentados a un dolor tan crudo, todo lo que había pasado entre ellos quedó brevemente olvidado. Pero yo no lo conocía. Siempre que estaba con él, seguía sintiéndome como el niño de tres años que esperaba junto a la ventana a que su padre volviera de su último viaje de trabajo. Fue de uno de esos viajes del que nunca regresó, y yo nunca había podido perdonárselo. Cuatro días después del entierro de Nick, se largó.

El año posterior a la muerte de Nick fue insoportable para mi madre. Con un amado hijo al que llorar, un juicio por asesinato al que asistir y la exposición mediática que aguantar, a menudo me pregunto cómo consiguió sobrevivir. Su dolor debía ser devastador, y recuerdo la desolación que compartíamos sentados a la mesa de nuestra cocina, con la silla vacía de Nick a nuestro lado. Todas las noches, mi madre jugueteaba con su comida y apenas parecía comer. Cuando yo la abrazaba antes de irme a dormir, notaba sus huesos contra los míos y me daba miedo estrecharla demasiado por miedo a que se rompiera.

Al mismo tiempo que pasaba el duelo y, como me contó después, procuraba sobrevivir viviendo de hora en hora; mi madre trataba de convencerme para que yo volviera a salir al mundo. Yo necesitaba garantías constantes respecto a mi seguridad y a que ella estaría siempre a mi lado para vigilarme. Durante las semanas posteriores a

la muerte de Nick, a mí me daba terror salir de casa y no toleraba perder de vista ni un segundo a mi madre. Por las noches, ella se tendía junto a mí hasta que me quedaba dormido, y en muchos sentidos eso le resultaba tan tranquilizador a ella como a mí. Me perdí el siguiente trimestre en la escuela, pero, en las semanas previas a Navidad, empecé a ponerme al día con los estudios desde casa. Entonces, una mañana de enero cubierta de escarcha, mis mejores amigos, Holly y Michael, que lo han seguido siendo durante el resto de mi vida, llegaron a la puerta de casa acompañados de sus madres. Aferrando con fuerza la mano de mi madre, yo bajé por el borde del parque y luego caminé por la orilla del río hacia la escuela primaria a la que acudía en el otro lado del puente de Haddley. A la mitad del camino de sirga, Michael echó a correr por delante de nosotros y yo me volví a mirar a mi madre, que me soltó la mano. Holly y yo empezamos a perseguir a nuestro amigo y, al cabo de unos segundos, me di la vuelta y me despedí con la mano mientras ella caminaba cogida del brazo de sus dos amigas.

Al final de cada jornada escolar, ella me esperaba en la puerta de la escuela y los dos volvíamos a casa caminando. Yo seguía siendo reacio a ir a cualquier parte que no fuera el colegio y mi casa. Mi amor por el parque se había esfumado, y ni siquiera la tentación de ir a perseguir un balón de fútbol con mis amigos lograba apartarme de la mesa de nuestra cocina.

En los meses posteriores a la finalización del juicio, la cobertura mediática comenzó a declinar y mi madre intentó convencerme para que empezara a llevar la vida propia de un niño de diez años. ¿Por qué no íbamos a ver otro partido del Brentford?, me preguntaba. El club era mucho menos glamuroso que los grandes equipos de Londres, pero Nick y yo habíamos sido seguidores desde pequeños y lo habíamos adoptado como el equipo de la familia. Aunque Nick era más aficionado al *rugby*, a los tres nos encantaba ir juntos a los partidos. Yo había seguido siendo un apasionado del fútbol, pero sin Nick, me negué categóricamente a ir a ningún partido más. Solo cuando las abejas acabaron líderes de su liga, lo que los clasificaba para jugar la promoción, empecé a dejarme llevar por la emoción.

Un viernes por la tarde, mi madre me sorprendió al volver a casa con dos entradas para el partido del día siguiente.

El sábado, abracé a mi madre mientras el Brentford marcaba un gol tras otro, y por primera vez me sentí un poco como me había sentido antes de la muerte de Nick. Mientras nos alejábamos del campo, le di la mano y ambos comentamos el partido y hablamos hasta hartarnos de todos los goles que habíamos marcado. Yo quería saber de todas todas cuándo iríamos a otro partido, y siempre he creído que fue ese día cuando mi madre supo que yo iba a estar bien.

Tardé un año más, pero, de alguna manera, los dos juntos empezamos a encontrar cierto ritmo en nuestras vidas. A mi madre le encantaba su nuevo trabajo, mientras que yo retomé las clases y entré en el equipo del Brentford sub14 y luego en el sub16. En los años posteriores a la muerte de Nick, mi madre encontró la manera de rehacer poco a poco su vida. Con el apoyo de un puñado de buenas amigas y vecinas, se obligó a socializar y explorar nuevos intereses. Yo lloré de risa cuando me enseñó sus piezas de cerámica, y todavía conservo la copa que me pintó en honor a las abejas. Adoraba las clases de cocina a las que asistía en Hampstead y los paseos que daba después por el brezal con sus nuevas amigas. Una luminosa tarde de primavera llegó incluso a meterse en el famoso estanque de natación al aire libre, pero con el frío que hacía todavía al ser el comienzo de la estación, juró que no lo repetiría.

Por muchas cosas que hiciera y por mucho apoyo que tuviera, yo sabía que eso no impedía que a veces se sintiera tremendamente sola. Había días en los que el mero hecho de salir por la puerta de casa le costaba un tremendo esfuerzo. Caminar por Haddley Common podía ser una tarea descomunal; enfrentarse al mundo, agotador. Sn embargo, yo era consciente de que todo lo que hacía eran retos que estaba decidida a afrontar, con la inquebrantable determinación de superarlos.

Para mi madre, la muerte de Nick había supuesto la insoportable pérdida de un amado hijo. Para mí, había supuesto el fallecimiento de un superhéroe paciente. Ya fuera cuando se sentaba conmigo a la mesa de la cocina para enseñarme a leer, cuando me entrenaba

en el arte de lanzar penaltis o cuando despertaba mi asombro al saltar al agua desde el trampolín más alto, yo veía en Nick todo lo que yo quería ser. Tras su muerte, mi madre buscó maneras de llenar ese vacío. Dedicaba gran parte de su tiempo a protegerme, al tiempo que me ayudaba a descubrir las mejores oportunidades de la vida. Me dio el empujón que necesitaba para aprobar mis exámenes finales, y venía a animarme a todos los partidos que yo jugaba, sin importar si ganábamos o perdíamos. Asolada por el frío y la humedad después de estar de pie en la banda, escuchaba con atención mi análisis pospartido mientras yo revivía cada segundo sentado ante un Big Mac y una ración gigante de patatas fritas.

Saqué unas notas decentes en los exámenes finales de bachillerato y, diez años después de la muerte de Nick, empecé a estudiar en la Universidad de Manchester. Al comienzo de mi segundo curso, me fui a vivir a una casa compartida con mis amigos fuera del campus. Una tarde, estaba a punto de ir a la ciudad cuando mi madre me llamó al móvil, y enseguida percibí la desesperación en su voz. Un oficial de enlace de la policía había ido a visitarla y la había informado de que iban a poner en libertad a Abigail Langdon y a Josie Fairchild con una nueva identidad.

Por los asesinatos de Nick y Simon, habían cumplido once años de condena.

Salieron de la cárcel seis meses antes de la muerte de mi madre.

9

En mi pasillo tengo colgada una foto de Nick que era la preferida de mi madre. Se la hicieron al final de su último trimestre en la escuela; Nick había perdido la corbata del uniforme después de un partido de críquet y, tras pedirle prestada una a un amigo para la fotografía, se la había atado con un enorme nudo. En la imagen, lleva el pelo moreno corto y su sonrisa radiante ilumina todo su rostro. Mi madre adoraba esa foto. Capta la absoluta alegría de Nick al final del último trimestre escolar y el comienzo de las largas vacaciones de verano. Parado delante de la fotografía, me la quedo mirando y, al ver sus ojos relucientes y risueños, tengo que darme la vuelta.

Me dirijo despacio a la parte delantera de la casa, iluminada por el brillante sol primaveral, y decido pasear por el parque con la esperanza de que un poco más de aire fresco me ayude a aclararme las ideas. Al salir, veo aparecer un coche de policía que gira desde Lower Haddley Road.

Me da un vuelco el estómago.

Espero junto al muro que recorre la parte anterior de mi jardín y observo cómo el coche se detiene justo delante de mí. De él se bajan dos mujeres policías, una vestida de civil.

–¿Señor Harper? ¿Benjamin Harper? –pregunta, al tiempo que se aparta de la puerta del acompañante. Lleva el pelo recogido y tirante, lo cual le da lo que uno de los redactores *freelance* del portal llama «estiramiento facial Croydon»–. Soy la subinspectora Lesley Barnsdale –se presenta, y me tiende la mano–. Me pregunto si podríamos hablar en un sitio tranquilo. –Su compañera uniformada

rodea el coche desde la puerta del conductor–. Ella es la agente Daniella Cash.

Le dedico una sonrisa a la agente Cash y ella me corresponde con una mirada compasiva. Saben muy bien quién soy.

–¿En qué puedo ayudarlas? –preguntó, dirigiéndome a la subinspectora Barnsdale.

–Será mejor que hablemos dentro. –Es la respuesta.

Yo suspiro.

–Claro.

Una vez en casa, las llevo al salón. Es una estancia que apenas utilizo, pues aunque hice que la redecoraran, siento que esa parte de la casa todavía pertenece a mi madre.

–Siéntense –les digo, al tiempo que hago un gesto hacia los sillones que hay a ambos lados de la chimenea. Son los mismos que mi madre escogió hace más de veinte años–. ¿En qué puedo ayudarlas? –repito, después de un incómodo momento de silencio–. Voy un poco justo de tiempo.

–Procuraremos ser breves, señor –dice la agente Cash.

Unos cuantos rizos rubios se le escapan por debajo de la gorra que se ha calado con esmero, y cuando miro en su dirección, trata de volver a meterlos con actitud cohibida.

–Queríamos hablar con usted –continúa la subinspectora Barnsdale, esforzándose por adoptar un tono considerado–, en relación con asuntos referentes a su historia familiar.

–Lo entiendo –respondo en un tono monótono.

–Tenemos que hacerle algunas preguntas a propósito de un incidente acaecido en las últimas cuarenta y ocho horas –prosigue Barnsdale–. La policía de West Yorkshire está investigando una muerte inexplicada en las afueras de Leeds. En este momento intentan determinar las circunstancias que rodean a la muerte de una mujer.

–¿Creen que la han asesinado? –pregunto, recordando la noticia que he leído en internet.

–Ahora mismo no lo podemos confirmar, pero es una posibilidad –interviene la agente Cash, que no se percata de la mirada que le dedica su superior.

Es evidente que solo debería participar en la conversación si la otra se lo pide.

–La policía de West Yorkshire aún está investigando –continúa Barnsdale–, pero por ahora no pueden descartar que las circunstancias sean sospechosas.

–Y ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

–Desde que se descubrió el cuerpo, se ha llevado a cabo un registro exhaustivo de la casa de la víctima, y en el curso de ese registro, se han encontrado varias cartas dirigidas a ella escondidas bajo los tablones de madera del suelo del salón. Creemos, señor Harper, que fue su madre quien escribió esas cartas a la mujer muerta.

–¿Mi madre? –pregunto, en un tono teñido por la sorpresa–. Saben que murió hace diez años, ¿verdad?

–Somos conscientes –responde la subinspectora Barnsdale–, y lo acompañamos en el sentimiento. Sin embargo, creemos que las cartas se escribieron en las semanas previas a su muerte. Me pregunto si podría aclararme qué motivo podría tener su madre para escribir a una mujer de la localidad de Farsley, a las afueras de Leeds, hace diez años y medio.

Yo niego con la cabeza.

–No, lo lamento. No se me ocurre ninguno en absoluto.

–¿Nunca habló de…? –Barnsdale se interrumpe antes de plantear otra pregunta—: Señor Harper, ¿conoce a una mujer llamada Demi Porter?

Ambas policías me dedican una mirada expectante y yo las miro a ellas con el rostro inexpresivo.

–No, lo siento –contesto–. Nunca he oído ese nombre. Si es la persona a la que mi madre escribió, no tengo ni idea de quién era. Lamento no poder ser de más ayuda.

–¿Está seguro de que el nombre no le suena de nada? –insiste la agente Cash, clavando la mirada en la mía.

–Por completo. Como he dicho, no lo había oído en mi vida. Aunque, por otra parte, muchas personas escribían a mi madre y ella contestaba a algunas. Sobre todo en esa época. No sé si lo saben,

pero por entonces fue cuando pusieron en libertad a las asesinas de mi hermano.

Las dos policías intercambian una mirada que no logro descifrar.

–Somos conscientes de que mucha gente se puso en contacto con su madre –dice la subinspectora–. Pero estas cartas, las que se han encontrado cerca del cuerpo de la mujer muerta, no son de esa clase.

–¿En qué sentido? –pregunto–. ¿Me puede dar una pista de lo que se dice en ellas?

Cash está a punto de hablar, pero la subinspectora se le adelanta.

–Señor Harper –dice, e ignora por completo mi pregunta–, ¿está seguro de que su madre nunca habló de una conocida o de alguien con quien se comunicaba en Farsley, o en Leeds y sus alrededores?

–A mí no –respondo en tono incisivo–. Creo que no puedo contarles nada más. –Cruzo el salón y abro la puerta para que se marchen–. ¿Están seguras de que las cartas son de mi madre?

–Tan seguras como podemos estarlo en estos momentos –dice la subinspectora Barnsdale sin levantarse–. Después de leer las cartas, parece que su madre se dirigía directamente a la víctima. Señor Harper, tengo que informarlo de que la mujer a la que escribía su madre… Su verdadero nombre no era Demi Porter, sino Abigail Langdon.

Dos

«Esta podría ser mi oportunidad para averiguar la verdad que mi madre buscaba con tanto empeño».

10

Desde el umbral de la puerta de su salón, Holly Richardson contempló cómo su hija de cuatro años, Alice, se reía viendo a Peppa Pig saltar de un charco embarrado a otro. Al mirar a su hija, con su suave pelo rizado y casi cobrizo que le llegaba hasta los hombros, Holly tuvo que reprimir el impulso de irrumpir en la habitación, cogerla entre sus brazos y echar a correr sin mirar atrás. En lugar de eso, cerró sin hacer ruido la puerta del salón y subió los tres tramos de escalera hasta la habitación de la buhardilla de su casa de Haddley.

Al llegar a lo alto de la vivienda que compartía con su marido, Jake, y la hija de ambos, a Holly se le hizo un nudo en el estómago. Abrió la puerta mientras se decía que no tenía nada que temer. La puerta de entrada de la casa estaba cerrada con llave; lo había comprobado dos veces, pero aun así acabó tocándose el bolsillo para palpar la llave mientras entraba en la habitación.

Al aspirar el aire viciado y mohoso de la estancia, Holly se tapó la boca con la mano, mientras contemplaba el caos de muebles descartados y aparatos de gimnasia sin usar –un legado de buenas intenciones–, mezclados con adornos navideños metidos en cajas y hasta una barbacoa oxidada. Al otro lado de la habitación, en la esquina más alejada, estaba el escritorio de persiana desde el que Jake había dirigido durante un breve periodo de tiempo un exitoso negocio familiar. Hacía mucho que este se había esfumado, asfixiado por la ambición y ahora cubierto por una gruesa capa de polvo. Allí era donde debía empezar a buscar.

Un sofá de un rojo desvaído, que Holly había llevado a la casa siete años atrás, cuando Jake y ella se casaron, le bloqueaba el paso. Mientras se escurría junto a él, pasó la mano por el desgarrón reparado con meticulosidad que recorría la tela del revés del respaldo. Su madre lo había cosido a mano después de que, al arrastrar el sofá por dos tramos angostos de escalera, el tapizado se rasgara. A Holly no le había importado que su minúsculo estudio estuviera encajonado en el piso superior de un *pub*; era la primera vez en su vida que tenía un hogar propio. Su madre no entendía por qué se había empeñado en alquilar lo que ella siempre describía como un «piso cochambroso sin dormitorio», pero para Holly había significado independencia. Muchos de sus amigos se habían marchado del pueblo, y aquella había sido su oportunidad de empezar a valerse por sí misma.

Para despejar el camino, arrastró el sofá hacia la ventana y, al hacerlo, golpeó la cuna de Alice, que empezó a inclinarse y la obligó a saltar por encima del sofá para evitar que se estampara contra el suelo. La apoyó de nuevo con cuidado en la pared y pasó la mano con delicadeza por un lado. Pensó en la primera noche en que había dejado a Alice en su propia habitación, en cómo se había pasado la mayor parte de la noche durmiendo en el suelo junto a ella.

Junto a la cuna estaba la trona de Alice, con arañazos en la bandeja y el estampado de brillantes globos un poco desvaído. Habían guardado tanto la trona como la cuna para que estuvieran listas cuando naciera su segundo hijo, pero mientras colocaba bien las correas de la silla, Holly supo que ese hijo nunca llegaría.

Al adentrarse más en la habitación, tropezó con un montón de cajas llenas de ropa vieja y las sábanas sin usar que la madre de Jake les había regalado poco después de la boda. Jake había aceptado el regalo con gentileza, pero luego no había dejado que Holly abriera siquiera las cajas. Insistía en que no necesitaban limosnas de nadie y no les hacía ninguna falta la ropa usada de sus padres. Había adoptado la misma actitud con el armario de madera de anticuario que ahora se erguía con tristeza en la pared más alejada, justo delante del escritorio. Jake y ella habían tenido que hacer acopio de todas sus fuerzas para maniobrar por la escalera y

subirlo al desván, antes de llevarlo al otro lado de la habitación. Cuando acabaron, empapados en sudor, intercambiaron una mirada y se echaron a reír a carcajadas. Llevaban menos de un mes casados y, tras quitarse la ropa impregnada de sudor, habían hecho el amor en el suelo de la buhardilla. Holly recordaba cómo había contemplado el cuerpo fibroso de Jake en el espejo de la puerta del armario, pero ahora, al mirar su propio reflejo en ese espejo desvaído –el pelo color miel recogido en una coleta suelta, el flequillo que necesitaba con urgencia un corte antes de convertirse en un homenaje a los años setenta–, le costó evocar la pasión que durante un breve periodo de tiempo había hecho arder su matrimonio.

Apartó con rapidez una bicicleta estática sin asiento antes de retirar la silla de capitán que había aportado al despacho de Jake un aspecto más propio de una novela de Dickens que de un lugar de trabajo del siglo XXI. La cortina del escritorio estaba cerrada con llave. Sentada en el borde de la silla, Holly se sacó un cuchillo pequeño del bolsillo y trató de forzar la cerradura, que se movió, pero no cedió. Al incrementar la presión, el cuchillo resbaló y dejó un minúsculo arañazo en la superficie. Holly se lamió el pulgar, que sabía al polvo de la habitación, y luego frotó con vigor la marca.

¿Era un crujido en la escalera lo que había oído? Sobresaltada, se dio la vuelta para mirar por encima de su hombro.

–¿Alice? –llamó en voz baja, pero no hubo respuesta.

Aborrecía estar tan asustada en su propia casa.

Volvió a centrar su atención en la habitación. Tenía que abrir aquel escritorio. Volvió a introducir el cuchillo en la cerradura y… clic, esta se abrió por fin y le permitió subir la persiana. Dentro había papeles amontonados sobre papeles: facturas del negocio de Jake, recibos impagados y reclamaciones de impuestos. Holly cogió el primer fajo y empezó a pasar las hojas. Lo siguieron un segundo y un tercer fajo de papeles, antes de coger el último. Tras él, había otros dos estantes atestados de documentos. Holly notó que la embargaba el pánico. Sin lugar a dudas, Alice no tardaría en empezar a llamarla. Rebuscó con furia entre los documentos restantes; a todas luces, su

marido no había tirado ni un solo papel desde el día que fundó la empresa. Ojalá hubiera sido capaz de desprenderse de ella.

Al meter la mano en el último estante, palpó una bolsa arrugada de plástico aplastada contra el fondo, y al sacarla, se encontró con una bolsa de supermercado naranja de las antiguas, un artículo que ya resultaba extrañísimo. Hecho un gurruño, dentro había un pequeño pelele de bebé blanco. Dejó la bolsa a un lado y extendió sobre su regazo la sencilla prenda con su conejo bordado. Con delicadeza, estiró mangas y perneras, y lo alisó hasta que quedó perfecto.

Era evidente que el pelele no había pertenecido a Alice. A su hija, que había pesado cinco kilos al nacer, nunca le habría cabido. Aquella prenda era para un recién nacido diminuto.

Holly la levantó y le dio vueltas entre las manos. Apenas estaba usada. Abrumada por una necesidad inexorable de aspirar el aroma a recién nacido, se la acercó a la cara, pero el olor del niño al que había pertenecido en su día, fuera quien fuera, se había desvanecido hacía tiempo. Así que Holly carraspeó al notar en la garganta el olor a humedad que había impregnado el pelele después de estar escondido en el fondo del escritorio de Jake.

Tras volver a alisarlo con meticulosidad sobre sus rodillas, se preguntó cuánto tiempo llevaría oculto. Con la solicitud de una madre, abrochó los tres minúsculos broches de presión hasta el cuello, y luego pasó los dedos por la tela de algodón.

Entonces le dio un vuelco el corazón.

Un toc-toc-toc-toc en la puerta principal de la casa.

Se quedó petrificada.

Y lo volvió a oír.

Toc-toc-toc-toc.

Toc-toc-toc-toc.

11

Con el corazón desbocado, Holly se apresuró a meter el pelele en la bolsa y lo introdujo de nuevo en el fondo del estante. Luego, embutió los fajos de papeles dentro del escritorio y bajó la persiana hasta que oyó el clic de la cerradura.

Los golpes en la puerta se repitieron una vez más. Miró con atención a su alrededor para ver si había alguna señal evidente de su presencia allí y, mientras se apresuraba a cruzar la habitación, la manga se le enganchó en el pomo del armario, y tuvo que pararse para soltarla. Se dijo a sí misma que debía calmarse. Al tocar la llave que llevaba en el bolsillo, se sintió tranquila durante un instante. La puerta de entrada no podía abrirse desde fuera. Holly sabía que a él le gustaban las puertas cerradas con llave para que Alice y ella estuvieran a salvo. Le diría que estaba en el lavabo cuando había llamado.

Y entonces sonó el timbre y el corazón se le desbocó de nuevo.

Trepó por el asiento de su viejo sofá y se asomó por el ventanuco del desván. Apoyada en el pequeño alféizar, se estiró y vio el camino de acceso que había justo debajo. Un repartidor de uniforme estaba parado delante de su puerta con una caja en la mano, y aparcada en el bordillo había una furgoneta blanca con las letras PDER en el lateral.

Tomó aire para calmarse y observó al repartidor, que se apartó de la puerta con el paquete aún en la mano. Holly entreabrió la ventana.

–Lo siento –gritó–. Estoy aquí arriba, en el desván. Enseguida bajo.

Mientras corría escalera abajo, el latido de su corazón recuperó su ritmo normal y, después de hacer girar la llave y abrir el pestillo, Holly sintió alivio al encontrarse con el rostro enrojecido por el sol de Phil Doorley, el dueño de PDEntregas-Rápidas.

–Hola, señora Richardson –dijo Phil, al tiempo que le entregaba el paquete.

–Siento haberlo hecho esperar. Como le he dicho, estaba arriba. Nunca me acabo de decidir a poner orden. Alice no me deja un momento libre –contestó ella, hablando cada vez más rápido–. De haber sabido que era usted, habría bajado de inmediato.

–No hay problema –dijo él, y le tendió el justificante para que lo firmara.

–Déjeme meter esto en el recibidor –dijo Holly, que entró en la casa y depositó la caja al pie de la escalera, antes de volver a la puerta para firmar el papel–. No he pedido nada; no sé qué puede ser –comentó.

–Esperemos que sea una sorpresa agradable –contestó Phil, que tras coger el justificante se dio la vuelta para bajar por el camino.

–Gracias otra vez por esperar.

–No se preocupe –dijo Phil, y la saludó con la mano.

Holly tenía la impresión de que Phil Doorley era alguien con muy pocas preocupaciones en la vida. Había ido a la misma clase que Jake en la escuela antes de estudiar Magisterio en la universidad y regresar a la escuela primaria de Haddley. Después de tres años en el colegio, había decidido que ser profesor no era lo suyo y había montado una empresa de reparto local. Holly lo veía a menudo por Haddley y Saint Marnham, siempre con un desenfadado «hola» en los labios y, en apariencia, más pancho que ancho.

Se quedó en el umbral mirando como él se subía a su furgoneta y le devolvió el saludo mientras él se alejaba. Luego, cerró la puerta, echó la llave y, al oír el clic de la doble cerradura, dejó escapar un suspiro de alivio. Con los carrillos hinchados, se frotó la cara y entró de nuevo en el salón. No podía seguir viviendo así.

Justo cuando se dejaba caer en el sofá, le vibró el teléfono.

Abrió el mensaje.

Ya sabes lo que pasa cuando te pones a buscar

12

–Me alegro de que esté muerta –le digo a la subinspectora Barnsdale, mientras retrocedo hasta apoyarme en la pared del salón para mantener el equilibrio.

Me llevo la mano a la cara al tiempo que, por un instante, la oscuridad se cierne sobre mis ojos. Me empieza a temblar el cuerpo y soy consciente de que Barnsdale tiene la mirada clavada en mí. Me obligo a respirar. La agente Cash se levanta enseguida y noto cómo me pone con delicadeza la mano sobre el brazo y me conduce de nuevo a través de la habitación.

–Venga aquí; siéntese –dice mientras nos dirigimos muy despacio al sillón favorito de mi madre–. Está claro que todo esto le ha supuesto un *shock*.

Dejo caer la cabeza hacia delante y, por un momento, nos quedamos sentados en silencio mientras yo trato desesperadamente de entender lo que me dicen las policías. En vísperas del décimo aniversario de la muerte de mi madre, Abigail Langdon ha sido asesinada. Durante las semanas previas a su muerte, mi madre se carteó con ella. Ninguno de estos hechos tiene ninguna lógica para mí.

–Espero que haya sido brutal –digo, al tiempo que alzo la vista hacia Barnsdale.

La ira, el odio que me corroe por dentro incluso después de todos estos años, son incontrolables. Intento no pensar nunca en esas dos chicas. Ese tipo de rencor es demasiado extenuante.

La subinspectora Barnsdale no parece sorprendida.

–Tómese su tiempo, señor Harper –dice con amabilidad–. A veces puede ser difícil procesar algo tan impactante.

–¿A quién le puede impactar su muerte? –exclamo al tiempo que me levanto de nuevo, solo para que me vuelvan a fallar las rodillas. Cash hace ademán de acercarse, pero yo recupero el equilibrio–. Abigail Langdon era una de las personas más odiadas de Gran Bretaña, que pasó gran parte de su vida encarcelada por ser una asesina infantil. Me puedo imaginar la clase de compañías que ha frecuentado desde su puesta en libertad. La única sorpresa es que esto no haya pasado antes.

–Señor Harper –responde la subinspectora Barnsdale, que está inmóvil en su asiento–, no le quepa ninguna duda de que nuestra investigación explorará todas las posibilidades alrededor de la muerte de Abigail Langdon. Sin embargo, necesitamos entender por qué su madre escribió a la difunta y, más apremiante aún, cómo consiguió su nombre y dirección. Esas cartas dejan claro que, durante diez años, su nueva identidad como Demi Porter estuvo comprometida.

–Comprometida por alguien que vivía en esta casa –digo, recuperando mi capacidad de razonar y atando cabos.

–Eso parece, sí.

–¿Puedo ver las cartas?

–Me temo que no. Son pruebas en una investigación de asesinato.

–En ese caso, poco más le puedo decir –replico con cierta grosería.

Veo que Cash mira en dirección a su superior.

–Somos conscientes de que esto es muy difícil para usted –empieza la agente–. Lo único que le pedimos es que nos ayude. Queremos hacernos una idea de cómo es posible que su madre se pusiera en contacto con Abigail Langdon, y por qué.

–Sin conocer el contenido de las cartas, me es casi imposible adivinarlo, ¿no cree?

–No se trata de que no queramos compartir el contenido con usted –responde Cash con cautela–, pero en este momento no podemos permitir que ninguna información llegue a la prensa y que, en consecuencia, eso complique el desarrollo de la investigación.

–Y usted trabaja para el mayor portal digital de noticias del Reino Unido –añade Barnsdale.

–Inspectora, he publicado suficientes noticias de portada como para no necesitar ninguna más. Puede estar segura de que no tengo ningún deseo de ir a la caza de más titulares.

–Tal vez si pudiera sentarse de nuevo… –dice Cash, colocando la mano sobre el sillón de mi madre.

Hago lo que me pide y luego me inclino hacia la agente.

–Si no pueden mostrarme las cartas, ¿pueden al menos darme una idea de lo que quería mi madre de Langdon?

Cash mira a su superior mientras la subinspectora, incómoda, se pasa la mano por la falda de tubo y alisa unas arrugas imaginarias.

–Tenemos entendido –empieza Cash– que se han encontrado dos cartas en casa de la mujer que ahora se llamaba Demi Porter. El primer sobre está dirigido a la señorita Porter, pero en la carta que contiene se refiere a ella como Abigail Langdon. La autora afirma que es Clare Harper. Por supuesto, compararemos la letra con otras muestras, pero no tenemos motivos para creer que sea una falsificación. Deja claro que sabe dónde está Langdon pero que no tiene deseo alguno de inmiscuirse en su nueva vida.

Yo asiento en silencio.

–Su madre –continúa Cash– habla del intenso dolor que experimentó al perder a un hijo de una manera tan inhumana, y pregunta sin rodeos por qué eligieron a Nick y a Simon Woakes como víctimas. También le dice a Langdon que solo cuando ella tenga su propio hijo podrá empezar a comprender el sufrimiento que ha ocasionado.

La agente Cash se calla y se vuelve hacia Barnsdale, que prosigue con el relato:

–A nuestro juicio, el propósito de esta primera carta era generar cierto nivel de confianza con Langdon. Insiste en repetidas ocasiones en que nunca compartirá con nadie la identidad o la dirección de Langdon, y termina explicándole el impacto emocional que tuvo en ella, y en usted, lo que hicieron las dos chicas. También anima a Langdon a que comparta con ella el impacto en su propia vida.

La subinspectora Barnsdale vuelve a clavar la mirada en mí, pero yo no digo nada.

–La segunda carta –empieza Cash, observándome con atención– parece haber sido enviada poco después de que su madre recibiera la respuesta a la primera. Le habla más en detalle de su hermano; lo que perdió, la vida que imagina que podría haber tenido. A continuación conjetura que Langdon debe de vivir con un miedo constante, pero le asegura que no tiene nada que temer de ella. Sin embargo, también hace referencia a una petición de Langdon que creemos que esta debió hacerle en la respuesta a la primera carta de su madre. –Vacila un momento antes de proseguir–: Por supuesto, solo podemos interpretarlo basándonos en una parte del intercambio, pero parece que Langdon le pidió veinticinco mil libras por los secretos que podía revelar.

–¡Veinticinco mil libras! –exclamo, dando una patada al reposapiés que tengo delante–. Es increíble. ¿Cómo se atreve a pedirle dinero después de lo que hizo?

–Su madre deja muy claro que no tiene ninguna intención de pagar nada a cambio de información –aclara Barnsdale–. Señor Harper, ¿obra en su poder alguna carta que su madre pudiera haber recibido de Langdon a modo de respuesta?

–No, nada. Nunca he encontrado nada así –contesto, al tiempo que me pongo de nuevo en pie–. Menuda desvergüenza, ¡pedirle dinero! Todo lo que sabemos de ella debe ser verdad.

–¿En qué sentido? –pregunta Barnsdale con calma.

–En el sentido de que ella fue la cabecilla; que todo lo que pasó fue porque ella lo instigó, que hizo caer en sus redes a Josie Fairchild y le comió la cabeza con sus demenciales planes. Que era la maldad personificada –concluyo, alzando la voz por la ira.

–Todo eso no son más que especulaciones propagadas por la prensa, y en este momento no nos ayudan en nada. Langdon y Fairchild recibieron la misma sentencia.

–¡Intentó extorsionar a mi madre para sacarle dinero! A lo mejor debería preguntar por qué narices la dejaron en libertad, para empezar.

–Señor Harper, por los espantosos sucesos que tuvieron lugar aquí en Haddley hace veinte años, siempre tendrá toda mi compasión y la de la policía metropolitana… –De pie y sin moverme, clavo la mirada en la subinspectora mientras ella trata de encontrar las palabras–. Pero Abigail Langdon cumplió su condena y no tenemos motivos para creer que, durante la última década, rompiera ninguna de las condiciones de su puesta en libertad. En los últimos años, mientras vivía como Demi Porter en el pueblo de Farsley, en las afueras de Leeds, Langdon logró integrarse con éxito en la comunidad local. En el supermercado local la consideraban una compañera de fiar, y tenía alquilado un pequeño piso de una habitación. En lo que debemos centrarnos hoy es en el hecho de que una mujer ha sido asesinada y, por lo que ha averiguado la policía de West Yorkshire, no podemos descartar que haya relación entre su muerte y la de su hermano. –El tono de Barnsdale cambia cuando me pregunta–: Señor Harper, ¿puede decirme si ha estado alguna vez en Farsley?

13

–Jamás. Siguiente pregunta.

–Como parte de nuestra investigación, señor Harper –insiste la subinspectora–, tengo la obligación de preguntarle por su paradero durante las últimas cuarenta y ocho horas.

–¿Ahora soy un sospechoso? –Barnsdale no dice nada, sino que se limita a esperar con paciencia a que le responda–. He estado todo el tiempo en Londres o cerca de la ciudad. O bien en Haddley, o bien en el trabajo. Anoche salí con unos amigos. Hay un montón de personas que pueden confirmarlo, si hace falta.

–Gracias –contesta con sequedad la subinspectora–. Es posible que más adelante le pidamos esos nombres.

La agente Cash pone la mano sobre el brazo de mi sillón y se inclina hacia delante. Yo cruzo la habitación y me siento de nuevo.

–¿Se le ocurre cómo pudo averiguar su madre la nueva identidad de Langdon? –pregunta.

–No –contesto–. De haber sabido que se comunicaba con ella, habría hecho todo lo que estuviera en mi mano para impedírselo.

–Durante los últimos diez años –señala Barnsdale–, se han emitido en dos ocasiones órdenes judiciales contra unos medios cada vez más descontrolados para evitar la revelación de la verdadera identidad de Demi Porter.

–Mi portal no fue uno de esos medios –replico, y me quedo un momento callado, mientras trato de impedir que mis pensamientos deriven hacia Madeline y todo lo que sabe sobre mi historia

familiar–. En cualquier caso, subinspectora, esas órdenes judiciales se emitieron mucho después de la muerte de mi madre.

–Eso no significa que, en los círculos periodísticos, no se conociera la nueva identidad de Langdon antes del fallecimiento de su madre.

–Yo no tengo nada que ver. –Miro a Barnsdale a los ojos–. Hace diez años, sus colegas concluyeron que mi madre se había arrojado a las vías, delante del tren de las ocho y seis en dirección a Waterloo. –Bajo la voz y me inclino hacia delante para añadir–: Si en ese momento yo hubiera sabido dónde estaba Langdon, subinspectora, la habría matado yo mismo.

Por el rabillo del ojo, veo a la agente Cash observar su reflejo en sus lustrosos zapatos.

–En lo que a mí concierne –continúo–, hasta que me lo han contado ustedes hoy, no tenía ni idea de dónde estaba Abigail Langdon ni de que mi madre se había puesto en contacto con ella. –Me levanto de nuevo y me dirijo a la puerta–. Creo que hemos terminado. Abigail Langdon era una perversa asesina de niños. Millones de personas la querían ver muerta. Cualquiera podría haber averiguado dónde vivía y, aparte de dos cartas escritas hace diez años, a mi parecer no hay nada que vincule su muerte con mi familia ni con Haddley.

Abro la puerta del salón y, aunque Cash hace ademán de ponerse en pie, Barnsdale se queda quieta.

–Si pudiera esperar un momento, señor Harper –me pide en voz baja–. Porque a pesar de que diga que no hay nada que lo vincule a usted o a Haddley con este asesinato, me temo que sí lo hay.

14

De pie en el linde del parque, trato de asimilar lo que me han contado las policías. Después de observar cómo su coche se aleja despacio, no puedo evitar desviar la mirada hacia la entrada del bosque, cubierta de matorrales. Es como si todo lo que les pasó a Nick y a Simon siguiera existiendo aquí en Haddley.

Doy media vuelta y echo a andar calle arriba hacia el jardín de los Cranfield.

–¿Cómo va el dolor de cabeza? –me pregunta el señor Cranfield mientras me acerco.

Me siento como un escolar travieso que regresa al lugar del crimen. Le contesto que he tenido mañanas mejores.

–No estará usted limpiando todavía, ¿no? –pregunto mientras él me da un firme apretón en el hombro–. Espero que no fuera muy horrible –continúo, asomándome a su jardín para mirar el parterre y sintiéndome abochornado, como es de recibo–. Una de esas salidas con gente del trabajo que se me fue de las manos.

–No le des más vueltas. Además, de todos modos hoy tenía pensado abonar los arriates.

–Apuesto a que duele –digo con una sonrisa.

–A veces –contesta–, sobre todo mi espalda. ¿Va todo bien? –añade, al tiempo que señala con la cabeza hacia Lower Haddley Road, donde Barnsdale y Cash se han incorporado a una larga fila de coches.

–Supongo que se podría considerar una visita de cortesía –digo, mientras sigo tratando de entender lo que me han contado las

policías.

Me siento en el murete de piedra que delimita el jardín delantero de los Cranfield.

–Has tenido una vida entera de esas –contesta él, y se sienta a mi lado–. Mi mujer me ha contado que tu jefa quiere que escribas un artículo por el aniversario de tu madre.

–Le he dicho que no, pero cada vez tengo más la sensación de que sigue habiendo muchas preguntas sin respuesta –le explico, mientras él golpea sus botas embarradas contra el muro–. Preguntas que debería haber hecho desde el principio, pero es que no quería enfrentarme a ello. ¿Cree que le he fallado?

–No –responde con firmeza el señor Cranfield, al tiempo que me da un apretón en el hombro.

Pienso en lo que me han contado las dos policías.

–¿Debería haberme esforzado más por entender lo que pasó? Nadie mejor que yo para obtener las respuestas que ella merecía, las respuestas que estaba desesperada por conocer.

–Lo único que sabemos con certeza es que Clare habría querido que vivieras tu vida exactamente como lo has hecho. No vivas con remordimientos, Ben.

Echo un vistazo a la calle: las ordenadas fachadas, los jardines cuidados con esmero. Nadie diría que este sitio ha sido testigo de semejantes tragedias. ¿Qué se me ha pasado por alto?

–Tengo que hablar con Madeline –decido–. Si le digo que escribiré algo solo con mis condiciones, esta podría ser mi oportunidad para averiguar la verdad que mi madre buscaba con tanto empeño.

El señor Cranfield me mira con seriedad.

–Hagas lo que hagas, ella no va a volver, Ben.

–Lo sé –contesto–, pero mi madre se merece algo más que compasión eterna. Estaba rodeada de tanto amor y apoyo, que no había motivo alguno para que se quitara la vida. ¿Por qué lo hizo?

–Ojalá lo supiera, Ben.

–Usted estaba allí. La gente quería ayudarla, apoyarla. Había sufrido mucho, pero siempre encontraba la fortaleza y la dignidad.

–Era una mujer extraordinaria.

–Yo no estaría donde estoy de no ser por ella. Fue su fuerza y su determinación las que me permitieron superarlo todo. No tiene sentido que se quitara la vida. No de esa manera, sin dejar ni una nota, sin un atisbo de lo que iba a hacer.

–Sin despedirse…

Los ojos se me llenan de lágrimas y las reprimo con vehemencia.

–Estaba tan enfadado con ella por abandonarme, tenía tanto miedo de que lo hubiera hecho porque yo le había fallado de alguna manera, que nunca me paré a pensar –continúo en voz baja, tanto para el señor Cranfield como para mí–. ¿Y si las cosas no sucedieron como creemos?

Él apoya la mano en mi hombro.

–Nadie puede saber qué siente de verdad otra persona.

Nos quedamos sentados en silencio y dejamos vagar la mirada hacia el bosque de Haddley.

–¿Cómo te sentirías si volvieras a ser noticia de portada? –me pregunta él al cabo de un momento–. Porque eso es lo que podría pasar.

–Es lo mismo que le dije a Madeline –respondo–. Le dije que era lo último que quería, pero si aparecer en más titulares es el precio que tengo que pagar para entender realmente lo que pasó, tal vez deba aceptarlo.

Él se encoge de hombros con suavidad.

–Tú eres el único que puede tomar esa decisión.

Nos volvemos hacia la señora Cranfield, que baja por el camino lateral desde la puerta trasera con una taza de té en la mano.

–¿Es para mí? –pregunta el señor Cranfield, que se pone de pie y coge la bebida.

–¿Quieres una, Ben? –me pregunta ella.

–Estoy bien –contesto–. Sigo acelerado por las tres tazas de café que me he tomado ya.

–Anoche estuvo con Min –anuncia la señora Cranfield en tono conspirativo.

–Éramos un grupo, pero vamos a dejar el tema –digo, mirando al señor Cranfield–. Su mujer me ha salvado la vida esta mañana con su café recién hecho y un bocadillo de beicon.

–¿Seguro que no quieres una infusión? –insiste ella.

–Seguro.

–En ese caso, me vuelvo a casa y os dejo que habléis –dice la señora Cranfield, al tiempo que echa a andar–. No te olvides: comida el domingo –me grita mientras entra.

Yo miro al señor Cranfield, que le da un sorbo al té y me mira pensativo.

–Madeline me enseñó que hay que empezar por lo que uno sabe y desandar el camino a partir de ahí –empiezo, y él asiente despacio–. La mañana que murió mamá… se marchó de casa hecha una furia después de gritarme. Ninguna nota, ningún indicio de lo que iba a pasar. ¿Y luego cruzó el parque sin esperarlo a usted, a diferencia de todas las demás mañanas?

Él asiente.

–Supongo que, con el tiempo, tu madre y yo llegamos al acuerdo de que no había acuerdo, si es que eso tiene sentido. –Yo sonrío en silencio y dejo que prosiga–: Mi tren a Richmond salía un par de minutos después del suyo a Waterloo, así que íbamos a la estación prácticamente al mismo tiempo. Acabamos por sincronizarnos. Ver a Clare salir de casa era mi señal para despedirme de la señora C. Luego, me marchaba y me reunía con ella en el camino, justo en la curva que hay en la parte de arriba del bosque. El trayecto hasta la estación no duraba más de diez minutos. De vez en cuando hablábamos del trabajo, pero la mayoría de los días hablábamos de ti. –Yo me sonrojo un poco, aunque sigo sin decir nada–. Cuando llegábamos a la estación, ella se iba a su andén y yo al mío. A menudo acabábamos de pie uno delante del otro, con las vías de por medio. A veces nos saludábamos con la mano cuando ella se subía al tren; a mí me quedaban dos minutos de espera.

–¿Y esa mañana? –pregunto.

Él suspira.

–Ojalá las cosas hubieran sido distintas, pero eso ya lo sabes, Ben.

Lo miro mientras se aleja de mí para cruzar la calle hasta el parque, y luego lo sigo.

–No hay mucho que contar. Hacía poco que un nuevo socio había entrado en el negocio, así que yo había empezado a reducir la

cantidad de días que iba a la consulta. –Avanzamos juntos por la hierba y cogemos el camino que habría tomado mi madre ese día–. La vi desde la ventana del piso de arriba, aunque ella no me vio a mí. Estaría más o menos por aquí –dice el señor Cranfield, al tiempo que se para en el sendero para mirar su casa–. Abrí la ventana y le grité que tenía pensado pasar el día trabajando en el jardín; alguna trivialidad sobre que trabajaba más duro jubilado que en la consulta.

–¿Y?

–Y eso fue todo –contesta él, y deshace el camino en dirección a mi casa.

–¿Qué hizo ella? –pregunto, andando junto a él.

–Siguió caminando. A lo mejor no me oyó; no lo sé. ¿Grité lo bastante fuerte? A lo mejor ella tenía la cabeza en otra parte.

–Pero ¿no dio muestras de haberlo oído?

–No, ninguna. Continuó adelante con la cabeza agachada.

–¿Qué pensó usted?

–En ese momento no le di importancia, pero luego, después de lo que pasó y de que la policía me hiciera todas las preguntas que me estás haciendo tú ahora, me di cuenta de que algo no iba bien. Diría que era una mujer abstraída, sumida en sus pensamientos. Aunque yo hubiera gritado desde el tejado con un megáfono, ella no me habría oído.

15

Holly se levantó de golpe del sofá al tiempo que dejaba caer el móvil. ¿Cómo era posible? ¿Acaso la había visto él? ¿Estaba vigilando la casa de alguna manera?

Notó que se ruborizaba mientras se frotaba las manos por la parte de atrás de los tejanos.

El teléfono vibró de nuevo y, al bajar la vista, vio que la pantalla se iluminaba.

Vas a estropear tu sorpresa. ¡No abras la caja! Besos

Abrió el segundo mensaje y vio el nombre del contacto.

«Jake».

Dejó escapar el aire y se desplomó sobre el sofá con una risa nerviosa.

–¿Has recibido un mensaje, mami? –preguntó Alice, desviando la atención de Peppa Pig.

–Así es; de papá –le contestó Holly.

Con el móvil agarrado entre las manos, se dio cuenta de que Phil Doorley debía de haber enviado un mensaje a Jake después de hacer la entrega. Al escribir la respuesta, vio que le temblaban las manos.

Ni un vistazo, te lo prometo.
Hasta mañana, cariño. H

Jake respondió enseguida.

Llegaré tarde. No me esperes despierta. Beso

Holly cerró los ojos y se metió de nuevo el móvil en el bolsillo mientras se dejaba embargar por el alivio. Ya seguiría buscando después.

Se inclinó hacia delante y pasó los dedos por los rizos que rozaban la nuca de su hija.

–¿Papá estará en casa para tu fiesta? –preguntó Alice.

–Claro, es nuestro aniversario de boda –contestó Holly.

–¿Iremos a comprar hoy mi vestido para la fiesta?

–Sí. ¿Y quieres que miremos también unos zapatos nuevos?

–¡Los de punta dorada! –exclamó Alice, al tiempo que se ponía en pie de un salto y rodeaba a su madre con los brazos–. ¡Por favor!

–No te prometo nada. A ver si los tienen en tu talla. Son muy caros.

–Pero los necesito para la fiesta.

Holly estrechó a su hija entre sus brazos y sus pensamientos vagaron de nuevo hacia el minúsculo pelele oculto en el escritorio del desván. ¿Qué había sido del bebé que lo había llevado en su día? Recordó su propia dicha y su agotamiento durante los primeros meses tras el nacimiento de Alice. Lo rápido que se había dado cuenta de que haría cualquier cosa por asegurarse de que su hija era feliz… y estaba a salvo.

Sabía que tenía que actuar.

Sabía que debían huir.

16

–¡Ben! –me llama una voz infantil, y al alzar la vista veo a Alice Richardson correr hacia mí por la acera.

–¡Alice! –exclamo, y me agacho para cogerla en brazos.

–Será mejor que vuelva a casa –dice el señor Cranfield.

–Si consiguiera entender qué era lo que preocupaba a mi madre esa mañana, podría empezar a desentrañar que se le pasó por la cabeza cuando llegó a la estación de Saint Marnham.

–Ten cuidado, Ben –es todo lo que me contesta él con la mano en mi espalda, antes de saludar a Holly con la mano y echar a andar de nuevo por un lado del parque.

–Ben –dice la niña con los brazos alrededor de mi cuello–, mamá y yo vamos a comprarme un vestido para su banquete de boda.

–Querrás decir su aniversario de boda –contesto.

–Y también me comprará unos zapatos con la punta dorada.

–Qué bonitos –digo, mientras mi ahijada me agarra un mechón de pelo.

–Ben, tienes el pelo muy rizado –observa–. Mira, si lo estiro así, te pareces al dragón Zog. –Deja escapar una risita y yo no puedo evitar reír también.

–Me parece que tengo que cortármelo –digo, mientras Holly se acerca a nosotros.

La amistad de Holly ha sido una constante a lo largo de mi vida, y confío más en ella que en cualquier otra persona del mundo. Con cuatro años, en nuestro primer día en la escuela de primaria, llegamos al mismo tiempo y nos sentaron juntos en la misma mesa.

Enseguida se nos unió un niño llamado Michael, que hasta el día en que abandonamos la escuela sería el más corpulento de la clase pero que, ese primer día, parecía petrificado por el miedo. Cuando su madre se despidió de él, a Michael empezó a temblarle toda la cara, y Holly extendió el brazo por encima de la mesa para darle la mano.

Desde ese día, los tres nos hicimos amigos, una amistad que conservamos durante más de veinte años. Ya fuera cuando volvíamos de la escuela a la carrera o cuando íbamos en bicicleta por la orilla del río, compartíamos todas nuestras aventuras. Y luego, en esa mañana helada en la que yo había vuelto a la escuela tras la muerte de Nick, fue su amistad la que me dio esperanzas.

Hace siete años, cuando Holly se casó con Jake Richardson, todos lo celebramos hasta altas horas de la noche. La boda, que se celebró en los terrenos de la casa de los padres de Jake, fue una ceremonia por todo lo alto. Hacia el final de la velada, Holly, Michael y yo nos escapamos de la fiesta para sentarnos a la orilla del estanque del pueblo y brindamos a la salud de una amistad que creíamos que duraría para siempre.

Tres años después, Alice llegó al mundo, y el día de su bautizo, mientras la sujetaba en brazos como su padrino, no podría haberme sentido más orgulloso. Pero el orgullo no logró eclipsar el dolor que sentíamos Holly yo por la ausencia de Michael, que había muerto tan solo unas semanas antes en un accidente de coche sin sentido en el que el conductor se había dado a la fuga, y que había supuesto un golpe devastador tanto para Holly como para mí.

17

–El señor C te estaba saludando –le digo a Holly cuando se reúne con Alice y conmigo delante de mi jardín.

–Lo siento, tengo la cabeza en otra parte.

Se gira para devolverle el saludo, pero él ya ha vuelto a concentrarse en el parterre.

–¿Dónde la tienes?

–Nada, estoy un poco distraída.

–Si quieres, te preparo un café –le digo–. Me iría bien hablar un rato.

Con las puertas que dan a mi jardín posterior abiertas, Holly y yo nos sentamos en los escalones mientras Alice excava en el parterre del fondo del césped.

–Cuéntame –le digo.

–En realidad no es nada –contesta Holly–. Estoy estresada por la fiesta del sábado, nada más.

–Es un detalle por parte de tus suegros organizarla.

–Depende de lo que consideres un detalle. En la familia Richardson no se hace nada sin esperar que se lo devuelvas de alguna manera.

–Hol, es tu aniversario de boda.

–Y Francis lo aprovechará para recordar su propia importancia a todo el mundo. Héroe militar, hombre hecho a sí mismo, la casa más grande de Saint Marnham… Y nadie debe olvidarlo jamás. Jake se estresará y seguramente acabará bebiendo más de la cuenta y diciendo algo de lo que se arrepienta por la mañana.

–¡Me muero de ganas! –digo, y le doy un apretón en el brazo.

–¡Ben!

–Vamos, Hol, ¡es una fiesta! –contesto, pero ella vuelve la cabeza–. ¿Holly?

–A Francis solo le interesa el control, y esto es más de lo mismo. Va a dar una fiesta que Jake y yo no podemos permitirnos solo para recordarnos precisamente eso.

–Pues da las gracias y no le des más importancia. Es lo único que puedes hacer.

–Lo sé –responde ella en un tono resignado–. Tendría que dejar de quejarme. ¿Qué te cuentas tú?

–Tengo que explicarte una cosa –digo, y me quedo un momento callado mientras me acerco un poco a ella.

–¿Ben? –Holly me mira a los ojos.

–Abigail Langdon ha muerto.

Percibo la incredulidad en su rostro antes de que me arroje los brazos alrededor del cuello de manera instintiva.

–Espero que sufriera –susurra, abrazándome con fuerza–. ¿Cómo lo sabes?

–La policía ha venido a verme esta mañana.

–¿Y está muerta, seguro?

Yo asiento.

–Sí.

–Gracias a Dios –comenta ella–. Me da igual que suene fatal, pero no podría ser más feliz.

–Ben –me llama Alice desde el fondo del jardín–, ¡he encontrado tres lombrices! Ven a verlas.

–¡Tres! –exclamo, mientras Holly y yo nos levantamos.

–¡Mira, Ben! –grita Alice en tono triunfal–. ¡Otra! Y se mueve mucho.

–Esa es una lombriz monstruo –digo, al tiempo que me agacho junto a ella.

–Me la voy a llevar a casa.

–¿Por qué no la dejas aquí con su familia? Creo que le gusta vivir en la tierra.

–Supongo que sí –dice Alice, y se pone a gatear de nuevo por el parterre después de dejar caer a su presa.

Holly y yo nos dirigimos de nuevo hacia la casa.

–La policía cree que su muerte podría estar relacionada con Haddley y el asesinato de Nick –le explico.

–¿Por qué piensan eso? –se apresura a preguntar Holly–. ¿Te han contado lo que ha pasado?

Yo pienso en el final de mi conversación con la subinspectora Barnsdale y, de improviso, me veo transportado a aquel abominable día de verano de hace más de veinte años. La risa de las chicas resuena en mi mente, y las oigo llamar a los chicos mientras corren entre los árboles hacia la zona elevada del extremo más alejado del bosque.

Me imagino a Nick y a Simon de rodillas, mientras ellas tiran con suavidad de su cabeza hacia atrás y besan sus bocas abiertas. Los filos relucientes que atraviesan su piel sin vacilación. Que se hunden en el lado del cuello de los chicos. La fuerza brutal que introduce los cuchillos hasta la empuñadura antes de desgarrar la carne hacia delante.

Miro a Holly y me froto las sienes con los dedos.

–¿Te acuerdas de cómo mataron a Nick y a Simon, y que los detalles más espantosos nunca se hicieron públicos? –Ella se estremece, lo que equivale a una afirmación–. Bien, pues quien haya matado a Langdon sabía mucho más que la gente de la calle sobre la muerte de Nick y Simon. La han asesinado exactamente de la misma manera.

Tres

«En realidad, no sabemos lo que les pasó a esas chicas después de que las encerraran».

18

Nathan Beavin cerró la puerta de entrada a su espalda y contempló Haddley Common. El sol de última hora de la mañana insuflaba nueva vida al día, una suave brisa soplaba desde el río y el olor a hierba recién cortada flotaba en el ambiente. Nathan llenó sus pulmones con el cálido aire primaveral antes de bajar los escalones de su casa para ir a correr, como hacía cada mañana.

Su recorrido habitual discurría por el sendero que bordeaba el parque. A su espalda se alzaba una fila de imponentes villas victorianas que se erguían en amplios terrenos con vistas directas al Támesis. A un lado del parque había una hilera de casas adosadas más pequeñas, muchas de ellas reformadas con dinero londinense. Mientras corría por el camino, Nathan saludó a su vecino jubilado, que estaba cuidando de su jardín, y luego volvió la vista hacia cada una de las viviendas que custodiaban el parque y el bosque del extremo más alejado. Después de ser testigos de más de un siglo de vida familiar, desde las penurias de la era victoriana hasta el Blitz, ahora habían renacido como parte del Londres contemporáneo. Nathan pensó en las historias únicas que podrían contar todas y cada una de esas casas, así como en los oscuros secretos que seguían ocultando con terquedad.

A su llegada a Haddley, hacía un mes, Nathan había dejado atrás por primera vez su ciudad natal de Cowbridge, en las afueras de Cardiff. De pequeño había sido un niño despreocupado que era feliz en la escuela, protegía a su hermana menor y cuyos padres cuidaban de él todos los días de su vida. Sin embargo, desde muy

tierna edad había sabido que había muchas más cosas por descubrir en el horizonte, una vida que vivir más allá de la que siempre había conocido. No sabía adónde lo llevaría en última instancia su camino, pero sí que Haddley debía ser su primera parada.

Dos días después de su llegada, había empezado a trabajar en uno de los muchos bares que abundaban en la calle mayor. A un cuarto de hora del centro de Londres, los bares de Haddley ubicados a la orilla del río se habían convertido en locales de ocio nocturno cada vez más populares para cualquiera que estuviese dispuesto a pagar más de cinco libras por una pinta de cerveza. Nathan, que servía cócteles en una terraza con vistas al puente de Haddley, enseguida se había dado cuenta de que los juerguistas solo atestaban el lugar las noches del viernes y el sábado, ya fueran trabajadores de la City que se pasaban antes de volver a casa o remeros que salían del río. Todas las noches eran más concurridas que la noche más concurrida en Cowbridge, pero la del viernes era la más concurrida de todas. Las celebraciones que marcaban el final de la semana laboral comenzaban a las cuatro de la tarde y seguían en plena ebullición a las dos de la madrugada.

El tercer viernes de Nathan en Londres, el encargado del Watchman le había pedido que hiciera un turno extra a primera hora de la tarde para cubrir a un compañero. Él había aceptado encantado, sabedor de que las propinas más generosas las daban los trabajadores de la City que volvían a casa a disfrutar del fin de semana. El bar se había llenado ya a la hora del almuerzo, aunque Nathan había tenido tiempo de fijarse en una mujer que llegaba a última hora de la tarde y se reunía con un grupo de amigas en la terraza. Esa tarde, llevó tres botellas de *prosecco* a su mesa y, avanzada la velada, cuando ella se abrió camino entre la multitud para pedir una cuarta, Nathan la estaba esperando.

Mientras charlaba con Sarah Wright, se puso a llenar una cubitera de hielo y no tardó en averiguar que la joven acababa de cerrar un caso de divorcio con un millón de libras en juego y no podía esperar a disfrutar del fin de semana con su hijo pequeño, Max. Nathan se inclinó por encima de la barra y comentó en tono jocoso lo mucho que le apetecía tomarse algo, y mientras clavaba la vista en los ojos

marrón oscuro de Sarah, ella se volvió a mirar a sus amigas y dejó escapar una risita. Ellas gritaron desde la otra punta del bar para pedirle a Nathan que se uniera a ellas, y al ver cómo Sarah se ruborizaba y empezaba a juguetear con su largo pelo moreno, él se vio embargado por el deseo. Tras hacerse un hueco entre las cuatro mujeres a la mesa sentadas en la esquina, les siguió el juego mientras ellas lo pinchaban y le preguntaban qué hacía tan lejos de casa un chico galés tan guapo. Después de tres semanas en Haddley, Nathan tenía ya todas las respuestas preparadas para esa clase de preguntas.

La velada había proseguido con una quinta botella de *prosecco* y, a medianoche, una sexta solo para ellos dos. Aunque ya habían bebido demasiado, eso no los detuvo. Se contaron uno a otro la historia de su vida. La de ella incluía una infancia en Edimburgo, la carrera de Derecho en Londres y luego un trabajo en un bufete de la City en el que se había enamorado de uno de los socios principales, nueve años mayor que ella. Menudo cliché, había dicho Sarah, y Nathan le había asegurado que estaba muy lejos de serlo, lo cual había provocado las risas de ella, que dijo que no sabía muy bien de qué otra forma podía interpretarse su situación. Llevaba menos de un año ejerciendo cuando se había casado con James Wright y se había mudado con él a una villa de Haddley Common.

Habían sido felices durante una temporada, o eso había creído ella. Max nació antes de su primer aniversario de boda pero, tres meses después, James había vuelto a casa una tarde y había anunciado que estaba enamorado de otra mujer. Como parte del compromiso de su bufete para trabajar con la comunidad e invertir en las generaciones futuras, James había dado clases en el King's College, y era allí donde se había enamorado perdidamente de una estudiante de posgrado de veintidós años llamada Kitty.

«Esa misma noche le hice las maletas y lo eché a la calle –había dicho Sarah entre sorbo y sorbo de *prosecco*–. Desde entonces, no ha vuelto a entrar en casa. ¿Y sabes qué? Nunca lo hará. Si algo sé hacer es encontrar un buen abogado matrimonialista».

Gracias al acuerdo, ella se había quedado con la casa y tenía intención de sacarle todo lo posible a James hasta que Max

cumpliera dieciocho años. ¿Por qué tenían que sufrir ellos por las decisiones de él? Sarah había dejado su trabajo en la City y ahora estaba mucho más contenta en un nuevo despacho con sede en Haddley. Max pasaba la noche de los viernes con su padre y volvía a casa el sábado por la tarde. No era perfecto, pero Sarah estaba convencida de que educaría mejor a Max ella sola.

Nathan tenía su propia historia preparada para compartirla con ella. Nacido en Gales, había disfrutado de una infancia feliz, una buena escuela y padres maravillosos, pero ahora era el momento de vivir aventuras. Tenía solo veinte años, así que había decidido tomarse un tiempo libre para descubrir mundo. Sarah se había reído.

«¿Tiempo libre? Todavía no has hecho nada para tener que tomarte un tiempo libre. Ya hablaremos dentro de diez años, cuando tengas mi edad».

A Nathan no le importó, y aprovechó el momento para inclinarse hacia ella y besarla.

Cuando el bar cerró, fueron a casa de Sarah por el camino de sirga, cogidos por la cintura. Al llegar al pie de los escalones de acceso a la impresionante villa, Nathan había visto lo distinto que era aquel mundo del que él había dejado atrás hacía tan solo tres semanas.

La había vuelto a besar y luego habían subido la escalera hasta la reluciente puerta de entrada negra. Ella había rebuscado sus llaves en el bolso y los dos se habían reído mientras trataban de hacerlas girar a ciegas en la cerradura. Tras cruzar el umbral tambaleándose, Nathan se había apresurado a sujetar a Sarah antes de que ella se cayera al suelo, y mientras le cogía la mano y subía con ella por la elegante escalera, notó cómo se apoyaba en él para mantener el equilibrio. Habían recorrido despacio el pasillo hasta el dormitorio, y ella lo había besado una vez más antes de entrar en el baño con paso vacilante. Cuando Sarah cerró la puerta a su espalda, Nathan giró sobre sus talones para estudiar la estancia: la lámpara de araña que colgaba del techo, la chimenea de mármol. Al pasar la mano por el respaldo de la butaca que había frente al fuego, había notado lo suave que era la tapicería al tacto, y luego había contemplado el retrato que colgaba sobre la cama: un niño pequeño caminando con

su madre por un paseo marítimo desierto, mientras el sol se ponía tras el océano. Era el mismo niño con el que había visto a Sarah cruzar el parque la semana anterior.

Tras bajar la intensidad de la luz de la araña, había echado un último vistazo a su alrededor antes de salir del cuarto, desandar con rapidez el camino por el pasillo y pararse ante la entrada del dormitorio del niño. Cuando entreabrió la puerta, la luz alumbró una fotografía enmarcada que descansaba sobre la mesilla de noche, y Nathan la observó mientras apretaba con más fuerza el pomo de latón. A pesar de los veinte años que habían pasado, el pelo castaño lacio del hombre y su nariz de jugador de *rugby* eran inconfundibles.

Tras dar un paso atrás, Nathan había cerrado la puerta con cuidado y luego se había apresurado a bajar de nuevo. Al salir de la casa, se había quedado parado en los escalones de la entrada en medio del aire frío de la noche y había dejado que la puerta se cerrara en silencio a su espalda.

19

Ahora, cinco semanas después de esa primera noche, Nathan aceleró el paso mientras se deleitaba con el calor del sol en su espalda. Los remeros de primera hora de la mañana habían salido en masa al río y las tripulaciones que entrenaban golpeaban el agua con sus remos mientras navegaban por el Támesis en dirección a Saint Marnham. Al llegar al bosque de Haddley, Nathan dio la vuelta y corrió a través del centro del parque hacia la casa de Sarah. Mientras lo hacía, vio a Max y a ella bajar de la mano la escalera de entrada de su villa; la madre miraba atenta a su hijo y le agarraba con fuerza la mano mientras Max bajaba los escalones con actitud concentrada. Al llegar al parque, Max se soltó y Nathan lo saludó mientras el niño salía disparado hacia él.

–¡Nathan! –exclamó el pequeño, corriendo tan deprisa como le permitía su andar vacilante–. ¡Yo también corro!

Nathan se le acercó a paso ligero, lo cogió en brazos y lo lanzó por los aires hacia el cielo azul, lo que provocó gritos de placer en el pequeño. Nathan jamás habría imaginado que se convertiría tan deprisa en parte de una familia tan unida, y tampoco había sido su intención.

Sarah, Max y él solo habían tardado cinco semanas en crear aquel vínculo lleno de felicidad, y cualquiera que los viera jugando en medio del parque daría por hecho que eran una familia. Mientras Sarah avanzaba por la hierba y luego lo saludaba con un beso, Nathan deseó que lo fueran de verdad.

Con los pies plantados de nuevo con firmeza sobre el suelo, el niño de cuatro años le dijo a Nathan que iban a casa de Alice.

–Esta tarde Holly me cuidará mientras mamá va a trabajar, y me quedaré a comer pero no a cenar. ¿Vendrás a cenar a casa, Nathan?

Él se puso en cuclillas para hablar con él.

–Esta noche tengo que trabajar, así que no podré ir –dijo.

–Pero tendrás hambre.

–Ya comeré algo antes –contestó Nathan, y le despeinó el pelo antes de ponerse en pie.

–¿A qué hora acabas hoy? –preguntó Sarah.

–Trabajo en el turno del almuerzo y luego tengo que volver a las cinco. Pero no creo que acabe tarde; con un poco de suerte estaré en casa a las diez.

–Pues te espero entonces –dijo Sarah, y se puso de puntillas para besarlo en los labios.

Mientras contemplaba a madre e hijo alejarse por el parque cogidos de la mano, Nathan supo que debía sentirse afortunado por haberlos encontrado. La mañana después de haberse escabullido del dormitorio de Sarah, había reunido el valor para volver a su casa. Plantado frente a la puerta principal mientras escuchaba el timbre resonar bajito por la casa, había sentido mariposas en el estómago. Al cabo de un momento había aparecido Sarah, tal vez un poco cansada pero tan deslumbrante como la recordaba, y por absurdo que pareciera, el corazón le había dado un vuelco.

«Hola», había dicho al ver que ella vacilaba un instante. Esperaba no haber cometido un error al volver.

«Creo que te debo una disculpa», había contestado ella, y él había visto cómo el color volvía a subirle a las mejillas.

«Pensaba que era yo quien tenía que pedir perdón».

«En absoluto –dijo Sarah, al tiempo que se llevaba la mano a la cara–. Me quedé dormida en el suelo del baño. Lo siento».

«No tienes nada que sentir, de verdad».

«Creo que me metí en la cama como a las cinco. Gracias a Dios que Max está en casa de su padre. He amanecido pasadas las diez».

Nathan había sonreído.

«Me alegro de que hayas dormido un poco –había dicho, mientras Sarah se enroscaba el pelo entre los dedos–, aunque no hayas estado muy cómoda».

«Y gracias por dejarme a salvo en casa», había dicho ella.

«Fue un placer. Seguramente, los dos bebimos demasiado».

«¿Tú crees?», había contestado ella con una sonrisa.

«Igual un par de botellas de más –había dicho él, retrocediendo de manera deliberada–. Bueno, tengo que irme. Solo quería asegurarme de que estabas bien».

«Supongo que no tienes tiempo para un café rápido, ¿no? –había preguntado Sarah–. Es lo mínimo que te debo».

«Me encantaría», había contestado Nathan, y al instante se había agobiado por si parecía demasiado entusiasmado.

Se habían pasado las dos horas siguientes sentados juntos en la cocina de Sarah hasta que, a la hora del almuerzo, había llegado Max. Desde la isla de la cocina, Nathan se había quedado momentáneamente paralizado mientras contemplaba a través del pasillo cómo Sarah abría la puerta a un niño emocionado. Al agacharse a darle un achuchón a su hijo, James Wright había echado un vistazo al interior de la casa y su mirada se había cruzado con la de Nathan, que se había apresurado a volver el rostro.

«¿Estás acompañada?», había dicho James, al tiempo que se adelantaba un poco.

«Sí, y recuérdame por qué es asunto tuyo», había replicado Sarah, desplazándose con firmeza para cerrarle el paso.

«Parece que podría ser un amiguito de Max».

«Hasta el fin de semana que viene –había sido la respuesta de Sarah, antes de hacer salir a su exmarido por la puerta abierta–. No llegues pronto».

Esa tarde, Sarah, Max y Nathan habían dado un paseo por el camino de sirga y se habían parado en los columpios. Mientras empujaba al niño, Nathan había insistido en que Sarah se sentara en el columpio de al lado, y Max había reído con placer y le había pedido con insistencia que empujara a su madre más y más arriba, hasta que ella le había suplicado a gritos que parase. Esa misma

tarde, habían ido andando a Haddley y se habían zampado tres hamburguesas con beicon.

Tras acostar a su hijo, Sarah se había sentado con Nathan y los dos habían compartido una botella de vino tinto. Esa noche, él se quedó a dormir, y lo mismo había hecho la mayoría de las noches desde entonces. Nathan nunca había tenido intención de ir a Londres, enamorarse y encontrar una familia, pero plantado en el parque mientras veía alejarse a Sarah y a Max, se dio cuenta con temor de que eso era justo lo que había hecho.

Cuando madre e hijo llegaron al linde del parque, el niño se dio la vuelta para mirarlo y él lo saludó con la mano, antes de echar a correr de nuevo. Mientras bajaba por el camino y se metía en el bosque, contempló las copas de los árboles que se cerraban sobre él. El sol se colaba entre las hojas, proyectando largas sombras en el sendero. Cuanto más se adentraba, más denso era el dosel de las copas, y poco a poco el sol empezó a desvaírse, la temperatura se desplomó y Nathan notó cómo el bosque se cernía a su alrededor.

Mientras escuchaba el ruido de los árboles, supo que ese bosque encerraba un secreto.

Tuvo que recordarse a sí mismo que, si había ido a Haddley, era precisamente para descubrir ese secreto.

20

–¡Adiós, Ben! ¡Te quiero! –grita Alice una última vez, mientras su madre y ella echan a andar por el callejón que hay detrás de mi casa.

–¡Y yo a ti! –le contesto también a gritos, antes de entrar en mi cocina y cerrar la puerta abatible.

Al echar la llave, me fijo en la fotografía de mi madre y yo que hay colgada en la pared.

Una década atrás, a principios de año, una vigorizante mañana de enero mi madre y yo salimos pronto de casa y cogimos el coche para atravesar Richmond en dirección a Isleworth, donde se encontraba el centro para sacarse el permiso de conducir más próximo a nuestra casa. Tras cruzar el río y pasar por delante del supermercado Asda, mi madre se volvió hacia mí y me sonrió.

«Estoy impresionada –me dijo al tiempo que yo me paraba en un semáforo–. No te has subido a la acera ni una sola vez».

Yo me reí. Varios meses atrás, y tras un puñado de clases, le había dicho a mi madre que estaba preparado para el examen, y ella había accedido a salir conmigo en coche para una lección adicional. Al salir del parque y doblar en Lower Haddley Road, yo me había desviado hacia la acera y había dado un susto de muerte al señor y la señora Cranfield, que subían del río. Mi madre había agarrado el volante y lo había girado para que el coche regresara a la calzada, esquivando por centímetros un taxi negro que se acercaba en sentido contrario. En aquel mismo momento, había prometido

pagarme media docena de clases más y había jurado no volver a coger el coche conmigo.

«Ahora ya solo me subo a la acera cuando aparco».

«Bueno, ¡pues no lo hagas!».

«Le pasa a todo el mundo. No me suspenderán por eso, ¿no?».

«Yo no estaría tan segura, Benjamin».

Una hora después, le enseñé a mi madre el papel que certificaba que había aprobado.

«¡No he tenido que aparcar!», le dije con una sonrisa.

Mientras conducía el coche de vuelta a Haddley, hablamos del viaje por carretera que ella quería a hacer a Arran y yo le prometí que la acompañaría, siempre que nos turnáramos al volante. A regañadientes, ella aceptó.

A principios de marzo, mi madre se reunió conmigo en Manchester y desde allí partimos hacia Escocia. Alquilamos durante tres noches una casita con vistas a la bahía de Whiting mientras explorábamos la isla y disfrutábamos juntos de nuestro tiempo de anonimato. La segunda mañana la dedicamos a visitar la destilería de *whisky* de la isla de Arran, y la foto que cuelga de la pared de la cocina nos captura a los dos sentados delante de la destilería en un banco de pícnic de madera, rodeados de ondulantes colinas verdes. Esa tarde, caminamos por el camino de la costa mientras contemplábamos la bahía y la isla de Holy. Mi madre adoraba el espacio infinito y el aire puro, y mientras paseábamos, hablamos de mis perspectivas de trabajo al terminar la universidad. Mi grado en Ciencias Políticas no me proporcionaba un futuro laboral definido, y yo jugueteaba con la idea de hacerme abogado.

«¡Abogado! –exclamó mi madre–. No te pega nada, Ben».

Yo me reí ante su respuesta.

«¿Por qué no? Creo que se me daría muy bien. ¿No me ves en un juicio?».

«No es como en *La ley de Los Ángeles*».

«¿Qué es *La ley de Los Ángeles*?».

Ella meneó la cabeza con incredulidad.

«Es una serie de televisión excelente de antes de que tú nacieras que dio a los abogados un aire de lo más excitante y glamuroso. En

realidad, el mundo del derecho es tremendamente jerárquico y centrado en el proceso. Y tú no eres ninguna de las dos cosas».

Lo que decía tenía su lógica.

«Estoy segura de que podrías conseguirlo –continuó–, pero al cabo de dos años acabarías aborreciéndolo y queriendo hacer otra cosa. Si es lo que de verdad quieres, te apoyaré, desde luego, pero recuerda que tendrás que trabajar con otros abogados a los que les encanta el proceso y que respetan la jerarquía».

«No creo que me cayera bien esa clase de gente –dije yo entre risas–. Empiezo a pensar que tal vez el derecho no sea lo mío».

Bajo un cielo azul infinito, seguimos caminando y hablando de diversas carreras profesionales y series de televisión, hasta que le pregunté a mi madre qué era lo que quería hacer ella con su futuro. Era una pregunta que, hasta ese día, nunca se me había ocurrido plantear. Durante mucho tiempo, el futuro había sido algo que ninguno de los dos había sido capaz de contemplar. Mi madre me había ayudado con los exámenes para que entrara en la universidad, pero su propia vida había parecido una mera existencia, nada más. Sin embargo, ese día sí habló de sí misma, de sus amigas, de sus ganas de viajar y redescubrir la belleza de nuestro país, que le había sido esquiva durante muchos años; hasta nos reímos comentando que era posible que un día conociera a alguien. Ahora que mi vida iba a seguir adelante, creo que ella había empezado a pensar en un compañero, y yo la animé a apuntarse en Match.com.

«¡Eso es para jóvenes! –Fue su respuesta–. Me daría mucha vergüenza. ¿Y si alguien me ve?».

«De eso se trata –contesté yo–. De que te vea un señor mayor que valga la pena».

«No tan mayor, si no te importa. La mayoría de los hombres mayores que hay en esos sitios buscan a una jovencita atractiva. Ninguno se interesaría por mí. ¡Imagínate qué humillación!».

«Hoy en día eso ha cambiado».

«Me niego en redondo, Ben. ¡Seguro que me las apañaría para encontrar a un pervertido que acabara acosándome! No, solo quiero un compañero con el que me lleve bien, para viajar e ir a buenos restaurantes con él. Hasta estoy dispuesta a pagar a escote».

«Qué moderna», contesté yo.

Había empezado a anochecer y el viento frío arreciaba, así que decidimos volver a nuestra casita.

Durante la noche, el tiempo empeoró, y nuestro último día en la isla nos despertamos con un aguacero que azotaba el ventanal de la parte delantera de la casa. Tras pasarnos la mañana holgazaneando y leyendo el periódico, yo encendí el fuego en la chimenea mientras mi madre preparaba un almuerzo tardío. Después de comer, ella se acurrucó en el sofá con un vaso del licor de crema que se había comprado a modo de capricho al final de la visita a la destilería el día anterior. Juntos, contemplamos la cortina de lluvia que barría el mar.

«Gracias», dijo ella de pronto.

«¿Por qué?».

«Por pasar tres días con tu vieja madre en una isla escocesa. Creo que es probable que eso sea desvivirse por mí. –Yo sonreí y ella prosiguió–: No quiero que te pases la vida preocupado por mí o que sientas que tienes que quedarte conmigo. Siempre me alegro de verte, pero voy a estar bien». Dejó de hablar y contempló la bahía, en la que un barco solitario se abría paso en el mar agitado

«Lo sé –contesté–, y no importa en qué parte del mundo me encuentre: siempre estaré al otro extremo del teléfono».

«Lo sé».

Nos quedamos un momento en silencio. En la bahía, el barco continuó alejándose mientras se enfrentaba con determinación al oleaje.

«Tienes que vivir tu vida, Ben –dijo ella–. No pasa un día sin que piense en Nick, pero no podemos hacerlo volver».

«Siempre lo llevaremos en el corazón».

«Estaría muy orgulloso de ti».

«De los dos», repuse yo con firmeza.

«A veces siento que…». La voz se le quebró.

Yo esperé a que prosiguiera y, al ver que no lo hacía, la presioné:

«¿Qué sientes?».

«No lo sé. Esas chicas… ¿Por qué Nick?».

La miré, incómodo.

«Mamá, a veces no hay un motivo. Esas chicas eran perversas, nada más y nada menos. Si no hubieran sido Nick y Simon, habrían sido otros».

Mi madre se volvió hacia mí.

«Pero ¿alguna vez piensas que hay cosas que no sabemos? Es posible que aún haya gente en Haddley que sepa algo más. En realidad, no sabemos lo que les pasó a esas chicas después de que las encerraran».

«No empieces –dije yo, meneando la cabeza–. Mamá, esto solo servirá para hacerte sufrir más. Recuerda lo que me enseñaste: tenemos que mirar al futuro».

Ella asintió con rigidez.

«Pero si hubiera algo más –dijo luego con delicadeza–, ¿no querrías saberlo, Ben?».

«No hay nada más –repliqué con firmeza, al tiempo que me ponía en pie para poner fin a la conversación, con la esperanza de no retomarla jamás–. En absoluto, mamá. No».

21

Mi tren está parado justo antes de Clapham Junction en un interminable semáforo en rojo. Necesito hablar con Madeline cara a cara, y me he pasado el corto trayecto desde Haddley mirando por la ventanilla y reproduciendo mentalmente una y otra vez la conversación que he tenido con Barnsdale y Cash. La revelación de la verdadera identidad de Langdon y la brutalidad con la que la han matado vinculan de manera directa el asesinato con Haddley.

Pienso en lo que la agente Cash ha dicho que mi madre escribió en su carta. ¿Cómo pudo albergar la esperanza de encontrar algún tipo de redención para alguien tan malvado? ¿De verdad había pensado que era posible, o tenía otro motivo para ponerse en contacto con Langdon? Mirar al futuro, no al pasado, era su mantra. ¿Por qué, entonces, en lo que acabarían siendo las últimas semanas de su vida, decidió comunicarse con una de las asesinas de Nick? ¿Acaso no odiaba a Langdon con todo su corazón? Algo, o alguien, la había impulsado a escribir a Abigail Langdon, y necesito entender qué o quién fue.

Abro el teléfono y busco a Elizabeth Woakes en mis contactos. Estoy convencido de que, al marcharse de mi casa, Barnsdale y Cash se han dirigido a Richmond para hablar con la madre de Simon. Le escribo un breve mensaje.

Conocí a Elizabeth Woakes ese largo y caluroso verano de hace una eternidad en el que vivíamos todos los días sin ninguna preocupación en el mundo. Simon y Nick eran amigos inseparables, y yo, que corría detrás de ellos desesperado por alcanzarlos,

adoraba cada segundo que pasaba con los dos niños mayores. Días sin fin trepando por las orillas del río, corriendo al borde del agua, con la cara roja bajo el brillante sol estival. La casa de los Woakes se alzaba en la ribera y a veces subíamos a la carrera desde el río y cruzábamos el jardín, antes de irrumpir en la cocina. La señora Woakes siempre nos recibía con una sonrisa y una bebida para aplacar nuestra sed, y después de bebérnosla, nosotras volvíamos afuera y continuábamos con nuestra última aventura.

El teléfono me vibra con una propuesta de la señora Woakes para quedar mañana por la mañana para desayunar. Acepto encantado.

Miro por la ventanilla a los trenes que se aglomeran antes de Clapham Junction. El teléfono me vibra de nuevo y miro la pantalla iluminada con un mensaje de Will Andrews.

¿Cómo llevas el cansancio?

Sonrío y escribo la respuesta.

Voy por el cuarto café. Gracias otra vez por las copas de anoche

Me alegré mucho de verte. ¿Sigues convencido de tu decisión?

¿Sobre el artículo? Creo que he cambiado de opinión

Hay una pausa. Al cabo de treinta segundos, la respuesta aparece en mi pantalla.

¿Y eso?

Hay cosas que no me cuadran. Mi madre buscaba respuestas y a lo mejor yo puedo encontrarlas. Se lo debo

Veo que Will está escribiendo, pero no me llega ningún mensaje. Al cabo de un minuto, le vuelvo a escribir yo.

Cuando puedas, me encantaría charlar diez minutos
contigo sobre el verano
en que Nick murió

Vuelvo a esperar la respuesta de Will.

Hecho; un día de estos,

me llega al cabo.

Por fin, mi tren entra en la estación de Waterloo y yo apago el teléfono. Contemplo el vestíbulo abarrotado de viajeros que vagan frustrados por los retrasos generalizados que los dejan sin ningún sitio al que ir. Estoy a punto de salir del vagón cuando me vuelve a vibrar el móvil. Pensando que tal vez sea Will, echo un vistazo al mensaje.

Ben, soy East. Will me ha pasado tu número

Me sorprende saber de él tan deprisa después de hablar con Will. Veo que sigue escribiendo, así que aguardo antes de responder.

Espero que no te importe que te escriba. He estado
pensando en nuestra conversación de anoche

Hola, East,

empiezo, pero antes de poder continuar me entra otro mensaje suyo.

Sería genial que pudiéramos hablar un poco más. No
es nada urgente, pero ya te dije que hace mucho que
conozco a Madeline. No quiero que
te precipites

Espero un momento antes de responder.

Ahora mismo estoy un poco liado,
pero hablamos pronto

Pásate cuando te vaya bien. Te invito
a pastel de pescado

Una oferta irrechazable

Las dos próximas noches estaré en el restaurante. Me
encantaría verte

Mientras los pasajeros continúan apeándose del tren, me quedo un momento parado en el andén y releo los mensajes de East. Hace quince años, cuando abrió su primer restaurante en Richmond, East Mailer se convirtió enseguida en una especie de celebridad local. Su extraordinaria comida combinada con su atípica personalidad, además de la pintoresca ubicación con vistas al parque, contribuyeron a generar un enorme éxito basado en el boca oreja, que se extendió mucho más allá de Richmond. Allí era donde los arribistas de la City solían llevar a sus acaudalados clientes, solo para acabar congeniando con el poco ortodoxo chef. Tres años después, East y Will habían comprado una casa juntos en Saint Marnham y sus estilos de vida habían empezado a confluir. Cuando el almacén que ahora aloja el Mailer's salió a la venta, invirtieron juntos en el edificio y se propusieron crear el mejor restaurante de marisco de Londres.

Madeline, que por entonces era una joven reportera que empezaba en la prensa local y estaba decidida a escalar puestos con rapidez, se había puesto como objetivo conocer a East desde buen principio. Al mirar ahora los mensajes de East, no puedo sino deducir que ha hablado con Will. No sabía que East conocía de antes a mi jefa, pero sí sé que cuando Madeline establece una relación con alguien, jamás deja que se apague.

Dado que hay muy pocos trenes que lleguen o salgan puntuales, y con los retrasos adicionales en el metro, decido caminar por el paseo junto al río hacia el rascacielos de cristal donde está nuestra oficina. El sol se refleja en el agua y, mientras recorro el Embankment bajo

un cielo azul y despejado, veo que los turistas han salido en masa. Al cabo de diez minutos de abrirme paso entre la creciente multitud, y aquejado todavía por las secuelas de anoche, me paro a tomar otro café con la esperanza de que me insufle nueva vida. Me siento a beber el expreso con espuma de leche en un banco delante del Globe de Shakespeare mientras contemplo la vida pasar. Tres generaciones de una misma familia piden bebidas en la cafetería de la orilla. Enfrascadas en una conversación entusiasta, abuela, madre e hija se ríen de un comentario al aire del barista. Con sonrisas y risitas, disfrutan de su mutua compañía mientras se deleitan con las vistas bajo el sol primaveral. Juntas, comparten un afecto familiar que yo echo de menos.

Al entrar en nuestro edificio, me pongo a pensar de nuevo en mi madre durante los días posteriores a la puesta en libertad de Langdon y Fairchild. Al escuchar la ira y luego la amargura de su voz, viajé a casa desde Manchester y me la encontré furiosa y desconsolada. No alcanzaba a comprender cómo era posible que las chicas hubieran cumplido una condena en apariencia tan corta. ¿Por qué merecían ellas una segunda oportunidad? ¿Dónde estaba la segunda oportunidad para Nick?

La salida de la cárcel de Langdon y Fairchild había recibido una amplia cobertura en los medios de comunicación; los equipos de televisión volvieron al parque y los reporteros de los periódicos empezaron a llamar a la puerta de mi madre para conseguir una entrevista. MALVADAS, fue el titular del *Daily Mail*, acompañado de las dos fotos más famosas de las chicas: las de su ficha policial. ¿QUÉ SERÁ DE ELLAS?, se preguntaba el periódico acerca de las dos enseñas del odio nacional.

No creo que yo alcanzara a entender la ira y la angustia que su liberación había provocado en mi madre. Aunque al principio yo me vi consumido por la rabia y un deseo adolescente de venganza, ¿le habría resultado intolerable a ella su libertad? ¿Por qué ponerse en contacto con Langdon tan solo varias semanas después? La desesperación y la impotencia que debía de haber sentido mientras aguardaba una respuesta… ¿Qué la había llevado a establecer aquella comunicación fatídica?

Al salir del ascensor, voy directo al despacho de Madeline.

22

Mientras Alice y Max trepaban por la pequeña estructura de juegos que había al fondo de su jardín, Holly Richardson se sentó en el césped y sacó el teléfono para contestar la llamada de su marido.

–Hola –dijo–, ¿qué tal?

Su relato sobre oportunidades perdidas, compradores incapaces de reconocer una ganga ni aunque la tuvieran delante de sus narices y un intercambio acalorado entre él y su principal cliente no supuso una respuesta inesperada. No era la primera vez que Holly la escuchaba.

–No te puedes rendir –dijo, procurando dar ánimos a Jake ante su inexorable pesimismo–. Nunca se sabe qué nos deparará el futuro.

Tendida sobre el césped con el teléfono un poco separado de la oreja, Holly pensó en las numerosas ocasiones en que había escuchado aquellas historias de humillación, todas las grandes cosas que podrían haber conseguido con la *start-up* de Jake si su padre se hubiera dignado a apoyarlos.

–Lo sé, Jake, lo sé. Fue muy injusto –contestó en un tono de validación bien ensayado.

Y sí, tal vez las cosas habrían sido distintas si Francis hubiera continuado respaldándolos, pero este le había prestado el dinero a Jake durante veinticuatro meses y, el día en que el préstamo venció, había reclamado la deuda. Tres meses después de tomar las riendas del negocio, Francis le había escrito un correo electrónico a Jake para informarlo de que lo había vendido. Ahora, Jake tenía el puesto de director regional de la empresa que él mismo había fundado.

Holly escuchó por enésima vez a Jake arrepentirse de haber aceptado el dinero de su padre. A pesar de que ya habían transcurrido cinco años, él vivía con esa decisión día tras día. Presionado y provocado, había querido demostrar al gran Francis Richardson –el exmilitar que había ganado millones en la City– que se equivocaba. Al acercarse de nuevo el móvil al oído, Holly oyó a Jake dar un manotazo al volante.

–Cuidado; no subas muy arriba –gritó ella mientras Max Wright trepaba por la estructura del parque–. Estamos en el jardín –le dijo luego a su marido, centrándose de nuevo en la llamada. La cancelación de las reuniones de esa tarde lo había dejado sentado en el aparcamiento de un hotel de carretera–. Deberías volver a casa esta noche –añadió, aunque sabía que él era demasiado orgulloso para regresar antes de tiempo de un viaje de ventas.

Con toda seguridad, no lo vería hasta el día siguiente bien entrada la noche. Holly se incorporó y vio acercarse a Alice corriendo.

–¡Papá! –llamó la pequeña.

–¿Quieres decirle hola? –preguntó Holly, al tiempo que le tendía el teléfono a su hija.

–Hola, papá –dijo Alice, y luego procedió a contarle todas las actividades del día. Habían ido a los columpios; un niño le había tirado del pelo; Max le había dicho que era un niño malo; Max se había quedado a comer pero no se quedaría a cenar–. Te quiero, papá –se despidió, antes de echar a correr de nuevo hacia el fondo del jardín.

–Te quiero, Jake –dijo Holly en un tono ensayado.

Luego, le prometió de nuevo que no abriría el paquete que había llegado esa mañana, y ambos coincidieron en que intentarían pasarlo bien en la fiesta del sábado por la noche. Los padres de Jake eran muy generosos por ofrecerse a organizarla y, desde luego, eso no tenía nada que ver con que quisieran darse autobombo.

Holly no pudo evitar pensar en el día de su boda, que también habían celebrado en casa de los padres de Jake. Su propia madre se había quedado boquiabierta ante el evidente despliegue de riqueza. Antes de acompañarla al altar, le había hecho prometer que nunca se dejaría consumir por las posesiones materiales de la misma

manera en que los Richardson parecían estarlo. Holly se había tomado a risa la mera posibilidad, pero cuatro días después, tumbada en la cama mientras veía amanecer en la bahía de Montecarlo, se había dado cuenta de que eso era justo lo que había hecho. Con veintitrés años, atraída a un matrimonio envuelto en fruslerías y dijes, había contemplado a su marido dormir como un tronco junto a ella y, en ese preciso instante, supo que en realidad nunca lo había amado.

Ahora, asombrada por la rapidez con la que habían pasado aquellos siete años, se preguntó si su marido volvería a casarse con ella si pudiera retroceder en el tiempo.

Ella sabía exactamente lo que haría si le dieran esa oportunidad.

23

Corrine Parsons giró el cuello e hizo presión con las manos en la base de su columna vertebral. Trabajar un turno doble siempre era extenuante, y los efectos parecían notarse cada vez más. Esa misma mañana, había habido que levantar a la señorita Cunliffe de la cama para que se aliviara en el inodoro portátil, y siempre eran necesarios dos empleados para moverla. Con ochenta y ocho años, la mujer se las apañaba para seguir pesando tres veces más que Corrine. Sin duda, los pasteles de crema que le enviaban cada día de la pastelería local tenían algo que ver con ello. Corrine no tenía ni idea de cómo se lo podía permitir; a ella no le había ofrecido nunca ni un penique.

En la residencia Sunny Sea, ubicada en una callejuela de Deal, le pagaban tan solo el salario mínimo, a pesar de que a veces trabajaba catorce horas seguidas durante la noche. Al menos, con el turno doble de esa noche tendría un poco de dinero extra al final de la semana.

Al salir de la residencia, echó un vistazo al reloj: eran las diez y media pasadas. El día se extendía ante ella. Se había quedado media hora más para ayudar a Eddie con el envío de comida, ya que él siempre le daba unos cuantos víveres cuando ella no tenía mucho en casa. Sabedora de que Molly no le pagaría aquellos treinta minutos de más, había escondido un par de paquetes de salchichas y un hermoso filete en el fondo de la nevera. Se los llevaría a casa a la mañana siguiente, cuando Molly no trabajara.

Cruzó con rapidez el paseo marítimo, que discurría en paralelo a la orilla, y se dirigió al Seafront Café. Al oír el ruido que le hacía el estómago, se dio cuenta de que lo último que había comido era el pastel de carne frío que había encontrado en la cocina después de la cena de los residentes, la noche anterior. Tras un desayuno inglés y dos tazas de té, se sintió persona de nuevo, y al salir del local vio que las nubes empezaban a disiparse. Los turistas habían empezado a ocupar las calles y, con la sensación de que el sol estaba a punto de salir, ella se dirigió al camino de la playa para iniciar el trayecto de tres kilómetros hasta Walmer.

Con poco más con lo que llenar el día hasta que comenzara su siguiente turno, Corrine había adquirido hacía poco la costumbre de caminar por la costa todas las mañanas. La sensación de la brisa primaveral sobre su piel era mucho mejor que quedarse sentada y recluida en su diminuto piso, y cuando llegaba a casa a primera hora de la tarde, solía estar tan agotada que se iba directa a la cama. Al principio se había mostrado reacia a adentrarse mucho por el camino de la playa, e incluso ahora lo hacía con la capucha sobre la cabeza, pero poco a poco había descubierto lo mucho que disfrutaba de estar al aire libre.

Mientras pasaba por delante de los pisos modernos con vistas al mar, se imaginó a sí misma viviendo una vida de lujo en uno de ellos. Contrataría a Eddie como cocinero y le daría instrucciones para que le preparase un desayuno inglés todas las mañanas. Después de tumbaría a tomar el sol durante una hora antes de darse un largo baño caliente. Dejaría las ventanas abiertas de par en par día y noche, en invierno y en verano, para que el viento se llevara sus recuerdos más lúgubres. Y por las tardes, se sentaría en su terraza y se comería tres tartaletas de crema hasta acabar tan gorda como la señorita Cunliffe.

–¡Perdón! –exclamó de pronto, al tiempo que se apresuraba a agachar la cabeza y hacerse a un lado.

Sin darse cuenta, había chocado con una mujer mayor que venía en sentido contrario.

–Deberías mirar por donde andas –la reprendió la mujer–. Podrías haberme tirado al suelo.

Pero, tras ceñirse la capucha, Corrine ya se había alejado y siguió avanzando con la vista clavada en el suelo. Al salir de Deal, el camino estaba cada vez menos transitado y, poco a poco, ella pudo volver la cabeza para mirar el mar. En la playa de guijarros, dos niños pelirrojos reían mientras intentaban hacer volar la cometa de un dragón chino; Corrine estaba convencida de que su enorme tamaño sería un impedimento insalvable. Sonrió al pasar a su altura y se preguntó por un instante por qué no estaban en la escuela. No era asunto suyo, se dijo; hacía mucho que había aprendido que lo que hicieran los demás nunca era asunto suyo.

A medida que el sendero de la playa se estrechaba, aminoró el paso. Se paró al ver a dos mujeres de mediana edad que se quitaban la ropa hasta quedar en bañador y se acercaban a zancadas hasta la orilla del mar. Teniendo en cuenta que soplaba el viento y estaban a comienzos de primavera, le parecieron muy valientes, pero ambas se sumergieron sin vacilar en las aguas del canal antes de empezar a surcar las olas con vigor. El camino estaba ya casi desierto, de modo que Corrine decidió sentarse un momento en uno de los bancos de madera desvaídos, quitarse la capucha y dejar que los rayos del sol le calentaran la cara. En menos de tres minutos, la primera de las mujeres ya había salido del agua y subía sacudiéndose por la playa para envolverse en su gran toalla a rayas rosas. La otra continuó nadando, tomando aire con cada enérgica brazada. Con una sonrisa, Corrine pensó que tal vez la señorita Cunliffe hubiera disfrutado con esa actividad cuando era más joven.

Cerca de Walmer, llegó a una pequeña hilera de casas frente al mar y, cuando una mujer mayor, que cuidaba sus flores de un vivo amarillo detrás de su valla blanca, le dedicó una sonrisa, se dio cuenta de que todavía llevaba la capucha bajada. Se cubrió de nuevo el rostro con ella y apretó el paso, vigilando para no tropezar con los cada vez más abundantes guijarros del camino. A un lado había una fila de cabañas de playa de colores pastel, con aspecto de haber visto mejores días. Corrine jamás entendería qué placer podía producir sentarse en una cabaña atestada y deteriorada a contemplar durante interminables horas el romper de las olas, y al

mirarlas, se sintió deprimida. Sin embargo, se animó en cuanto el Zetland Arms apareció ante su vista.

Acababa de llegar a la entrada del *pub* cuando un labrador negro se escabulló despacio desde detrás de una de las cabañas de playa. Corrine se puso en cuclillas y extendió la mano mientras aguardaba a que el perro se acercara, nervioso.

–Hola, guapo.

El perro le husmeó la mano antes de acercarse más para dejar que le diera unas palmaditas en el costado, y se encogió cuando ella lo hizo. Por debajo de su pelaje moteado, Corrine notó los afilados huesos de sus costillas y experimentó una punzada de compasión por él. Tras una última palmadita, se puso en pie e hizo ademán de entrar en el *pub*, pero el perro se puso a trotar junto a ella.

–No puedes venir conmigo. Vamos a ver dónde vives, ¿vale? –dijo, al tiempo que se agachaba para mirarle el collar, pero no llevaba ninguno–. Vas a tener que encontrar tú solo el camino a casa. Anda, ve. Aquí no hay nada para ti.

Y le dio un empujoncito en dirección a las cabañas de playa antes de entrar en el local. En la barra, pidió una pinta de sidra y un pastel de carne y cebolla, y se dio la vuelta mientras el camarero le servía la bebida. Saboreó el primer sorbo, que calmó la sequedad de su boca, y cuando llegó el pastel ya se había bebido casi la mitad. Al salir a la terraza, se alegró de encontrar una mesa de madera solo para ella. Utilizó el tenedor para partir la corteza del pastel y, mientras el generoso relleno se derramaba humeante sobre su plato, se le hizo la boca agua con la cebolla caramelizada y la suave pasta.

–No es para ti –dijo, al tiempo que meneaba la cabeza al ver aparecer de nuevo al labrador. Él la miró con ojos tristes mientras ella se deleitaba con su primer bocado y luego con el segundo–. No me mires así –añadió, y le dio la espalda al perro para empezar a comerse la masa, pero al notar la pata del animal sobre su pierna, fue incapaz de no volverse–. Qué hambre tienes, ¿eh? –dijo, y luego le dio un sorbo a la sidra–. Puedes comer un trocito pequeño –continuó, mientras le partía un pedazo de masa. Al mirar la cara triste del perro, añadió un trocito de carne–. Esto y ya está –dijo, y dejó caer la comida en el suelo. Al instante, el perro devoró la

comida y se colocó de nuevo junto a ella para que le diera más–. ¿Qué te he dicho? –preguntó ella con una sonrisa, y le dio unas palmaditas en su huesudo cuerpo–. Un poquito más y se acabó –decidió, y sostuvo el dedo en alto antes de arrojar otro pedazo de pastel al suelo.

–¡Eh! –gritó una voz que se acercaba desde la playa. Al mirar, Corrine vio a un hombre con barba y una barriga prominente bajo la camiseta, que subía con dificultad el sendero de grava–. Aparta las manos de mi perro –exclamó.

–Deberías cuidar mejor de él –le contestó Corrine también a gritos.

–¿Y a ti qué te importa? –replicó él, pero Corrine no respondió–. *Panther*, vuelve aquí –gritó el hombre–. ¡*Panther*!

Pero el perro no se movió. El hombre siguió caminando hasta quedarse parado justo delante de la mesa de Corrine, y el animal se acercó a ella.

–Creo que no le gustas –dijo Corrine–. De hecho, me parece que te tiene miedo. A lo mejor podrías probar a darle de comer en condiciones.

–He dicho que a ti qué te importa –vociferó el hombre, al tiempo que apoyaba sus rollizos dedos sobre la mesa con un golpe y acercaba su cara a centímetros de la de ella.

Con un único movimiento, Corrine cogió el tenedor y se lo clavó en el dorso de la mano. La sangre empezó a salir a borbotones y el hombre chilló mientras el perro salía disparado.

Corrine se puso en pie, saltó por encima del murete del *pub* y echó a correr por el camino en dirección a Deal.

–Puta zorra –gritó él, mientras intentaba extraer el tenedor de su mano–. Te vas a enterar –chilló, y al mirar hacia atrás, ella lo vio sujetándose la mano sobre el pecho mientras la sangre le caía por el brazo–. Corre, zorra, corre. Ya te pillará la policía.

–Y a ti la RSPC.

–Es la RSPCA, pedazo de palurda.

–Da igual –chilló Corrine, y le hizo una peineta.

Pero al darse la vuelta, se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de que seguramente lo era.

24

–No quiero saberlo, Ben –dice Madeline cuando entro en su despacho y cierro la puerta. Sin apartar la vista de la pantalla, levanta una mano–. Necesitamos más visitas en el portal, y eso significa que todos hacemos todo lo posible por conseguirlas. Estate tranquilo; tu madre será recordada como se merece.

–¿Y si te dijera que lo voy a escribir? –digo mientras cruzo el despacho.

–¿Lo harás? –pregunta ella, ahora sí alzando la vista.

–Puede. Con condiciones.

–¿Condiciones? ¿Cómo cuáles?

–Será un reportaje de investigación.

–No –replica Madeline con rotundidad–. No es lo que quieren los lectores.

–Hay preguntas sin responder alrededor de la muerte de mi madre –digo, y retiro una silla para sentarme enfrente de mi jefa–. Me he dado cuenta de que nunca creí que se quitara la vida de esa manera, y quiero aprovechar esta oportunidad para entender lo que pasó.

–Y yo digo que no. Punto final. –Madeline se queda callada y luego se inclina por encima del escritorio–. Ben, no hay nada nuevo que contar. Escríbeme diez mil palabras sobre la relación entre tu madre y tú, y tus esperanzas para el futuro. Haremos una nueva sesión de fotos tuyas en tu casa de Haddley; a los lectores les encantará, y luego se las venderemos a las agencias. Te daré una prima de diez mil libras.

–¿Eso es lo que vale mi familia para ti?

–De acuerdo, quince.

–No estoy negociando.

–Perfecto. Tengo una reunión en tres minutos, así que si no te importa… –Vestida con ropa deportiva de diseño que le habrá costado más que el salario medio semanal, Madeline se pone en pie y rodea la mesa hasta quedar a mi lado–. Hemos acabado.

–Abigail Langdon ha muerto –digo en voz baja.

Aunque finge sacudirse una suciedad imaginaria de sus uñas perfectas de manicura, durante una milésima de segundo Madeline se queda sin palabras. Me mira un instante para estudiar mi actitud y yo le devuelvo la mirada con tranquilidad. Tras recobrar la compostura, ella pulsa un botón del teléfono de su escritorio.

–Cancela mi reunión de las dos. –Sin soltar el botón, permanece un momento callada y vuelve a mirarme, antes de añadir–: Y la de las tres. –Luego, cruza el despacho y coge una lata de Coca-Cola de su nevera–. ¿Quieres una? –me pregunta.

–Light, por favor.

Me parece oírla chasquear la lengua en señal de desaprobación mientras coge una lata; luego, cruza de nuevo la estancia, retira una silla de la mesa de reuniones para sentarse justo delante de mí, abre la lata y vierte la bebida en un vaso.

–¿Langdon ha muerto? –pregunta.

Yo asiento.

–Asesinada –explico. Madeline se pasa el dedo por los labios con bótox, pero no dice nada–. La policía cree que su nueva identidad ya no era un secreto –continúo–. Desde su puesta en libertad, ha habido una serie de órdenes judiciales contra los medios para evitar que publicaran su nueva identidad.

–El nuestro no. –Madeline se inclina hacia delante y le da un sorbo a su bebida.

–A Langdon la mataron de la misma manera que a Nick y a Simon –continúo, y veo el horror en su mirada–. Como reportera local de referencia en la época, estoy seguro de que no hace falta que te refresque los detalles.

Madeline aprieta la mano alrededor de su vaso.

–Ben, cuando asesinaron a tu hermano y a Simon Woakes, yo era una chica de diecisiete años que aún iba a la escuela.

Como residente de Richmond, Madeline fue testigo del horror y la devastación que ocasionaron los asesinatos en toda la zona. Menos de un año después del final del juicio, recién salida de la escuela, empezó a trabajar en el periódico local y enseguida se dio cuenta de que su gran idea de convertirse en fotoperiodista no tenía mucho futuro. Sin embargo, tenía un talento genuino para encontrar buenas historias.

–Has escrito más sobre este caso que cualquier otro periodista –señalo.

–Así fue como empecé, sí, y nunca me he escondido.

Recién contratada, Madeline propuso escribir un artículo sobre el impacto de los asesinatos en el instituto de Haddley y sus alumnos. A su editor le gustó la idea y la historia tuvo una buena acogida entre los lectores, así que propuso hacer una segunda parte, esta vez sobre el padre de Simon, Peter, que vivía en la calle. El artículo tuvo repercusión nacional.

–Te allanó el camino a los medios nacionales –comento.

–Solo escribía historias que creía que ayudarían a la localidad. Y a tu familia.

–Y si al mismo tiempo te ayudaban a ti, pues…

–Soy periodista, Ben, igual que tú. No quería pasarme la vida escribiendo artículos sobre los asesinatos de Haddley.

–Pero si con ello impulsabas tu carrera y acababas siendo una de las personas más influyentes en los medios de comunicación del siglo XXI, que así fuera.

–No sé qué esperas que te conteste, Ben. Si quieres escribir tu reportaje de investigación, por mí está bien. Te daré siete días. Tiene que estar colgado en el portal para el décimo aniversario de la muerte de tu madre. ¿Contento? –Yo no digo nada–. ¿Ben?

Miro a Madeline desde el otro lado de la mesa de reuniones.

–Han encontrado dos cartas escritas por mi madre en casa de Abigail Langdon, que hasta el momento de su muerte vivía con el nombre de Demi Porter.

Madeline se levanta, se dirige a su escritorio y se pone a escribir en su teclado. Yo la miro fijamente.

–La policía tiene muchas ganas de entender cómo averiguó mi madre la nueva identidad de Langdon y cómo encontró la manera de ponerse en contacto con ella.

Madeline se vuelve hacia la ventana.

–Vamos a dar una vuelta –dice en voz baja.

Los puestos del mercado de Borough están atestados con la habitual mezcla de turistas que pasean y trabajadores agobiados. En silencio, nos abrimos paso entre el gentío y, al pasar por delante de un puesto de quesos, cojo una muestra de queso azul cremoso.

–¿Alguna vez no tienes hambre? –pregunta Madeline.

–No he almorzado –contesto.

Nos alejamos de la multitud en dirección al *Golden Hinde*, en cuya cubierta con vistas al Támesis encontramos un asiento libre.

–Lo primero que me enseñaste en mi primer día –digo– es que todo buen periodista tiene sus fuentes, y que los periodistas aún mejores tienen sus secretos. Y nadie ha descubierto más secretos que tú. Dime qué ocurrió cuando pusieron en libertad a las chicas.

–Tienes que recordar que, en esa época, yo todavía buscaba mi primer gran éxito. Llevaba diez años en el negocio y estaba preparada para ser editora de un periódico nacional. –El discurso de Madeline es cada vez más acelerado–. Me hacía falta otra historia buena de verdad, y entonces no podrían decirme que no.

–Serías la editora más joven de cualquier periódico nacional.

–Y además, mujer. Diez años atrás, Ben, todavía era dificilísimo.

–No empieces con eso. Solo cuéntame qué pasó.

–Enseguida descubrí que había habido problemas relacionados con la puesta en libertad de Langdon. Se vio implicada en una redada antidroga en Glasgow y eso puso en riesgo su nueva identidad. Irónicamente, resultó ser una testigo inocente, pero fue necesario trasladarla con rapidez. Un par de cuerpos policiales locales tuvieron que implicarse y, cuando eso pasa, la información siempre acaba filtrándose. No tardé en enterarme de dónde estaba.

–Una información de primera, de no ser porque no la podías publicar. Debió de ser irritante –observo–. ¿Fue entonces cuando

ideaste un plan para utilizar la información de otra manera?

–En absoluto. –Es la negativa instantánea de Madeline–. Las cosas no fueron así. En los días y semanas posteriores a la puesta en libertad de las chicas, escribí varios artículos en el periódico; nada más. Hablé de la increíble fortaleza y la dignidad que había mostrado tu madre. Obtuvo un gran apoyo gracias a los artículos.

–¿Y luego?

–Eso fue todo.

–¿Hasta que…?

Madeline tose y se frota la garganta.

–Un día que estaba en Saint Marnham, me topé por casualidad con tu madre cuando ella salía de la consulta del mismo médico al que yo iba a ver.

–Menuda casualidad –digo–. Lo que más deseaba cualquier periodista de la época era una entrevista con mi madre.

–Fingí tardar un momento en reconocerla y luego me presenté. Ella me dio las gracias por lo que había escrito en el periódico, pero me dijo que la realidad era muy distinta. Ben, debes saber que tú lo eras todo para ella. Tienes que creerme.

La ignoro y clavo la mirada en el río.

–¿Qué pasó después?

–Nos sentamos en un banco junto al estanque y ella me preguntó por las chicas: si yo creía que era posible que hubiera alguien implicado además de ellas, si podía haber gente en Haddley que supiera más de lo que decía.

–Déjame adivinar: y tú estabas preparada para llenarle la cabeza con cualquier teoría conspiratoria que ella imaginara. Si podías ganarte su confianza, tal vez ella te diera la entrevista que se había negado a dar a nadie más, y eso te valdría el puesto de editora de forma automática.

–No, Ben, ¡eso no es justo! –Pero a pesar de la vehemencia con la que Madeline intenta protestar, cuando me vuelvo a mirarla es incapaz de ocultar lo que dicen sus ojos–. No estoy orgullosa de lo que hice –reconoce, y nos quedamos un momento sentados en silencio antes de que continúe–: Quedamos para volver a vernos. Solo para charlar, no para una entrevista oficial.

–¿Y ella te hizo más preguntas sobre las chicas?

–Sí.

–¿Y sobre dónde creías que podían estar?

–Tenía derecho a saberlo.

Aunque yo albergaba mis sospechas desde mi conversación de esta mañana con la subinspectora Barnsdale, escuchar a Madeline confesarlo enciende mi ira.

–Me pregunto si la policía opinará lo mismo, porque me temo que ahora mismo soy la única persona que puede impedir que te impliquen de manera directa con el asesinato de Langdon.

–¿Qué les has contado?

Aunque no la miro, percibo la inquietud en la voz de Madeline.

–Nada. No estaba seguro hasta ahora –contesto, y me vuelvo hacia ella–. Sabías que mi madre estaba desesperada y le proporcionaste la información que deseaba para ganártela.

–No, Ben…

–Lo único que podías darle era a Abigail Langdon, y eso fue lo que hiciste. –Madeline se coge la cabeza con las manos–. Y unas semanas después, mi madre murió. –Noto cómo me tiembla el cuerpo por el enfado–. ¿Alguna vez te has planteado que, de no ser por ti, quizá aún estuviera viva?

Oigo cómo Madeline me llama pero no me doy la vuelta, sino que continúo alejándome de ella.

Cuatro

«Se convirtió en una sombra de su antiguo yo y se alejó de todos los que lo querían y lo respetaban».

25

El viernes por la mañana, me levanto pronto después de una noche de sueño inquieto. Me he despertado cada dos por tres, y me he imaginado a mi madre sentada a nuestra vieja mesa de la cocina pensando con detenimiento las palabras que le escribiría a Langdon. Luego, la he visto contemplar, desilusionada, la respuesta tóxica que recibió. Tendido despierto en la oscuridad, he conjeturado qué habría pasado si me hubiera llamado, si me hubiera contado que tenía pensado escribir a la asesina de Nick, y me he imaginado las horas que habría pasado yo intentando convencerla de que era un error. ¿Qué necesidad había? Solo provocaría más dolor, de eso habría estado seguro.

La relación de todo hijo con sus padres cambia con el paso del tiempo, y en muchos sentidos, la dinámica entre mi madre y yo se vio forzada a evolucionar antes que la mayoría. Cuando me marché a Manchester, ya había aprendido a valorar los desafíos a los que ella se enfrentaba todos y cada uno de los días de su vida. Era consciente de su necesidad de apoyo y del papel que podía desempeñar yo a la hora de brindárselo. Mientras estaba en la universidad, hablaba con ella dos o tres veces a la semana y escuchaba sus novedades y las anécdotas de su vida cotidiana. Siempre que podía, le daba consejos, a menudo prácticos, en ocasiones emocionales; pero siempre procuraba prestarle atención. Por mucho que desee que me hubiera hablado de Abigail Langdon, sé que ella nunca lo habría hecho. Mi madre sabía que yo la habría convencido para que no le escribiera.

Todavía no ha amanecido cuando bajo la escalera y me preparo el primer café del día. Cojo la libreta que siempre dejo en un lado de mi cocina y empiezo a escribir las notas que constituirán el esquema de mi artículo. Ahora soy consciente de que estoy firmemente convencido de que mi madre jamás tomó la fatídica decisión de quitarse la vida.

Salgo a correr para despejarme antes de desayunar con la señora Woakes. El parque aún está en silencio, y el ambiente frío de primera hora de la mañana resulta gratificante después de mi agitada noche. Cojo el camino de sirga envuelto en la niebla, desde el que apenas se ve a lo lejos el puente de Haddley. Los rostros de Madeline y mi madre empiezan a desvanecerse cuando, de improviso, Nathan Beavin aparece junto a mi hombro. Durante las últimas dos o tres semanas hemos hablado un par de veces, cuando lo he visto persiguiendo un balón de fútbol por el parque con Max Wright. Ahora, mientras corre junto a mí, mantenemos una charla insustancial, aunque yo enseguida noto las consecuencias de intentar seguir su atlético ritmo.

–Qué suerte tienes de vivir en un sitio como Haddley –me dice, mientras yo empiezo a arrepentirme de la ruta que he escogido–. Me encanta correr junto al río –continúa–. ¿Has vivido aquí toda la vida?

Lo miro de reojo y arqueo las cejas. Incluso si a estas alturas todavía no conociera mi historia, estoy seguro de que Sarah se la ha contado.

–Lo siento –dice–. No estaba seguro de si…

–Tranquilo, no te preocupes. Me sorprende más cuando la gente realmente no sabe nada.

–¿Pasa muy a menudo?

–Por desgracia, no.

–¿Nunca te has planteado mudarte?

–Durante un tiempo, sí; tras la muerte de mi madre. Me dediqué a viajar una temporada con un colega, pero supongo que este sigue siendo el lugar del mundo donde me siento más en casa. Y como has dicho, es un buen sitio para vivir.

Nos quedamos un momento callados y yo aprovecho para recuperar el aliento y aminorar el paso, con la esperanza de que él

me adelante y se marche, pero se mantiene a mi lado.

–Está claro que tú has encajado bien –comento, al ver que él no dice nada más.

Nathan se pone rojo, y no por el cansancio.

–Sarah es genial. Y Max también. Me lo paso muy bien con ellos.

Corremos un poco más aumentando el paso, aunque a mí me cuesta seguirle el ritmo.

–Deberías venir esta noche al bar a tomarte algo –continúa enseguida–. Esta tarde Max se va con su padre, así que lo más seguro es que Sarah también venga.

–No creo que pueda –contesto.

–Invita la casa.

–Lo intentaré.

–¿Tú lo conoces?

–¿A quién?

–Al padre de Max.

–¿A James? Solo de saludarnos. Cuando vivía junto al parque, era muy reservado.

–¿No ibais juntos a la escuela? Él estudió en el instituto de Haddley, ¿verdad?

–Sí, pero debió de marcharse un par de años antes de que entrara yo. Es bastante mayor que yo; unos diez años o así, me parece.

–¿Todavía iba al instituto cuando tu hermano…?

Yo asiento de nuevo.

–Era el delegado estudiantil, nada menos.

–¿Tu hermano y tú estabais muy unidos?

Harto del interrogatorio de Nathan, recurro a mi respuesta ensayada:

–Como cualquier hermano pequeño, en muchos sentidos lo veneraba. A veces, incluso ahora, me sigue costando hablar de él.

Nathan vuelve a ponerse rojo.

–Claro; perdona –dice.

Pero yo ya me he inventado una excusa y he dado media vuelta para volver a casa.

26

Cuando buscas en internet tanto a Nick como a Simon Woakes, la primera imagen que te sale es una de los dos chicos, junto con Langdon y Fairchild, en el club de *rugby* Richmond. Es la fotografía que todo el mundo recuerda, la que salió en la portada de todos los periódicos después de los asesinatos, y de nuevo tras la muerte de mi madre. Y también es la desgarradora imagen que une a nuestras dos familias.

La hicieron tan solo unas semanas antes de la muerte de los chicos, el día de las finales de *rugby* escolar que ponían fin a la temporada. Era la primera vez en su historia que el primer equipo del instituto de Haddley llegaba a la final, con James Wright como capitán. Nuestro segundo equipo, capitaneado por Nick, logró una victoria por cuarenta puntos, mientras que el primer equipo terminó con el reinado de ocho años como campeones regionales de la escuela para chicos Twickenham Duke. Como uno de los escolares que gritaban a pleno pulmón y contribuían a llenar las gradas, yo no podría haberme sentido más orgulloso. Al final del partido, todos bajamos atropelladamente a la banda del campo. Mientras los equipos ganadores se reunían para la entrega de premios, les hicieron fotos a todos sus jugadores: escenas de chicos celebrando con amigos y familiares, entre ellas una de Nick y Simon juntos, con el brazo pasado por el hombro del otro y una sonrisa de oreja a oreja. Y luego otra en la que se les unieron Langdon y Fairchild, una imagen que, más de veinte años después, todavía me hace estremecer.

Antes de ese verano, mi madre y la señora Woakes no tenían una relación muy estrecha, aunque siempre se paraban a saludarse mientras animaban a sus hijos desde la banda azotada por el viento. El marido de la señora Woakes, Peter, era conocido en todo Haddley por ser el director del instituto. Justo después de la muerte de su hijo, le dieron la baja por motivos familiares. Perder a su hijo lo destrozó, y su dolor se agravó por el hecho de convertirse en el representante del luto tanto en la escuela como en la comunidad; la personificación de la pérdida que había sufrido el pueblo. La carga acabó resultando insoportable. Incapaz de regresar al trabajo que tanto amaba, durante los dos años posteriores a la muerte de Nick y Simon experimentó una caída en picado de lo más pública, y que ahora sé que fue una completa crisis nerviosa y emocional. Se convirtió en una sombra de su antiguo yo y se alejó de todos los que lo querían y lo respetaban. Pasaba los días caminando solo por la orilla del río, una figura desgarradora que todo el pueblo contempló con impotencia cómo se iba desintegrando. Tomaba cada día la misma ruta: caminaba por la orilla, cruzaba el puente y entraba en el pueblo de Saint Marnham, antes de volver a través del mismo bosque en el que habían matado a Simon y a Nick. Surgía siempre de la oscuridad con los ojos enrojecidos, y luego atravesaba el parque antes de bajar de nuevo a la orilla. Una vez allí, retomaba su tortuoso trayecto, y así un día tras otro. Con el paso del tiempo su aspecto se volvió más desaliñado y, a medida que llegaban nuevos residentes a Haddley y el pueblo trataba desesperadamente de pasar página, se convirtió en un personaje cada vez más bizarro e inquietante.

Desvinculado de su antigua vida y su familia, empezó a vivir en la calle. Todas las mañanas, cuando yo iba a la escuela por la orilla del Támesis, lo veía acurrucado bajo el puente de Haddley. En ocasiones, también veía por el camino de sirga a la señora Woakes, que iba a llevarle comida o ropa limpia. Más adelante me contaría que, al cabo de un tiempo, él empezó a ignorarla y ella se limitó a dejar una comida caliente bajo el puente, con la esperanza de que él la encontrara.

Entonces, un día, tres años después de que mataran a Nick y a Simon, el señor Woakes desapareció. Tras seguir su rutina habitual, que lo llevó de Haddley a Saint Marnham, siguió caminando en lugar de regresar a través del bosque.

Cuando su marido se marchó de Haddley, la señora Woakes decidió hacer lo mismo. Se mudó a un piso en Richmond con su hija, Jane, y aunque se encontraba a solo quince minutos de Haddley, estaba lo bastante lejos como para poder comenzar una nueva vida. Cuando yo volví a Haddley después de la universidad, una noche que salí de fiesta me encontré con Jane. Aunque al principio ambos nos sentimos incómodos, enseguida descubrimos que compartíamos un montón de experiencias y emociones. Como yo, ella era menor que su hermano, lo idolatraba como hacen muchos hermanos pequeños y, a lo largo de los años, había tenido que encontrar la manera de lidiar con su propio dolor al tiempo que apoyaba a su madre con el suyo. Empezamos a quedar para tomar algo cada dos meses, y encontrábamos consuelo en nuestros recuerdos de infancia compartidos.

Hace cuatro años, Jane se prometió con un constructor neozelandés llamado Leon, director de un exitoso negocio en Richmond. Un año después, mientras se dirigía al altar de la iglesia de Saint Catherine, yo estaba sentado entre los asistentes, todos los cuales esperábamos que hubiera encontrado la felicidad que le había sido esquiva desde que era una niña de diez años. Una vez que el fotógrafo acabó con su sesión, los invitados recorrimos la orilla del río en dirección a uno de los enormes cobertizos victorianos para barcos a celebrar el enlace. La señora Woakes y yo hicimos el trayecto juntos y conversamos en voz baja mientras recordábamos a los miembros de nuestras familias que no estaban allí para celebrar con nosotros. Yo le pregunté por el señor Woakes, y ella me contó que, dieciocho meses después de su desaparición, había leído un artículo en el periódico. Una gélida mañana de enero, habían encontrado el cuerpo sin vida de un sintecho, fallecido delante del Windsor Great Park. Allí era donde la señora Woakes y él habían paseado durante su primera cita, veinte años antes, y en ese momento ella supo que nunca volvería a verlo.

27

En el tren a Richmond, echo un vistazo en el teléfono a las últimas noticias. No hay información alguna sobre la muerte de Abigail Langdon, y tan solo una breve mención en el *Yorkshire Post* a la muerte inexplicada de una mujer en Farsley, que en este momento está bajo investigación. La última bronca del equipo de fútbol local recibe más espacio en las columnas.

Desde la estación de Richmond, me abro paso a contracorriente entre los viajeros que se dirigen a trabajar en Londres. Tomo un atajo por las callejuelas victorianas y me dirijo a la cafetería de la orilla del río en la que he quedado con Elizabeth Woakes. Soy el primero en llegar, y nuestro camarero me acompaña a una mesa junto a la ventana.

Mientras echo un vistazo al menú, noto una mano que se apoya en mi hombro y, al volverme, veo a Elizabeth de pie junto a mí. Me levanto para devolverle su afectuoso abrazo. Ella se sienta frente a mí, se quita su largo abrigo rojo y se ajusta las horquillas del moño suelto de pelo canoso.

–Siento mucho llegar tarde, Ben. Les prometí a Jane y a Leon que llevaría a Finlay a la guardería, y he calculado mal el tiempo.

–¿Cómo está Fin? –pregunto.

–De maravilla. –Se le ilumina el rostro entero al hablar de su nieto–. Ya casi camina. Dentro de poco no podré seguirle el ritmo. Jane te manda besos. Hace demasiado tiempo que no nos reunimos todos; tienes que venir a cenar un día.

–Me encantaría.

El camarero regresa a nuestra mesa y, mientras pido una salchicha y un sándwich de huevo, veo sonreír a la señora Woakes.

–Yo tomaré el muesli –dice ella, al tiempo que le tiende el menú al camarero–. Y un capuchino.

–Que sean dos –digo, y mientras el camarero se aleja, me inclino por encima de la mesa–. Me imagino que se han puesto en contacto con usted, ¿verdad?

Elizabeth Woakes se coloca las gafas de montura blanca en lo alto de la cabeza, retira un centímetro la silla de la mesa y me dedica una larga mirada.

–Ben, no somos delincuentes –dice con tranquilidad–. He sufrido toda mi vida a causa de esas chicas, y tú también, así que no dejes que nadie te convenza de lo contrario. –Hace una pausa antes de continuar–: Me han contado cómo murió. –Yo asiento–. Quiero que sepas que me alegro; me alegro de que sufriera. No seré yo quien la compadezca.

–Ni yo –contesto, y la señora Woakes sonríe–. ¿Le han preguntado dónde estaba cuando murió?

Ella hace un gesto desdeñoso con la mano.

–No tenía nada que decirles. Cuidé de Finlay, comí en casa de Jane y fui a comprar a la ciudad. Por supuesto, trataron de acorralarme con los detalles, pero no les debo ninguna explicación y así se lo dije.

–¿Le preguntaron si ha estado alguna vez en Farsley?

–¿Es allí donde la encontraron, cerca de Leeds?

–Sí.

–Les dije que jamás había oído hablar de ese lugar. Ben, como te he dicho –continúa ella en tono incisivo–, me alegro de que haya muerto. Estoy encantada. Aplaudo a quien la haya matado, y no seré yo quien ayude a la policía a encontrarlo. Sea quien sea.

El camarero llega con nuestra comida y la señora Woakes se pone otra vez las gafas para estudiar brevemente su desayuno. Tras subírselas de nuevo, da las gracias al camarero y le indica con un gesto de la mano que se puede marchar. Yo corto mi sándwich.

–Tienes pinta de necesitarlo.

–No sabe cuánto –digo con la boca ya medio llena–. Anoche no cené.

–Un día de estos tenemos que conseguir que sientes la cabeza. Finlay tiene una niñera dos días a la semana; australiana, le encantan los niños. Y los otros tres da clases de yoga. La invitaré el día que vengas a cenar.

Yo me río.

–¡Usted también no! La señora Cranfield ya intenta encontrarme esposa.

–Conociéndola, será un adefesio irlandés.

–No sea mala.

–Es broma. ¿Todavía está pendiente de ti?

Yo asiento antes de proseguir:

–La policía cree que existe algún tipo de relación con Haddley.

–¿Te preguntaron por las cartas que escribió tu madre?

–¿Lo sabía?

–Me lo contó la policía –se apresura a responder la señora Woakes–, aunque no me dieron detalles.

–Langdon quería dinero –le explico.

–Menuda sorpresa. ¿Le contó algo a tu madre?

–No tengo ni idea. No he encontrado la respuesta.

–Ya, no me extraña –dice la señora Woakes, que aparta su plato y se reclina en la silla.

–La policía trata de entender cómo es posible que mamá se pusiera en contacto con Langdon, que averiguara su verdadera identidad –digo, mientras veo cómo ella se quita las gafas para retirarse una pestaña suelta–. ¿Madeline Wilson habló con usted? –Ella frunce el ceño y finge estar confundida–. Conozco a Madeline mejor que nadie –continúo–. No se habría quedado de brazos cruzados a mitad de la historia, sabiendo que había más cabos de los que tirar.

La señora Woakes hace señas al camarero para indicarle que quiere otro capuchino. Yo espero.

–Durante estos años me han llamado un montón de periodistas para pedirme una entrevista –dice ella al cabo–. Siempre las mismas

preguntas: cómo llevaba lo de vivir sin Peter, si creía que seguía con vida, si echaba de menos a Simon… Puñeteras estupideces.

La voz se le quiebra durante un fugaz instante y revela lo que hay detrás de su máscara. La señora Woakes se muestra siempre tan entera y alegre que es fácil olvidar la fragilidad que esconde. Recorre el restaurante con la mirada y contempla a una joven pareja que se sienta en sus sillas, mientras el pasado avanza despacio junto a nosotros. Se lleva la mano trémula a la cara y, tras volverse de nuevo hacia mí, se da una palmada en la pierna.

–Qué boba soy. Solo me ocurre cuando estoy contigo; nunca dejo que nadie más lo vea. –Me da un apretón breve en la mano y respira hondo–. Siempre he rechazado las peticiones de la prensa, sin ambages. En eso, tu madre y yo estábamos totalmente de acuerdo. –Yo asiento en silencio–. Madeline Wilson era distinta –continúa–. No tenía preguntas; decía que lo único que quería era ayudarme. Menuda pieza. Dijo que quería tratar de entender qué había sucedido, en particular con Peter. Yo le contesté de inmediato que no me interesaba nada de lo que tenía que decirme. Hay cosas que es mejor dejarlas en el pasado. Esa era la decisión que yo había tomado años atrás. Por mucho que intentes convencerte de que reconsiderar el pasado cambiará el futuro, nunca es así. Pasado pisado; es algo que he aprendido a las malas.

Al escuchar a la señora Woakes, me doy cuenta de que todo el dolor que en su día yo veía en mi madre sigue vivo en ella, tal vez más.

–Madeline puede ser muy insistente…

–Me presionó para que le contara por qué se había marchado Peter, y quería que especulara sobre por qué lo ocurrido le había afectado tanto. Le dije que el dolor era imposible de entender, pero ella insistió e insistió. Yo sabía que tenía sus propias motivaciones para preguntar y que no quedaba nadie más que yo para proteger el recuerdo de Peter, así que accedí a quedar con ella. Fue una estupidez por mi parte. Cuando nos vimos, perdí los estribos con ella.

–Eso no es difícil.

–Me dijo que sabía dónde estaba Langdon. Yo le contesté que no me lo creía y, allí mismo, sin más, me dio todos los detalles. Le dije que no me importaba y ella intentó dar la impresión de que iba a hablar con Langdon para conseguir una historia. Yo sabía que mentía, que nunca se arriesgaría a ponerse en contacto con ella, y así se lo dije.

–¿Qué hizo?

La señora Woakes le da las gracias al camarero cuando le trae el segundo capuchino y luego se me queda mirando, sin duda reflexionando sobre lo que va a decir a continuación.

–Fui a Farsley, no me preguntes por qué. No sé qué esperaba encontrar; no era como si fuera a pasearme por la calle principal y cruzarme de pronto con Abigail Langdon. Pasé un par de horas en el pueblo y luego volví a casa.

–Como ha dicho, el dolor puede hacer que nos comportemos de maneras inexplicables.

–Así es –conviene la señora Woakes–. Al cabo de una semana, Wilson intentó ponerse de nuevo en contacto conmigo.

–¿Qué cree que quería?

–Cualquier historia que pudiera maquinar –contesta–. Buscaba un escándalo, trapos sucios sobre Peter. Wilson no lo conocía, no sabía qué clase de hombre era, y aun así ahí estaba, fingiendo ser mi amiga cuando lo único que pretendía era encontrar a alguien a quien señalar.

Sentado a la mesa frente a la señora Woakes, me doy cuenta de que la herida sigue abierta, de lo mucho que necesita proteger la memoria de su marido.

–Jamás me había sentido tan orgullosa como el día que nombraron a Peter director del instituto de Haddley, y te lo dice alguien que ha sido madre de dos hijos. Pero ese es el tema: Peter consideraba a todos los chicos de esa escuela como sus hijos. Todas sus decisiones estaban muy meditadas, y su principal preocupación siempre fue el bienestar de todos y cada uno de ellos.

Le doy un sorbo a mi café.

–¿Durante cuánto tiempo fue director?

–Cinco años, antes de que Simon y Nick… –Asiento–. No se esperaba conseguir el trabajo, no cuando se lo dieron. Al ver el anuncio del puesto, ambos coincidimos en que no perdía nada por intentarlo, pero durante todo el proceso siempre lo vieron como un forastero –dice la señora Woakes, animándose–. Los últimos dos candidatos fueron Peter y el subdirector de la época, E. E. Hathaway; Ernest, aunque nunca averigüé a qué correspondía la segunda inicial. Ahora ya debe ser mayor, pero creo que aún vive en uno de los bloques de pisos residenciales del extremo más alejado de Saint Marnham. Hace veinticinco años ya era de la vieja escuela; creía en la disciplina estricta y en que los alumnos debían dejarse ver pero no dejarse oír. Peter y él se llevaban fatal. Peter era un modernizador, quería colocar a los alumnos en el centro de la escuela, cambiarlo todo y empezar de cero. Expuso su opinión en un apasionado alegato al consejo superior y, contra todo pronóstico, nombraron director al hombre sin experiencia, que por entonces era tan solo el coordinador de séptimo curso.

»En ese momento, Peter albergaba la esperanza de que Hathaway dimitiera o se jubilara con elegancia, pero este estaba decidido a ser una piedra en su zapato. Peter lo nombró director de sexto con la intención de relegarlo; sabía que los estudiantes mayores no le prestarían mucha atención a Hathaway, y la verdadera cultura de la escuela se cimentó en esos primeros años. Hathaway no tardó en darse cuenta de que Peter lo había marginado y excluido de cualquier toma de decisiones real, y desde su posición periférica, empezó a buscar maneras de interferir y generarle problemas. Seguía habiendo un grupo de miembros del consejo que apoyaba a Hathaway, y a este no le costó encontrar aliados cuando pidió la reintroducción de una disciplina mucho más estricta.

»Peter creía que si le daba libertad de acción, Hathaway cavaría su propia tumba, así que accedió a una revisión de la conducta y disciplina de la escuela, con la única condición de que se diera voz a los alumnos. Poco después, empezaron a surgir preocupaciones seguidas de quejas, interpuestas directamente contra Hathaway. Los primeros en dar un paso al frente fueron los padres, luego uno o dos exalumnos y, por último, varios chicos mayores que seguían en la

escuela. La disciplina se había llevado a tal extremo que había desembocado en acoso a los chicos. En cierto momento se habló de involucrar a la policía, pero Peter aprovechó la oportunidad para actuar y le pidió a Hathaway que dimitiera. Este se negó en redondo. A modo de respuesta, Peter le dijo que si no recibía su carta de dimisión en cuarenta y ocho horas, pondría en marcha una investigación exhaustiva y llamaría a los exalumnos de los últimos veinte años para que declararan.

»Hathaway dimitió a la mañana siguiente y, a partir de entonces, Peter se mostró categórico en su decisión de hacer siempre lo que fuera mejor para los chicos de la escuela. Dijo que solo se arrepentía de no haber evitado el nombramiento de Hathaway como subdirector de Twickenham Duke. –La señora Woakes hace una pausa y remueve el chocolate que hay sobre la superficie de su capuchino–. El puñetero día de las finales de *rugby* fue una de las pocas ocasiones en las que vimos a Hathaway tras su dimisión. Se mostró muy altanero con Peter y, de una manera un poco infantil, nosotros nos regodeamos en la victoria, tal vez demasiado. Esa noche nos emborrachamos con champán a tal punto, que Peter tuvo que cancelar la asamblea del día siguiente. –Tras coger con fuerza la taza entre las manos, la señora Woakes se inclina hacia mí–. Lo que trato de decir, Ben, es que Madeline Wilson no veía a ese hombre; ese hombre bueno y genuino que daba lo mejor de sí.

–¿Qué veía Madeline? –pregunto.

–Más que ver, escuchaba. Historias sobre Langdon y Fairchild; tergiversaciones y calumnias. Quizá podría haber habido más disciplina; Peter aprendió a cambiar las costumbres a medida que lo hacía. Yo no quería saber nada de Wilson y me negué a volver a hablar con ella.

Tras terminarse el café, la señora Woakes le hace señas al camarero para que nos traiga la cuenta.

–Invito yo, Ben –dice, al tiempo que se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar la tarjeta de crédito–. Te pregunte lo que te pregunte la policía, por favor, recuerda que las únicas víctimas reales de este crimen somos tú y yo.

La miro desde mi lado de la mesa y me aborrezco por pensar en Madeline. Madeline Wilson no ha llegado donde ha llegado publicando rumores sin fundamento. Es una periodista tenaz con la habilidad de encontrar la verdad que hay detrás de cada historia, y eso es lo que hace que no tenga rival en nuestra industria.

¿Cuál era la verdadera historia que trataba de descubrir?

Y fuera la que fuese, ¿por qué ha decidido Elizabeth Woakes no contármela ahora?

28

Holly Richardson cambió de postura bajo los cojines amontonados con meticulosidad en el suelo de su salón.

–Mamá, no te levantes o derribarás el tejado de nuestra casa –dijo Alice, mientras Max y ella cogían otros dos cojines del sofá para añadir una nueva habitación a su guarida.

–No me voy a poner de pie, Alice, solo muevo la pierna para que no me dé un calambre –dijo Holly, mientras Sarah Wright se hacía un hueco a su lado.

–Tu mamá y yo ya no somos tan jóvenes como antes –dijo Sarah.

–¿Qué es un «calambre»? –preguntó Max.

–Es cuando te hace mucho daño la pierna porque llevas demasiado rato sentado en la misma postura –explicó Sarah, y Holly extendió la pierna.

–A mí no me pasa si me siento con las piernas cruzadas –dijo Max.

–Te pasará cuando te hagas mayor –contestó Sarah.

–¡Tú ya eres mayor, mamá! –exclamó Alice, antes de que Max y ella salieran en desbandada de la habitación en busca de más cojines para ampliar su guarida.

–Creo que empiezo a notarlo –dijo Holly a su amiga con melancolía.

Tendida en el suelo junto a Sarah, rodeada de cojines y viendo a su hija entretenida, Holly se sentía a salvo. Había conocido a Sarah varios años atrás, cuando esta y su exmarido James compraron una casa con vistas al parque. Habían conectado de inmediato, y Holly había disfrutado descubriéndole a su nueva amiga cómo era la vida

en Haddley. Aquel era su pueblo natal, el lugar donde había vivido durante toda su vida y en el que estaban todos sus amigos.

Y el lugar del que ahora no veía el momento de huir.

–Por favor, dime que vas a venir a la fiesta de mañana por la noche –dijo, antes de dar un sorbo de la taza de té que había sobrevivido por milagro a la construcción de la guarida.

–No me la perdería por nada del mundo –respondió Sarah–. ¿Quién dejaría pasar la oportunidad de fisgonear en casa de tus suegros?

–Creo que Katherine tiene a sus interioristas en marcación rápida. Cada vez que voy, ha cambiado alguna cosa. No quiero ni imaginarme lo que debe costarle, pero a ella no parece importarle. Ni a Francis tampoco, la verdad.

–Ojalá tuviera un marido así.

–¿En serio?

–Vale, igual no, pero podrías haber tenido peor suerte con tus suegros, ¿no crees?

–Supongo que, en algunas cosas, sí.

–Y se ve a la legua que beben los vientos por Alice.

–Sí. Bueno, Francis seguro; de Katherine, a veces lo dudo.

Sarah arqueó una ceja.

–Vaya. ¿En qué sentido?

–Cuando empecé a salir con Jake, Katherine fue de lo más amable conmigo. Me acogió en su casa, me presentó a muchos de sus amigos y luego, cuando nos casamos, parecía encantada de tener una nuera con la que pasar el tiempo.

–¿Y qué cambió?

–En realidad, no lo sé. En cuanto nació Alice, pareció perder el interés. Yo ya no tenía tiempo para asistir a sus comidas y lo último que me apetecía era arreglarme para ir a un cóctel. –Holly suspiró–. Supongo que una bebé llorona no encajaba en su estilo de vida. Seguimos quedando para almorzar cada dos meses o así, siempre en un restaurante precioso, pero de lo único que hablaba ella era de lo que pasaba en el pueblo o del próximo viaje que iba a hacer con una de sus amigas. Creo que no puedo recordar ni una sola vez en que me preguntara por Alice.

–¿Y Francis?

Holly puso los ojos en blanco.

–Más de lo mismo, en realidad. La relación entre Jake y su padre es complicada: el negocio fallido, dinero… Las típicas cosas que dividen a las familias.

–Pero a veces veo a Francis venir a vuestra casa.

–Es por Alice –contestó Holly–. Como he dicho, la adora. En fin, tienes que prometerme que traerás a Nathan a la fiesta.

–Puede –dijo Sarah con una sonrisa.

–¡No! Tienes que prometérmelo sí o sí. Todo el mundo se muere de ganas de conocerlo.

–No me digas.

–Sarah, ¡es guapísimo! –exclamó Holly–. Esta mañana lo he visto correr por el parque y he tenido que recogerme la baba.

Sarah se rio y estuvo a punto de derramar el té.

–Si mañana por la noche no trabaja, seguro que vendrá. Sería una pena desilusionaros a todos.

En ese momento reaparecieron Max y Alice, cada uno arrastrando un cojín.

–Alice, recoge eso ahora mismo –dijo Holly al ver que su hija arrojaba al suelo un montón de libros de un reposapiés.

–Pero mamá, necesito la sillita en mi casa.

–No me importa lo que necesites; no se tiran los libros al suelo. –Alice se quedó mirando a su madre e hizo un puchero–. Recógelos –insistió Holly, y Alice se arrodilló despacio y empezó a apilar los libros sobre la mesita de centro.

–¿Una fase rebelde? –preguntó Sarah, al tiempo que le daba un codazo a su amiga.

–Quién sabe –contestó Holly–. Todos; no te dejes ni uno –añadió en tono severo, dirigiéndose a Alice.

–¿Mañana coincide con la fecha exacta de vuestro aniversario? –quiso saber Sarah.

–Siete largos años –respondió Holly en voz baja–. Nos casamos un jueves, porque al día siguiente Francis tenía un viaje de negocios a Malasia para una reunión que no podía posponer. Debería haberme

dado cuenta en ese momento: en la familia Richardson, Francis siempre tiene prioridad.

–Pero seguro que ha habido momentos felices…

–Claro –contestó Holly–, pero son los mismos que hubiera tenido de haber salido por la puerta y no haber mirado nunca atrás.

–¿De verdad?

–Esta familia es asfixiante. Siempre piden algo a cambio.

–Hol, sé que debe ser exasperante, pero procura no perder la perspectiva. –Holly no dijo nada–. Estás bien, ¿verdad, Hol? –Sarah le tocó el brazo y Holly percibió la preocupación en su voz–. Lo de marcharte no lo has dicho en serio, ¿no? Todos tenemos nuestros altibajos, aunque lo de James y yo eran más bien «bajibajos».

Holly se se rio con ganas, y luego se acercó a su amiga.

–Si quisiera pedirte consejo –susurró–, profesional…

–Hol, tú no eres así.

–Me crie sola con mi madre y siempre soñé con casarme, vivir en una casa bonita, formar parte de una gran familia. Tenía veintidós años cuando conocí a Jake, y me dejé cegar por las fiestas y el *glamour*. Pasé de vivir en un estudio en el que había que presionar la válvula del flotador para tirar la cadena, a beber Bellinis junto a la piscina de los Richardson.

–¿Qué más se puede pedir? –repuso Sarah, riendo.

Tras conocer a Jake, la vida de Holly había cambiado en un instante. Al despedirse del estudio sobre el *pub*, se había dicho a sí misma que tenía todo aquello que siempre había soñado. Veía la necesidad que tenía Jake de que lo amaran, y eso le gustaba.

–Siempre he querido a Jake, y aún lo quiero, pero la pasión fue efímera y desapareció hace mucho tiempo.

–¿Y Jake? ¿Qué opina él?

–Su padre lo machaca, y creo que yo soy incapaz de salvarlo. No puedo evitar preguntarme si Alice y yo no estaríamos mejor lejos de Haddley, Saint Marnham y toda la familia Richardson.

–Te voy a decir lo que les digo a todos mis clientes la primera vez que vienen a verme: tómate tu tiempo y asegúrate. No hagas nada hasta que no estés cien por cien convencida –le aconsejó Sarah–. Has vivido toda tu vida en Haddley, y eso es lo que dejarías atrás.

–¿Tan malo sería?

–Bueno, para empezar está esta casa. Pelearíamos para que te quedaras con tu parte, por supuesto.

–Francis paga la hipoteca.

–Eso complica un poco las cosas –observó Sarah–. ¿Desde cuándo?

–Desde hace cuatro años. De no ser por él, no podríamos vivir aquí. Nos tiene controlados.

–Puede que ya no quieras a Jake de la misma manera que creías, pero si hablas con él, tal vez descubras que él también quiere una segunda oportunidad.

–Él nunca se marchará de aquí. Francis no se lo permitiría.

–Hol, ¡es un adulto!

–Y el único hijo de Francis –replicó Holly–. Jake se esfuerza, pero siempre acaba atrapado intentando ser alguien que no es. O algo que cree que su padre quiere que sea.

–Pues eso es lo que deberías decirle.

–No estoy segura de que sirviera de algo. Perder su negocio casi acabó con él.

–Lleváis siete años casados y tenéis una hija maravillosa. ¿No hay nada que valga la pena conservar? ¿No podríais aprovechar la ocasión para mudaros los tres y empezar de cero en otra parte?

–¡Abuelo! –exclamó Alice, al tiempo que corría hacia la ventana del salón.

–¿Alice? –dijo Holly, poniéndose de pie.

–¡Mamá! –gritó su hija, mientras Holly trepaba por encima de los cojines y destrozaba la guarida.

–Lo siento, cariño –dijo Holly, que cogió a su hija en brazos y la abrazó.

–Mira, mami –dijo la pequeña señalando hacia el parque, donde Francis Richardson, con la vista clavada al frente, caminaba a zancadas hacia la casa.

–Hablando del rey de Roma –dijo Sarah.

29

Holly miró a su suegro, que estaba plantado en el recibidor, y pensó en lo imponente que seguía resultando su figura a pesar de estar a punto de cumplir setenta. Sospechaba que, si le preguntaran a él, se describiría como «distinguido», con el pelo canoso pero todavía abundante, bien peinado y un poco largo para suavizar sus rasgos. Holly suponía que su altura debía ser una herramienta útil para dominar una habitación y amilanar a un rival. Impresionante en su juventud y más seguro de sí mismo con la edad.

Pero siempre intimidante.

–Espero verte mañana por la noche –dijo Francis, centrando su atención en Sarah–. Siempre aportas estilo a cualquier velada.

Sarah se rio mientras Holly gritaba a Alice y a Max que no salieran del jardín delantero.

–Lo intentaré, señor Richardson –contestó ella.

–Llámame Francis, por favor.

–Lo intentaré, Francis. Tengo muchas ganas de ver vuestra hermosa casa. Holly me ha hablado mucho de ella.

–En eso no tengo nada que ver. Katherine se encarga de toda la decoración; mi única función es decirle que ha hecho un trabajo estupendo. Eso, y pagar las facturas.

–Seguro que haces más que eso –dijo Sarah, mirando a su amiga–. No tienes pinta de ser alguien que se queda de brazos cruzados mientras los demás trabajan.

–Procuro mantenerme ocupado –dijo Francis, tomando aire–. Con todos los temas de negocios que tengo en este momento, me cuesta

estar al día de en qué anda metida Katherine. Podría decirse que ella se dedica a lo suyo y yo a lo mío.

Holly observó cómo él le tocaba con delicadeza el brazo a su amiga.

–Sarah me ha prometido que mañana por la noche traerá a su nuevo novio –dijo–. ¿Verdad, Sarah?

–Por lo menos lo voy a intentar.

–Será un placer recibirlo. Pero si no, estaremos igual de encantados de verte a ti –dijo Francis.

–Gracias, señor Richards… Francis –contestó Sarah, al tiempo que daba un pasito de costado y se volvía hacia Holly–. Muchas gracias por esta mañana.

–Quédate a tomar otro té, si quieres –respondió Holly, mientras su amiga se inclinaba para abrazarla–. Voy a poner otra tetera para Francis.

–Me encantaría pasar un rato con Alice –dijo él, hablando por encima de su nuera–. Los abuelos podemos ser muy posesivos.

Sarah se volvió hacia Holly.

–Será mejor que me vaya –dijo, antes de salir y llamar a su hijo–: Vamos, Max; es casi la hora de almorzar.

Su hijo cruzó el jardín a la carrera y le dio la mano, al tiempo que Alice entraba corriendo en casa y se lanzaba en brazos de su abuelo.

–¡Abuelo! –chilló con placer mientras él la cogía–. Ya tengo mi vestido de fiesta preparado para mañana.

–Vas a ser la señorita más guapa de la fiesta, ¿a que sí, Holly?

–Seguro que sí –dijo Holly, y cerró la puerta principal mientras Francis se sentaba con su nieta al pie de la escalera.

–¿Te has comprado los zapatos de punta dorada? –preguntó él.

Alice hizo un puchero.

–Mamá no me ha dejado.

–Te hemos comprado unos zapatos preciosos.

–Pero yo quería los de punta dorada.

–Ya lo hemos hablado, Alice. Son muy caros.

–Pero son zapatos de princesa.

–Y tú eres mi princesa –dijo Francis–. Y una princesa no puede ir al baile sin zapatos de punta dorada –añadió, alzando las manos en

un gesto de horror fingido.

–¿Me los comprarás, abuelo? ¿De verdad?

–Todo es poco para mi niña –dijo él, mientras Alice lo rodeaba con los brazos.

Holly se alejó y entró en la cocina. Tras pulsar el interruptor del calentador de agua, se quedó de cara a la encimera esperando a que hirviera y notó la presencia de él en el umbral, a su espalda.

–¿Me empujas en el columpio, abuelo? –Se oyó la voz de Alice.

–¿Tan alto que toques el cielo?

–¡Sí!

–Dentro de cinco minutos –dijo Francis, dejando a su nieta en el suelo–, cuando me haya tomado una taza de té con tu madre. Y solo si antes me das un beso.

Al darse la vuelta, Holly vio a Alice dar un salto y plantarle un besazo húmedo en la mejilla a Francis, que se había agachado.

–Ve afuera –dijo Holly–, y yo iré enseguida a empujarte. –Alice cruzó la cocina a la carrera y salió al jardín trasero–. La consientes demasiado.

–Si no la consiento yo, ¿quién lo hará?

–Tiene que aprender que no puede tenerlo todo –repuso Holly, mientras contemplaba a su hija correr hasta la enorme casita de madera que sus abuelos le habían regalado para su tercer cumpleaños.

–¿Por qué? Es nuestra princesita.

Holly oyó a Francis cerrar la puerta de la cocina y contuvo el aliento. De pronto, un brazo le rodeó el cuello y se vio estampada sobre la encimera de mármol negro, con la cara aplastada sobre la superficie fría y dura. Al notar la mano de su suegro por dentro de sus bragas, se puso tensa mientras él se apresuraba a subirle la falda y se introducía en su interior a la fuerza. Al instante, empezó a embestirla a un ritmo frenético. Ella cerró los ojos y trató de pensar en su hija jugando fuera.

–Ve rápido –susurró, mientras Francis la atravesaba por dentro.

–No deberías haberme hecho esperar con tu amiguita.

Holly estiró el brazo hacia atrás para tocarlo, sabedora de que eso le haría ralentizar sus movimientos. Lo oyó gemir, y mientras se

echaba hacia atrás para pegarse a él, Francis relajó el ritmo. Holly se agarró a la encimera antes de echar de nuevo la mano atrás y tocarlo.

–No –dijo Francis, y mientras eyaculaba, dejó escapar un gemido grave que revolvió el estómago a Holly. Atrapada contra la superficie dura, sintió el peso de su suegro sobre ella–. No deberías hacer eso, lo sabes –añadió él, con los labios pegados a su oído.

Luego, introdujo la lengua en la oreja de Holly, que se apresuró a darse la vuelta para liberarse.

–No empieces, Francis –dijo, al tiempo que se subía las bragas.

–Quieres que todo acabe lo más deprisa posible, ¿eh?

–Alice está ahí fuera.

–No se ha enterado de nada –repuso él. Holly lo miró mientras se abrochaba los pantalones y el cinturón–. ¿Cuándo vuelve Jake?

–Llegará de madrugada.

–Entonces me pasaré luego; igual estás un poco más relajada.

–No, Francis.

–Tengo mi llave, así que no hace falta que me esperes despierta. Podría aparecer de repente y sorprenderte.

Holly se dio la vuelta, decidida a no mostrar ningún signo de debilidad. Francis atravesó la cocina y llamó con los nudillos a la ventana.

–¡Ven afuera, abuelo! –gritó Alice.

–¿Estás preparada para que te empuje hasta el cielo?

–¡Sí! –contestó la niña.

–Ve con cuidado –dijo Holly sin mirar a Francis.

–Hasta luego –respondió él, al tiempo que se dirigía a la puerta posterior de la casa. Antes de salir, Holly vio cómo dejaba caer al suelo tres billetes de cincuenta libras–. Y cómprale esos zapatos a la niña.

30

Al terminar su turno, Corrine se había marchado enseguida a casa a través de una serie de callejuelas secundarias, decidida a evitar el paseo marítimo, y se había preparado unas salchichas con patatas, aunque apenas había probado bocado. Al empujar el plato a medio comer por encima de su mesa astillada, se arrepintió de haber desperdiciado dos de las salchichas de Cumberland que había sisado de la residencia. Frente al fregadero de la esquina de su minúscula cocina, esperó a que el agua saliera caliente antes de aclarar el plato y secarlo con el trapo que una de las residentes le había comprado en un viaje en autocar al puerto de Folkestone. A Corrine le había conmovido que la anciana se hubiera acordado de ella.

Tras coger un vaso de agua, entró en su dormitorio y lo dejó en el suelo, junto a la cama. Luego, se acercó a la ventana y colocó encima del cristal las cajas de cartón aplanadas que descansaban contra la pared; cuatro de ellas unidas con cinta adhesiva servían para bloquear la luz diurna. Se sentó en la cama y se introdujo los tapones de espuma amarilla en los oídos, aunque en realidad no la aislaban del todo del ruido y el bullicio del salón recreativo que había debajo. Tumbada en el colchón, contempló la bombilla del techo y recordó la pantalla de papel que había visto en Wilko; costaba solo dos libras, aunque se preguntó si, por ese precio, supondría una gran diferencia. A lo mejor encontraba una vieja en Sunny Sea.

Estiró la espalda y se quedó paralizada al oír el timbre del interfono. Se quitó un tapón y aguzó el oído mientras permanecía tumbada e inmóvil, a la espera.

El interfono sonó de nuevo.

Bajó de la cama y echó un vistazo a través de un hueco que había entre dos de las cajas aplanadas. Al ponerse de puntillas y mirar hacia abajo, vio a dos policías parados delante de su puerta.

«Ese cabrón gordo de cara roja», pensó; al final, había cumplido su palabra de acudir a la policía. Aunque claro, no había que olvidar que ella le había atravesado los rechonchos nudillos con un tenedor.

Corrine retrocedió y esperó.

Silencio.

Al mirar de nuevo por el hueco, vio que los dos agentes echaban a andar hacia la calle mayor. Dejó escapar un suspiro de alivio y se apresuró a ponerse los zapatos antes de volver a la sala. Una vez allí, abrió la ventana del fondo de la estancia, trepó por encima para salir a la escalera de incendios metálica y bajó hasta la entrada posterior del salón recreativo. Plantada ante la puerta, introdujo el código de seguridad para entrar y pasó por delante del apestoso baño para empleados, antes de abrir la puerta de incendios estropeada y sumirse en el estrépito y la algarabía del salón.

El olor a palomitas le revolvió el estómago, y Corrine pestañeó deslumbrada por las luces parpadeantes de la caverna sin aire. Tras escurrirse junto a una familia joven que recogía sus fichas de premio de una partida del comecocos, entró en la cabina de cambio elevada que había en el centro del salón recreativo.

–La policía ha venido a buscarte –dijo Chad, el dueño del salón.

–Lo sé –contestó Corrine–. ¿Han entrado aquí?

–Les he dicho que hacía dos días que no te veía.

–Eres un sol –respondió ella–. Te debo una.

–¿Qué has hecho? –quiso saber Chad, mientras cogía el billete de cinco libras que le tendía una jubilada ansiosa por volver a las tragaperras de diez peniques.

–¿Quién dice que haya hecho algo?

–Entonces, ¿era solo una visita de cortesía?

–Algo así.

–En ese caso, la próxima vez los mandaré arriba.

–Solo me has dado cuatro libras –dijo la mujer a través de la ventanilla.

–Perdona, guapa –contestó Chad, y le pasó otro montón de monedas de diez peniques por debajo del cristal.

La mujer arrojó el último montón en su pequeño recipiente de plástico y se marchó apresuradamente.

–¿«Guapa»? Pero si podría ser tu abuela…

–Tú no eres la única a la que le gusta charlar un rato –replicó Chad, tras lo cual se dio la vuelta y subió la mano por el interior del muslo de Corrine.

–Aparta la puta mano –dijo ella, dándole un manotazo.

–La otra noche no te quejabas.

–La otra noche estaba borracha.

–Pues yo te vi la mar de feliz, sobre todo con tus gritos.

–A lo mejor la próxima vez a tu mujer le gustaría escucharlos.

–Hazlo, y tus amigos de la pasma irán a buscarte a un refugio para indigentes.

Corrine se adelantó, se apoyó en el mostrador y dejó que su pierna rozara el brazo de Chad.

–Si vienen otra vez, ¿les dirás que me he marchado unos días?

Chad dio unos suaves golpecitos con los dedos juntos sobre el tablero.

–¿Me estás diciendo que ahora quieres que te haga un favor?

–No seas así –repuso Corrine–. La semana pasada nos lo pasamos bien, pero fue algo puntual.

–Lo último que necesito por aquí es alguien con problemas con la policía. En el salón se mueve un montón de dinero en efectivo, y a veces es agradable que los polis hagan la vista gorda. Prefiero ser un buen ciudadano y ayudar siempre que pueda.

Corrine sabía que si lograba evitar a la policía durante unos días, enseguida se cansarían de buscarla. El tío gordo de la playa jamás sería su principal prioridad. Se inclinó por encima del mostrador y acarició con delicadeza el tatuaje del caballito de mar que adornaba el antebrazo de Chad.

–Vamos, rey; tú y yo somos iguales: ninguno de los dos quiere problemas.

–Mañana tengo la tarde libre; Dean me sustituirá. Podría traer *fish and chips* y un par de botellas de sidra, y hacerte compañía.

–Preferiría que Spotty Dean se presentara con un kebab.

–¡Vete a la mierda! Solo intento ayudarte –dijo Chad, y volvió a manosear el interior del muslo de Corrine–. Me da la sensación de que ya eres un poco mayor para Dean. Un hombre experimentado como yo valora más tu talento.

–Vale, pues a las tres –accedió Corrine con resignación–. Y si vas a traer *fish and chips*, asegúrate de que lleven mucho vinagre.

31

Al salir de la estación de Saint Marnham, recorro el pueblo antes de coger el camino de sirga hasta la terraza del restaurante de Mailer, donde Will está sentado en el extremo más alejado, a la mesa a la que suele sentarse a última hora de la mañana, mientras East y su equipo preparan el local para el almuerzo. Está encorvado sobre su teclado y no me ve hasta que me planto delante de él.

–Ben –dice, al tiempo que alza la vista y cierra el portátil–. No esperaba volver a verte tan pronto.

–Pasaba por aquí y he pensado en venir a ver si tenías esos diez minutos para hablar de Nick y del verano en que murió.

–¿Ahora? –contesta Will–. Supongo que sí. No era consciente de que fuera tan urgente. Si al final has decidido escribir el artículo, me imagino que es sobre tu madre, ¿verdad?

–Por supuesto, pero todo está conectado. De una manera u otra, todo empieza con ese verano. ¿Puedo sentarme? –Cojo una de las sillas de hierro forjado con mullidos cojines.

–Sí, sí, claro. ¿Quieres un café? –pregunta Will, mirando hacia el restaurante.

–No, gracias. Ya he tomado cafeína de sobra.

–No sé si voy a poder contarte mucho –empieza él–. Nick y yo éramos amigos en la escuela, pero fuera de ella, no tanto.

–Pero los dos jugabais en el equipo de *rugby*, ¿no? –señalo yo, al recordar que Will era uno de los miembros del victorioso equipo de mi hermano.

–Sí –contesta él–, pero el equipo estaba muy centrado en ganar y no teníamos mucho tiempo para nada más. Nick y yo apenas quedábamos fuera de la escuela.

Lo que me cuenta Will no encaja con mis recuerdos, con todas las veces en que vi a Nick lanzando una pelota de *rugby* en el parque con sus amigos. Estoy seguro de que Will estaba entre ellos, pero percibo su incomodidad y decido no presionarlo.

–Durante el tiempo que sí pasabas con él, igual cuando estabais en clase, ¿Nick habló alguna vez de Langdon y Fairchild? ¿O los viste juntos por el pueblo?

–Que yo recuerde, no. En el colegio todos las conocíamos, pero aparte de eso, no lo sé.

–¿Y ese verano? ¿Es posible que quedaran a veces con Nick y con Simon?

–No soy la mejor persona a la que preguntárselo. Creo que no vi a Nick más de un día durante todas las vacaciones.

–¿Y ese día?

–Ben, hace más de veinte años; no me acuerdo de lo que hicimos. Lo más seguro es que me encontrara con Nick por Haddley y acabáramos pasando la tarde en el McDonald's. O a lo mejor fuimos al parque de Haddley Hill. Lo típico de las vacaciones; matar el tiempo, nada más.

–Ese día, ¿Nick habló de Langdon y Fairchild?

–Que yo recuerde, no –contesta Will, cruzando las piernas con incomodidad, y, tras quedarse un momento callado añade–: No sé, igual comentó algo de pasada, nada más.

–¿En qué sentido? –insisto.

–Cosas de chiquillos; una broma para echarnos unas risas y hacer el payaso. Abigail y Josie eran de esas chicas que llamaban la atención; la atención, a menudo, de la gente inapropiada. Es posible que hiciéramos una broma sobre ellas, pero de verdad, Ben, no se me ocurre nada más que contarte.

–¿Te acuerdas de cuánto tiempo antes de los asesinatos tuvisteis esa conversación?

–Una semana, tal vez dos. Procuro no pensar en ello. ¿De verdad esto tiene algo que ver con lo que le pasó a tu madre?

–Empiezo a pensar que quizá sí. Pero ya veo que tienes que seguir trabajando –añado, señalando con la cabeza el portátil de Will al tiempo que me levanto–, así que te dejo tranquilo.

–Solo estaba enviando unos correos electrónicos.

–Gracias por dedicarme un rato. Saluda a East de mi parte.

Estoy a punto de marcharme cuando me acuerdo del mensaje de East y me quedo parado.

–¿Ben? –pregunta Will, mirándome.

–No te preocupes, no es nada.

Aguardo hasta hallarme de nuevo en el camino de sirga, en dirección a Haddley, para encender el móvil y enviar un mensaje a East.

He charlado con Will pero creo que estabas preparando todo para el almuerzo. La próxima vez hablamos

Apenas he caminado un minuto cuando el teléfono me vibra con su respuesta.

¿Te va bien mañana?

Sé que East quiere convencerme de que no escriba el artículo, y aunque no sé por qué, no pienso dejar que nadie me lo impida.

Ya te diré algo,

es mi respuesta.

32

Mientras cruzo Haddley Common, veo a la agente Cash salir de un coche patrulla y echar a andar hacia mi casa. En esta ocasión ha venido sola, así que aprieto el paso y la alcanzo cerca de la puerta de entrada.

–Hola otra vez –la saludo con una sonrisa–. Supongo que me busca a mí, ¿verdad?

–Hola, señor Harper –me contesta–. Esperaba que hubiera podido encontrar una muestra de la letra de su madre.

Su manera de dirigirse a mí dista un millón de años luz de las incisivas acusaciones de la subinspectora Barnsdale.

–Seguro que puedo encontrar algo, si quiere pasar –le digo–. ¿Le apetece un café? –añado.

–Solo si usted va a tomarse uno –contesta Cash, a todas luces aliviada ante mi ausencia de hostilidad.

–Me mantengo a base de cafeína –digo por encima de mi hombro mientras recorro el pasillo hasta la cocina. Una vez allí, enciendo la cafetera–. No quiero ni imaginarme qué efecto debe tener eso en mi tensión sanguínea.

Cash, que me ha seguido, se sienta a la isla de la cocina.

–Para mí, con dos cucharaditas de azúcar. Seguro que eso es mucho peor. –Sonríe, y al hacerlo se le iluminan los ojos.

–Todos tenemos nuestros vicios –contesto, mientras abro el típico cajón con trastos varios que estoy seguro de que existe en la cocina de todas las casas.

Sin embargo, al fondo del mío hay un sobre marrón que no es en absoluto un trasto. Dentro hay dos tarjetas que me envió mi madre y que he conservado durante los diez últimos años: una para mi vigésimo cumpleaños, la última que me escribió en vida, y la segunda para felicitarme por haber aprobado el carné de conducir. Se las tiendo a Cash y, en cuanto me separo de ellas, siento un impulso repentino de arrebatárselas. Aunque no las miro a menudo, saber que están ahí me proporciona cierto grado de consuelo.

–Se las devolveré lo antes posible –dice ella al tiempo que coge las tarjetas con delicadeza, como si percibiera mis reticencias–. Sé que debe ser muy duro para usted tener que revivir todo esto.

La miro, y en sus ojos se refleja tal sinceridad, que me da la impresión de que de verdad lo entiende. Me encojo de hombros.

–Ha pasado mucho tiempo.

–Qué foto más bonita –comenta, mirando la imagen de mi madre y yo delante de la destilería de Arran.

–Nos la sacaron pocas semanas antes de que muriera. Le pedimos a alguien que pasaba por allí que nos la hiciera con mi móvil mientras esperábamos un taxi.

–Ella parece feliz.

–Cuanto más pienso en mi madre, más convencido estoy de que lo era. –Le doy a la agente Cash su café y me siento al otro lado de la isla de la cocina, frente a ella–. Ese viaje fue muy importante para ella.

–Porque pudo pasar tiempo con usted –dice Cash con una sonrisa.

–Gracias, y sí –contesto–, pero había algo más. Ella quería aprovechar el viaje para hablar conmigo. Siempre me he dicho a mí mismo que tal vez, por algún motivo extraño, se estaba asegurando de que yo estaría bien, aunque nunca he querido creerlo.

–¿Nunca ha aceptado que se quitó la vida? –pregunta Cash, y su franqueza me coge un poco por sorpresa.

Me tomo un momento antes de contestar:

–No sé si alguna vez llegué a afrontarlo. Creo que no deseaba hacerlo.

–¿Y ahora?

–Ahora estoy convencido de que detrás de su muerte hay más de lo que creíamos.

–¿Por qué está tan convencido?

–Cuando pienso en ese viaje, me doy cuenta de que no buscaba asegurarse de nada respecto a mí. En lo que pensaba era en su propia vida y en sus planes de futuro.

–¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

Me quedo un momento callado.

–Abigail Langdon. O mejor dicho, su muerte. –Me levanto y me pongo a andar por la cocina–. ¿Y si, cuando hicimos ese viaje, mi madre ya se había puesto en contacto con Langdon? Las fechas encajan. –Pienso en la lluvia cayendo a mares en la bahía durante nuestra última tarde en Arran–. Se convence de que Langdon sabe alguna cosa y luego encuentra la manera de comunicarse con ella, pero la única respuesta que recibe es una petición de dinero.

–Veinticinco mil libras –dice Cash.

–Exacto –contesto, mientras me esfuerzo por recordar nuestra conversación en Arran–. Ella me preguntó si yo creía que había cosas que no sabíamos y si, de ser así, yo querría saberlas. Yo le puse fin a la conversación y le dije que no quería saber nada del tema.

–¿Qué creía su madre que podía contarle Abigail Langdon? –pregunta Cash.

Me siento a su lado.

–No lo sé, pero fuera lo que fuese, se trataba de un secreto que alguien estaba dispuesto a proteger a cualquier precio. Semanas después, mi madre murió.

–Vincular ambas cosas es un poco excesivo –señala Cash en voz baja.

–Así es –coincido–, pero ahora alguien ha decidido matar a Abigail Langdon. ¿Por qué?

–¿Para proteger ese mismo secreto?

–Eso es lo que pretendo averiguar. Empezando por lo que ha ocurrido en Farsley esta semana.

–Señor Harper, de esa investigación se encarga la policía de West Yorkshire –replica ella, con un leve tono de amonestación.

–Tal vez sea así, agente Cash –digo–, pero después de mi experiencia con la policía, me gustaría hacer mis propias preguntas. Tal vez si no se hubieran dado tanta prisa en catalogar la muerte de mi madre como un suicidio, yo podría haber hecho más preguntas en su momento.

–Seguro que no hace falta que le recuerde que esta investigación está abierta, y que todo lo que le hemos contado hasta el momento sigue siendo confidencial –observa Cash, y percibo una sombra de preocupación en su semblante.

–Puede confiar en mí –respondo con una sonrisa–. Jamás me inmiscuiría en el trabajo de la policía. Mi plan es coger el coche hasta Farsley mañana a primera hora. Solo quiero hacerme una idea de cómo es el pueblo, tal vez buscar a un par de personas que conocieran a Langdon. Nada más. Si cree que voy a portarme mal, ¿por qué no me acompaña?

–Mañana es sábado y no estoy de servicio –se apresura a contestar.

–Bueno, pues yo pienso ir a Farsley.

–Señor Harper, de verdad que no creo que sea una buena idea.

–Llámame Ben. No voy a hacer nada ilegal. Si vienes conmigo, será todo extraoficial. –Nos interrumpe alguien que llama con los nudillos a la puerta principal–. Piénsatelo un momento –añado, y salgo deprisa de la cocina.

Al abrir la puerta, me encuentro a Phil Doorley de PDEntregasRápidas.

–Hola, Ben –me saluda, antes de entregarme una caja con una etiqueta que reza: «Servicio Postal de Estados Unidos»–. Tengo otras tres como esta para ti en la furgoneta.

Me quedo un momento desconcertado, sin saber lo que puede haber dentro, y entonces me acuerdo del pódcast en el que estaba trabajando antes de mi reunión con Madeline. Han pasado tantas cosas desde entonces que se me había ido completamente de la cabeza.

–Te echo una mano –digo, y lo acompaño hasta el bordillo.

–¿Has montado un negocio de importación desde Estados Unidos?

–Son un montón de cintas con entrevistas. No están digitalizadas, así que solo podía conseguirlas en este formato. Me las ha enviado una cadena de televisión.

–¿Va todo bien? –me pregunta mientras pasa junto al coche aparcado de Cash.

–Sí –respondo–. Es solo una visita rutinaria.

Phil asiente mientras apilamos cajas en mi recibidor. Al regresar de nuevo a la furgoneta, un Range Rover se detiene en medio de la calzada, junto al vehículo de Phil.

–¡Grandullón! –grita James Wright al tiempo que baja del coche y se dirige hacia Phil. Al verme a mí, se queda quieto–. Hola, Ben. ¿Qué tal?

–Bien, gracias –contesto a modo de saludo, antes de decirle a Phil que ya puedo coger yo la última caja.

Subo de nuevo por el camino de acceso y, antes de llegar a la puerta, me doy la vuelta y veo a James con el brazo pasado por los hombros de Phil; dos viejos compañeros de escuela que comparten risitas disimuladas mientras conspiran en el linde del parque. Plantado en el escalón de entrada de mi casa, saco el teléfono y escribo un mensaje rápido.

Will, llevo una hora dándole vueltas
a lo que has dicho de que Langdon y Fairchild
llamaban la atención de la gente inapropiada.
¿A qué te referías?

Junto al mensaje aparece el doble tic, y espero a que me conteste.

Hombres. Todo tipo de hombres.

Cuando entro de nuevo en la cocina, Cash deja su teléfono sobre la isla.

–Iré contigo mañana, pero es una visita al pueblo, nada más –dice.

–No esperaba que accedieras.

–Para serte sincera, me irá bien pasar el día fuera de Haddley. ¿A qué hora quieres ir?

–Pronto –contesto, mientras ella coge de nuevo las dos tarjetas que le he dado antes–. No sé cómo, pero conseguí sacármelo a la primera –comento mientras miro la tarjeta de felicitación que sostiene en la mano–. «Avísame siempre que salgas a la carretera» –digo, recordando lo que escribió en su interior–. Mi madre se creía graciosísima.

–Por lo que dices, parece una mujer maravillosa. Me imagino cuánto la echas de menos.

Me siento de nuevo frente a ella.

–Con el tiempo se vuelve más fácil. Aún pienso en ella, o en Nick, casi todos los días, pero ahora a menudo lo hago de una manera positiva. He aprendido a recordar los buenos tiempos, que existieron –concluyo con una sonrisa.

–Los buenos tiempos pueden ayudarte a sobrellevar los malos, ¿verdad? –dice Cash, repentinamente distante.

–Sí –digo, y vacilo antes de preguntar–: ¿Es lo que te pasa a ti?

Ella se encoge de hombros.

–Todo el mundo tiene sus altibajos, y yo no soy la excepción. Es una locura esperar que todo el mundo sea exactamente como te lo imaginas. La vida no funciona así. –Yo asiento y ella continúa–: Crees que la vida te va a dar una cosa y, de pronto, te encuentras en otro sitio que nunca creíste posible.

Le da vueltas a la alianza que lleva en el dedo anular.

–¿Cuántos años llevas casada?

Ella deja caer las manos a los costados y se las mete por debajo de las piernas.

–No mucho; solo unos meses. Todavía estamos en el comienzo. –Se acaba el café–. Perdí a mi padre no hace mucho, así que sé lo duro que es.

–Lo siento.

–Las familias pueden ser difíciles –añade ella, al tiempo que coge la segunda tarjeta.

–Me la dio por los veinte –digo–. Mi cumpleaños es a finales de enero, pero como la mayoría de los estudiantes, yo nunca tiraba

nada. La encontré cuando volví a la universidad tras la muerte de mi madre.

–Eso tuvo que ser difícil –observa.

–El enero siguiente la saqué de nuevo y me dije a mí mismo que la leería cada año por mi cumpleaños, pero nunca lo he hecho. Supongo que no soy tan sentimental como creía.

–¿Tu madre y tú siempre estuvisteis solos? Me refiero…, ya sabes, a después de que Nick… –Se ruboriza.

–Prácticamente. Mi padre no estuvo muy presente; se marchó cuando yo tenía tres años.

Ella hace una inclinación con la cabeza.

–Lo siento.

–No lo sientas; no hacía más que ocupar espacio. –Cojo las tazas y las llevo al fregadero–. Viajaba mucho por trabajo; algo relacionado con las ventas, no sé el qué. Supongo que era la profesión perfecta para su carácter inconstante. Recuerdo que yo me plantaba junto a la ventana para esperar a que volviera a casa después de cada viaje. Siempre nos traía un regalo, una chorrada, pero para un niño de tres años era algo importante. En el último viaje, me quedé esperando un día y otro y otro, pero jamás volvió. –Miro hacia el jardín–. Ese fin de semana, Nick y yo arrastramos el cortacésped al jardín de atrás e intentamos cortar la hierba.

–¿Y nunca más lo has visto?

–Volvía de vez en cuando, pero nunca por un buen motivo. –Vuelvo a sentarme frente a ella–. El día de las finales de *rugby*, se presentó de improviso. Mi madre estaba trabajando y Nick se emocionó al verlo; quería que mi padre lo viera jugar. Me pidió que fuera a saludarlo, aunque yo me negué, y me hizo prometer que no se lo contaría a mi madre; ella se había hartado de que mi padre apareciera y desapareciera a placer y alterara nuestra vida. Siempre prometía venir a vernos, pero casi nunca aparecía. Ella le dio un ultimátum: o se comprometía a vernos con regularidad o nos dejaba en paz. Él no hizo ninguna de las dos cosas. Pocas semanas después se presentó de nuevo, esta vez un día que Nick y yo estábamos nadando en la piscina de Tooting Bec. Mientras corríamos hacia el autobús, le prometió a Nick que volvería la semana siguiente. Mi

hermano quería verlo, y me hizo jurar de nuevo que no se lo contaría a mi madre. Sabía que a ella no le gustaría. Al cabo de una semana, ese día de calor abrasador, mentí a mi madre y le dije que no me apetecía ir a nadar. «Tú mismo», me dijo ella, pero sé que no entendió por qué no quería salir a refrescarme. Nunca le conté el secreto a mi madre, y siempre he pensado que ojalá lo hubiera hecho.

–¿Tu padre no se presentó?

Niego con la cabeza.

–En lugar de mi padre, Nick se encontró con Simon, y los dos volvieron juntos a casa en autobús. Langdon y Fairchild los esperaban en el parque. –Me paso las manos por la cara–. Mi padre debería haber estado con Nick.

Cinco

«Mientes con una facilidad exasperante, te haces pasar por policía y ahora sustraes pruebas del escenario de un crimen».

33

En la madrugada del sábado, las farolas alumbran el camino hasta mi coche por el linde del parque. Al encender el teléfono, veo que son las tres. Quiero llegar a Farsley antes de que la prensa nacional se huela que hay una historia. Desde el río sopla un fuerte viento, así que me subo la cremallera de la chaqueta y me abrocho el cuello para protegerme.

Mientras lo hago, veo una figura que empieza a cruzar el parque desde Lower Haddley Road.

–¿Eres tú, Ben? –dice una voz. Al escudriñar la oscuridad, distingo a Nathan Beavin caminando hacia mí. Genial–. ¿Te has levantado pronto o te acuestas tarde? –pregunta.

–He madrugado –contesto–. ¿Tú te acuestas tarde?

–Cerramos a las dos, pero incluso a esa hora siempre quedan unos cuantos regazados. Y luego tenemos que recoger antes de irnos a casa.

–Qué jornada más larga.

–A mí me gusta. Los viernes por la noche siempre hay gente divertida –responde, ahora plantado junto a mi coche–. Esta noche te he buscado entre la gente pero no te he visto.

–Estoy liadísimo –explico–. He empezado a trabajar en una historia nueva y estoy intentando adelantar con la fase de investigación.

–¿A eso vas ahora? –pregunta.

Nuestra conversación ha asumido con rapidez el tono de un interrogatorio, algo que parece ser habitual con Nathan.

–Más o menos.

–¿Qué clase de historia sucede en plena noche?

–Te sorprendería –digo–, pero me espera un trayecto largo y he pensado que así me evitaría el tráfico.

–¿Adelantarte a la manada?

–Más o menos.

–¿Algo interesante?

No puedo por más que admirar su persistencia.

–Todavía está en pañales. En esta etapa, nunca se sabe cómo se va a desarrollar una historia. –Miro a mi alrededor con la esperanza de ver a Cash. Le dije que saldría a las tres–. Te dejo –continúo–. Debes estar agotado.

–La verdad es que sí –dice Nathan–, pero al final te acostumbras. Como hoy no está Max, espero poder dormir hasta tarde. Este fin de semana va a pasar dos noches con su padre, para que Sarah y yo podamos ir a la fiesta de los Richardson.

–Qué bien –contesto.

–Es un detalle por su parte quedarse con Max una noche más.

–Es su hijo.

–Es verdad. Según Sarah, se ha echado una novia jovencita. Me parece que no le hace mucha gracia.

–Ya te dije ayer por la mañana que en realidad no conozco a James.

–No –responde Nathan–. He preguntado por ahí y nadie parece saber mucho sobre él. Eso, o no me lo quieren contar.

–Te veo muy interesado. Si te preocupa alguna cosa, es con Sarah con quien deberías hablar.

–No me preocupa nada, no; no es eso. Solo me interesa saber qué pasó antes de que yo llegara.

–Seguro que Sarah te contará cualquier cosa que crea que necesitas saber.

–Supongo que sí –contesta, y en ese momento, me invade el alivio al ver a Cash subiendo por la calle hacia nosotros–. ¿Has quedado con ella? –pregunta Nathan, mientras ella se acerca vestida con tejanos y un jersey negro.

–Dani –se presenta Cash antes de que yo tenga que hacerlo, y yo le explico a Nathan que está trabajando conmigo en la historia.

–¿Trabajas con Ben en el portal?

–Soy *free lance* –contesta ella enseguida.

–Una de las mejores –añado, al tiempo que intercambio una breve mirada con ella.

–¿Sobre qué escribes?

–Sobre todo de sucesos –contesta ella–, pero también me gusta hacer artículos de interés humano.

–¿Vais a Londres? –pregunta Nathan mientras yo abro los seguros del coche con el mando.

–Al norte –digo–, pero le he prometido a Holly que esta noche estaría de vuelta. Ya te buscaré en la fiesta.

–Será todo un acontecimiento –dice él, y luego se aleja por la oscuridad en dirección a la casa de Sarah.

34

Corrine se incorporó en el sillón, sobresaltada. Al cabo de un momento, se le volvió a caer la cabeza hacia delante y se le cerraron de nuevo los ojos. Entonces, otro golpe resonó por el pasillo y ella se sentó erguida al tiempo que estiraba el cuello. Se suponía que no debían dormir en el salón de los residentes, pero esa tarde no había podido conciliar el sueño, y ¿qué otra cosa iba a hacer durante toda la noche? Al mirar el reloj, vio que ni siquiera eran las cuatro. Se inclinó hacia delante y echó un vistazo al corredor. No había ninguna puerta abierta ni luces encendidas. Aguzó el oído por si había más ruidos, pero aparte del sonoro ronquido de la señorita Hinchliffe en la habitación cuatro, todo estaba en silencio.

Ahuecó los cojines amontonados en el respaldo e intentó acomodarse de nuevo, moviendo la espalda en un intento de encontrar una postura cómoda. Al final, apoyó la cabeza en la oreja acolchada del sillón, pero la levantó de golpe en cuanto su nariz rozó la tela con textura. Estaba convencida de que aún persistía en ella el olor de la cena rancia de la noche anterior. Aborrecía la forma en la que los olores de la residencia se pegaban por todas partes, cada hedor destinado a permanecer durante días en una mezcla constante de col estofada y orina.

Decidió apoyar la cara en su mano y, tras cerrar los ojos, se fue sumiendo en el sueño. Había empezado a trabajar a las seis de la tarde y había recogido los platos de la cena antes de llevar a los residentes a dormir pronto. «¿Quiere que lo acompañe a su cuarto?», era lo que Molly le había indicado que debía decirles cada

noche. Corrine no veía el momento de deshacerse de ellos. Siempre quedaban unos cuantos rezagados en el salón, los que querían hablar. Las mismas historias, repetidas una noche tras otra, en su mayor parte sobre sus familias. Le contaban lo maravilloso y exitoso, lo bueno y popular que era su hijo, su hija o su nieta. A Corrine le daba la sensación de que era tan solo una forma de alardear. Ninguno de ellos parecía recordar que esos mismos familiares los habían dejado en Sunny Beach a esperar la muerte, una semana tras otra, sin apenas una visita entre ellas. Pero era como si de lo único que quisieran hablar fuera precisamente de la familia, tanto la suya como la de ella.

Con el tiempo, Corrine había empezado a inventar sus propias historias. A veces les decía que sus padres habían muerto en un accidente de coche; en otras, en uno de tren. Le gustaba la cálida sensación que experimentaba cuando la gente la miraba con ojos llenos de compasión. Casi siempre era capaz de sacarles una lágrima a las viejas, pero en una ocasión, uno de los ancianos había insistido en conocer la ubicación exacta del accidente. Por lo visto, de joven había trabajado en seguridad ferroviaria. Paddington, le había dicho ella con el corazón en un puño. Para su gran alivio, él se lo había tragado y le había dado el pésame. Después de eso, Corrine se había dado cuenta de que él siempre era extremadamente amable con ella, y en Navidad le había comprado una caja de bombones. La siguiente vez que una nueva residente le preguntó por su familia, le contó que habían muerto en el accidente de avión de Lockerbie, pero que no le gustaba hablar de ello. A finales de semana, la vieja le dio con disimulo un billete de diez libras, y Corrine apenas pudo creer la suerte que había tenido. La siguiente vez, fue su hermana quien había muerto en los atentados del metro de Londres, y el regalo subió a veinte libras. Luego, un árbol había aplastado a su madre durante la Gran Tormenta, pero el viejo cotilla empezó a hacerle preguntas y no tardó en darse cuenta de que las fechas no cuadraban. A la semana siguiente, él tuvo un ataque al corazón y ella se alegró de verlo marchar.

De pronto sonó una alarma que la despertó, y Corrine echó un vistazo al pasillo. La luz parpadeaba en la puerta de la habitación

número siete, la del señor Talisbrook, si es que recordaba bien su nombre. Se estiró y apenas se había puesto en pie cuando Molly la alcanzó, procedente del pasillo delantero.

–Es el señor Talisbrook, Molly; habitación siete, creo. Justo ahora iba –se apresuró a decir.

Molly la ignoró y se le adelantó. Cómo detestaba a aquella mujer. Tras abrir la puerta del dormitorio, observó cómo la otra entraba a la carrera. El señor Talisbrook se hallaba en el suelo del baño con el pantalón del pijama bajado, y el olor estuvo a punto de dar arcadas a Corrine, que se quedó junto a la puerta respirando en dirección al pasillo mientras Molly trataba de levantarlo. Cuando esta le gritó que llamara a una ambulancia, Corrine agradeció la excusa para dirigirse a la parte delantera del edificio.

El personal sanitario se hallaba a quince minutos, la informó la mujer del otro extremo de la línea telefónica, y Corrine decidió que era mejor esperar junto a la puerta para dejarlos entrar. Cuando llegó la ambulancia, cinco minutos antes de lo previsto, se llevó un chasco al ver que ambas sanitarias eran mujeres.

Al cabo de unos minutos, se llevaron al señor Talisbrook en camilla y Molly le ordenó que fuera a limpiar su habitación. Corrine se dirigió al armario que había al final del pasillo, cuyo interior era un desorden de ropa de cama vieja mezclada con trapos, botellas de desinfectante y gel de manos antiséptico. Sacó una fregona y un cubo, y luego encontró un par de guantes de goma nuevos todavía empaquetados. Ahora eran suyos.

De vuelta en la habitación del señor Talisbrook, abrió la ventana para que corriera el aire frío, llenó el cubo en la bañera y vertió una dosis generosa de desinfectante. Con la cabeza vuelta, empezó a fregar el suelo del baño, aliviada a medida que el aroma artificial a limón disipaba el hedor.

Tras salir del baño para dejar que el suelo se secara, entró de nuevo en la habitación para deshacer la cama, y al arrojar las sábanas al pasillo vio a Molly hablando por teléfono. Si llamaba a los familiares en plena noche, el asunto debía ser grave. Corrine volvió a entrar sin prisa en el cuarto y echó un vistazo a las escasas posesiones que el señor Talisbrook había dejado al final de su vida:

un montón de libros de bolsillo, un bolígrafo que utilizaba para hacer el crucigrama cada mañana, una caja metálica victoriana de galletas llena de arañazos, en cuyo interior había un puñado de cartas viejas, y un paquete de galletas digestivas de chocolate en la mesilla de noche. Dentro de su armario había un bote de mantecados Walker's, que le había enviado su sobrina por Navidad. Corrine decidió volver a buscarlos después. De la pared colgaban dos fotografías enmarcadas. En la primera, que debía de ser de hacía al menos veinte años, se veía al señor Talisbrook con una mujer que supuso sería su esposa. Parecían felices, y Corrine pensó que ojalá él no se hubiera quedado solo durante muchos años. En la segunda fotografía salía otra mujer, con un recién nacido en brazos, a la que Corrine había visto venir de visita. Suponía que era la nieta del señor Talisbrook. El bebé había crecido; ahora debía de tener unos nueve meses. La mujer le había preguntado si quería cogerlo en brazos y, a pesar de que Corrine se moría de ganas de decir que sí, al final había negado con la cabeza y le había dicho que tenía que volver al trabajo.

Antes de salir de la habitación, se paró junto a la mesita de noche y abrió el cajón superior. En la parte delantera había tres monedas sueltas de una libra, y debajo del crucigrama de esa mañana, un billete de diez. Se metió el dinero en el bolsillo y, mientras lo hacía, le deseó lo mejor al señor Talisbrook.

35

–¿«Sobre todo de sucesos, pero también me gusta hacer artículos de interés humano»? –le digo a Dani entre risas, mientras conduzco por la North Circular.

–El trabajo policial se centra en las personas –responde ella–. Me gusta pensar que mi principal foco es el crimen, pero que de vez en cuando se equilibra con labores emocionales que pueden tocar la fibra sensible.

–Aún haremos de ti una escritora –comento mientras nos dirigimos a la autovía.

–¿Qué se celebra en la fiesta de esta noche?

–El aniversario de boda de mis vecinos.

–¿Sois buenos amigos?

–De Holly, sí; nos conocemos desde la escuela. Y con Jake me llevo bastante bien. Soy el padrino de su hija, Alice.

–Está bien que vivan tan cerca.

–Sin duda. Me lo paso genial con Alice, aunque me alegro de poder devolvérsela al final del día –digo–. El otro día la cuidé durante un par de horas y nos pasamos todo el rato jugando al escondite. La última vez que se escondió, no la encontraba por ninguna parte; la busqué durante diez minutos, cada vez más desesperado, y al final le grité que saliera. Tardó dos o tres minutos más, pero durante esos momentos en los que no tenía ni idea de dónde estaba, sentí verdadero terror.

–¿Dónde estaba?

–Se había encerrado en un armario al fondo de la cocina y no podía salir –le explico–. Al final me llamó y yo bajé la escalera a la carrera para rescatarla. A ella le pareció tronchante, pero yo me pasé la siguiente media hora con el estómago revuelto. Si fuera padre, mi principal objetivo sería mantener con vida a mi hijo.

–Serías un padre estupendo –dice Dani.

–Yo no estoy tan seguro. Al menos hasta dentro de un tiempo. ¿Y tú qué? ¿Hay niños en el horizonte?

–¿Yo? –replica Dani, mientras acerca los dedos a su alianza–. No, creo que no. No llevamos ni seis meses casados. Los niños tendrán que esperar un tiempo todavía.

–¿La carrera viene antes? –pregunto.

–Algo así. –Espero a que prosiga, pero ella no lo hace, y noto que se muere de ganas de cambiar de tema–. Sabes que no puedo librarte de las multas por exceso de velocidad, ¿verdad? –comenta, mientras empezamos a subir por la M1 en dirección a Yorkshire.

–No me la pondrán por ir a ciento diez.

–Pareces mi padre, y eso que él era policía. Además, me da que ya los has sobrepasado.

Con un suspiro exagerado, hago lo que me indica y levanto el pie del acelerador.

–No hace falta que te enfurruñes –dice ella–. Te pillarán las cámaras.

–No me enfurruño, solo estoy descansando el labio inferior –replico, y mientras nos reímos de vo, tomamos la M25, desierta a primera hora de la mañana del sábado–. Pero a tu padre no le pondrían multas, ¿no?

–Ni siquiera nosotros estamos por encima de la ley –dice Dani. Yo le dedico una mirada rápida y ella pone los ojos en blanco–. Vale, sí, igual hay cierta flexibilidad en las multas de aparcamiento, pero nada más.

–Seguro que en la época de tu padre se hacían más concesiones.

–Sin duda, pero los tiempos han cambiado.

Viajamos en silencio por la carretera desierta e iluminada de manera intermitente, hasta que Dani se vuelve de nuevo hacia mí.

–Háblame de Elizabeth Woakes –me pide.

Yo la miro. La cara le brilla, alumbrada por las luces de neón de la gasolinera a la que nos acercamos.

–¿Me lo pregunta Dani o la agente Cash?

–¿Acaso importa?

–Quiero confiar en ti –respondo–, pero para que las cosas funcionen, hoy todo tiene que ser extraoficial.

–Me parece bien.

Al volverme hacia ella me encuentro con su sonrisa.

–¿Y la subinspectora Barnsdale?

–Ben, hemos acordado que todo es extraoficial. Háblame de la señora Woakes.

–Fuisteis a verla, ¿verdad? –digo al cabo de un momento.

–Justo después de estar en tu casa.

–¿Y?

–Yo he preguntado primero.

–Siempre me ha caído bien. Ha sufrido mucho.

–Ya me di cuenta –contesta Dani–. No le gusta la policía. Tú me pareciste duro hasta que la conocí a ella.

–El dolor de una madre siempre es peor, por mucho que intente esconderlo. Y luego está lo de su marido.

–¿A qué te refieres? –pregunta Dani.

–Cuando desapareció, la policía no mostró ningún interés. Llevaba ya dos años viviendo en la calle y el hecho de que se marchara de Haddley no les pareció preocupante. Dieciocho meses después, lo encontraron muerto. Aunque no fue culpa vuestra, ella le echa la culpa a la policía.

Dani asiente en silencio.

–Nunca me gusta decir que alguien ha mentido descaradamente –dice al cabo de un momento–, pero ella hizo mucho hincapié en aparentar que no sabía nada sobre Demi Porter ni Farsley. En mi opinión, ya lo sabía, o bien a través de ti, o bien a través de quien se lo contó a tu madre. –Yo vacilo y noto la mirada de Dani clavada en mí–. Lo sabía, ¿verdad? ¿Cuándo te lo contó?

–Ayer por la mañana –admito–. Desayuné con ella. Pero solo ha estado una vez en Farsley.

–¿Ha estado en Farsley?

–Eso no significa nada –me apresuro a añadir–. Solo fue a pasar el día, y tenía más que ver con Simon que con otra cosa; era una madre que necesitaba conectar con su hijo. Pero no puedo evitar preguntarme si hay algo más que no me contó.

–¿Qué quieres decir? –pregunta Dani.

–Antes de que mataran a Nick y a Simon, corrían rumores de que Langdon y Fairchild quedaban con hombres mayores.

–¿Eso te contó la señora Woakes?

–No, para nada; eran cotilleos entre alumnos, pero me dio la impresión de que, de alguna manera, esos rumores llegaron a oídos de la escuela, quizá incluso de su marido. Y cuando hablé ayer con la señora Woakes, tuve la sensación de que me ocultaba algo. Pensé que quizá quería proteger el recuerdo de Peter.

–¿El director y las alumnas? No sería la primera vez.

–No me refiero a eso. Lo que digo es que es posible que hubiera oído esas historias, pero estoy convencido de que Peter Woakes era un buen hombre.

–¿Lo conocías? –pregunta Dani, y me quito el sombrero ante su perspicaz habilidad para plantear una pregunta sencilla.

–No, pero sé que era un buen hombre.

–Eso es porque Elizabeth Woakes te ha dicho que lo era.

36

Holly cerró los ojos con fuerza y controló su respiración mientras se daba la vuelta despacio, fingiendo estar medio sumida en un sueño profundo. Notaba a su marido despierto a su lado, y su mirada clavada en ella. Entonces sintió su tacto sobre el brazo y su aliento en el cuello, y se hizo un ovillo al borde del colchón. Al cabo de un momento, cuando su hija la llamó desde la habitación contigua, se odió a sí misma por el torrente de alivio que la inundó.

Se levantó de la cama y cogió el móvil.

–Seguro que es solo una pesadilla –le susurró a Jake antes de salir del cuarto–. Duérmete; ya voy yo. Debes estar agotado.

–Feliz aniversario –contestó Jake, estirando los brazos por encima de la cabeza–. No tardes.

–Feliz aniversario –dijo Holly, y le dio un beso rápido en la mejilla.

Luego, cruzó el rellano y entró en la habitación de su hija, donde encontró a Alice sentada en el suelo y rodeada de sus juguetes favoritos.

–¿Qué tienes aquí montado? –preguntó Holly.

–*Wrinkles* se estaba comiendo todos los pasteles –contestó Alice.

–¿Quién?

–*Wrinkles* –repitió Alice, sosteniendo en alto su perro de peluche–. *Wrinkles*, *Woody*, *Snowflake* y yo estamos celebrando una fiesta, y *Wrinkles* lo quiere todo para él.

Holly retiró la colcha de la cama de su hija y se acurrucó junto al perro *Wrinkles*, el mono *Woody* y la coneja *Snowflake*.

–¿Por qué no me puedo quedar hasta el final de la fiesta esta noche, mami? –quiso saber Alice, mientras le servía otra bebida a *Woody*–. Y esta vez, que no se te caiga –riñó al muñeco.

–Estarás mucho rato –contestó Holly–. Y además, llevarás tu vestido nuevo.

–Pero no quiero tener que irme a la cama. No quiero dormir en casa de la abuela, quiero dormir en mi casa.

–Es solo si estás cansada. Seguro que la abuela tendrá la cama preparada y calentita para ti.

–La abuela no me quiere.

–Qué tonterías dices; claro que te quiere.

–No igual que el abuelo.

–La abuela también te quiere, te lo prometo. ¿Por qué no vamos a su casa esta tarde, y así serás la primera en ver la fiesta?

–¿Antes que todos?

–Antes que todos.

–¿Que papá también?

–Sí. Puedes ayudar a poner los globos.

–¿Puedo quedarme uno? ¿O dos? ¿O tres, o cuatro, o cinco o seis?

–Seguro que sí –dijo Holly, desenredando el pelo de su hija por la parte de atrás–. Creo que vamos a tener que lavártelo antes de esta noche.

–¿*Snowflake* también puede venir? Le encantan las fiestas. Y a Max.

–Creo que esta tarde Max estará en casa de su padre.

–O igual está jugando con Nathan. Ahora Nathan vive en casa de Max.

–A veces sí.

–¿Ahora Nathan es el papá de Max? Me ayudó a bajar por el tobogán. Ojalá tuviéramos un tobogán como el de Max –dijo Alice, rodeando a su madre con el brazo.

–El papá de Max sigue siendo su papá –dijo Holly–. A lo mejor puedes pedir un tobogán para tu cumpleaños.

Alice se lo pensó un momento.

–*Wrinkles* quiere otro té –dijo–. ¿Se lo pones, por favor? –Holly cogió la tetera de su hija y sirvió un líquido imaginario–. Si no puedo

tener el tobogán hasta mi cumpleaños, ¿podemos ir a jugar a los del parque?

–Después de vestirnos y desayunar.

–¿Y papá vendrá?

–Si quiere, sí.

–¿Y el abuelo?

–No, esta mañana no creo que venga.

–Entonces, papá me puede ayudar a bajar por el tobogán. Voy a llenar la tetera.

Alice se levantó y salió de la habitación.

–No pongas demasiada agua –le gritó Holly al oír a su hija entrar en el baño.

Luego, se apresuró a coger su teléfono y le mandó un mensaje a Sarah.

¿Estás despierta?

Tumbada en la cama

¡Qué suerte!

Feliz aniversario

Gracias. Sigo necesitando tu ayuda

¿Has hablado con Jake?

No voy a cambiar de opinión.
Tengo que marcharme de aquí

Si es lo que de verdad quieres, te ayudaré.
Pero ¿y Alice?

Alice necesita estar conmigo

El padre tiene sus derechos

No digo que no vaya a ver a Jake

¿No necesita estar también con su padre?

Holly esperó un momento antes de responder. El mero hecho de escribir las palabras hizo que le temblaran las manos.

Jake no es el padre de Alice

37

Recorremos la calle mayor de Farsley y cogemos la carretera de circunvalación, antes de entrar en el aparcamiento del supermercado local. Al salir del coche, Dani arquea la espalda y yo estiro los brazos, aliviados los dos de haber llegado al final de nuestro viaje de casi cinco horas.

–¿Seguro que es este? –le pregunto a Dani.

Ella asiente.

–No es una ciudad tan grande. Sin lugar dudas, aquí es donde trabajaba Abigail.

Un carrito de la compra se precipita en nuestra dirección, arrastrado por el viento que aúlla en el aparcamiento descubierto, y un empleado lo persigue frenéticamente. Yo corro hacia él para sujetarlo y el empleado me da las gracias. Comentamos en broma que hoy le espera un día atareado y luego, mientras se pone a llover de nuevo, Dani y yo nos dirigimos a toda prisa a la entrada de la tienda. Una vez dentro, nos refugiamos en la cafetería del McDonald's, ávidos por tomarnos un café y un sándwich de desayuno.

–A mí me parece que se las ha apañado muy bien para construir un simulacro de nueva vida alrededor de lo que oculta –dice Dani, sacudiéndose el pelo y estrujando sus rizos rubios para escurrir el agua.

–¿Abigail Langdon? –pregunto.

–Elizabeth Woakes.

–Sabes que le tengo mucho cariño, a ella y a su familia. Es una buena persona.

–¿En qué sentido?

–Dani, asesinaron brutalmente a su hijo y tuvo que criar sola a su hija. Creo que ha hecho un gran trabajo.

–Lo que has dicho en el coche sobre su marido…

–Solo he dicho que al hablar con ella me dio la impresión de que lo protegía, o de que sentía la necesidad de proteger su memoria.

–Vale, escúchame un momento –dice Dani mientras nos sentamos a una mesa en una esquina–. De alguna manera, tu madre y Elizabeth Woakes descubren dónde han ubicado a Langdon, y tu madre intenta ponerse en contacto con ella, convencida de que tiene información que compartir. ¿Quién te dice que Elizabeth Woakes no hizo lo mismo, pero por otro motivo?

–Imposible. La señora Woakes no es el problema aquí.

Dani se queda un momento callada.

–Tu madre quería descubrir un secreto –dice al cabo–. Elizabeth Woakes quería proteger uno.

–No tienes nada para demostrarlo. Seguimos especulando con que Langdon tenía información que venderle a mi madre, pero es posible que tan solo quisiera embaucarla.

–Hay alumnas seducidas por adultos todos los días de la semana. ¿Por qué no Peter Woakes?

Molesto por mi incapacidad de desmentir las conjeturas de Dani, doy gracias cuando, a nuestra espalda, una voz interrumpe nuestra conversación.

–Hola otra vez –dice el empleado del aparcamiento.

–Hola –contesto al tiempo que me doy la vuelta–. ¿Quiere acompañarnos?

–No, no; es muy amable, pero solo tengo un descanso de veinte minutos. He decidido tomarme una taza de té para entrar en calor.

–Nosotros tampoco vamos a quedarnos mucho rato, pero es agradable tener compañía –insisto, levantándome.

–No se lo voy a negar –dice él con una sonrisa, y se sienta con nosotros.

–¿Hace mucho que trabaja aquí…, Ted? –pregunto, al tiempo que señalo con la cabeza el distintivo con su nombre.

–Diecisiete años –responde él–. Empecé a trabajar cuando me jubilé –añade, y se ríe de una frase que estoy seguro de que ha usado muchas veces–. Ahora tengo setenta y siete años.

–Nadie lo diría –comenta Dani–. Yo no le echaría más de sesenta.

–Esta chica es una joya; que no se le escape –responde Ted dedicándome una sonrisa, y creo que me ruborizo–. Es un chico con suerte –le dice a Dani, mirando su alianza.

–No estamos casados –me apresuro a decir.

–Hoy día, eso da igual. Que cada uno viva su vida como quiera.

–No, quiero decir que ella está casada con otro. –Ahora sí que me sonrojo.

–Somos compañeros de trabajo –explica Dani–. Periodistas.

–Entiendo… Era eso, ¿eh? –Y en ese momento, veo cómo la sonrisa se esfuma del rostro de Ted–. Por eso han insistido tanto en que me sentara con ustedes. ¡Y yo pensando en lo buena pareja que hacían! A veces, hasta yo me equivoco con las primeras impresiones. ¿No es suficiente con que la pobre chica haya muerto?

–No, Ted, no es eso –digo yo, tratando de recular cuanto antes–. Hemos parado aquí a tomar café y desayunar, nada más. Trabajamos en una emisora de radio deportiva; Dani es mi productora. Hemos venido desde Manchester para cubrir el partido del United este mediodía.

Dani asiente y sonríe.

–Ah, ¿sí? –contesta Ted–. A mí también me gusta el fútbol. ¿Cómo se llama usted?

–Oliver Hughes; es posible que haya oído hablar de mí. Retransmito los partidos, y después del partido hago un programa con llamadas en directo.

Ted asiente.

–Creo que me suena, aunque me parece que la mitad del tiempo no sabe usted de lo que habla.

–Dígamelo a mí –comenta Dani, y todos nos reímos.

–¿Cree que el Leeds tiene alguna posibilidad hoy? –pregunto.

–Ni una –responde Ted, mientras vacía dos sobrecitos de azúcar en su té–. Siento haber estado un poco borde.

–No se preocupe –dice Dani en tono tranquilizador, al tiempo que alarga la mano hacia Ted–. ¿Ha dicho que le ha pasado algo a alguien de la tienda, que una chica ha muerto? Debe haber sido duro.

–Espantoso –dice Ted, y se frota el rostro con las manos–. El encargado nos dijo ayer que la fallecida era Demi. Después de que no viniera a trabajar, no nos costó mucho sumar dos más dos cuando nos enteramos de que habían encontrado un cadáver en la ciudad.

–Me imagino que todos habrán tenido que arrimar el hombro –digo, después de dar un mordisco a mi sándwich–. ¿La gente ha tenido que asumir el trabajo de Demi?

–Tampoco es que hiciera mucho –contesta Ted bajando la voz–. En realidad, solo reponía los estantes y hacía muchos turnos de noche. Nunca la dejaron ocuparse de la caja. Decían que no estaba «orientada al cliente», aunque que me aspen si sé lo que significa. –Nos quedamos un momento callados. Consciente de que Ted se está abriendo, no quiero asustarlo, y en efecto, enseguida continúa–: Supongo que era una chica agradable. A veces tenía un poco de genio, pero nada exagerado. Según decía la gente, su pasado era un poco complicado.

–¿En qué sentido? –pregunto, evitando mirar a Dani.

–No soy quién para decirlo, pero por lo visto se vio envuelta en asuntos turbios cuando era más joven. –Ted adopta un tono conspirativo para añadir–: Drogas.

Dani y yo nos esforzamos por asumir la expresión de sorpresa que corresponde.

–¡No me diga!

–Se rumorea que incluso es posible que traficara.

–¿De verdad? –digo.

–No puedo estar seguro –declara Ted.

–Nunca se sabe qué ocultan las personas –señala Dani.

–Eso es cierto, pero estos traficantes de droga, cuando los ves en la televisión, siempre tienen un montón de dinero, mientras que

Demi vivía en un piso de una sola habitación encima del restaurante de curri de la calle mayor. Siempre estaba a dos velas. Todas las semanas tenía que pedir dinero prestado para comprar cigarrillos o alcohol. No tengo ni idea de cómo se las apañaba para conseguir el necesario para pagar el alquiler.

–¿Tenía muchos amigos aquí? –pregunta Dani.

–Ahora me están interrogando –dice Ted, blandiendo el dedo en dirección a ella–. Digamos que era reservada.

–¿No hablaba mucho? –intervengo.

–No diría eso. Nunca tenía problemas para encontrar a un bobo que la invitara a una bebida en el *pub*.

Le ofrezco a Ted otra taza de té antes de irnos, pero él contesta que si bebe más, tendrá que irse de cabeza al baño de hombres. Salimos de la tienda los tres juntos y, mientras cruzamos el aparcamiento, le pregunto si con todos los líos en los que quizá anduviera metida Demi, alguna vez le había parecido asustada.

–No era de esas. Siempre creía que se saldría con la suya de una manera u otra. Supongo que esta vez se equivocó.

38

El callejón que hay detrás de la calle mayor de Farsley, flanqueada por tiendas, está vacío. Al pasar frente a la entrada posterior del *pub* de la esquina, vemos a un hombre que recoge botellas vacías; de la lavandería sale una nube de vapor y, plantada ante la puerta trasera de la peluquería de Gracie, una de las peluqueras se enciende un cigarrillo mañanero. Del primer piso de todos los edificios de la manzana desciende una escalera, por la que se accede a dos pisos de viviendas. La verja trasera del restaurante de curri está abierta, y el patio está lleno de cajas desechadas junto con bolsas azules listas para el reciclaje.

Dani me roza el brazo y alza la vista hacia un policía vestido de un uniforme que se apoya con actitud letárgica en la barandilla de uno de los pisos. Tiene la cabeza caída hacia delante y los párpados entornados.

–Esa debe ser la casa –dice Dani.

Yo no titubeo. Subo los escalones con rapidez de dos en dos y le hago señas a Dani para que me siga.

–Ben, no… –empieza ella, pero yo ya he llegado a lo alto de la escalera.

–Agente –digo en un tono cortante y brusco. Él se vuelve hacia mí y se esfuerza frenéticamente por erguirse, antes de alisarse el uniforme–. Subinspector Lesley Barnsdale, de la policía metropolitana. Esta es la agente Dani Cash. Perdone si lo he despertado.

–No, señor, lo siento –responde él–. Solo estaba…

–¿Relajándose un poco? –digo con una sonrisa–. Ya me he dado cuenta.

–Sí, señor –contesta, agradecido–. Relajándome un poco.

–Como ya sabe, estamos cooperando con la policía de Yorkshire en este caso. Un asunto peliagudo.

–Sí, señor. ¿Han venido desde Londres, señor?

–¿Podemos hablar un momento, señor? –me dice Dani con los ojos abiertos como platos.

–Ahora no, agente –contesto, y me dirijo de nuevo al hombre–: Solo vamos a estar aquí esta mañana. ¿Me abre, por favor?

Él rebusca la llave antes de abrir la puerta del piso de Langdon.

–No tardaremos más de diez o quince minutos. –Entro en la vivienda, seguido de cerca por Dani–. Cierre la puerta, Cash –digo en cuanto estamos los dos dentro.

–¿Sabes que te pueden meter en la cárcel por hacerte pasar por un agente de policía? ¿Lesley Barnsdale?

–Género fluido –respondo–. Ponte a buscar cualquier cosa que nos dé pistas sobre cómo fue su vida después de su puesta en libertad. O que la relacione con Haddley.

–Ben, sabes muy bien que el equipo de la científica ya ha examinado todo el piso.

–¿El mismo cuerpo que no sabía que su identidad estaba en peligro desde hace más de una década? –replico, al tiempo que abro cajones y armarios en el reducido espacio de la cocina–. Era muy ordenada –digo, fijándome en lo bien organizadas que están las escasas pertenencias de Langdon.

–Once años encarcelada –observa Dani–. Aprendes muy deprisa que cada cosa tiene su sitio y que, si quieres conservar algo, hay que guardarlo por la noche.

–Me alegro de que aprendiera algo de provecho –comento mientras me adentro en la austera salita–. Mierda –mascullo, antes de darme la vuelta al ver un sofá gris claro cubierto de sangre.

Dani se pone frente a mí y observa el lugar del crimen.

–Mucha sangre –dice con calma–, pero ningún desorden reseñable. No hay desgarros de cuchillo en el sofá ni nada que

sugiera que hubo un forcejeo. Diría que murió a la primera puñalada –continúa, mientras yo me froto el cuello con los dedos.

–Alguien entra por la cocina, se acerca a ella por detrás y, antes de que se dé cuenta, se la carga –aventuro desde un lado de la habitación.

–No hay señales de que forzaran la entrada –observa Dani.

–Me alegro de que te hayas fijado mientras yo distraía al agente. ¿Crees que Langdon invitó a entrar a su asesino? Si es así, podemos deducir que lo más probable es que ya lo conociera. ¿Es posible que se trate de una venta de drogas que se torció?

–No es imposible. Alguien descubre cómo mataron a Nick y a Simon, y luego la mata de la misma forma para desviar la atención.

–O, mucho más probable, fue alguien relacionado con ella y los asesinatos originales. Y con Haddley.

En el extremo más alejado de la habitación hay una cortina y, cuando la descorro, queda a la vista una cama individual hecha con esmero y prendas de ropa colgadas de manera ordenada de una barra.

–No se puede decir que se estuviera pegando la vida padre –comento mientras me arrodillo y abro el cajón de debajo de la cama turca–. Toallas limpias y una almohada adicional.

–Parece que apenas hacía más que existir –comenta Dani.

Yo la miro.

–Tuvo una existencia más larga que la de Nick –señalo.

Gateo por el suelo y tiro del segundo cajón que hay bajo la parte superior de la cama, pero una pequeña mesilla de noche lo bloquea. Al mirar dentro de esta, veo que no hay más que una novela de E. L. James. La aparto y, al abrir el segundo cajón, me veo asaltado por el olor a moho de unos periódicos húmedos. Los reconozco de inmediato: son ejemplares nacionales de hace diez años. Mientras los hojeo, veo la misma imagen repetida una y otra vez, devolviéndome la mirada: mi madre esa tarde en la orilla del Támesis.

Son las noticias relacionadas con su muerte.

–Tengo algo –digo, y tras sacar los periódicos, los extiendo sobre la cama.

Me doy cuenta de que Dani reconoce el rostro de mi madre. Al pasar la página del periódico sensacionalista, veo de nuevo la tristemente célebre foto de Nick y Simon uno al lado de otro, con una sonrisa y el brazo alrededor de sus dos asesinas. Ese día de celebraciones ahora no evoca más que horror.

Al darme la vuelta, noto que Dani me pasa la mano por la espalda con delicadeza.

–¿Estás bien?

–Verlos ahí con ella… –contesto, incapaz de reprimir un temblor en mi voz–. Es como si todavía los tuviera a su merced.

Alguien llama con los nudillos a la puerta de la cocina y, al oírla abrirse, meto de nuevo los periódicos en el cajón.

–Disculpe, señor –llama el agente desde la cocina.

–Enseguida estoy con usted –contesto, y Dani se apresura a cruzar la salita.

–Casi hemos acabado. –La oigo decir.

Guardo el último periódico en el cajón y, al hacerlo, un sobre cae de dentro del ejemplar de *The Times*. Al instante reconozco la letra de mi madre, y me meto la carta en el bolsillo interior de la chaqueta antes de cerrar sin hacer ruido el cajón y colocar la mesita de noche en su sitio.

–¿Va todo bien, agente? –pregunto mientras cruzo deprisa la habitación y me voy directo hacia la puerta trasera del piso.

–Sí, señor –contesta, mientras Dani y yo empezamos a bajar por la escalera exterior–. Solo quería hacerle saber que he hablado con el inspector Kavanagh y me ha dicho que le gustaría reunirse con usted aquí, en el escenario del crimen, dentro de media hora.

–Perfecto –digo cuando llegamos al pie de la escalera–. Vamos a buscar un café y volvemos para reunirnos con él.

–El caso, señor, es que después de su llamada de ayer, él tenía la impresión de que era usted una mujer.

39

Por el rabillo del ojo, veo a Dani mirar hacia atrás por encima del hombro mientras yo abro el camino por el patio, hasta llegar al callejón.

–¿Contento? –dice ella cuando salimos a la calle mayor de Farsley.

Yo me saco el sobre del bolsillo y lo sostengo en alto para que lo vea. Por su mirada, me doy cuenta de que ha reconocido de qué se trata, y luego entorna los ojos.

–Mientes con una facilidad exasperante, te haces pasar por policía y ahora sustraes pruebas del escenario de un crimen.

–Tres buenas habilidades –contesto con una sonrisa.

–No me hace gracia, Ben.

–Vamos al coche –digo, y saco las llaves antes de echar a correr colina abajo hacia el aparcamiento del *pub*–. Estaremos de vuelta en la autovía mucho antes de que llegue el inspector Kavanagh.

Abro los seguros con el mando y Dani abre la puerta del acompañante. No dice nada hasta que casi hemos llegado a la carretera de circunvalación.

–¿Qué pasará cuando llame a Barnsdale?

–Podríamos ser cualquiera –respondo–. Y ¿por qué ibas a hacerte pasar por ti misma? No tiene ninguna lógica.

–¿Alguien se ha hecho pasar por mí hasta el punto de imitar mis rizos rubios?

–Eso puede ser peliagudo, lo reconozco.

–Y ¿quién va a saber siquiera que Barnsdale y yo trabajamos en el caso?

–Bueno, de todos modos, ¿qué narices hace Barnsdale de vuelta en Londres? Una mierda, es lo que hace.

–No corras tanto –dice Dani cuando alcanzo los noventa por hora–. Lo último que nos hace falta es que nos paren. Y acuérdate de las cámaras.

–Sí, señora –contesto.

–Me da la sensación de que no te tomas nada de esto en serio.

–He aprendido a no agobiarme por las cosas nimias de la vida. Voy a averiguar la verdad y no me importa lo que tenga que hacer para lograrlo. Barnsdale puede detenerme si quiere, pero le deseo buena suerte con el tremendo follón que armará la prensa. Voy a averiguar qué le pasó a mi madre, y el asesino de Abigail Langdon me va a ayudar.

–Te dejaré que convenzas tú a Barnsdale. No deberías subestimarla.

Vamos en silencio por la autovía, pero, al pasar junto a un convoy de equipo militar que se dirige hacia el sur, me vuelvo hacia Dani y le pregunto si puede alcanzar mi chaqueta. Ella se retuerce y la coge del asiento trasero.

–Está en el bolsillo con cremallera.

–¿Seguro que quieres hacer esto ahora? –pregunta ella, después de dejar el sobre en su regazo.

Yo echo un vistazo a la carta.

–Reconocería la letra de mi madre en cualquier parte –digo, viendo que está dirigida a Demi Porter.

–¿Por qué no la leemos cuando paremos? Es una prueba en el caso.

–No, vamos a hacerlo ahora –digo, al tiempo que cambio de carril para adelantar a una furgoneta de transporte–. Quiero saber lo que dijo mi madre. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Dani coge muy despacio el sobre y extrae con cuidado la carta que hay dentro. Reconozco el papel: de color crema, con nuestra dirección impresa en lo alto. A mi madre le gustaba enviar notas personales escritas a mano siempre que podía. Mientras Dani la desdobla, veo que es una sola página, escrita por un lado.

–¿Quieres que la lea en voz alta?

–Sí, por favor –contesto.

–«Querida Abigail –comienza a leer Dani–, quiero empezar dándote las gracias por contestarme. Eso demuestra un gran valor por tu parte, y estoy agradecida por ello. Como te prometí, he destruido tu carta.

»Ya te comenté en mi nota anterior que no tengo la cantidad de dinero que me pides. Entiendo que tus actuales circunstancias son difíciles, pero creo que puedo ayudarte de otras formas.

»Ojalá hubiera podido ayudarte cuando eras una muchacha. Ahora empiezo a entender lo desgraciada que eras, lo desesperada que estabas. Ojalá te hubiera conocido entonces. Podría haberte ayudado a encontrar otra manera de descargar tu ira hacia todos los que te rodeaban. Al leer tu carta, he empezado a comprender tu aversión a Haddley y a algunas de las personas que siguen viviendo aquí.

»Por eso vuelvo a escribirte. Estoy convencida de que guardas un gran secreto, uno que te han dicho que ocultes durante el resto de tu vida. Como madre que ha perdido a un hijo, sé que es un enorme peso para cargarlo tú sola. No estoy en situación de ayudarte de la manera que me pides, Abigail, pero creo que puedo ayudar a tu hijo. Solo tienes que contarme lo que sabes.

»Tuya, Clare Harper.»

Seis

«El amor de un padre o una madre puede ser una fuerza arrolladora. Es algo que nunca se debilita».

40

Aparto a un lado mi sándwich de queso fundido a medio comer. En la cafetería de la autovía, por encima de la M1, Dani está sentada frente a mí comiendo despacio una ensalada de quinoa. El sonido de los coches que pasan a toda velocidad por debajo de nosotros se mezcla con el ruido del restaurante y el zumbido grave de conversaciones cohibidas en voz baja que flotan en el espacio de planta abierta. Dani y yo, sin embargo, guardamos silencio.

Soy consciente del abismo que se ha abierto entre nosotros desde que hemos leído la carta de mi madre. Para Dani, es una prueba en un caso de asesinato y yo la he puesto en una situación comprometida. Por mi parte, estoy convencido de que si no hubiéramos ido a Farsley, nadie habría encontrado la carta y jamás se habría conocido la verdadera razón por la que mi madre se puso en contacto con Abigail Langdon. Ahora sé que el deseo de mi madre de comunicarse con ella no tenía nada que ver con la redención o el perdón, sino con su creencia de que Langdon había dado a luz a un niño y su esperanza de que ese niño fuera de Nick. Tengo más preguntas que hacer a Madeline y a la señora Woakes. No pienso parar ahora.

–¿Es posible que tu madre conservara la carta que recibió de Abigail Langdon? –pregunta Dani, rompiendo al fin nuestro silencio.

–No. Siempre cumplía con su palabra –contesto.

–Revisaste todas sus cosas.

–Sí.

–Tuvo que ser difícil –dice Dani al cabo de un momento.

–Deshacerme de las cosas de mi madre fue otro intento más de empezar de cero. Cuando acabamos, la señora Cranfield y yo ya conocíamos por su nombre a todos los empleados de la tienda de beneficencia Shooting Star. –Me levanto y recojo los platos de nuestra mesa–. Voy a pedir un café para el camino. ¿Quieres uno?

–No, gracias –contesta Dani–. Voy un momento al baño. Nos vemos en el coche.

De pie en el mostrador, veo a Dani cruzar la cafetería y dirigirse al piso de abajo. Pido mi café y enciendo el teléfono para pagar, y luego pulso el número de Elizabeth Woakes. Mientras el barista le añade espuma a mi leche, la voz de la señora Woakes me informa de que en este momento no puede contestar pero que, si dejo un mensaje, me devolverá la llamada. Cuelgo y, en cambio, escribo una serie de mensajes cortos, mientras asiento en dirección al barista cuando me pregunta si quiero chocolate en mi capuchino.

Esta mañana he estado en Farsley

Sé por qué mi madre se puso en contacto con AL

¿Por qué no me lo contó?

¿Usted también sabía lo del niño?

Aún estoy con la policía

Por favor, espere a que la llame yo

De vuelta en el coche en dirección sur, veo cómo a Dani se le empiezan a cerrar poco a poco los párpados y, encantado, yo escucho la retransmisión del partido de Oliver Hughes. Justo antes de llegar a Londres por el norte, salimos de la autovía y me alegro de estar de vuelta en las conocidas carreteras que atraviesan la capital en dirección a Haddley. A media tarde, cuando ya estamos cerca de la calle mayor, llamo a Dani por su nombre en voz baja. Ella se remueve y se lleva una sorpresa al ver que casi hemos llegado.

–Deberías haberme despertado antes –dice.

–He pensado que te iría bien descansar un poco. ¿Quieres que te deje en algún sitio? –pregunto, dándome cuenta de que no sé dónde vive.

–No, no hace falta –contesta ella con una expresión confundida–. Déjame en tu casa; iré caminando desde allí.

Recorremos la carretera que hay junto al río y giramos a la altura de Haddley Common.

La subinspectora Barnsdale está plantada delante de mi casa.

Miro a Dani de reojo, pero ella mantiene la vista al frente.

–¿Has llamado a Barnsdale? –le pregunto, al tiempo que me apresuro a aparcar en el extremo de la calle.

–No tenía otra opción, Ben, lo siento.

–¿Qué ha pasado con lo de «extraoficial»?

–La carta es una prueba.

Y antes de que yo pueda decir nada más, abre la puerta del acompañante y se baja del coche.

–¡Confiaba en ti! –exclamo, y cierro la mía con un portazo, frustrado tanto conmigo como con ella.

La adelanto a zancadas y me dirijo hacia Barnsdale.

–Señor Harper –dice la subinspectora mientras me acerco.

Yo la ignoro y paso de largo.

–Señor Harper –repite.

Al llegar a mi puerta, introduzco la llave en la cerradura.

–Tenemos que hablar –insiste ella.

Abro la puerta y, sin que la invite a pasar, ella me sigue al interior. Al entrar en la cocina, me doy la vuelta y la veo parada en el umbral.

–Señor Harper, está usted jugando con fuego.

Abro la puerta de la nevera y saco una botella de agua.

–Sustraer pruebas del escenario de un crimen, hacerse pasar por policía. Podría detenerlo.

–Pero no lo hará –replico al tiempo que abro la botella–, porque la noticia del asesinato de Abigail Langdon acabaría en la portada de todos los portales de noticias y los periódicos del país, y dejaría en evidencia su incompetente investigación.

–¿Dónde está la carta? –pregunta.

–La tengo yo, señora –contesta Dani, que está de pie detrás de su superior.

–Démela –dice la subinspectora, y tiende la mano sin mirar a Dani. Esta abre una bolsa de pruebas y la mete dentro–. Espéreme en la puerta de entrada, agente.

Dani mira en mi dirección pero yo me vuelvo hacia la ventana. Cuando me doy la vuelta, ya se ha ido.

–Señor Harper, la encargada de esta investigación soy yo –empieza Barnsdale, y se adelanta hasta quedar frente a mí–. Su trabajo como periodista de investigación no le da carta blanca para interferir con pruebas ni trámites policiales.

–Subinspectora, haré todo lo que sea necesario para averiguar la verdad de lo que le pasó a mi madre. Si para ello tengo que hacer su trabajo por usted, o por cualquier otro, eso es exactamente lo que pienso hacer.

–Compartí información con usted en la más estricta confianza, y usted ha traicionado esa confianza.

–Yo no he traicionado nada.

–¡Ha accedido al escenario de un asesinato! –Barnsdale deja traslucir su enfado–. Un asesinato al que tanto usted como Elizabeth Woakes están estrechamente ligados.

–Como víctimas –replico.

–Eso está por ver –dice Barnsdale, y la amenaza en su tono es casi palpable–. Lo que espero de usted, señor Harper, es una cooperación total con nuestra investigación del asesinato de Abigail Langdon.

Ahora me toca a mí dejar traslucir mi enfado.

–Subinspectora, cada vez me da más la impresión de que usted no me considera una víctima, sino un sospechoso. Si quiere interrogarme con esa premisa, deténgame y podremos hablar cómodamente de ello en una sala de interrogatorios.

–No crea que no soy capaz –replica Barnsdale–. Tengo la incómoda sensación de que cometí un error al compartir información con usted.

–Tal vez sea así –contesto.

Barnsdale me mira desde el otro lado de la cocina.

–Necesitamos una muestra adicional de la letra de su madre para verificar la autenticidad de las cartas.

–Seguro que encuentro algo. –Cruzo la cocina con paso airado y salgo al pasillo tras pasar junto a ella–. Lo que sea para ayudarla en su investigación.

Dani me mira, pero yo subo al piso de arriba sin hacerle caso. Al pararme en lo alto de la escalera oigo a Barnsdale, que baja la voz para dirigirse a Dani.

–Le he dado una oportunidad en un momento en que nadie más se la iba a dar –dice–. Espero que no me falle.

–No, señora –contesta Dani.

–Tenemos una prueba nueva y un sospechoso potencial que buscar. Si acepto su explicación de que las cosas se han salido de madre, sin más, estoy segura de que podrá encontrar la manera de justificar todo esto como un buen trabajo policial.

–Gracias, señora. –Oigo responder a Dani.

–Cash, necesito estar segura al cien por cien de que sabe usted a quién le debe lealtad.

–Sí, señora. Por supuesto.

–Bien. Y ahora, vaya a esperar en el coche –le dice a su subordinada, indicándole que ya puede abandonar el recibidor.

Como nunca he sentido el deseo de redecorar la habitación que hay en lo alto de la casa y que sigo considerando el espacio de Nick, he dejado que se transforme poco a poco en un trastero, más que en un dormitorio. Estoy rodeado de los trastos que he acumulado a lo largo de los años: cajas llenas de libros que me traje de la universidad, la colección de CD de mi juventud, la vieja mesa de cocina de mi madre, junto con las pocas pertenencias suyas que decidí conservar. Al apartar la mesa, queda a la vista la puerta del espacio de almacenaje de debajo de los aleros del tejado, y me agacho para abrirla. Junto a otro montón polvoriento de libros están los viejos adornos de Navidad de mi madre y dos cajas de zapatos destartaladas. En la primera, encuentro un león de peluche raído, con la reluciente melena naranja aplastada y la cola medio suelta. Hago ademán de cogerlo, pero enseguida cierro la tapa y empujo la caja debajo de los aleros. La segunda contiene los últimos

documentos de mi madre: las instrucciones escritas a mano que dejó para su propio entierro, y que la señora Cranfield y yo seguimos al pie de la letra, hasta el himno que quería que sonase. Les echo un vistazo y reconozco la misma caligrafía precisa que he visto en la carta esta mañana. Doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo trasero de mis tejanos.

Ahora que ya he abierto la caja por primera vez en años, reviso el contenido: viejas pólizas de seguro, partidas de nacimiento y los documentos legales para transferirme la propiedad de la casa de mi madre. En el fondo de la caja, encuentro un paquete desvaído de fotografías impresas.

Por segunda vez en el mismo día, me veo enfrentado a la tristemente célebre imagen de Nick y Simon con Langdon y Fairchild. En esta ocasión, es la foto original en color. Inspiro hondo y observo los vibrantes colores de ese día: el reluciente cielo azul, las camisetas de *rugby* blancas y bien planchadas, el escudo rojo vivo de la escuela en su pecho, la cara pecosa de Simon Woakes, el negro lustroso del pelo de Nick, igual que el de mi madre y el mío. Voy pasando el resto de las fotografías y me doy cuenta de que es el carrete completo del día de la victoria del instituto de Haddley.

–Señor Harper –me llama Barnsdale desde abajo, y yo vuelvo a meter las fotografías en su paquete.

–Enseguida bajo –grito, y con las prisas, dejo caer el montón en la caja.

Las fotografías se desparraman y veo el nombre de la fotógrafa impreso en el dorso de varias.

El nombre es «Madeline Wilson».

41

Le entrego la muestra de la letra de mi madre a la subinspectora Barnsdale, que tras echarle un vistazo rápido asiente complacida. Me la devolverá en cuanto los expertos de la policía hayan tenido ocasión de comparar sus características con las de la carta.

–Espero que, a partir de ahora, podamos contar con su plena colaboración, señor Harper –dice dándose la vuelta desde la puerta abierta–. Todos queremos encontrar al asesino de Abigail Langdon lo antes posible.

Yo no digo nada, y ella me saluda con un brusco movimiento de cabeza y luego se marcha. Tras cerrar la puerta, corro de nuevo escalera arriba hasta la habitación de Nick y extiendo las fotografías sobre su cama.

Contemplo la imagen de Nick y Simon juntos. También veo otra con la señora Woakes al lado de Simon, que irradia una sensación de orgullo, y a continuación cojo una de la señora Woakes de pie junto al equipo de Nick al completo. Los chicos están agrupados bajo el estandarte del instituto de Haddley; muchos de ellos son los mejores amigos de Nick: Simon Woakes, Will Andrews, Gavin Chance, que emigró a Australia, y Neil Milton, que dirige una escuela de esquí en Escocia. Hace una eternidad de todo.

Echo un vistazo a las demás fotos. En las imágenes del partido del primer equipo se ve a Phil Doorley dando una patada al balón para conseguir una conversión y a Jake Richardson corriendo cerca de la banda, animado por su padre, Francis. También a Elizabeth Woakes estrechando las manos de los miembros del equipo ganador antes

de entregar el trofeo al capitán, James Wright. Y en el dorso de todas ellas está impreso el nombre de la fotógrafa. Parece que cada vez que levanto una piedra, me encuentro a Madeline.

Rodeado de las imágenes, pulso el número de Elizabeth Woakes, que contesta enseguida.

–¿Dónde estás, Ben?

–Ya estoy en casa. La policía acaba de marcharse. He encontrado otra carta de mi madre en el piso de Langdon: se la ha quedado la policía.

–¿Qué dice?

–Creo que se lo puede imaginar.

Me quedo callado y aguardo a que ella responda.

–¿Un niño?

–¿Lo sabía?

Se hace el silencio.

–Un par de semanas después de que pusieran en libertad a Langdon y Fairchild, quedé con tu madre –dice al cabo–. Yo estaba muy enfadada y Clare también, con la diferencia de que ella ya había hecho algo al respecto: había estado leyendo en internet artículos sobre Langdon y Fairchild. Nunca te lo conté porque quería protegerte, y también protegerme a mí. –Yo no digo nada–. Cuando las liberaron, se produjo un gran revuelo. No hace falta que te diga la cantidad de sandeces que dice la gente en internet cuando está protegida por el anonimato, Ben. Hay un millón de teorías conspirativas alrededor de todos los casos célebres. Y hay mucha gente muy cruel…

–Lo sé.

–Clare había empezado a entrar en diferentes chats y cada vez se creía más cosas de las que leía. La gente decía cosas absurdas: que Nick y Simon estaban vivos, que los habían secuestrado, que una invasión extraterrestre los había abducido. Ella sabía que no eran más que chorradas, por supuesto, pero había una teoría que se repetía una y otra vez, y al final se convenció de que era cierta.

–Se convenció de que Abigail Langdon tenía un hijo –digo.

–Sí –confirma la señora Woakes–, y que o bien Nick o bien Simon podían ser el padre. Cuando Madeline Wilson apareció unas semanas

después, tu madre no se podía creer su suerte. De pronto tenía una manera de comunicarse directamente con Langdon y averiguar ella misma la verdad.

–Pero Langdon no quiso contarle nada.

–No sin un cuantioso pago previo, y quién sabe qué le habría contado a tu madre si ella hubiera accedido.

–¿Y usted qué opina?

–Nunca me lo creí.

–¿Por qué?

–Eran cuatro chicos que iban a la misma clase del instituto, pero según todos los testimonios que escuchamos durante el juicio, no tenían una relación especialmente estrecha. Simon y Nick eran solo unos críos. Ese día, cuando los chicos bajaron del autobús, ellas los estaban esperando en el parque, y Simon y Nick las siguieron al bosque. Creo que Langdon y Fairchild habrían matado a cualquier chico que hubieran encontrado ese día. La pena fue que resultaron ser nuestros chicos.

Me imagino a Nick y a Simon apeándose del autobús con actitud dubitativa y entrando en el parque reseco. Siguiendo a las chicas con indecisión, las mochilas colgadas del hombro. Nada estaba planeado de antemano; todo fue por casualidad. Una casualidad horrenda.

–Ben, le conté a Clare lo que pensaba, pero no quiso escucharme. Estaba decidida a seguir adelante hasta encontrar al niño.

Me siento en el borde de la cama de Nick y, tras contemplar las imágenes esparcidas frente a mí, cojo la fotografía de Nick y Simon con Langdon y Fairchild.

–He encontrado unas fotos del día de las finales de *rugby* –digo.

–¿En el piso de Langdon?

–No, entre papeles viejos de mi madre. Hay un montón de caras conocidas: el señor Woakes y usted, Simon y Nick. Todo el mundo parece muy feliz.

–Aunque fuera por poco tiempo, lo fuimos –contesta la señora Woakes–. ¿Langdon y Fairchild?

–Sí.

–Dos adolescentes en la edad del pavo, eso es lo único que yo vi ese día.

–Lo único que vio todo el mundo.

–Tal vez –dice la señora Woakes.

La línea se queda en silencio.

–¿Señora Woakes?

–Sé que tienes razón, Ben, pero cuando te has pasado la vida entera pensando en un solo día, no puedes evitar preguntarte qué pasaste por alto, qué ocasión fugaz dejaste escapar.

–¿Qué cree que pasó por alto?

–Un millón de cosas, estoy segura.

–Pero ¿algo en concreto?

Una vez más, se queda callada antes de continuar:

–¿Te acuerdas de la final del primer equipo? Estuvo muy ajustada. Algunos de los placajes del partido fueron brutales.

Yo miro las fotos extendidas sobre la cama y me fijo en la cara cubierta de sangre de East Mailer.

–El Twickenham Duke no estaba acostumbrado a perder, y la hostilidad entre las dos escuelas era tal que el partido se fue calentando. Cuando Jake Richardson marcó el ensayo de la victoria en los últimos segundos, la escuela entera invadió el terreno de juego. Los chicos estaban eufóricos. Yo me alegré mucho por Jake; se había pasado medio partido mirando hacia la banda, a su padre, que no paraba de gritarle lo que debía hacer. En la melé, las camisetas acabaron desgarradas, y al ver la mirada burlona de E. E. Hathaway, Peter envió de inmediato a unos cuantos chicos a cambiarse antes de la entrega de trofeos.

Cojo una foto de James Wright y Jake Richardson con sendas camisetas del instituto Haddley de un blanco impoluto.

–Continúe.

–Justo antes de la entrega de trofeos, Peter mandó a Will Andrews de vuelta al vestuario; tenía un desgarrón en la camiseta que le llegaba casi hasta la cintura. De inmediato, Langdon y Fairchild fueron tras él. Abigail cogió a Josie de la mano y ambas lo siguieron dentro. Yo también fui al vestuario, y cuando abrí la puerta de par en par para entrar, las dos chicas salieron corriendo entre gritos y risas. Will me aseguró que no las había visto y yo no pude decir

nada. Pero llevo toda la vida pensando en esas dos adolescentes bobas que eran cualquier cosa menos bobas.

42

Corrine se acabó el tercer botellín de sidra antes de dirigirse a la nevera con paso vacilante para coger un cuarto.

–¿Quieres otra? –le preguntó a Chad, mientras él se estiraba en el maltrecho sofá de dos plazas.

–Mejor que no; tengo que estar a la altura –contestó él, con una sonrisa estúpida que dejó a la vista el diente de oro que lucía en un lado de la boca.

Corrine abrió el tapón y bebió directamente de la nueva botella mientras Chad volvía a mirarse el reloj.

–¿Estás preocupado porque tienes que volver a casa con tu mujer? –dijo ella con una risita.

Luego, se sentó frente a él, en la butaca manchada que había recuperado de Sunny Sea después de que un residente legara mobiliario nuevo para el salón. Dudaba que Molly se hubiera gastado el dinero si el testamento no lo hubiese estipulado con claridad. Cuando llegaron los muebles nuevos, Corrine había preguntado si podía llevarse una de las viejas butacas del patio y Molly le dijo que podía quedarse una por treinta libras. Corrine la había mandado a la mierda y, dos noches después, Chad había aparcado su furgoneta en la puerta trasera. Molly ni siquiera se dio cuenta de que ya no estaba allí.

«Supongo que Chad se ha portado bien conmigo», pensó, y fue a sentarse con él en el sofá. Con las piernas recogidas bajo el cuerpo, se inclinó y empezó a besarle el cuello, y luego paró.

–¡Chad! Deja de mirar el puñetero reloj.

Alguien llamó con los nudillos a la ventana de la parte de atrás de la salita.

–Las cuatro en punto, justo a tiempo –dijo Chad, y se levantó.

–¿Qué coño…? –dijo Corrine.

–Quería que nos diera tiempo a comer *fish and chips*.

Ella lo miró mientras él iba a abrir la ventana trasera y ayudaba a Spotty Dean a trepar desde lo alto de la escalera de incendios.

–Tus deseos son órdenes para mí –dijo Chad–. Dos por el precio de uno. Es tu día de suerte, Corrine.

–Me tomas el pelo. Ni de puta coña –contestó ella, mientras Dean se quedaba plantado junto a la ventana, un montón de nada alto y escuálido, con su camiseta blanca y sus tejanos ajustados.

–Hola, Corrine –dijo.

–Fuera. –Fue la respuesta de ella, al tiempo que cruzaba la estancia hacia ellos–. Largo de aquí, los dos, ¡ya!

Dean se quedó paralizado, pero Chad se abalanzó sobre ella y la agarró del brazo, antes de llevársela a la cocina.

–Me debes una, ¿recuerdas? Esos dos polis han vuelto esta mañana. Les he dado unos billetes y les he dicho que te habías ido un par de días, que aquí no iban a encontrar nada, y se han dado por satisfechos.

Corrine pegó su cuerpo al de Chad.

–Eres un sol, pero es a ti a quien quiero agradecérselo.

–Esto no funciona así, cariño. Yo te hago un favor y tú me lo devuelves. A mí y a Dean.

Corrine cerró los ojos. Haría lo que siempre hacía: cerrar los ojos y dejar que su mente la llevara muy muy lejos.

–¿Nos entendemos, Corrine? –Ella abrió los ojos y asintió–. Vamos pues, Dean, a ver de qué pasta estás hecho –dijo Chad, sujetando aún con fuerza el brazo de Corrine, y se la llevó hacia el dormitorio–. Coge esa botella vacía de la mesa –le pidió a Dean–. Igual encontramos una manera de usarla.

Mientras entraba en la habitación, Corrine vio que Dean se había quedado mirando la ventana.

–Esta fulana andrajosa solo tiene cartón para tapar el cristal.

Ella notó que se sonrojaba.

–No te preocupes, Dean –contestó Chad–. No te vas a follar a la ventana.

43

Holly cogió a su hija de la mano mientras Alice danzaba por los charcos del borde del estanque de Saint Marnham. Una fila de patos avanzaba tras ellas, persiguiendo los pedazos de pan seco que Alice arrojaba en todas las direcciones. La niña se agachó y les tendió un mendrugo grande a los patos que tenía más cerca, antes de ponerse a gritar de júbilo al ver que comían de su mano.

–Ya vale –dijo Holly, mientras las aves batían las alas junto a ella–. Tira el pan al agua.

–Pero mamá, a los patos les gusta estar cerca de mí –contestó Alice.

–Lo sé. Es porque les das de comer –repuso Holly, que retrocedió de un salto cuando dos patos más se posaron a sus pies.

–No te asustes, mamá –dijo Alice, feliz y rodeada de animales que no dejaban de aletear–. No te harán daño.

Holly le dedicó una sonrisa a su hija.

–Gracias, cariño, pero creo que ya hemos dado de comer a toda la población de aves de Saint Marnham. Echa el resto del pan al agua.

Alice rompió la bolsa de papel y vació su contenido en el borde del estanque.

–Venga, vamos –dijo Holly, mientras tres gansos se acercaban a ellas a la carrera–. La abuela debe de estar esperándonos.

Holly se apartó del agua y subió por la ladera empinada que rodeaba el estanque. Al ver que su madre se marchaba, Alice chapoteó en el borde del estanque y se apresuró a ir tras ella.

–¡Mamá! –dijo, dándole la mano a Holly para cruzar la calle hacia la casa de los Richardson–. ¿Me voy a tener que quitar las botas embarradas para entrar en casa de la abuela?

–Por supuesto.

–Pero no tengo otros zapatos, así que igual me las tengo que dejar puestas.

–Puedes jugar dentro en calcetines.

Alice se quedó pensativa.

–Igual se me enfrían los pies –dijo al cabo, mirando a su madre.

–No, no en la casa de la abuela.

–No –convino Alice–. Los suelos de la abuela están calientes.

–Así es. Tus pies estarán comodísimos.

–¿Podemos poner suelos calientes en casa?

–Cuestan mucho dinero, así que seguramente no.

–El abuelo podría pagarlos. Tiene mucho dinero.

–Ah, ¿sí? –contestó Holly.

–Compró el columpio, la casita del jardín y el coche de papá. –Holly no dijo nada–. Si se lo pedimos, seguro que nos compra un suelo caliente.

–El abuelo no puede pagarlo todo –respondió Holly, con más brusquedad de la que pretendía, y Alice la miró sorprendida–. El abuelo es muy bueno cuando compra algo –Holly se agachó para quedar a la altura de su hija–, pero, Alice, el dinero no lo es todo en la vida. Estar juntas y ser felices es mucho más importante.

–El abuelo dice que con dinero puedes comprar a quien quieras.

–Bueno, a veces el abuelo se equivoca de cabo a rabo.

Holly cogió de nuevo a su hija de la mano y la llevó por el camino de acceso curvado y cubierto de grava que conducía a la casa de Francis y Katherine Richardson. De estilo *art déco*, la vivienda resultaba imponente y destacaba entre las demás. Con vistas a todo Saint Marnham, proyectaba su sombra sobre todos los habitantes del pueblo. Las ventanas arqueadas dominaban la propiedad, con una alargada terraza en el primer piso que era donde se celebraría la fiesta de esa noche.

Mientras se acercaban a la reluciente puerta de entrada azul, Holly vio a Katherine Richardson esperándolas fuera, vestida de manera

impecable con un traje pantalón color crema y el pelo peinado hacia atrás con precisión.

–¿Estabas dando de comer a los patos? –le preguntó Katherine a su nieta.

–Han venido tres patos y han comido de mi mano –contestó Alice.

–Te he visto desde la ventana de mi cuarto.

–Deberías haber salido y haber venido con nosotras –dijo Holly.

–No me gusta acercarme al estanque.

–Hay mucho barro, abuela –dijo Alice–. Tendrías que ponerte botas de agua como las mías.

–¡Y mira cuánto barro tienen las tuyas!

–Me las puedo quitar aquí –contestó Alice, y se sentó enseguida en la entrada.

–Eres una niña muy buena –dijo Katherine–. Antes de que os vayáis a casa, limpiaremos el barro en el grifo del jardín.

–Ahora no se ve, abuela, pero mis botas son rosas con flores amarillas.

–Qué bonitas. Ojalá tuviera unas iguales.

–Seguro que el abuelo te las compraría –dijo Alice, antes de morderse el labio y mirar a su madre.

–¿Entramos? –dijo Katherine–. Ya casi está todo preparado para esta noche.

–¿Tienes muchos globos? –preguntó Alice.

–La casa entera está llena.

–¿Los puedo ver?

–Corre arriba a ver si los encuentras –respondió Katherine, y apartó su cuerpo alto y esbelto mientras su nieta irrumpía en la casa–. Pasa, querida –añadió, al tiempo que le indicaba a Holly que entrara.

Mientras cruzaba el vestíbulo con baldosas en espiral blancas y negras, y subía la inmensa escalera de caracol de piedra, Holly se sintió abrumada. Siguió a su suegra hasta la sala, donde la luz se derramaba a través de los ventanales que iban del suelo al techo con vistas al pueblo entero. Katherine había tardado años en pulir aquella estancia, en encontrar cada una de las exquisitas piezas originales de *art déco*, las dramáticas lámparas, el papel de pan de

oro y el mobiliario redondeado de terciopelo. Encima de la chimenea abierta había colgado un cuadro que hacía que a Holly la atenazara el miedo cada vez que entraba en la habitación: un retrato original de su suegro que dominaba todo lo que lo rodeaba. Lo representaba tan solo del cuello hacia abajo, con un traje negro, camisa blanca y corbata roja. A pesar de que no se le veía la cara, reflejaba de manera inequívoca a Francis Richardson y el control que ejercía.

–¿Francis no está en casa? –preguntó Holly, mientras Alice pasaba corriendo con tres globos.

Bajo un cielo brillante, Katherine y Holly salieron a la terraza, donde los decoradores daban los últimos toques a los arreglos florales.

–Ha salido con amigos –contestó Katherine, antes de invitar a Holly a sentarse junto a ella a la mesa de mosaico, con un calentador de exterior tras ellas–. Me alegro, porque así no me molesta –continuó, al tiempo que servía tres vasos de limonada. Holly asintió en un gesto apenas perceptible–. Dudo que vuelva mucho antes de las siete. Me conformo con que llegue a tiempo para arreglarse.

Con los globos todavía sujetos, Alice se acercó a la mesa y cogió un vaso.

–Ten cuidado –dijo Holly–. La abuela no quiere que se derrame nada.

–Tengo cuidado –repuso Alice, antes de dejar el vaso de nuevo en la mesa y secarse la boca con la mano.

–Buena chica –dijo Katherine. Alice cruzó de nuevo la terraza a la carrera para observar a los patos del estanque–. A su padre le encantaban los patos. Lo debe haber heredado de él.

–Tanto Jake como yo os estamos muy agradecidos a Francis y a ti. La casa ha quedado increíble –dijo Holly, mientras dos camareros sacaban con cautela la base de una torre de champán.

–Debajo de la marquesina –dijo Katherine, indicándoles que se dirigieran a una esquina de la terraza que quedaba cubierta.

–De verdad que no hacía falta que te tomaras tantas molestias.

–Me gusta hacerlo.

–Pero debe de haberte costado un ojo de la cara. Es muy generoso por tu parte.

–Del dinero dejo que se preocupe Francis. Para mí, el placer está en poder hacer esto por vosotros. Lo único que desearía es poder daros más.

–Esto es más que suficiente.

Katherine sonrió, aunque sin ganas, y Holly pensó en los regalos acumulados en su desván. Como si ella también pudiera verlos, Katherine dijo en tono pensativo:

–Jake siempre ha valorado mucho su independencia, ya desde pequeño. Recuerdo que, al terminar la escuela primaria, estaba desesperado por ir a un internado como todos sus amigos. Francis se negó, dijo que si se quedaba en el instituto de Haddley aprendería el valor del trabajo duro. Creía que así mantendría los pies en el suelo. Jake se quedó destrozado y durante los dos años siguientes apenas salió de su cuarto, como si fuera el dormitorio de un internado.

Holly sonrió.

–A veces puede ser muy testarudo.

–Sin duda, eso lo ha heredado de su padre –contestó Katherine.

–¿Su relación siempre ha sido complicada?

–Por alguna razón, nunca han conseguido estar a la altura de las expectativas del otro. De vez en cuando sus aspiraciones coinciden, como cuando Jake montó su negocio, pero, como ya sabemos, enseguida vuelven a divergir en distintas direcciones.

–¿Y tú te quedas atrapada en medio?

–Algo así. Siempre he querido darle a Jake todo lo que me fuera posible, mientras que Francis ha querido que se lo ganara todo, incluso su amor. Supongo que en algún momento deberíamos haber encontrado un punto intermedio en todo este embrollo.

–Ninguna de las dos vamos a fingir que criar a un hijo sea fácil –observó Holly–. ¿Dónde está Francis esta tarde, por cierto? ¿Ha ido a jugar al golf? –preguntó, y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho.

–Creo que no se ha llevado los palos, querida –respondió Katherine.

Y bajo la mirada penetrante de su suegra, Holly notó cómo se ruborizaba.

44

El ambiente estaba cargado de humedad mientras Cash subía penosamente por Haddley Hill en dirección a su casa. Notó cómo el pelo se le encrespaba, pero estaba tan agotada que le dio igual. Se imaginó disfrutando de un baño largo y caliente, y a Mat trayéndole un vaso frío de sauvignon blanc mientras ella se sumergía bajo las burbujas. Trató de recordar una ocasión como aquella a lo largo de su breve relación, y se dio cuenta de que era una imagen imposible de evocar.

Su conversación con Barnsdale en la comisaría había sido corta. Después de amonestarla por sus actos y de exigir de nuevo garantías acerca de su lealtad, la subinspectora había centrado su atención en Ben Harper y Elizabeth Woakes.

«He informado al inspector jefe y, a partir de ahora, a ambos se los considera sospechosos», había dicho Barnsdale.

«A mí no me lo parece», había objetado Dani.

«¿Que no le parece el qué? Él se ha hecho pasar por policía y ha sustraído pruebas del escenario de un asesinato, y Elizabeth Woakes nos mintió descaradamente. De una manera u otra, es evidente que los dos están implicados».

«Si la madre de Ben le hubiera contado dónde estaba Langdon hace diez años, ¿por qué ir a matarla ahora? No tiene sentido. Ben no es un asesino», había argumentado Dani, sentada con su superior directa en una de las claustrofóbicas salas de reuniones de la comisaría.

«¿Ahora es Ben? –había replicado Barnsdale–. Espero que no se le haya nublado el juicio. Ese hombre no me gusta. Es demasiado avasallador».

«¿Porque ha encontrado algo que nosotros no fuimos capaces de ver?».

«Ya se lo he advertido, Cash: tiene que dejarlo correr. Mañana quiero que venga aquí y averigüe todo lo que pueda sobre Ben Harper y Elizabeth Woakes. Yo hablaré con la policía de West Yorkshire para obtener acceso al expediente original del caso».

«¿Sabe si había un niño, señora?».

«Eso es algo que voy a tener que descubrir».

Dani se había dirigido a la puerta principal de la comisaría para marcharse, pero, por desgracia, la agente Karen Cooke estaba sentada junto a la sargento de recepción.

«Por favor, no me digas que te dejan trabajar en un caso real –había gritado Cooke mientras Dani caminaba hacia la salida–. Me han dicho que hoy has estado pluriempleada y te has hecho pasar por una superior. Ándate con ojo».

«¿O qué?», había replicado Dani, aunque enseguida se había arrepentido de haber picado en el anzuelo.

«Solo me parece raro que te hayas ido a hacer un viajecito por carretera y hayas dejado a Mat solo en casa todo el día».

Al ver a Cooke con los pies sin zapatos apoyados en el mostrador, Dani había sentido el impulso de estrangularla.

«Seguro que Mat ha estado de lujo».

«Así es –había contestado Cooke con una sonrisa resabiada–. Ya me he encargado yo de ello».

Dani había dado un solo paso en dirección a ella.

«No quiero problemas, chicas, por favor», había sido la infructuosa contribución de la sargento de recepción.

«No te acerques a Mat», había dicho Dani.

«Ya le he dicho que esta semana me pasaré por vuestra casa. Me duele imaginármelo ahí todo solo».

Dani había empujado el cuaderno de registro por encima del mostrador, en dirección a Cooke.

«Ya basta», había dicho la sargento.

«Has heredado el mal genio de tu padre, ¿eh?», se había burlado Cooke.

«He dicho que basta».

Al salir de la comisaría, Dani supo que había cometido una estupidez. Había subido por la colina mirando al frente y luego había pasado por delante de las Urgencias del Hospital General de Haddley. Siempre que veía aquel edificio se sentía transportada al último Halloween y experimentaba de nuevo el pánico que había sentido mientras conducía detrás de la ambulancia que llevaba rápidamente a Mat al hospital.

Momentos después de dispararse la alarma, Mat había entrado por la parte trasera del supermercado *gourmet*. Aunque Dani había logrado escapar, en el local se había desatado el caos. Al cabo de solo unos minutos, estaba sentada en un coche patrulla mientras otro agente conducía con las sirenas encendidas. La única preocupación de Dani era no perder de vista la ambulancia. Tras bajar de un salto del coche en la entrada para ambulancias, con el uniforme cubierto de sangre, había corrido junto a la camilla mientras los médicos de Urgencias se llevaban enseguida a Mat al quirófano. En la sala de espera, el miedo se había apoderado de ella y había sentido un inmenso alivio cuando le dijeron que viviría. Pero luego, la desolación la había embargado al enterarse de que era muy improbable que volviera a caminar.

Sentada junto a la cama del hospital, había sentido la necesidad de devolverle a Mat la vida que podrían haber disfrutado.

Sí, dijo, lo amaba.

Sí, debían comprarse una casa.

Y sí, tenían que casarse.

Cuatro semanas después, el día en que le dieron el alta a Mat, eso fue lo que hicieron.

En los meses transcurridos desde entonces, el optimismo inicial de Mat se había desvanecido con rapidez y su ira, en cambio, se había amplificado. Cada día que pasaba le había servido a Dani para entender hasta qué punto había cometido un error debido a la desesperación.

Y la culpa la había consumido por completo.

Ahora, al llegar a casa, supo que era incapaz de enfrentarse a otra noche de discusiones. Abrió la puerta sin hacer ruido y subió en silencio la escalera para darse un baño largo y caliente.

45

Con el pelo rizado flotando con suavidad alrededor de su rostro, Alice Richardson bailaba por la terraza con su vestido azul centelleante, al tiempo que saludaba a su abuelo con la mano. Los invitados se quedaban encantados cuando les enseñaba sus zapatos especiales de punta dorada. Holly y Jake daban la bienvenida a los amigos, algunos de los cuales eran suyos y, muchos más, de los padres de él. Mientras repartían relucientes sonrisas blancas a diestro y siniestro, ambos cogieron sendas copas de champán de la bandeja que llevaba uno de los camareros que pasaban entre los invitados. Luego, los tres posaron con el fondo del jardín vallado e iluminado con lucecitas.

Mientras el fotógrafo les sacaba fotos, Holly miró al otro lado de la terraza, donde su suegro mantenía una conversación relajada con Sarah y su novio, Nathan. Vio cómo los tres se echaban a reír con naturalidad al tiempo que Francis se adelantaba de manera imperceptible y tocaba el brazo de Sarah, antes de deslizar su mano por su cuerpo y dejarla apoyada durante un breve instante en su cintura. Holly sintió deseos de abrir la boca y gritar para advertir a su amiga.

Entonces alguien le tocó el brazo a ella, y se dio la vuelta.

–Solo está tanteando el terreno –dijo Katherine, que se había plantado de improviso junto a Holly mientras el fotógrafo se mezclaba con los invitados de la fiesta y Alice daba vueltas por la pista de baile con su padre–. Ven conmigo –continuó, al tiempo que les dedicaba una atenta sonrisa a un par de recién llegados.

Holly se terminó el champán, pero, cuando intentó extender el brazo para coger otra copa, notó cómo la mano de Katherine sujetaba con fuerza la suya. Su suegra la cogió del brazo y se la llevó por la terraza hasta la sala, donde había mucho menos ruido.

–Te he estado observando –empezó Katherine.

–La fiesta es estupenda –contestó Holly, sin saber cómo disimular su incomodidad.

–No me refiero a esta noche, sino a las últimas semanas, los últimos meses. Lo último que deseo es importunarte –prosiguió Katherine, mientras Holly se ruborizaba–, pero a veces, en un matrimonio, existen acuerdos que permiten que ese matrimonio sobreviva.

Desde el salón, Katherine llevó a Holly a la salita de música, donde había un piano de cola de un negro reluciente junto a una ventana con unas ricas cortinas.

–Francis y yo tenemos esa clase de acuerdo. Contigo nunca estuve segura, hasta esta tarde. –Holly notó que se ponía roja como un tomate–. Solo quiero saber por qué –explicó Katherine–. ¿Es eso lo que te hace falta para que tu matrimonio funcione?

–No, desde luego que no. –La voz de Holly sonó trémula.

–Me lo temía. En ese caso, cuéntame por qué, por favor.

–No puedo.

–No creo que Francis se acueste con ninguna mujer por la fuerza, aunque no le importe utilizar su influencia. ¿Es por el dinero? Sé que él paga la mayor parte de vuestras facturas.

Holly negó con la cabeza.

–Por favor –dijo–, no volverá a pasar, te lo prometo.

Katherine cogió a su nuera de la mano y la llevó hasta la banqueta del piano.

–Siéntate –le indicó–. Francis me da igual; es a ti a quien quiero ayudar. –Holly se esforzó por tomar aire mientras Katherine la miraba fijamente–. ¿Jake lo sabe?

–No tiene ni idea.

–Genial, no debe enterarse jamás; no lo superaría. Y… ¿Alice? –preguntó Katherine en tono dubitativo.

–Dios mío, ¡no! ¡Para nada!

–No, me refiero a si es hija de Jake.

Holly agachó la cabeza y su suegra pasó los dedos por el costado del reluciente piano.

–Siempre he deseado saber tocarlo –dijo–. Se suponía que iba a tomar clases cuando era joven. Mi madre tenía un viejo Steinway que había pertenecido a su abuela, y aunque estaba desafinado, ella insistía en tocar una pieza de memoria todas las mañanas. Su técnica era pasable, nada más, y con el tiempo acabé aborreciendo sus torpes recitales al amanecer, que reverberaban por toda la casa. Tal vez te cueste creerlo, pero me rebelé y me negué a tomar clases. Ahora me arrepiento, por supuesto, pero nunca tuve ningún deseo de complacerla. A lo largo de mi vida, cuando más la necesitaba ella siempre estaba extrañamente ausente. –Katherine hizo una pausa antes de proseguir–: A lo mejor a Alice le gustaría aprender a tocarlo, ¿no? Es una pena que esté aquí muerto de asco. Me encantaría que le dieran clases.

–Estaría bien –contestó Holly, mirándola.

–Tu mirada me dice lo contrario.

–No, de verdad, sería estupendo.

–Me pregunto si preferirías huir sin más del clan de los Richardson. No debe ser fácil vivir con nosotros.

–No quiero hacerle daño a Jake.

–¿En especial mientras todavía tenga influencia sobre vuestra hija?

Katherine caminó de nuevo junto al piano y se sentó con Holly en la banqueta. Tras tocar con delicadeza las teclas más agudas, se volvió hacia su nuera.

–El vínculo entre una madre y una hija debería ser impenetrable. Eso es lo que yo deseaba, y por eso quiero ayudarte. –Alzó las manos del teclado y las apoyó sobre las de Holly–. Tienes que creerme. Desde el primer día, me prometí a mí misma que todo sería distinto con mi propia hija, y lo fue. Pero eso no hizo más que acrecentar mi desolación cuando la perdí, y no quiero que tú experimentes jamás ese tipo de dolor.

46

Tras haber dedicado el día a conducir ochocientos kilómetros y luego enfrentarme a la subinspectora Barnsdale, no me apetece mucho pasar la noche del sábado en la fiesta de Holly y Jake, y además ya llego tarde. Aun así, consciente de que Madeline está en la lista de invitados y de que es posible que acuda, salgo y echo a andar por Haddley Common. A pesar de que la he llamado en numerosas ocasiones a lo largo de la tarde, no me ha cogido el teléfono ni ha contestado a ninguno de mis mensajes. Cuando pienso en las fotografías del club de *rugby* Richmond, sé que mi jefa me ha contado solo la mitad de la historia.

–¿Te va bien venir mañana a la una para comer? –grita la señora Cranfield cuando pongo el pie en el parque.

Doy media vuelta y me dirijo a su jardín, donde ella está recogiendo las herramientas de su marido.

–Este es el mejor momento del día –continúa, al tiempo que alza la vista hacia el cielo teñido de rojo–. ¿Adónde vas tan decidido?

–A la fiesta de Holly –contesto, y me siento en el murete de delante de su casa.

–Tienes pinta de estar agotado –comenta–. Sales de casa antes del amanecer y luego te vas de fiesta toda la noche. –Me retira el pelo de la frente–. Ojalá se te viera la cara.

–Me lo quería cortar, pero he estado muy liado.

–Pobre Ben. Lo que te hace falta es alguien que te cuide.

–Nunca se da por vencida, ¿eh? –Me río.

Tras cerrar el candado del cobertizo de su marido, ella me invita a entrar un momento a tomar algo.

–Solo diez minutos; el señor Cranfield se alegrará mucho de verte. Luego, te llevará a Saint Marnham.

Incapaz de negarme, la sigo a su cocina llena de vapor, donde hay varios cazos hirviendo en los fogones.

–Algo huele muy bien –comento.

–No es nada especial: cerdo estofado con sidra al estilo irlandés.

–A mí me parece delicioso.

–Es uno de mis platos favoritos. Recuerdo que mi madre me lo preparó el día en que nos mudamos al condado de Clare. Yo estaba angustiada por el hecho de volver a casa y ella siempre sabía cómo animarme. Aunque estoy convencida de que en la fiesta habrá comida riquísima.

–Diría que solo canapés.

–Todo muy refinado. Los Richardson no reparan en gastos.

–¡Ojalá haya minihamburguesas! –exclamo.

–¿Quieres una cerveza, Ben? –me ofrece el señor Cranfield, que ha entrado en la cocina y abre la nevera.

–No, gracias; estoy bien. –Es mi respuesta, aunque él me ignora y abre una botella–. Bueno, pues un vaso pequeño para mí, y que no sea fuerte –digo.

–¿Adónde has ido hoy de madrugada? –pregunta, mientras la señora Cranfield empieza a pelar patatas en el fregadero.

–No se le escapa nada –señalo.

–Cuando uno llega a mi edad, siempre hace varios viajes nocturnos al baño.

–Como un tentetieso, es algunas noches –dice la señora Cranfield.

–He ido en coche a Yorkshire –explico–. He encontrado a unas personas con las que creía que debía hablar.

–¿Sobre tu madre? –pregunta él.

–Más o menos. –Me siento a la mesa de la cocina, cubierta por un mantel–. Empiezo a hacerme una idea de lo que podía rondarle por la cabeza.

–¿Esa mañana? –dice él, al tiempo que retira de la mesa su cómoda silla con cojines y se sienta frente a mí.

–No debería contárselo, pero parece que durante sus últimas semanas de vida mi madre se comunicó con Abigail Langdon.

Una repentina tensión se refleja en el semblante del señor Cranfield, que mira de reojo a su mujer.

–Ben, sé que quieres respuestas, pero prométeme que tendrás cuidado –dice ella, volviéndose desde el fregadero.

–No se preocupe, se lo prometo –le aseguro con una sonrisa.

–¿Por qué crees que se comunicó con ella? –pregunta el señor Cranfield.

–Se escribieron algunas cartas. He visto una, no puedo decir cómo, y creo que está relacionada con un niño.

La señora Cranfield deja el cuchillo en la encimera y se limpia las manos con agua caliente antes de secárselas en el delantal y coger una copa del armario.

–Solo tomaré media, George –dice, al tiempo que se sienta con nosotros a la mesa.

Los veo intercambiar una mirada mientras él sirve una generosa media copa de vino tinto, antes de tapar de nuevo la botella con el corcho. La señora Cranfield sostiene un momento la copa entre sus manos y luego le da un sorbo.

–Estábamos las dos sentadas a esta misma mesa –empieza–, tu madre y yo. Hasta ahora no me había parecido apropiado contártelo, pero igual deberíamos haberlo hecho. Queríamos proteger un secreto que ella había descubierto.

De pronto me noto la boca seca y trago saliva.

–¿Usted lo sabía?

–Tu madre me contó lo que había averiguado; o más bien debería decir lo que sospechaba. No me explicó cómo lo sabía y me hizo jurar que guardaría el secreto. Yo le dije que no debía creer rumores absurdos, pero ella estaba segura, convencida, de que Abigail Langdon había tenido un hijo.

–¿Cuándo fue eso? –pregunto. Ella mira a su marido y me doy cuenta de que todavía tiene la sensación de estar traicionando la confianza de mi madre–. Por favor.

–Debió de ser dos o tres semanas antes de su muerte –dice la señora Cranfield, y da otro sorbo al vino antes de dejar con suavidad

la copa sobre la mesa, frente a ella–. No podía soportar la idea de que Nick hubiera tenido un hijo y no estuviera con ella. Yo le dije que quizá le fuera imposible averiguar siquiera si esa chica tenía un hijo, y mucho menos dónde se encontraba, pero no le importó. Con ese tesón tan propio de ella, estaba totalmente decidida a encontrarlo.

Asiento despacio. La señora Cranfield acaba de confirmar lo que yo ya creía saber.

–Yo quería ayudarla, por supuesto, pero no sabía cómo. Tu madre dijo que no se rendiría hasta conocer la verdad. –La señora Cranfield se seca una lágrima y yo le cubro la mano con la mía–. Lo único que me quedó fue pedirle que me hiciera la misma promesa que te pido a ti. –Me mira fijamente–. Tener siempre mucho cuidado.

Me levanto para marcharme, le doy un abrazo y le prometo que lo haré.

El señor Cranfield sale de nuestra calle con el coche y, al pararse en el semáforo temporal de Lower Haddley Road, se vuelve hacia mí.

–Seis semanas llevan excavando para poner tuberías. Apuesto a que en la época victoriana construían más deprisa.

Yo sonrío.

–Siento haberlo sacado de casa –digo–. No me habría costado nada ir andando.

–No te preocupes –contesta él–. La cena no estará lista hasta dentro de media hora, y no queremos que llegues tarde a la gran fiesta.

–En realidad solo voy porque Holly me lo pidió –explico–. No creo que me quede hasta muy tarde.

Avanzamos muy despacio hacia el semáforo, pero este se vuelve a poner en rojo antes de que lleguemos al cruce.

–¿Usted lo sabía? –pregunto, mirando al señor Cranfield bajo la brillante luz roja.

–No hasta después de que tu madre muriera. La señora Cranfield y yo hablamos de ello y decidimos que era mejor dejar las cosas como estaban. No queríamos ocultártelo, Ben, solo darte el espacio necesario para vivir tu propia vida.

–Si mi madre estaba tan convencida de que había un niño –pregunto sin rastro de enfado–, y eso le daba esperanzas, ¿por qué…?

–¿Por qué se suicidó? –El señor Cranfield se vuelve hacia mí–. No lo sé, Ben. Nunca he podido entenderlo.

–¿Se habría puesto en peligro por el hijo de Abigail Langdon?

–Si así hubiera podido encontrar un vínculo con Nick, creo que sí. El amor de un padre o una madre puede ser una fuerza arrolladora. Es algo que nunca se debilita.

–De haber un niño, me cuesta creer que fuera de Nick. No hay pruebas de que tuviera una relación seria con Langdon. He hablado con Elizabeth Woakes y ella tiene la misma sensación respecto a Simon.

Nos ponemos en marcha y pasamos por delante del bosque de Haddley antes de entrar en Saint Marnham. El señor Cranfield para el coche junto al estanque del pueblo y se vuelve hacia mí.

–Ben, ninguno de nosotros puede saber con certeza si ese niño era de Nick, ni siquiera si existe un niño. Pero si tuviera que apostar dinero, diría que hay algo más detrás de esa historia.

–¿A qué se refiere?

–Cuando nos mudamos a Haddley, había pasado casi un año desde el juicio. Todos los días, yo veía a Peter Woakes dar el mismo paseo de manera inexorable, por la orilla y a través del bosque. Daba mucha pena; era imposible no sentir lástima por él. A aquellas alturas ya vivía prácticamente en la calle, y siempre que tenía ocasión, yo le daba un par de libras. Nadie quiere ver a un hombre en ese estado, sobre todo después de todo lo que le había pasado. Me senté unas cuantas veces con él a la orilla del agua y lo llevé a tomar pintas en el *pub*. Era un ser humano roto.

–Me acuerdo.

–Perder a un hijo hundiría a cualquiera en la desesperación, pero había algo más: se sentía culpable. Se arrepentía de no haber hecho algo cuando había tenido ocasión, y eso lo carcomía por dentro. Siempre que lo veía, hablaba de lo mismo: que ojalá hubiera hecho algo cuando tuvo ocasión; ojalá.

Pienso en mi desayuno con la señora Woakes y en su incomodidad al hablar del día de las finales de *rugby*.

–Antes de los asesinatos, ¿él había oído rumores sobre Langdon y Fairchild? –pregunto.

–Poco antes de desaparecer, me lo encontré sentado en un banco junto al embarcadero. Lo invité a una pinta y, como siempre, él me habló de lo mucho que se arrepentía de no haber intervenido cuando pudo hacerlo.

–Pero ¿en qué creía que debería haber intervenido? –pregunto, deseando atisbar los recuerdos fragmentados del señor Cranfield.

–Durante ese último trimestre de verano, alguien llamó a la escuela. Él pensó que se trataba tan solo de un rumor y no le dio importancia, pero a *posteriori* lo atormentó. Decía que reproducía la llamada una y otra vez en su mente.

–¿Qué dijo sobre quien llamó?

–No lo sé. Y nunca volví a ver a Peter. –El señor Cranfield mira más allá del estanque, a la casa de los Richardson decorada con un millón de luces–. Si te soy sincero, Ben, mi mayor pesar es no haber hecho más para ayudarlo.

Esta vez soy yo quien alarga la mano y le da un apretón en el hombro. Luego, salgo del coche y echo a andar por el borde del estanque. Al llegar al camino de acceso de la iluminada casa de los Richardson, me doy la vuelta y veo al señor Cranfield caminar despacio desde su coche hacia el *pub* del pueblo.

Siete

«Una de esas tardes húmedas y brumosas en las que es imposible entrar en calor y deberías estar a cobijo en casa».

47

–¡Ben! ¡Aquí! –grita Jake Richardson cuando entro en el salón de sus padres, y me hace señas para que me reúna con él y un pequeño grupo de amigos–. Una copa de champán para este hombre –dice, y le indica a un camarero que se apresure a acercarse. Yo cojo una copa llena hasta la mitad antes de que Jake deje la suya sobre la bandeja y coja otra–. Trae una botella –le pide al camarero, y lo despacha hacia la barra–. Ya conoces a Martin y Duncan, del pueblo. Sus hijos van a preescolar con Alice.

Intercambiamos varios saludos breves con la cabeza y luego me apresuro a buscar con la mirada a alguien que pueda rescatarme.

–La cosa fue así. Muerto de aburrimiento, me bebo la segunda cerveza, me acabo mi pastel de cerdo y cruzo en coche ese pueblecito tranquilo que hace que Saint Marnham parezca una puñetera metrópolis. –Martin y Duncan ríen cuando toca, y me doy cuenta de que he llegado justo mientras Jake, borracho como una cuba, les cuenta los momentos culminantes de su semana–. Estoy reventado después de pasarme dos días llenándoles los bolsillos a esos capullos a los que mi padre les vendió la empresa, la empresa que fundé yo, así que decido tomarme la tarde libre y empezarla con una siestecilla bajo un árbol. Justo cuando estoy a punto de dormirme, oigo un molesto golpeteo en la ventanilla de mi Audi, y al abrir un ojo, me encuentro a un militar anciano mirando por el cristal. Al principio pienso que es una condenada pesadilla y que es mi viejo; para que os hagáis una idea del estado en el que estaba. Vuelvo a cerrar los ojos y lo ignoro, pero él empieza de nuevo: toc-

toc-toc, toc-toc-toc. Bajo la ventanilla. Se presenta; es el mayor Edwards (no soporto a los exmilitares que siguen usando su rango), y dice que si no me importa mover el coche. «Maldita sea, estamos en un país libre», le contesto, y cómo no, el tío me suelta que él luchó por esa libertad. Luego me dice que mi presencia está provocando nerviosismo entre «las señoras del pueblo». «Ojalá», le contesto, y luego, me incorporo en el asiento y le pido que se explique. En cuanto acerco la mano a la manilla de la puerta, da un paso atrás, pero no deja de darme la brasa con la inquietud de «las señoras». Le pregunto al jodido metomentodo si ha llegado a hablar con alguna, pero antes de que pueda decir nada hago ademán de abalanzarme sobre él y, de repente, el tipo da un traspié hacia atrás y se cae de culo en el barro. No me pude resistir a hacerle una foto.

Jake coge su teléfono al tiempo que agarra la botella de champán que le tiende el camarero, y después de llenarse otra vez la copa, hace lo mismo con las de Martin y Duncan. En ese momento, alguien me toca el brazo y, al darme la vuelta, veo a Will Andrews junto a mí.

–¿Necesitas que te salven? –pregunta en voz baja.

–Eres un regalo del cielo –contesto, y me disculpo con Jake y su grupo antes de alejarme.

Mientras cruzamos el salón, sigo oyendo a Jake burlarse de la cara morada del mayor Edwards.

–Perdona por no quedarme más rato ayer contigo, Ben. Me pillaste en un día un poco malo –dice Will.

–No tienes que disculparte. No hay nada peor que un periodista cotilla que te interrumpe cuando intentas trabajar.

Will se ríe y propone que salgamos de la habitación atestada y vayamos al estudio de Francis, dispuesto para ser el punto de reunión de los bebedores de *whisky* más avanzada la velada.

–Todo esto es tan propio de Francis –comento cuando entramos en la estancia revestida de madera, y miro las estanterías llenas de primeras ediciones.

–No estoy seguro de cuántos se habrá leído –comenta Will–, pero tienen un aspecto impresionante.

–Y eso es muy importante para Francis.

–Y que lo digas. ¿Qué te parece si somos los primeros en catarlo? –pregunta Will, al tiempo que coge una de las botellas de *whisky* de malta que están expuestas.

–Creo que esta semana ya he bebido suficiente –contesto con la mano alzada.

Él se sirve uno doble antes de sentarse a mi lado, en una de las butacas de cuero de respaldo alto.

–La verdad es que sí que quería aprovechar para disculparme. A ninguno de nosotros le gusta recordar ese verano, pero si puedo hacer algo por ayudarte… –Su voz se apaga.

–El miércoles por la noche, en el restaurante, me preguntaste qué significaría que mi madre no se hubiera quitado la vida, y yo te contesté que no sabría decírtelo. Si me lo preguntaras ahora, te contestaría que significa que alguien la mató. –Will le da un sorbo a su copa; es su única reacción en medio del frío del estudio–. Creo que la muerte de mi madre está relacionada con lo que pasó ese verano, con la posible existencia de un niño y con alguien que tenía una relación más estrecha con Langdon y Fairchild de lo que nos imaginamos. –Me vuelvo hacia él–. Dime a qué te referías cuando me enviaste ese mensaje, el de «todo tipo de hombres». ¿Las viste con alguien?

–No, nunca. –Will sigue bebiendo muy despacio de su vaso–. Durante el curso anterior, sin embargo, todo el mundo comentaba que Josie había estado con uno de los chicos mayores, y eso hizo que se ganara cierta reputación en el instituto. Digamos que una vez que se corrió la voz…, bueno, los niños pueden ser muy crueles. No quiero justificarla, pero tuvo que enfrentarse a muchos feos, incluso de Abigail, al principio.

–Se me parte el corazón –digo con frialdad.

–A Josie la marginaron, la acosaron sin piedad; y no solo nuestra clase sino todo el curso. El maltrato psicológico fue implacable. –Will se queda callado y entonces empieza a susurrar–: «Josie es una guarra, Josie es una guarra». Eso era lo que cantaban, una y otra vez, siempre que entraba en una habitación, en cualquier parte de la escuela, todos los días, a todas horas. Y luego venían los golpecitos, bajitos al principio… –Will reproduce el rápido ritmo sobre el

escritorio de Francis. Toc, toc, toctoc, toc. Toc, toc, toctoc, toc–. «Josie es una guarra. Josie es una guarra». Cada vez más fuerte. –Toc, toc, toctoc, toc. Toc, toc, toctoc, toc–. En un *crescendo*, allí donde fuera. Cada vez más rápido, más alto. «Josie es una guarra»…

–¡Basta! –exclamo, y los dos nos quedamos un momento callados.

–Todos los chicos, todas las chicas, todos los días. Cuando no podíamos cantarlo, nos limitábamos a reproducir el ritmo.

–Lo que hicieron Langdon y Fairchild no tiene justificación –digo–. Ninguna.

–Lo sé –reconoce él–. Abigail percibió su debilidad y se convirtió en su única amiga. Lo único que digo es que habría sido muy fácil para alguien darse cuenta de lo marginadas que estaban… y encontrar la forma de aprovecharse.

48

Parada en el umbral del salón, Holly contempló horrorizada cómo una bandeja de plata, llena de copas de champán, salía volando por los aires en la terraza. Mientras Jake caía sobre el infortunado camarero, ella se cubrió la cara con las manos y se dio cuenta de que se moría de ganas de que la fiesta se acabara.

–Ya está borracho –exclamó Francis Richardson con una risa desalmada–. Es una puñetera vergüenza –añadió, antes de gritarle a su mujer, que apareció en el umbral junto a Holly–: Que alguien lo levante.

–No ha sido nada –repuso Katherine, en un afilado tono de reproche hacia su marido. A un rápido movimiento de su mano, dos camareros se apresuraron a apuntalar a Jake en la esquina de un sofá de terciopelo color burdeos–. Un café solo, cargado, y un vaso de agua –continuó dando instrucciones, mientras los cristales rotos se barrían con diligencia–. Y algo de comer que no sea muy pesado; lo mejor será un par de tostadas. –Cogió del brazo al jefe de camareros y habló con él en voz tan baja que solo los oyó Holly, que estaba a su lado–: Que se beba el café y luego llévatelo abajo, a la cocina, y que se quede allí al menos media hora. Y no dejes que se acerque a su padre.

–Lo siento mucho –dijo Holly–; me sabe fatal. Te has tomado muchas molestias para organizar la fiesta y así es como te lo pagamos.

–No te atormentes –respondió Katherine–. Todos sabemos que, en realidad, la fiesta es para Francis, y esto ha servido para que la

disfrute aún más. –Holly se volvió a mirarla, sorprendida–. Los dos obtienen un placer cruel de los fracasos del otro –explicó Katherine, antes de enlazar el brazo con el de su nuera y llevársela del salón–. Siempre ha sido así. ¿Te ha contado Jake alguna vez lo que pasó el día de su duodécimo cumpleaños?

Holly negó con la cabeza.

–Cuando tenía casi doce años, Jake se obsesionó con el baloncesto. Francis hizo un viaje de negocios a Manhattan y Jake y yo fuimos a pasar un par de días con él –prosiguió Katherine, mientras bajaban despacio las escaleras de caracol y luego cruzaban el abarrotado vestíbulo en dirección a la puerta de entrada de la casa–. Llevamos a Jake a ver a los New York Knicks al Madison Square Garden. Nos lo pasamos genial; a Jake le encantó y, al volver a casa, solo pensaba en tener su propia canasta. Como se acercaba su cumpleaños, mandé construir una pequeña pista al fondo del jardín. Lo sé; aquí no hacemos nada a medias. El día de su cumpleaños, invitó a un grupo de amigos y su padre organizó dos equipos; él era el capitán de uno y Jake, el del otro.

»El equipo de Jake era bueno y, a pesar de los esfuerzos de Francis, se adelantaron en el marcador. Jake estaba feliz, pero, cómo no, Francis echaba humo por las orejas. Empezó a jugar con más agresividad y acabó derribando a Jake, estoy segura de que sin querer. La cosa se habría quedado allí de no ser porque, al caer Jake, el anillo de sello de Francis le alcanzó en el rabillo del ojo. Cuando se levantó, la sangre le corría por el lado izquierdo de la cara. Se negó a que yo le limpiara y le cubriera el corte. En lugar de eso, se sentó solo en una esquina de la pista mientras el partido continuaba y no dejó que la sangre se secara. Lo único que quería era que sus amigos fueran testigos de los fallos de su padre.

Katherine y su nuera dejaron atrás el bullicio de la fiesta mientras bajaban por el camino de acceso a la casa, antes de rodear con cuidado la orilla del estanque del pueblo, tenuemente iluminada.

–Aquí no nos molestarán –dijo Katherine al llegar a un banco recién barnizado y con una pequeña placa de bronce–. Quería enseñarte esto; es el banco de Lily.

Holly miró la inscripción; hasta ese momento, jamás había reparado en ella. «La risa y la felicidad son los regalos que nos hizo».

–Nunca habláis de ella –observó Holly, tomando conciencia de la tristeza que su suegra había ocultado siempre.

–No –contestó Katherine–, nunca lo hacemos. Lo justificamos porque es demasiado doloroso, pero me pregunto si las cosas no mejorarían si lo hiciéramos. Ella era todo lo que yo había deseado; mi propia hija. Igual que Alice y tú, estoy segura.

–No me imagino la vida sin ella.

–A mí me pasaba lo mismo. Adoraba cada momento que pasaba con ella, hasta las cosas más nimias: vestirla por las mañanas, leerle su libro preferido, las horas que pasábamos juntas en la bañera, envolverla en una toalla enorme después. En muchos aspectos, a Francis le ocurría lo mismo; por alguna razón, le resultaba más fácil tratar a Lily.

–¿Te importa que te pregunte qué pasó? –dijo Holly.

Katherine contempló el estanque, sobre cuyas aguas danzaban las luces de la casa de los Richardson.

–Fue un día de noviembre, a última hora de la tarde. Una de esas tardes húmedas y brumosas en las que es imposible entrar en calor y deberías estar a cobijo en casa. A Lily le encantaba estar fuera, correr libre y chapotear en los charcos. Llevaba botas de agua moradas… –Su voz se apagó.

–Podemos volver dentro, si lo prefieres –propuso Holly con dulzura.

–No; debería venir aquí más a menudo. –Al cabo de un momento, prosiguió–: Yo estaba en casa y me distraje con alguna cosa sin importancia; creo que pelando zanahorias. Lily salió por la verja que hay al fondo del jardín posterior y, aunque estaba oscuro, encontró el camino hacia el estanque. Le encantaban los patos; les dábamos de comer casi todas las mañanas y ella soltaba gritos de alegría siempre que uno se le acercaba. No tenía miedo; igual que Alice, se ponía la comida en la mano para que la picotearan.

»Las hojas acumuladas alrededor del estanque estaban empapadas y el barro era denso. Siempre le repetía que no se

acercara demasiado al borde, pero ella era muy curiosa. "No te acerques al borde del agua", es lo que le decía, y aunque ella conocía la norma, debió de resbalar, no sé cómo.

»Un paseante la encontró y la sacó. Los médicos se acercaron corriendo desde la consulta del otro lado de la calle e hicieron todo lo posible por salvarla, pero era demasiado tarde.

Mientras Katherine se sumergía en sus angustiosos recuerdos, Holly reprimió el impulso de correr a la casa, coger a Alice y no soltarla nunca más.

–Hice que tapasen la verja con ladrillos –dijo Katherine.

Luego, las dos mujeres se quedaron sentadas en silencio, rodeadas solo por el bullicio apagado de la fiesta.

49

Al oír un clamor en el salón, Will y yo salimos del estudio y vemos a Katherine Richardson dar una serie de instrucciones. Jake está tirado en el suelo, hay cristales rotos por todas partes y al fondo de la estancia, con la cara pálida como la cera, se encuentra Holly. Me dirijo hacia ella, pero, mientras me acerco, su suegra entrelaza su brazo con el de ella y se la lleva. Yo me disculpo con Will y me pongo a buscar a Madeline.

Pegada a la escalera de caracol hay una pequeña alcoba, y allí la veo enfrascada en una conversación con East Mailer. Al verme, él se pone en pie.

–Ben, me alegro de verte –dice, y me tiende la mano antes de que nos demos el típico medio abrazo de los hombres.

–Lo mismo digo.

–Vamos a buscar algo de beber; así nos ponemos al día.

–No quiero interrumpir tu conversación con Madeline. Parecía que conspirarais o algo así –digo, mirando a mi jefa.

–Para nada –contesta ella, y sale de la alcoba mientras se ciñe en los hombros la gabardina, larga hasta los pies.

–Madeline y yo nos conocemos hace un montón de tiempo. Me dedicó unas críticas fantásticas al principio, cuando ella trabajaba en el *Richmond Times* –se apresura a decir East.

–Estoy seguro de que cualquier buen restaurador quiere cultivar una buena relación con la prensa local –comento.

–Nos apoyó desde el mismo día que abrimos, y me enorgullece decir que no ha dejado de venir desde entonces. ¡Aunque no lo

bastante a menudo!

–Tengo que irme, de verdad –dice Madeline, y coge su móvil con gesto distraído–. Ha sido un placer verte, East. Y a ti también, Ben.

–Espera; tengo que hablar contigo –respondo yo, acercándome a ella.

–Te puedo dedicar dos minutos; tenemos noticias de última hora. ¿Te acuerdas de lo que es?

–Llevas todo el día ignorando mis llamadas.

–Ben, de verdad que me encantaría charlar contigo –insiste East, colocándose a mi lado.

–Me vas a tener que dar cinco minutos –contesto–. Trabajo, lo siento.

–No tengo cinco minutos, Ben –interviene Madeline–. Mi chófer está de camino. Sea lo que sea, tendrá que esperar.

–No puede esperar –insisto.

–Será mejor que os deje solos –dice East, retrocediendo con actitud incómoda–. De todas formas, tengo que ir al restaurante para ver cómo va todo. Pero Ben, luego tenemos que hablar.

–Claro.

Mientras yo asiento, East le lanza un beso a Madeline.

–Maddy, me he alegrado mucho de verte. Prométeme que vendrás a cenar pronto.

–Te lo prometo –responde Madeline.

–Ben, dentro de media hora vuelvo y hablamos.

Y sin más, desaparece en el abarrotado vestíbulo, donde se ha reunido gran parte de los invitados.

–Ahora no tengo tiempo –repite Madeline.

–Una gabardina preciosa, por cierto –comento mientras me abro paso entre los invitados junto a ella, que va repartiendo breves saludos–. East y tú parecíais íntimos.

–Es un viejo amigo de la escuela –replica Madeline con sequedad–. Bueno, durante los dos últimos años, cuando Twickenham Duke se dignó a dejar que entraran chicas en sexto.

–No lo sabía –digo yo, al tiempo que salimos al camino de grava.

–Ben, ¿de verdad no puedes esperar hasta el lunes?

Yo la cojo del brazo y la llevo hacia el bordillo.

–No, no puedo esperar. Tienes que empezar a contarme la verdad; toda la verdad.

–No sé de qué me hablas –responde, y vuelve a adelantarse al ver que su coche se detiene en la calle–. Lo que sí sé es que estoy harta de que intentes intimidarme.

–Sé lo del hijo de Abigail Langdon –digo, y Madeline se para–. Nunca se te ocurrió contármelo; ¿no dijiste algo así como que siempre habías querido lo mejor para mi familia y para mí?

Los brillantes ojos verdes de Madeline centellean a la luz de las farolas.

–¿Te has parado a pensar por un segundo que fue precisamente por eso por lo que decidí no contártelo?

La ventanilla del lado del acompañante del coche de Madeline desciende, y ella le pide al chófer que le dé sesenta segundos. Luego, se acerca de nuevo a mí y ambos echamos a andar por el camino curvado que hay frente a la casa de los Richardson.

–Tú habías pasado página –dice ella–. ¿Cuál habría sido el momento adecuado para contarte algo así?

–¿Qué te parece ahora?

–Si eso es lo que quieres… –responde Madeline–. Es bastante sencillo. Las autoridades no dejaban de retrasar una y otra vez la fecha del juicio de Langdon y Fairchild. Aunque les habían garantizado el anonimato, en Haddley y Saint Marnham todos las conocíamos a la perfección. Nadie sabía por qué se iba posponiendo el juicio, pero entre la prensa corría un rumor persistente y, cuando entré a trabajar en el *Richmond Times*, mi editor fue muy franco conmigo. Había intentado hablar con la fiscalía de manera extraoficial, pero esta se había ceñido a la explicación de que el retraso se debía tan solo a la necesidad de preparar bien las pruebas y a los testigos. Unos años después, cuando empecé a trabajar en periódicos nacionales, todo el mundo daba por hecho que una de las chicas estaba embarazada en la época en que debía celebrarse el juicio, y por eso pospusieron la fecha hasta que dio a luz, para que no influyera en el jurado en ningún sentido. –A Madeline le suena el teléfono, y mira la pantalla antes de guardarlo de inmediato en el

bolsillo de la gabardina–. Y ahora sí que me tengo que marchar –concluye, al tiempo que se vuelve hacia el coche.

–No hemos terminado.

–Lo siento, Ben, pero no hay nada más que contar. Investigué durante años para tratar de encontrar al niño, pero las restricciones judiciales eran tan grandes que fue imposible averiguar nada.

–Así que en lugar de desperdiciar tu pequeño chismorreo, lo utilizaste para engatusar a mi madre cuando se presentó la ocasión.

–Lo estás tergiversando todo.

–Pero lo usaste, ¿verdad?

–Ella ya tenía sus sospechas, pero sí, lo hice, y me equivoqué –contesta Madeline–. ¿Estás contento? Sí, me equivoqué. –Yo no digo nada–. Le di esperanza, Ben, ¿tan malo es?

–Si eso fue lo que la mató, sí –replico–. Y no vamos a fingir que tuvieras otra intención que no fuera conseguir la mejor historia.

–Tú y yo somos periodistas, Ben. Punto final –dice ella al tiempo que se vuelve para mirarme–. Accedí a dejarte escribir el artículo que quisieras sobre Clare, pero no que te fueras por los cerros de Úbeda como sueles hacer. Aquí la historia no va de un supuesto hijo, y no quiero que lo enfoques por ahí.

–El hijo lo es todo –replico–. Es lo que mi madre averiguó y el motivo por el que ahora han matado a Langdon. El niño es el meollo de la historia, junto con el padre y lo que les hizo a esas chicas.

–Déjalo ya, Ben –dice Madeline–. Te dije que podías escribir sobre tu madre, pero nada más.

–Si no quieres mi historia, estoy seguro de que alguien la querrá.

Madeline coge la manecilla de la puerta del coche.

–Yo solo te dejaré llegar hasta cierto punto.

Apoyo la mano en la puerta para impedir que la abra.

–No me dijiste que habías quedado con Elizabeth Woakes. ¿Qué pretendías?

–Aparta la mano del coche, Ben.

–¿Qué pretendías? –repito con vehemencia.

–Me llegó una información sobre su marido. Alguien llamó a la escuela cuando él era director –explica Madeline, lo cual confirma lo que me ha contado el señor Cranfield.

–¿Para hablar de Langdon y Fairchild?

–Creo que afectaba a más gente, aunque no he podido confirmarlo. Relaciones entre alumnas y hombres mayores; eso fue lo que se insinuó.

–¿Y el señor Woakes no hizo nada al respecto?

Madeline se encoge de hombros.

–Fue solo una llamada, pero hay quien dice que le provocó una crisis muy grave.

–¿Y las fotos? –pregunto.

–¿Qué fotos?

–Fuiste tú quien hizo la fotografía de Nick y Simon con Langdon y Fairchild.

–Nunca quise que se reconociera mi autoría. No es la clase de imagen que voy a colgar en la pared del despacho.

–Y darle el carrete entero a mi madre fue… ¿Qué, otro acto de bondad?

Madeline cierra los ojos y se echa el pelo hacia atrás.

–Puede –dice–. O puede que solo utilizara todas mis armas para conseguir lo que quería. ¿Eso es lo que quieres escuchar? –Abre la puerta y se sube al coche–. Aunque, ¿sabes qué, Ben?, puede que solo pensara que a tu madre le gustaría tenerlas.

50

Holly se sujetó la cabeza con las manos y se cubrió la cara con los dedos. Al oír las carcajadas procedentes del jardín de los Richardson, tuvo que reprimir un impulso creciente de taparse los oídos. Al mirar hacia el otro lado del estanque, vio a Ben enfrascado en una animada conversación con Madeline Wilson.

–La ha invitado Francis –explicó Katherine–. Ha seguido su carrera desde que estaba en el *Richmond Times*; está convencido de que tiene «contactos influyentes en los medios». Me había olvidado de que era la jefa de Ben. ¿Tú y él seguís siendo amigos?

–Es mi mejor amigo –contestó Holly, mientras su suegra la miraba fijamente–. Nunca hemos sido nada más –añadió–. Debería contarte lo de Alice.

–Solo si quieres. Yo te he hablado de Lily porque quería que lo supieras. La tenemos escondida como si no hubiera existido.

–Me aterra imaginar siquiera el dolor que has experimentado. Todos vosotros. Ojalá lo hubiera sabido antes.

–Sucedió hace mucho tiempo, antes de que tú nacieras. ¿De qué habría servido? –preguntó Katherine, y Holly no supo qué responder–. Cada uno tuvimos que encontrar nuestra propia manera de lidiar con ello. La vida de Francis y la mía se bifurcaron cada vez más. Yo hice la vista gorda con las cosas que él hacía, y ahora me doy cuenta de que fue un error.

Miró a Holly con temor y esta negó con la cabeza.

–Francis no es el padre de Alice –dijo, y oyó a Katherine suspirar de alivio junto a ella–. No pasó nada con él hasta después de que

ella naciera. Nunca tuve intención de hacer daño a Jake, pero cuando me casé con él estaba enamorada de otro hombre. Tal vez no lo supiera entonces; era un hombre al que conocía desde que tenía la edad de Alice, y procuro convencerme de que estaba confundida con mis sentimientos.

»Se llamaba Michael. Él, Ben y yo empezamos la escuela juntos, el mismo día. Durante años fuimos inseparables y, si te soy sincera, incluso entonces algo en mi interior me decía que lo quería de una manera en la que nunca querría a nadie más. En el instituto de Haddley, Michael y yo nos unimos aún más, y cuando acabó, yo creía que pasaríamos el resto de nuestra vida juntos. Pero en la escuela todo el mundo estaba convencido de que un día Michael sería jugador de *rugby* profesional; y antes de lo que cualquiera de nosotros pudiera imaginar, le ofrecieron un contrato con el Bath. Por entonces éramos solo unos niños y sabíamos que teníamos que dejarnos volar el uno al otro. Yo quería quedarme en Londres para estar cerca de mi madre y él jugaba o entrenaba todos los días. Nuestras vidas tomaron direcciones distintas.

»Michael y Ben siguieron estando muy unidos y, tras la muerte de la madre de Ben, viajaron juntos durante un tiempo. Cuando Ben se mudó de vuelta a Haddley, Michael se quedaba a menudo en su casa. Yo me había casado con Jake hacía poco, pero los tres empezamos a salir a tomar algo de vez en cuando para hablar del pasado. –Holly se volvió hacia Katherine–. En cuanto lo vi de nuevo, lo supe. Lo único que buscaba eran excusas para pasar tiempo con él, para estar cerca de él. Michael es el padre de Alice.

–¿Jake sospecha algo?

–Nada –contestó Holly–. Lo último que querría es hacerle daño; tienes que creerme. –Katherine asintió–. Ben es el único que lo sabe. Y ahora tú.

–Murió, ¿verdad? Michael, quiero decir –preguntó Katherine tras un breve silencio–. ¿No lo atropellaron en el bosque?

Holly hizo de tripas corazón para no llorar. Se puso de pie y, tras rodearse el cuerpo con los brazos, se acercó a la orilla del agua. Al cabo de un momento, notó la mano de Katherine que se posaba con delicadeza en su espalda.

–¿Llegó a saber que tenía una hija? –Iluminada por las luces de la fiesta reflejadas en el estanque, Holly asintió–. ¿Pudo pasar tiempo con ella?

–Sí; teníamos pensado marcharnos juntos. A Michael le habían ofrecido un contrato para jugar en Australia y yo había empezado los trámites para obtener el pasaporte de Alice. La semana antes de la fecha prevista para irnos, fuimos a visitar a la madre de Michael para despedirnos. Ella no estaba bien; le habían diagnosticado alzhéimer con solo cincuenta y pocos años. Fue muy triste. Mientras Michael hablaba con ella, había momentos en los que parecía entenderlo. Estaba sentada en la butaca paseando la mirada por la habitación cuando él le preguntó si quería coger a Alice en brazos, y su respuesta se me quedó grabada en la memoria. Alzó la vista y se limitó a decir: «¿Debería?». «Creo que sí», le contestó él, y yo dejé a Alice en sus brazos y me la quedé mirando mientras ella apretaba la mano de Michael. Siempre me he preguntado si lo sabía.

–Lo sabía –confirmó Katherine, de pie e inmóvil junto a su nuera–. Y voy a ayudarte.

51

Tras regresar a la casa de los Richardson, Holly se apresuró a ir al cuarto donde dormía Alice y, al entreabrir la puerta, vio que su hija ya había conciliado el sueño. Agotada por las emociones del día, la niña estaba acurrucada en el centro de la inmensa cama, mientras que su vestido de fiesta colgaba con esmero de la puerta del armario.

Holly entró sin hacer ruido en la habitación, se dirigió a la cama y se tumbó junto a su hija. Mientras acariciaba con delicadeza sus suaves rizos, le prometió que siempre la cuidaría. Luego, cerró los ojos y se dejó vencer por el sueño mientras soñaba con una vida lejos de Haddley.

Y entonces notó un aliento cálido sobre su cuello.

–Dormida como un ángel –susurró una voz en su oído.

Confundida y aturdida, todavía medio dormida, por un instante pensó que se trataba de Michael, pero cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad, se incorporó con brusquedad.

–¡Francis! –exclamó.

–Chisssssst –dijo él, poniendo un dedo sobre los labios de Holly–. Vas a despertar a nuestra princesita. Ven conmigo –le indicó, al tiempo que la cogía de la mano.

Mientras Francis la conducía por el pasillo en dirección al dormitorio principal que compartía con Katherine, Holly sintió que la embargaba el miedo. Abajo, el bullicio de la fiesta continuaba, pero cuando Francis cerró la puerta a su espalda, se quedaron los dos ahí plantados y envueltos en el silencio. Él dio un paso adelante,

obligándola a dar un paso atrás, hacia la enorme cama con su cabecero estilo Gatsby.

–No, Francis; no es el momento ni el lugar. No –repitió Holly, pero Francis la agarró por los brazos y la hizo retroceder–. He dicho que no –insistió ella, pero acabó tropezando con la otomana que había al pie de la cama y cayó de espaldas–. ¡Que no, Francis! –Y trepó por encima de la cama hasta la esquina más alejada de la habitación.

Francis se acercó a ella con paso tranquilo y una sonrisa amenazante danzando en la comisura de sus labios.

–A mí no me digas que no –masculló–. Ni se te ocurra decirme que no.

Holly percibió su tono acerado, al tiempo que pegaba la espalda a la pared de la habitación. No tenía escapatoria.

–Francis, vas a dejar que pase por tu lado y salga de este cuarto ahora mismo, o me pondré a gritar.

–Yo no negocio –replicó él, con la mirada clavada en ella–. Soy tu dueño.

–Ya no. Esto tiene que acabar.

–Yo decidiré cuándo acaba. Hicimos un trato.

–No. No es justo para Jake ni para Katherine.

–No me vengas con lo que es justo y lo que no.

–No puedo seguir así.

–No creo que esté en tus manos decidir eso. –Francis se adelantó y, al mismo tiempo, Holly se deslizó hacia un lado y, tras subirse a la cama, la cruzó a gatas–. No juegues conmigo –continuó él, dándose la vuelta para desandar sus pasos por la habitación.

Holly agarró una lámpara de la mesita de noche y tiró de ella con fuerza hasta arrancar el enchufe de la toma de la pared.

–Te lo he advertido, Francis –dijo, sosteniéndola en alto–. Esto tiene que acabar.

–No digas tonterías –repuso él–. Lo último que te conviene es romper nuestro acuerdo.

–Déjame salir –insistió Holly, y dio un paso en dirección a Francis sujetando la lámpara como un bate de béisbol.

–Te arrepentirás de esto.

–¡Déjame salir! –gritó Holly, y mientras su suegro se apartaba, se abalanzó hacia la puerta al tiempo que arrojaba la lámpara de cristal al suelo de madera.

El cristal se rompió y las esquirlas salieron volando por los aires, obligando a Francis a volverse para protegerse el rostro.

–Me las pagarás –bramó mientras Holly abría la puerta–. Me las pagarás, joder. –Fue lo único que oyó Holly mientras salía de la habitación y corría por el pasillo hacia el cuarto de su hija.

Tras irrumpir dentro, cogió a Alice en brazos y huyó hacia la escalera.

52

Ya avanzada la velada, entro en la cocina de los Richardson, una estancia con el techo de cristal que iguala la majestuosidad del resto de la casa. Al divisar una bandeja con minipavlovas de fresa, me acerco a la isla de granito blanco.

–Te quiero, Ben –dice una voz a mi espalda, y Jake se incorpora como un cadáver en la banqueta con cojines azul vivo–. Eres como un hermano para Holly y para mí.

Sin darme tiempo a contestar, se desploma de nuevo y cierra los ojos. Al mismo tiempo, Will se acerca por el pasillo con paredes cubiertas de obras de arte que comunica la cocina con el vestíbulo de baldosas blancas y negras.

–¿Postre? –digo, mientras cojo un chupachups de bizcocho de chocolate después de acabarme la pavlova.

–Seguiré con esto –contesta Will, que coge un cubito de hielo del congelador para echarlo en su vaso de *whisky*–. He dado un paseo por el jardín –prosigue, apoyado en el respaldo del asiento–. Creo que antes no hemos podido terminar nuestra conversación.

–Nos ha interrumpido Jake haciendo de las suyas –digo yo, y lo miro dormir como un tronco.

–No quiero que te lleves la impresión de que buscaba excusas para Josie o Abigail. Lo que hicieron no tiene justificación.

–No lo he pensado –contesto–. Mi madre siempre valoró lo mucho que te preocupaste por ella desde el principio, cuando apenas eras un chaval.

–Todos éramos chavales –responde Will, mientras retira una silla para sentarse–. Lo que intentaba decir es que sé lo que se siente al ser el marginado, el niño que es distinto de los demás.

–Pero Nick y tú siempre fuisteis buenos amigos.

–Así es, pero yo también era un chico de catorce años que empezaba a darse cuenta de que era gay. Aprendí muy deprisa lo crueles que pueden ser los niños, cómo se dejan llevar por el grupo. De pronto, yo era el chico junto al que nadie quería cambiarse en el vestuario, y me vi excluido del grupo. Durante un tiempo, deseé con todas mis fuerzas no ser quien era, y eso me hacía sentir como el culo. Ese verano fue duro. Apenas vi a ninguno de mis compañeros de escuela; por algún motivo, empecé a perder el contacto con todos.

–Debió ser difícil.

–Ese día, durante las vacaciones de verano, no me topé con Nick sin más: había quedado con él. Era jueves y sí, dimos una vuelta por el parque de Haddley Hill. Le conté que había visto a Josie y a Abigail a principios de semana.

–¿Eras amigo de ellas?

–No; las vi cerca del puente, pasando el rato. Todos íbamos a la misma clase.

–El día de las finales de *rugby*, te siguieron al vestuario.

–Solo fue una chiquillada, nada más.

–¿Y ese día en cuestión?

–Esa tarde había quedado con ellas en el bosque, y quería que Nick me acompañara.

–¿Qué dijo él?

–Que te iba a llevar a nadar y que no sabía a qué hora volvería.

A través de las puertas francesas, contemplo el jardín posterior de los Richardson iluminado por las luces. Mientras pienso en Nick enseñándome a bucear en la piscina de Tooting Bec, veo a East encenderse un cigarrillo, plantado en el borde de la piscina.

–¿Tú fuiste de todos modos?

Will le da un sorbo a su *whisky* y asiente.

–Nos encontramos en el claro y Abigail me preguntó sin rodeos si quería probarlo.

Yo lo miro.

–¿Te acostaste con ella?

Will menea la cabeza.

–Ben, tienes que recordar que yo era solo un niño. No es algo de lo que me enorgullezca.

–¿Qué pasó?

–Me estaba ofreciendo a Josie; era como si le hubiera comido la cabeza. Abigail se sentó a mirarnos. Una semana después, mataron a Nick y a Simon.

Ocho

«A lo largo de los últimos veintiún años, había acabado por odiar a Abigail. Qué distinta habría sido su vida si nunca la hubiera conocido».

53

Yo no digo nada y Will se queda en silencio junto a mí. Nuestras miradas se desvían hacia el jardín, donde vemos cómo el vapor que se eleva desde la piscina climatizada envuelve en una niebla a East, que sigue ahí plantado, solo.

–Debería ir a ver cómo está –dice Will al cabo.

Yo asiento y él me deja solo junto a la ventana abierta mientras va a reunirse con East. Ambos caminan alrededor de la piscina, enfrascados en una conversación, antes de dirigirse al extremo más alejado del jardín. Yo vuelvo adentro y, en ese momento, Jake se desploma sobre el suelo de la cocina y, acto seguido, se pone en pie con paso vacilante.

–Voy a buscar a Holly –dice, saludándome con la mano con un gesto cansado–. Te quiero, Ben.

Yo me bebo mi agua antes de seguirlo por el pasillo hasta el vestíbulo.

En medio de un ambiente animado, los invitados que se han quedado hasta tarde en casa de los Richardson empiezan a marcharse a sus casas, en Saint Marnham y más lejos. Jake ya ha desaparecido, pero veo a Nathan Beavin sentado en el sofá curvado que rodea la base de la escalera principal, bebiendo brandi de una copa de cristal.

–Por favor, no me digas que saldrás a correr mañana a las seis –le digo al tiempo que me siento a su lado.

–Puede que duerma hasta tarde y salga a las siete –contesta él–. El truco es no buscar nunca excusas para no hacerlo.

Sus palabras me hacen desear tener diez años menos.

–Tú espera a tener mi edad –digo, y me acuerdo del señor Cranfield de una manera que me asusta. Nathan me dedica una mirada de lástima, como si yo fuera un hombre de mediana edad, y al instante me arrepiento de mi respuesta automática–. A lo mejor nos vemos en el parque a las siete –añado, aunque sé que es poco probable que cumpla mi palabra.

–Menudo casoplón –comenta Nathan, y se llena de nuevo el vaso con el coñac Hennessy de Francis, cuya botella está colocada con cuidado junto a él–. ¿Ya habías estado aquí?

–Un par de veces –contesto–. Holly y Jake celebraron el banquete de boda en una carpa en el jardín.

–Seguro que fue un fiestón.

–Supongo que ya te has dado cuenta de que el señor y la señora Richardson no hacen nada a medias.

–Él debe estar forrado. Su familia tenía pasta, ¿verdad?

–No estoy seguro. Le fue bien en la City, aunque no creo que su familia fuera pobre. –Nathan se ríe–. Su padre tenía algún tipo de fábrica; textil, creo. Francis estuvo en el ejército, pero enseguida se dio cuenta de que estaba mucho más interesado en amasar su propia fortuna.

–¿Y Jake solo se casó con una chica de la localidad?

–¿Te refieres a Holly? Sí, ha vivido toda su vida en Haddley.

–¿No le buscaron una mujer con una familia más influyente?

–Supongo que no –contesto–. Francis ya tenía influencia de sobra.

–¿Conoces a Holly de toda la vida?

–Te encanta hacer preguntas, ¿eh?

–Supongo que soy curioso, nada más.

–Ah, ¿sí? Yo no estoy tan seguro. –Nathan da un trago largo a su bebida, que debe de arderle en la garganta–. ¿Por qué no me hablas de ti? –le pido.

–¿De mí? –dice él, y yo espero–. La verdad es que no hay mucho que contar. Nací en Gales, mi infancia fue normal, tengo una hermana, fuimos a una buena escuela y tuvimos unos padres estupendos.

–Qué bien. ¿Y qué más?

–Fui a la Universidad de Cardiff y luego quise tomarme un tiempo para mí, así que vine a Londres en busca de aventuras. Eso es todo. Jamás me imaginé que conocería a alguien como Sarah.

–La cuentas bien.

–¿El qué?

–Tu historia. La he oído un millón de veces. Ahora ya son un millón y una.

–No sé a qué te refieres –observa Nathan, haciendo girar el resto de su bebida dentro del vaso.

–¿Qué haces aquí en realidad?

–Justo lo que te acabo de contar: buscar aventuras en la gran ciudad.

–La verdad. Me has preguntado por mi madre, mi hermano, mis amigos, James Wright, mi trabajo. ¿Por qué?

Nathan deja el vaso al tiempo que una expresión de alarma le cruza el rostro.

–¡Ben! –Oigo que me llama la voz de Holly. Enseguida me pongo en pie y busco su rostro entre los rezagados–. Aquí arriba –exclama, y al darme la vuelta la veo bajar la escalera con paso inestable y con Alice dormida en sus brazos.

–¿Qué ocurre? –pregunto, y a medida que se acerca, me doy cuenta de que tiene los ojos enrojecidos–. ¿Hol?

–¿Puedes pedir un coche para que nos lleve a casa? Y encuentra a Jake.

Al percibir la urgencia de su tono, saco de inmediato mi móvil.

–Debería ir a buscar a Sarah –dice Nathan, levantándose, y enseguida se aleja sin más.

–El Uber llegará en cuatro minutos. Ven a sentarte –digo, pero Holly se niega.

–Quiero esperar fuera –contesta, al tiempo que ciñe una manta alrededor de Alice.

Mientras se dirige a la puerta de entrada, Sarah y Nathan aparecen por el pasillo procedentes de la cocina.

–Holly, ¿estás bien? –pregunta Sarah.

–Nos vamos. Tengo que encontrar a Jake.

–En la cocina no está –responde Sarah.

–Voy a mirar en el salón –dice Nathan, y sube la escalera dando saltos mientras yo me dirijo a la galería que hay al fondo del vestíbulo.

Al abrir la puerta, me encuentro a Jake dormido sobre uno de los mullidos sofás, hecho un ovillo como un niño.

–Jake, te vas ya –digo, al tiempo que lo sacudo para que se despierte–. Creo que Alice no se encuentra bien, y Holly quiere llevarla a casa.

Él se levanta del sofá y luego me sigue tambaleándose por el vestíbulo. Yo lo llevo al camino de acceso exterior.

–¿Se ha acabado la fiesta? –pregunta él, solo consciente a medias.

–Quiero llevar a Alice a casa –contesta Holly, mientras Sarah y Nathan se reúnen fuera con nosotros.

–Mi niña está malita –dice Jake, echando un vistazo a Alice.

–Le he explicado que no se encuentra bien –le digo a Holly–. Demasiado pastel mezclado con una pesadilla. –Jake asiente y se adelanta con paso vacilante–. ¿Estás bien, Hol? –pregunto.

–Solo quiero irme.

Yo no digo nada más hasta que llegamos al final del camino, y en ese momento East Mailer aparece por el jardín desde la parte posterior de la casa.

–¿No te irás ya, Ben, no? Tenía muchas ganas de charlar contigo.

–Tenemos que llevar a la pequeña a casa –contesto, mientras nuestro Uber para en la calle–. Ya quedaremos para tomar algo, ¿vale?

East abre la puerta y Sarah y Nathan se sientan en los asientos traseros. Jake se deja caer en el asiento del centro de la miniván antes de que Holly suba y se acomode a su lado. Yo cojo a Alice en brazos y enseguida se la vuelvo a pasar con cuidado a su madre. La niña se acurruca en el regazo de Holly, que la estrecha entre sus brazos. Cuando me dispongo a sentarme en el asiento del acompañante, junto al conductor, echo un vistazo a la casa de los Richardson, donde los últimos invitados siguen bebiendo en la terraza. Una figura solitaria nos observa a través de la ventana arqueada que hay en lo alto de la casa. Mientras nos alejamos

despacio rodeando el estanque del pueblo, me doy la vuelta y veo a Katherine Richardson allí de pie, inmóvil.

Cuando el coche se detiene en el semáforo de Lower Haddley Road, enciendo el teléfono y entro en nuestro portal de noticias. Al leer el titular a toda plana, me quedo sin aliento.

¡VENGANZA AL FIN! ¡ABIGAIL LANGDON, ASESINADA!

–Me he metido en un buen lío –digo, mientras el vehículo avanza junto a la parte inferior del bosque de Haddley–. ¿Puede frenar un poco? –le pido al conductor. Necesito tiempo para pensar–. Pare aquí un momento.

–¿Ben? –dice Holly, y yo le paso mi teléfono.

Miro a través del parque a la fachada de mi casa. Delante hay dos coches de policía aparcados.

–Creo que han venido a por mí –digo al tiempo que los señalo.

–¿Qué hacen aquí? –pregunta Sarah desde el fondo.

Holly le tiende mi móvil.

–¿Y no tienes nada que ver con el artículo? –pregunta.

Jake y Alice siguen dormidos como troncos junto a ella.

–Nada en absoluto –contesto, mientras Sarah se inclina hacia delante y me devuelve el teléfono.

–Alguien se ha ido de la lengua.

Yo ya estoy escribiendo un mensaje a Madeline.

¿Qué coño?

Me contesta al instante:

No hemos sido los primeros. Mira el Sun on Sunday. No me ha quedado más remedio que publicarlo

Necesito un abogado

Estoy en ello

–Marchaos –digo al tiempo que abro la puerta del Uber–. Es mejor que esto no os salpique.

–¿Quieres que vaya contigo? –se ofrece Sarah.

–Es mejor que no nos involucremos, ¿no? –dice Nathan en voz baja.

–Madeline va a enviar a alguien –contesto, al ver la mirada de él en el retrovisor.

–Es lo mínimo que puede hacer –interviene Holly–. ¿Seguro que no quieres que te acompañe alguien?

–No te preocupes. Te llamaré mañana.

Mientras cruzo el parque, contemplo las luces rojas traseras del coche que desaparecen a lo lejos, y al acercarme a mi casa veo a la subinspectora Barnsdale sentada sola en uno de los coches patrulla. Paso junto a ella, que se apresura a seguirme.

–Señor Harper –me llama–. Espere, por favor. Tenemos que hacerle unas preguntas.

Yo vuelvo la cabeza para mirar por encima de mi hombro. Dani Cash sale del segundo vehículo y sigue a su superior, tres pasos por detrás de ella. Ignorándolas a ambas, abro la puerta de mi casa y, cuando estoy a punto de cerrar de un portazo, Barnsdale introduce el pie y me lo impide.

–Señor Harper –dice, abriendo de nuevo–. Tenemos que hablar.

Yo empiezo a quitarme la chaqueta.

–Es casi medianoche –señalo, dándole la espalda–. No sé qué puede ser tan urgente como para no poder esperar a mañana.

–Tenemos una serie de preguntas que nos gustaría que contestara –me informa ella, al tiempo que entra sin que nadie la invite–. En la comisaría.

Yo me vuelvo hacia ella desde el otro lado del recibidor.

–No he sido yo quien ha dado la primicia; ni tampoco nadie de mi portal de noticias. –Más le vale a Madeline haberme dicho la verdad.

–Alguien lo ha hecho –responde Barnsdale, acercándose a mí–. ¿Cómo si no ha acabado aquí? –Me pasa una fotocopia de la portada de la primera edición del *Sun on Sunday*, con una foto de Langdon a toda página–. Cuando esté preparado, señor Harper, me encantaría escuchar su explicación.

La filtración la ha humillado, así que modero mi tono.

–Como le he dicho, no he tenido nada que ver. Pero soy consciente de que se trata de una situación complicada, así que no tengo ningún problema en acudir a la comisaría en cuanto me levante por la mañana, por voluntad propia. –Barnsdale no dice nada y yo me la quedo mirando–. ¿De verdad cambia algo un artículo en el periódico?

–Nada más y nada menos que la legitimidad de toda la investigación.

–Langdon ha muerto; en algún momento se iba a saber. Que yo me someta a un interrogatorio espurio en plena noche no va a cambiar nada.

–Si lo prefiere, puedo detenerlo ahora –señala ella, implacable.

–¿Sobre qué base?

–Ya hemos hablado de ello, señor Harper. Hacerse pasar por agente de policía, sustraer pruebas del escenario de un crimen. ¿Quiere que continúe?

Dani Cash estudia su propio reflejo en sus lustrosas botas.

–Está enfadada porque se ha publicado la noticia, y por eso la toma conmigo.

–Nos lo ha puesto muy fácil, señor Harper. Fue usted quien dijo que, de haber podido, habría matado a Abigail Langdon usted mismo. Y su madre formaba parte del puñado escaso de personas que conocían su paradero.

Me doy cuenta de que no me queda más remedio que acompañarlas. Salimos por la puerta principal de mi casa y Dani Cash me escolta hasta el asiento trasero del coche patrulla. Al abrir la puerta, bajo la cabeza y la luz de un *flash* me estalla en los ojos. La mano de Dani me guía para que me siente y, mientras ella cierra la puerta, escucho la ráfaga de disparos de una cámara de prensa pegada a la ventanilla.

–Supongo que debo darle las gracias a Barnsdale por esto, ¿verdad? –digo, dándole la espalda a la ventanilla.

Bajo la luz de las farolas, nos alejamos poco a poco del lado del parque. Yo echo un vistazo al espacio abierto y pienso en ese día de

calor sofocante teñido de odio que ha ensombrecido mi vida desde entonces.

El sábado por la noche en Haddley es muy parecido al de cualquier otro pueblo, y al entrar en la comisaría me encuentro con una imagen deprimente. Tres borrachos, uno de ellos con una brecha sobre el ojo derecho, despatarrados en un banco frente a mí. Tras dejar claro a Barnsdale que voy a esperar a mi abogado, me paso las dos horas siguientes sentado solo en una sala de interrogatorios sin ventilación. Dani me trae una taza de té, aunque seguimos sin intercambiar ni una mirada.

Alrededor de las dos de la madrugada, llega el jefe del equipo jurídico de nuestra empresa, Morgan Turner.

–Entiendo que están dando palos de ciego y nada más, ¿verdad?

Yo le cuento los detalles de mi visita a Farsley.

–En ese caso, estamos hablando de un tirón de orejas y poco más; aunque ¿qué esperaban que hicieras en tu situación? Actuaste movido por el dolor y la desesperación.

–E hice lo que ya habría hecho cualquier investigador competente.

–Será mejor que no hagamos hincapié en eso hasta que te saquemos de aquí –responde Turner–. No quiero que contestes a ninguna pregunta a menos que yo te indique lo contrario.

–Desde luego –digo.

Cuando la puerta se abre y Barnsdale y Cash entran, la ira y el miedo se apoderan de mí. Dani enciende la grabadora al tiempo que la subinspectora se sienta frente a mí.

–Vamos a dejar a un lado las actividades de hoy y a centrarnos en el tema que nos ocupa: el asesinato de Abigail Langdon. Señor Harper, con anterioridad a los acontecimientos de las últimas cuarenta y ochos horas, ¿sabía usted que Abigail Langdon, llamada Demi Potter en sus últimos años, vivía en el pueblo de Farsley, en West Yorkshire?

–El conocimiento del paradero de Abigail Langdon por parte del señor Harper es irrelevante –dice Turner.

–Discrepo de usted –replica Barnsdale, y abre su cuaderno–. Cito: «Si en ese momento yo hubiera sabido dónde estaba Langdon, subinspectora, la habría matado yo mismo». ¿Son estas sus palabras, señor Harper?

–Que conste en acta, sargento, que hablamos de la mujer que asesinó brutalmente al hermano del señor Harper. Me sorprendería más que no hubiera amenazado con matarla en numerosas ocasiones a lo largo de su vida. Sus palabras son la mera expresión de un dolor y una indignación más que comprensibles.

Barnsdale plantea su siguiente pregunta como si Turner no hubiera hablado.

–Antes de esta mañana, ¿había estado alguna vez en el pueblo de Farsley, en West Yorkshire?

–Otra cuestión irrelevante, sargento. El señor Harper es libre de visitar cualquier localidad del Reino Unido y el extranjero. No tiene ninguna limitación en ese sentido.

–Señor Harper, ¿sabía usted que su madre se comunicaba con Abigail Langdon?

Turner se vuelve hacia mí y yo respondo:

–No.

–Pero ¿sabía que Elizabeth Woakes se comunicaba con ella?

–Elizabeth Woakes no se comunicaba con Langdon.

–Fallo mío. Pero sí sabía que ella había estado en Farsley, ¿verdad?

–No –contesto de nuevo.

–Ah, ¿no?

–Me enteré ayer de que la señora Woakes estuvo allí en una ocasión. Nada más. –Fulmino a Dani con la mirada.

Morgan Turner me coge del brazo. Yo respiro hondo y me reclino en la silla.

–¿Le contó Elizabeth Woakes el motivo de su visita a Farsley? –prosigue Barnsdale.

–No.

–¿Y visitó ella Farsley en diversas ocasiones?

Morgan Turner se vuelve hacia mí y asiente.

–Que yo sepa, no.

–Señor Harper, ¿me equivoco al decir que usted cree que Elizabeth Woakes quería proteger a su marido, que de alguna manera quería proteger su memoria?

–Eso es una mera conjetura –dice Turner.

–Agente, ¿puede leer de su libreta? –A Dani le tiembla la mano al pasar las páginas en respuesta a la petición de Barnsdale–. Adelante, agente; estamos esperando.

–«Solo he dicho que al hablar con ella me dio la impresión de que lo protegía, o de que sentía la necesidad de proteger su memoria.» –Dani ha reflejado mis palabras de manera literal.

–¿Qué le hizo pensar que Elizabeth Woakes quería proteger a su marido?

–Fue solo una sensación; nada en concreto.

–¿Sabe de qué quería protegerlo?

–No.

–Así no vamos a ninguna parte, sargento –interviene Turner.

–De acuerdo, cambiemos de tema –dice Barnsdale–. ¿Sabe usted quién informó a su madre y a Elizabeth Woakes de la nueva identidad y el paradero de Abigail Langdon? –Yo me quedo callado mientras ella aguarda mi respuesta–. ¿Señor Harper?

–No –contesto.

No gano nada por arrojar a Madeline a los leones.

–Me gustaría que me confirmara algo para que me quede bien claro. ¿Quedó usted con Elizabeth Woakes el viernes por la mañana?

–Sí.

–Ella le contó que había descubierto la verdadera identidad de Demi Porter y que había estado en Farsley, ¿y a usted, un periodista de investigación que ha recibido galardones por su trabajo, no se le ocurrió preguntarle cómo?

–Subinspectora Barnsdale, ¿adónde quiere ir a parar? –pregunta Turner.

–Solo pretendo que el señor Harper me ayude a establecer los hechos.

–En ese caso, ¿puedo sugerir que arrastrarlo aquí en plena noche tal vez no sea la mejor manera de obtener su plena cooperación?

Barnsdale apoya las palmas de la mano sobre la mesa, frente a ella.

–¿Le contó la señora Woakes por qué había huido su marido de Haddley?

–¿Huido? –contesto, antes de que Turner pueda impedírmelo–. Él no huyó.

–Ah, ¿no? ¿No es cierto que huyó por miedo a que su relación previa con Langdon y Fairchild saliera a la luz?

54

Apenas había amanecido cuando, después de terminar otro turno de catorce horas, Corrine cruzó el patio de la gasolinera con su iluminación inclemente. Un camión que se dirigía a Dover por la carretera de la costa se paró delante de ella, que se colocó tras él y se cubrió la cabeza con la capucha del anorak. El cielo estaba cubierto de nubes negras y Corrine se ciñó el cuello para protegerse del viento implacable que soplaba con fuerza desde el paseo marítimo.

No había más clientes dentro de la tienda de la gasolinera. Un dependiente adolescente alzó la mirada de su teléfono mientras ella entraba y cogía una cesta, pero la volvió a bajar sin mostrar interés alguno. Corrine estaba agotada después de trabajar por la noche durante tres semanas consecutivas, y esa mañana se moría de ganas de beber. Durante la noche, dos residentes se habían encontrado mal. Ninguno de los dos casos parecía ser grave, y ella se había preguntado si la causa de su malestar podía ser el fricasé de salmón que les habían dado para cenar. Pese a todo, Molly la había obligado a anotar ambos incidentes en los registros de salud, y no le había hecho ninguna gracia que ella escribiera que la señora Bell se había «ido por la pata abajo a las 3:30». Al menos, discutir con ella sobre la necesidad de limpiar el desaguisado le había permitido no pensar en Chad y Dean. Esa mañana, sin embargo, sabía que iba a necesitar algo más fuerte para quitárselos de la cabeza.

Odiaba su trabajo.

Odiaba su vida.

Al abrir el bolso, vio que tenía dinero suficiente para cuatro latas de cerveza Skol. Si a eso le añadía un panecillo de pan blanco y un pedazo de queso, podría comerse su bocadillo tostado en la cama. Mientras cogía una bolsa grande de patatas con sal y vinagre, una voz oculta habló desde la minúscula cocina que había tras el mostrador de la panadería.

–Tyler, si tengo que salir yo a desempaquetar los periódicos…

Corrine no pudo evitar mirar al adolescente, que tras poner los ojos en blanco, bajó los pies del estante que había tras el mostrador y cruzó la tienda con la espalda encorvada. Con actitud letárgica, cortó la cinta del primer fajo de periódicos que había apilados junto a la entrada de la tienda.

–Lo estoy haciendo justo ahora. –Fue su malhumorada respuesta.

A Corrine se le hizo la boca agua al aspirar el repentino aroma a pastelito danés de arce y nueces pecanas recién salido del horno, y se palpó el bolsillo con la esperanza de encontrar monedas sueltas para darse el lujo. Pero no había nada. Aún conservaba el billete de diez libras del señor Talisbrook, pero no quería gastárselo. Tendría que dejar dos latas de Skol, pero no pensaba hacerlo.

El dependiente seguía agachado sobre los periódicos cuando ella se dirigió a la caja de autoservicio. Mientras se concentraba en pasar los artículos por el lector de barras, lo miró por el rabillo del ojo. Y entonces lo vio.

El titular de la portada del *Sun on Sunday* le provocó un estremecimiento que la recorrió entera, y tuvo que apoyar la mano para no perder el equilibrio. Se obligó a respirar, incapaz de apartar la mirada del periódico.

ABIGAIL, LA HOMICIDA INFANTIL, ASESINADA

Como en un trance, cogió un ejemplar y, en el mismo movimiento, lo pasó por el lector antes de apresurarse a doblarlo. Luego, abrió su monedero y tiró todas las monedas en la máquina, que se limitó a anunciar: «Se necesita aprobación». Mientras se volvía hacia el dependiente, Corrine sintió cómo gotas de sudor le corrían por un lado de la cara.

–Un momento –dijo él con una indiferencia total.

Ella se abrió el anorak sin retirarse la capucha que le cubría el rostro. Con el corazón acelerado, se dijo a sí misma que debía respirar hondo y centró toda su atención en la pantalla que tenía delante. Solo se dio la vuelta cuando el dependiente tecleó un código con actitud distraída y, mientras él miraba los artículos que había escaneado, ella retrocedió dos pasos hacia la puerta. Se llevó la mano a la cara de manera instintiva y se dio cuenta de que tenía la mejilla húmeda. Su corazón bombeaba sangre con agresividad para mantenerla en pie.

–Ya puedes volver a echar el dinero –dijo el chico, sin prestarle apenas atención.

Con mano trémula, Corrine introdujo deprisa en la ranura el billete de diez libras del señor Talisbrook, y luego metió su compra en una bolsa gigante. Antes de salir de la tienda, no pudo evitar echar un vistazo a los periódicos que ahora estaban alineados sobre el suelo. Paralizada de nuevo por el titular del *Sun*, oyó decir al dependiente:

–Ha recibido su merecido.

La respuesta de Corrine fue abrir de inmediato la puerta y salir con prisas. Mientras cruzaba de nuevo la gasolinera, inspiró hondo. El aire marino era tranquilizador, y tras pararse en la esquina de la calle secundaria bordeada de casas apareadas, se apoyó en la ventana del restaurante de curri en el que le gustaba darse el capricho de comer todos los viernes. Solo sacó el periódico de la bolsa cuando estuvo segura de que la calle estaba vacía, y enseguida lo abrió por la segunda y tercera páginas. Leyó el artículo en diagonal hasta llegar al último párrafo. Ahí estaba el detalle que buscaba.

«Todavía se desconoce el paradero de la cómplice de la asesina infantil Abigail, Josie Fairchild».

Corrine cerró el periódico y volvió a meterlo en la bolsa. Santo Dios, cómo detestaba su nombre.

Corrine Parsons.

Ojalá pudiera volver a ser Josie.

Y retomar su vida donde la había dejado.

55

Corrine agachó la cabeza para protegerse del viento que soplaba desde el canal antes de cruzar la carretera que discurría a lo largo de la costa de Deal. El pequeño pueblo costero, que a ella le parecía una cárcel de la que nunca saldría, se despertaba poco a poco a su monótona vida cotidiana. Los ciclistas pedaleaban por el camino de la playa, un basurero recogía los residuos del sábado por la noche y una mujer solitaria que había salido a pasear al perro se ceñía la bufanda mientras subía hacia el castillo.

Ansiosa por estar sola, Corrine cruzó el paseo marítimo y pasó sobre el terraplén de hierba hasta el quiosco aislado. Tras sentarse en los escalones de cara a la orilla, sacó una lata de cerveza de la bolsa y, al notar el cosquilleo del líquido frío y amargo en la garganta, cerró los ojos y escuchó las olas romper en la playa de guijarros. Intentó imaginarse que estaba lejos de allí, en una playa cálida con el mar lamiéndole los pies, pero solo podía pensar en su segunda lata de Skol y en lo mucho que anhelaba lo bien que la haría sentir. Solo cuando se la hubo terminado, sus nervios empezaron a aplacarse, y subió los escalones del quiosco en busca de un lugar más resguardado. Abrió la bolsa, sacó el periódico arrugado y empezó a leer.

> En la madrugada del miércoles al jueves, encontraron muerta en su casa a la homicida infantil convicta Abigail Langdon. En lo que podemos describir en exclusiva como una reproducción macabra de su propio y brutal asesinato de los dos estudiantes

de instituto Nick Harper y Simon Woakes, a Langdon la degollaron de una manera salvaje.

Corrine dejó de leer y sujetó el periódico contra su pecho. A lo largo de los últimos veintiún años, había acabado por odiar a Abigail. Qué distinta habría sido su vida si nunca la hubiera conocido. Ojalá la hubiera ignorado aquel día en que se vio sola en la fila del comedor, aferrando los vales de la comida mientras el insoportable ritmo de las burlas de sus compañeros resonaba en sus oídos. En lugar de eso, se había aferrado a una amistad pasajera, un momento de triunfo que sustituyera la ardiente vergüenza que sentía dentro de su propia piel. Un momento de triunfo que había pagado muy caro desde entonces.

El día que habían salido del juzgado como asesinas convictas fue el último que vio a Abigail. A pesar de los persistentes rumores sobre su ubicación, Corrine nunca había sentido interés. Su amiga la había controlado, había desatado una tormenta a su alrededor solo para buscar venganza por su propia existencia.

Después de su puesta en libertad, Corrine se había esforzado mucho para que ningún aspecto de su vida quedara reflejado en internet. Evitaba las redes sociales y no tenía teléfono inteligente. Hasta algunos de los viejos de la residencia tenían uno, pero ella no sentía deseo alguno de estar conectada con nadie ni con nada. Nunca había buscado en internet los nombres de Abigail Langdon o Josie Fairchild. Para ella, ya no existían.

Ahora, durante un fugaz instante, volvió a experimentar aquella amistad pasajera. El amor que le había dado Abigail. Ellas dos contra el mundo. La promesa de no fallarse nunca. Nadie había conocido jamás un amor como el que ellas habían compartido.

Abigail había muerto.

Asesinada.

La única amiga que había tenido.

Corrine siguió leyendo.

> La asesina adolescente vivía en la localidad de Farsley, en las afueras de Leeds. Trabajaba en el supermercado local y tenía alquilado un piso de una sola habitación encima del restaurante de curri de la calle mayor. Era allí donde Langdon pasaba sus noches, y fue allí donde la atacó su asesino.

Corrine se estremeció. Era impactante darse cuenta de que la vida de Abigail había sido tan deprimente como la suya. Corrine, que siempre había vivido sola y con miedo a que la descubrieran, tenía la sensación de que su vida estaba dominada por el arrepentimiento. Al menos en el trabajo, por deprimente que fuera, estaba rodeada de gente. El hecho de dormir por las tardes y no tener que enfrentarse sola a la oscuridad la había hecho sentir más segura. El cuchillo que guardaba bajo la almohada la había convencido de que estaba a salvo, pero ¿era así?

> En el pueblo de Haddley, donde las asesinas adolescentes cometieron sus infames crímenes, la aversión hacia la pareja sigue siendo candente. De los padres de los chicos, solo la madre de Simon, Elizabeth Woakes, vive aún cerca, aunque no ha querido hacer declaraciones. «Jamás habrá perdón para lo que hicieron Langdon y Fairchild. Arrebataron dos vidas y arruinaron muchas más. Todo el mundo se alegra de que haya muerto, y espero que Fairchild sea la siguiente», declaró un vecino al *Sun on Sunday*.

Corrine hizo una bola con el periódico y, mientras las gaviotas graznan en el cielo, cruzó deprisa el parque en dirección a su casa. Al acercarse al salón recreativo, arrojó el periódico a la basura. No lo quería dentro de su casa. Tras buscar las llaves en su bolso, abrió la puerta y se apresuró a subir a su piso y encender el televisor de su salita. Cuando puso las noticias, el rostro de Abigail le devolvió la mirada.

Y luego el suyo propio.

–La manera en la que ha muerto Langdon ha dado pie a especulaciones de que se trata de una venganza por la muerte de los estudiantes Nick Harper y Simon Woakes –decía el presentador–. La pregunta que debe estar haciéndose la policía es: ¿por qué ahora?

Corrine no estaba especialmente interesada en esa pregunta. Para ella, era como si las muertes de Simon y Nick hubieran ocurrido el día anterior. Era otra pregunta la que la atormentaba.

¿Sería Josie la siguiente?

56

A primera hora de la mañana del domingo, desde el vestíbulo de entrada de la comisaría de Haddley, veo que en la acera me esperan tres fotógrafos y un equipo de televisión con una cámara, y se me cae el alma a los pies. Me creí a Madeline cuando me dijo que nuestro portal de noticias siguió la estela del *Sun on Sunday*, pero ¿quién se lo contó a ellos? ¿Es posible que fuera Barnsdale? Aunque no tiene reparos en complicarme la vida, no sé si está tan desesperada por presionarme y ponerme en contra de la familia Woakes.

Agotado, me preparo para las preguntas con las que están a punto de avasallarme. Al llegar a la puerta, sin embargo, miro al otro lado del vestíbulo y veo a un hombre sentado en el austero banco en el que me senté yo anoche. Ha envejecido desde la última vez que lo vi; está un poco desaliñado, sin afeitar, y su pelo despeinado es ahora canoso. Me sorprende no sentir apenas nada.

–Estás mayor –le digo a mi padre.

–¡Ben! –exclama él, al tiempo que se levanta deprisa y se acerca a mí. Yo doy un paso atrás–. Sylvie vio tu foto en las noticias. He conducido toda la noche para venir. Te he traído esto –continúa, ofreciéndome una taza de té–. Ah, y esto –añade, al tiempo que rebusca en el bolsillo de su abrigo y saca un cepillo de dientes y pasta–. No sabía cuánto tiempo te tendrían ahí dentro.

–Vivo a solo diez minutos –respondo.

–Desde luego, pero es que no sabía… –Se agacha despacio y deja el cepillo en el banco, a su espalda–. Bueno, ¿cómo lo llevas? –

pregunta, volviéndose de nuevo hacia mí.

–¿Qué haces aquí?

–Quería saber si necesitabas algo.

–No necesito nada.

–O si podía ayudar de alguna manera.

–No puedes. –Es mi agotada respuesta. Me adelanto, obligándolo a retroceder, y al chocar con el banco, apoya la mano en él para no caerse–. Te presentas aquí después de diez años y me preguntas si puedes ayudar. ¿Qué te ha hecho pensar que querría algo de ti? ¿Creías que iba a recibirte con los brazos abiertos?

–No sabía qué podías necesitar –dice a la defensiva.

Soy consciente de que el sargento de la entrada no nos quita el ojo de encima.

–No necesito nada de ti –respondo, al tiempo que lo llevo hacia la puerta–. Durante toda mi vida, lo único que has hecho es aparecer cuando nadie te quiere, y siempre con una porquería inútil.

Cojo el cepillo de dientes y se lo estampo contra el pecho.

–La última vez que te vi, fuiste tú quien me echó. Ni siquiera me dejaste sentarme contigo –dice él.

–Era el entierro de mamá. Nunca estuviste a nuestro lado cuando te necesitábamos. ¿Por qué iba a quererte allí?

–Ahora estoy aquí.

–Pues lamento decirte que has perdido el tiempo. Solo apareces cuando pasa algo malo.

–Ben, eso es injusto.

–¿Injusto? –replico, alzando la voz por primera vez–. El único día en que deberías haber estado aquí, el día en que tu inútil existencia habría servido de algo, ¿dónde estabas? ¿Dónde estabas entonces? –Apenas soy consciente de que he apretado el puño, y mi padre se encoge, acobardado–. ¿Dónde estabas? –grito.

Noto una mano sobre mi brazo.

–Tienes que venir conmigo –dice Dani Cash, que se ha plantado a mi espalda junto con el sargento de recepción.

Yo no me muevo.

–Ben –insiste Dani–, sígueme. Te acompañaré a la puerta de atrás.

Miro a mi padre, encogido en una esquina del vestíbulo de la comisaria, y luego sigo a Dani hasta la salida de incendios de la parte trasera del edificio. El aire de la mañana me llena los pulmones y Dani me deja respirar hondo varias veces sin decir nada.

–Lo siento –digo–. No debería haber reaccionado así.

–¿Sientes que te ha fallado?

Yo me río.

–Joder, no sabes de cuántas maneras. Puedo perdonarle casi todo –digo, al tiempo que me presiono los ojos con las palmas de la mano–, pero nunca le perdonaré lo de Nick. Si hubiera sabido que ese día no se iba a presentar, yo habría estado con Nick. Y los dos habríamos vuelto directos a casa. –Me vuelvo hacia Dani y ella me seca una lágrima de la mejilla–. Nunca se lo perdonaré. Nunca.

–Tienes que empezar por perdonarte a ti mismo –me dice, pero yo me limito a apartar la mirada. Nos quedamos un momento sentados en silencio, hasta que ella dice–: Te llevaré a casa. Estás hecho polvo.

–Es lo que pasa cuando la policía te interroga durante toda la noche.

Mientras caminamos hacia un Ford Focus policial, Dani se vuelve hacia mí.

–No sabía que Barnsdale iba a hacer lo que ha hecho. No era mi intención traicionar tu confianza.

–Ah, ¿no? –le espeto–. Pues a mí me pareció que no tardaste ni un segundo en hablar con ella. ¡La llamaste desde los baños de la MI!

–Habíamos encontrado una prueba en un caso de asesinato.

–Será mejor que lo dejemos para otro momento. Por hoy, ya ha tenido bastante de Barnsdale –replico.

–No fue solo por eso. Tengo suerte de que no me hayan suspendido –dice Dani con un leve atisbo de irritación en la voz, mientras subimos al coche–. Barnsdale me respaldó cuando muchos otros me dieron la espalda. –Me vuelvo hacia ella para entender a qué se refiere–. Digamos que mi carrera no está en su mejor momento –continúa–. No tengo muchos apoyos en la comisaría, ni

siquiera en mi propia casa. Barnsdale ha estado a mi lado cuando la necesitaba y me ha dado una oportunidad. Estoy en deuda con ella.

–Así que en cuanto te llegó a las manos una información jugosa, corriste a llamarla.

–Las cosas no fueron así. No te he traicionado –replica Dani, que pone el coche en marcha y avanza despacio antes de pararse frente a la barrera de la salida–. Di la cara por ti hasta donde me atreví a hacerlo. Le dije que no creía que estuvieras implicado de ninguna manera, pero que ambos teníamos dudas acerca de Elizabeth Woakes y lo que podía estar ocultando.

–¿A eso lo llamas dar la cara por mí?

–Te acompañé a Farsley para que hablaras con los vecinos, no para que te hicieras pasar por policía y sustrajeras pruebas del escenario de un crimen. –La barrera se levanta y Dani avanza hasta pararse en el cruce–. Traté de convencerla de que no te llevara a comisaría, pero estaba que echaba humo. La filtración a la prensa la abochornó, y estaba convencida de que habías sido tú.

–Pues no fui yo.

–Se puede establecer un vínculo directo entre Elizabeth Woakes y tu madre, y entre Langdon y el hecho de que viviera en Farsley con el nombre de Demi Porter. Barnsdale puede trazar una línea recta entre ambas.

–Se agarra a un clavo ardiendo –contesto–. Y se equivoca de cabo a rabo con Peter Woakes: el hombre no huyó. Lo recuerdo viviendo bajo el puente de Haddley, y estaba totalmente destrozado.

–Todavía quedan preguntas sin responder –dice Dani mientras avanzamos por las calles residenciales–. Esta tarde vamos a llevar a Elizabeth Woakes a la comisaría para interrogarla.

–Si hubiera querido matar a Langdon, ¿por qué hacerlo ahora? Hace diez años que conocía su nueva identidad. Os equivocáis de objetivo. Mi madre estuvo a punto de descubrir un secreto que Langdon había jurado guardar. El secreto de su hijo.

Veo a Dani mirar por el retrovisor antes de aparcar junto a Haddley Common.

–No paramos de recibir nuevas informaciones –accede a contarme–. La gran mayoría de los documentos relacionados con el

caso original estaban sellados por el tribunal, pero debido al asesinato de Langdon, a Barnsdale le han concedido un acceso limitado.

–¿Qué me quieres decir?

–En efecto, hubo un niño –dice Dani, que apaga el motor y se vuelve hacia mí–. Se hicieron pruebas de ADN para ver si el padre era Nick o Simon. –Miro más allá de Dani, a los corredores que se pelean con el viento en contra por el camino de sirga, en dirección a Saint Marnham–. Las pruebas no deberían haberse llevado a cabo sin autorización paterna, pero lo más seguro es que quien tomó la decisión pensara que era mejor saberlo e informar después a los familiares, si era necesario.

–¿El niño no era de Nick? –pregunto, mirándola de nuevo.

–No. Lo siento.

Por primera vez, me tomo un momento para pensar en cómo me habría sentido si mi hermano hubiera sido el padre. Mi vínculo con Nick se habría renovado. Habría tenido una familia. Por difícil que hubiera sido asimilarlo, habría sido mi familia y yo habría dejado de estar solo.

De pronto entiendo lo que buscaba mi madre.

57

De pie ante la isla de la cocina, Nathan echó un vistazo a los periódicos dominicales. La inquietud se había apoderado de él la noche anterior, al ver desde la ventana cómo la policía se llevaba a Ben bajo la atenta mirada de la prensa. Ahora, al leer los periódicos con su incesante relato del crimen cometido por Langdon y Fairchild, se estremeció ante los truculentos detalles. Después de todo lo que le había pasado a Ben y a su familia, ¿podía alguien culparlo por haberse vengado de Langdon? Nathan sabía que él no iba a hacerlo.

El *Sunday Times* publicaba un mapa pormenorizado del bosque de Haddley, justo por donde él había ido a correr el día anterior. A su lado había imágenes de Langdon y de Fairchild de adolescentes, y Nathan las estudió. ¿Qué había provocado aquella brutalidad extrema? ¿Eran malas por naturaleza, o habían conspirado en su contra algunos momentos de su vida? ¿Eran sus padres quienes habían desencadenado sus actos, o provenía su maldad de aquellos que las rodeaban? Nathan estaba más convencido que nunca de que el mal residía en Haddley, a la espera de que lo descubrieran.

–No son ni las siete –dijo Sarah al entrar en la cocina, con pinta de estar aún medio dormida. Nathan cerró el periódico mientras ella se colocaba tras él y le rodeaba la cintura con los brazos–. Vuelve a la cama –le dijo, apoyando la cabeza en su espalda–. James no traerá a Max hasta las ocho. Nos queda bien bien una hora.

Nathan se rio y se volvió para darle un beso.

–Prometí que trabajaría un turno adicional a la hora del almuerzo –contestó–. Y me vendría bien ir a correr un poco para despejarme

después de anoche.

–Tú mismo –dijo Sarah, y le dio un beso en la mejilla antes de cruzar la estancia para encender el hervidor de agua–. Todavía hay unos cuantos reporteros en el parque –añadió, mientras sacaba dos tazas del armario.

–¿Crees que se quedarán todo el día?

–Ya no hay nada más que grabar en Haddley, ¿no? Supongo que esperan conseguir una declaración de Ben. ¿Quieres té?

–Sí, por favor –contestó Nathan–. No creerás que está implicado de alguna manera, ¿verdad?

–¿En el asesinato de Abigail Langdon? Ni por asomo. Es el mejor amigo de Holly.

–Cuando has sufrido como ha sufrido su familia…

–En absoluto –insistió Sarah, mientras buscaba algo con la mirada. Nathan tanteó bajo los periódicos antes de tenderle su teléfono–. Gracias –dijo ella, y Nathan la vio escribir un mensaje–. Eso no lo convierte en un asesino –prosiguió Sarah, al tiempo que dejaba el móvil sobre la mesa–. ¿Ben? No. Por mucho que odiara a esas dos chicas, a esas dos mujeres, jamás haría algo así.

–Alguien lo hizo –señaló Nathan–. Y los periódicos insinúan sin rodeos que podría estar relacionado con los asesinatos originales.

A Sarah le vibró el teléfono, y miró la pantalla.

> No sé nada. Sigo necesitando tu ayuda

–¿Cómo van a saberlo? –dijo, mientras metía las bolsitas de té en sus tazas–. Todo lo que tiene que ver con esas chicas ha generado siempre emociones intensas en el país entero. Cualquier loco podría haberse topado con Langdon y haber decidido vengarse. –Sarah se quedó un momento callada antes de proseguir–: ¿Y sabes qué? Si así fue, me alegro.

–¿Esa es tu opinión profesional?

–En ocasiones, el sistema de justicia penal no trata a las víctimas tan bien como debería.

Sarah cogió su teléfono y Nathan la vio escribir otro mensaje antes de dejarlo de nuevo en la isla y cruzar la cocina para coger el

hervidor. La respuesta llegó al instante.

En cuanto pueda. Tengo que escapar de aquí

Nathan echó un vistazo a la pantalla y luego empezó a pasar las hojas del *Sun on Sunday*.

–La persona que la mató quería que sufriera –afirmó mientras leía los espeluznantes detalles en el periódico–. Quería que sufriera de la misma manera que los chicos, y para mí eso significa que fue algo personal.

–No tenemos forma de saberlo –dijo Sarah, echando leche en el té de Nathan.

–¿Quién más pasaba tiempo con ellas, con las chicas, cuando eran niñas?

–No tengo ni idea –contestó Sarah, y le dio su taza a Nathan antes de coger su teléfono una vez más–. Yo no llegué a Haddley hasta mucho después.

–Pero debes haber hablado de ello con Holly, ¿no? –preguntó él, mientras ella escribía una nueva respuesta.

–Nathan, son las siete de la mañana de un domingo y tengo resaca. ¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora?

–¿Holly era un poco más joven que ellas? –continuó Nathan, sin escucharla.

–Cinco o seis años, creo, pero ¿qué más da?

–Seis –dijo él–. Si tiene la misma edad que Ben, en esa época debía tener ocho años. –Sarah clavó la mirada en Nathan–. Lo dicen aquí, en el periódico –explicó él.

Ella asintió.

–Nick y Simon tenían catorce años, los mismos que Langdon y Fairchild –dijo, antes de añadir–: Y mi querido exmarido habría tenido dieciocho.

–¿Iba al mismo instituto que ellos?

–James era delegado estudiantil. Es de Haddley de los pies a la cabeza.

–¿Crees que algún día querrá volver?

–No mientras tenga su picadero a la orilla del río con Kitty.

Nathan se rio.

–¿Hablaba alguna vez de los asesinatos?

–¡Nathan!

–Va, por favor.

–Solo para decir que fue una época horrible. Hasta él era lo bastante sensible como para darse cuenta.

–¿Conocía a alguno de los cuatro?

–Que yo sepa, no. Me imagino que entonces todavía salía con chicas de su edad.

Nathan sonrió.

–Me pregunto si ellas tenían novio.

–Nathan, no tengo ni idea –repuso Sarah–. Ha pasado mucho tiempo. Lo único importante ahora es asegurarnos de que Ben está bien.

–Es que me resulta interesante –observó Nathan–. Apuesto a que la otra se ha puesto nerviosa; Josie Fairchild.

–No hay motivos para creer que su nueva identidad esté amenazada. Seguramente, lo que pasó fue que Langdon se volvió descuidada y habló con quien no debía.

–Aun así, eso no evitaría que me preocupase si fuera ella.

–Seguro que la policía la traslada, por precaución.

–A Langdon no la trasladaron.

–Dudo que fueran conscientes de la clase de peligro que corría. Que sepamos, Fairchild podría estar en la otra punta del mundo.

Nathan asintió pausadamente y miró a Sarah mientras ella leía la portada del *Sun on Sunday*. Luego, se dio la vuelta, pero no podía quitarse de la cabeza las imágenes de Langdon y Fairchild de adolescentes.

Toc, toc, toctoc.

Toc, toc, toctoc.

–Ya voy yo –dijo Nathan, que cogió su camiseta de correr y se la puso mientras recorría el pasillo.

–¡Nathan! –exclamó Max cuando abrió la puerta, y se arrojó a sus brazos mientras Nathan se arrodillaba para recibirlo.

–Aquí está su bolsa –dijo James Wright desde el umbral.

–¡Fui a ver el gran dragón de Legoland! Y me tomé dos helados.

Nathan se quedó mirando a James Wright.

–La dejo aquí, ¿vale? –continuó el ex de Sarah, que entró en el recibidor y dejó caer la bolsa–. Tú debes de ser el famoso Nathan. Max habla mucho de ti.

–Es un buen niño –contestó Nathan.

–¿Qué haces ya aquí? –quiso saber Sarah, acercándose desde la cocina.

–He venido una hora antes, ¿algún problema?

–Mamá, fui a ver el gran dragón y me tomé dos helados –la informó Max, que bajó de un salto del regazo de Nathan y corrió hacia su madre.

–Eres un niño con mucha suerte –dijo ella, al tiempo que lo cogía en brazos–. Habría sido un detalle que avisaras –continuó, hablando a James por encima del hombro de Max.

–Me ha surgido algo y tengo que ocuparme de ello hoy.

–Sí, como cuidar a tu hijo –dijo Sarah, bajando la voz–. Son las siete de la mañana de un domingo.

–Tú ya te has levantado y tu chico ya está preparado para salir a correr. –Nathan no dijo nada–. Hasta la semana que viene, campeón –añadió James, y le dio un beso a su hijo en la coronilla–. Supongo que ya nos veremos –le dijo a Nathan mientras salía por la puerta.

–¿Puedo desayunar una magdalena de chocolate? –le preguntó Max a su madre.

–¿No has desayunado en casa de papá?

–No, Kitty estaba dormida. Siempre está dormida.

–¿Qué te parece si hacemos huevos pasados por agua? –propuso Sarah.

–¡No! Magdalena de chocolate.

–Me voy –anunció Nathan, mientras Sarah se llevaba a su hijo a la cocina.

Tras bajar a la carrera los escalones de la entrada de la casa, se detuvo en la acera y miró a James Wright subirse a su Range Rover blanco, junto a su novia dormida. El coche se puso en marcha, pero, al pasar junto a Nathan, redujo la velocidad y la ventanilla del conductor descendió.

–Un consejo: cambia a tu novia por un modelo más joven –dijo James al tiempo que apretaba el muslo de Kitty–. Te lo pasarás muchísimo mejor.

58

A última hora de la tarde, Corrine Parsons se apeó del tren en el andén número tres de la estación de Haddley. De pronto, se quedó sin respiración; jamás había imaginado que volvería allí. Subió la escalera y, al salir a la calle mayor, descubrió que pocas cosas habían cambiado desde su adolescencia. Las tiendas, las cafeterías y los bares: todo le resultaba muy familiar. Aunque debería haberse sentido en casa, no era así. No había ningún lugar en el mundo en el que Corrine se sintiera como en casa.

Durante un instante, volvió a tener catorce años y se dio cuenta de que casi esperaba ver a Abigail, ya fuera bajo el puente o en el parque, en el embarcadero o en el bosque. Corrine meneó la cabeza: no había ido allí a perseguir fantasmas.

Delante de la estación, no pudo evitar pararse y mirar colina arriba, al parque de Haddley Hill. Las casas en las que había vivido; en algunas de ellas solo unos días, en otras durante meses, en ninguna más que eso. Nunca había tenido una que pudiera considerar un hogar. Cada una de ellas albergaba sus propios miedos; a veces tan solo a lo desconocido, por ser Josie una extraña en un lugar extraño. Más a menudo, al puro odio de lo que había descubierto en su interior.

Se ciñó la capucha sobre la cabeza y echó a andar a paso ligero por la calle mayor en dirección al Támesis. Al llegar al camino de sirga, vislumbró el río y eso la animó fugazmente. La marea estaba subiendo y el agua corría con rapidez. Se paró para dejar pasar a un equipo de remeros, y ellos le dieron las gracias mientras llevaban su

embarcación al cobertizo. Al sentarse en el dique, deseó que aquel momento durara para siempre.

Un vistazo a su reloj le indicó que no era posible.

Le dio la espalda al río y miró hacia Haddley Common. Y hacia el bosque que había tras él.

Un lugar que aún la atormentaba.

Un lugar que había deseado no volver a ver jamás.

Pero estaba desesperada y necesitaba ayuda. Abigail había muerto, y no había motivos para pensar que ella no fuera a ser la siguiente.

Avanzó con rapidez por la linde del parque. Delante de ella, el autobús 29 redujo la velocidad y se paró para que se apeara un pasajero. Ella observó al hombre que, apoyado con suavidad en su bastón, bajaba despacio los escalones hasta el camino que se extendía frente a ella. Con un pelo blanco que le llegaba hasta el cuello de la camisa, le recordó al señor Talisbrook mientras, encorvado, cruzaba en dirección al parque. Apoyada en el muro del dique de contención, lo miró y esperó. En cuanto el hombre desapareció de su vista, avanzó muy despacio. Tenía que asegurarse de que estaba sola. Miró hacia atrás por encima de su hombro y vio todas las casas que custodiaban el parque. Entre ellas estaba la de Nick Harper, en cuyas ventanas se reflejaba el sol poniente.

Acompañada por el único sonido de su respiración, continuó andando hacia el bosque. Tenía que avanzar en paralelo a Lower Haddley Road y no adentrarse entre los árboles hasta que no estuviera ya cerca del pueblo de Saint Marnham. Cuando lo hizo, miró el reloj. Tenía que esperar diez minutos a que llegara la única persona en el mundo que sabía que la ayudaría.

59

Al atardecer, bajo hasta el río para que me dé el aire y me compro un sándwich de huevo en el puesto del embarcadero, popular entre los remeros que salen al agua los domingos. Me siento en un banco para comérmelo y contemplo a los últimos atletas que reman río arriba en dirección a Saint Marnham. Como anoche no pude dormir, me he pasado el día tumbado frente al televisor mirando los canales de noticias de veinticuatro horas, que repetían una y otra vez la historia de mi familia.

Dani me ha contado que Simon Woakes no era el padre del niño, y no puedo evitar preguntarme hasta dónde llegaría el verdadero padre para ocultar ese secreto.

El sol se está poniendo y cada vez hace más frío, así que me acabo el sándwich y doy un paseo por el camino de sirga hacia el puente de Haddley. Al pasar junto a él, veo a un vagabundo durmiendo bajo los arcos y echo unas monedas en su lata.

Mientras cae la noche, subo los escalones desde el camino de sirga hasta la calle mayor, cruzo por el semáforo y me dirijo al Watchman. Una vez dentro, me indican que suba al piso de arriba, a la barra de cócteles, y allí encuentro a Nathan reponiendo para la noche.

–Tengo que hablar contigo –le digo mientras me acerco.

–¡Ben! –exclama él–. ¿Qué haces aquí?

–Me han dejado marchar.

–Pues claro –contesta–. Me refiero a qué haces aquí en el bar. ¿Quieres tomar algo? ¿Un *whisky*, por ejemplo?

–Por una vez, uno doble me iría de lujo, pero será mejor que me abstenga. –Me siento a la barra, frente a Nathan, mientras él empieza a sacar vasos del lavavajillas.

–¿Qué clase de preguntas te han hecho en comisaría? ¿Querían saber algo en concreto?

–No vamos a hablar de mí –replico. Durante un fugaz instante, un atisbo de actitud defensiva asoma a su rostro, y eso me hace pensar que lo va a negar–. Tienes que contarme lo que sabes.

–No sabía lo de Abigail Langdon, te lo prometo.

–En ese caso, más te vale contarme lo que sí sabes.

Nathan deja la botella que tiene en la mano y apoya las manos sobre la barra, entre nosotros.

–El expediente de mi adopción estaba sellado y, aunque yo tenía ya dieciocho años, se negaron a darme la información. Mis padres me contaron que mi madre biológica había muerto en el parto y yo les dije que no tenía intención de indagar más, pero uno de los motivos por los que fui a la Universidad de Cardiff es que su facultad de Derecho es estupenda. Los estudiantes participan en proyectos *pro bono*, y me junté con cuatro compañeros para conseguir que desclasificaran mi expediente de adopción.

–¿Y lo lograsteis?

–Sí –contesta Nathan, que está sudando más que cuando corre por el parque–. Me permitieron acceder al expediente, a mí y solo a mí. Nunca lo he compartido con nadie. Vine aquí porque quería entender mis orígenes; tienes que creerme.

–¿Y cómo te ha hecho sentir?

–Desesperado –responde–. Quiero a mis padres, pero enterarme de pronto de quién soy… Jamás me lo hubiera imaginado.

–Y ahora, tu madre biológica ha muerto.

Nathan frunce el ceño.

–Ben, no tengo ni idea de qué ha sido de ella. –Yo entorno los ojos y él prosigue–: Abigail Langdon no es mi madre biológica.

Y de improviso, tomo conciencia de que mis conjeturas eran erróneas. Reproduzco mentalmente la conversación que tuve anoche con Will.

–Tu madre es Josie Fairchild.

Nueve

«Debería habértelo dicho antes. No tenía pensado contártelo así, pero todo esto se ha salido de madre».

60

–¿Puedo ir afuera a jugar? –preguntó Alice mientras se terminaba la última cucharada de Cheerios.

–Aún es muy pronto –contestó Holly, que al mirar el reloj de la cocina vio que casi eran las ocho.

–Porfa; te prometo que no haré ruido. No despertaré a papá. –Holly sonrió–. Mamá, ¿crees que a papá todavía le duele la barriga?

–Esperemos que hoy se encuentre mucho mejor.

–A mí no me gusta que me duela la barriga –dijo Alice mientras cogía sus botas de lluvia, que estaban junto a la puerta trasera–. Solo puedo comer tostadas pero sin miel.

–Es verdad –dijo Holly, y se sentó a su hija sobre una rodilla–. ¿Vas a montar en tu bicicleta?

–No, voy a ir a mi casita a hacer unas tostadas para papá.

–Pues hazlas, pero sin ruido –dijo Holly, y Alice bajó de un salto al suelo y cruzó la cocina.

–Y a lo mejor también hago gachas –dijo la niña mientras salía–, con muchos arándanos y mermelada de fresa –gritó al tiempo que corría por el jardín.

Parada en el umbral, Holly miró a su hija abrir la puerta de su casita. Al darse la vuelta, se encontró a Jake plantado al otro lado de la cocina.

–Gachas con arándanos suenan de maravilla –dijo él.

–La receta especial de Alice –respondió Holly, que había dejado entreabierta la puerta posterior–. ¿Vuelves a ser persona?

–Aún no estoy al cien por cien, pero me alegra decir que no es una de esas resacas de dos días.

–¿Quieres desayunar algo?

–Me parece que Alice lo tiene todo previsto.

Holly sonrió y miró al huerto, donde su hija estaba cogiendo cosas.

–No estoy segura de que vaya a usar los mejores ingredientes.

Jake se dejó caer en el pequeño sofá que había bajo la ventana de la cocina y dio unos golpecitos en el cristal. Alice se volvió y lo saludó con la mano.

–¿Te encuentras mejor, papá? –gritó.

–Mucho mejor –contestó él.

–Te estoy preparando tus gachas. ¿Vendrás a comértelas a mi casita?

–Enseguida voy.

–Puedo hacerte unas de verdad si te apetecen –dijo Holly.

–Sería estupendo –dijo Jake, levantándose para coger un batido de la nevera.

Luego, agarró un jersey del respaldo de una silla y se lo puso con dificultades, antes de buscar un par coincidente de zapatillas de deportes junto a la puerta.

–¿Te va bien llevarla tú a la guardería esta mañana? –preguntó Holly–. Le prometí a tu madre que iría a verla a Saint Marnham.

–No te preocupes –respondió Jake–. Una charla con mi madre; qué envidia. ¿Es una ocasión especial?

–Quiero darle las gracias por la fiesta del sábado –explicó Holly mientras empezaba a calentar la leche.

–Y disculparte por el comportamiento de su hijo.

–Estoy segura de que ya te ha perdonado.

–Es un detalle por tu parte pasar un rato con ella –dijo Jake, de pie junto a la puerta–. El sábado por la noche también pasasteis un buen rato juntas, ¿verdad? Creo que os vi entrar juntas en la salita de música. Ten cuidado; corres el peligro de acabar haciéndote amiga suya.

Mientras removía los copos de avena en la leche, Holly apartó la mirada de su marido.

–Me preguntó si a Alice le gustaría tomar clases de piano. Es un instrumento precioso, y nadie lo toca nunca.

–Mejor esperar a que sea mayor –repuso Jake–. Me parece que aún es un poco pronto. Es un detalle por su parte, pero lo más seguro es que se sintiera obligada. En realidad no le gusta que nadie toque ese piano. De niño no me dejaban ni acercarme a él.

Holly bajó el fuego y cruzó la cocina para sentarse en el brazo del sofá.

–¿Es porque se suponía que un día iba a ser el piano de Lily?

Holly vio cómo la mano de su marido se cerraba con fuerza sobre el pomo de la puerta.

–Nunca hablamos de ella –dijo, y, sin añadir nada más, salió al jardín.

61

Holly dejó el humeante cuenco de gachas en la mesa de madera del patio que había en la parte posterior de su casa. Al mirar al fondo del jardín, vio a Jake metido a duras penas en la casita de Alice.

–Alice, papá tiene que venir a desayunar.

–Estamos desayunando en mi casa –contestó su hija–. He hecho gachas.

–Seguro que están deliciosas, pero yo también le he preparado el desayuno a papá. Solo tardará cinco minutos, y luego puede volver contigo y jugar un rato más. –A través de la ventana de la casita, Holly veía a su marido, que le daba la espalda con determinación–. Jake, te lo dejo aquí.

Al cabo de un momento, Alice salió por la puerta de su casita y Jake la siguió a gatas.

–Papá, voy a investigar por el huerto mientras tú te comes el segundo desayuno de mamá –dijo la niña–. Cuando acabes, puedes empujarme en el columpio.

Jake le dio un beso en la frente a su hija y subió por el jardín. Tras sentarse a la mesa, Holly salió de la cocina y se sentó a su lado.

–Siento habértelo soltado así –dijo.

–¿Te lo contó mi madre?

Holly asintió.

–¿Por qué te lo has callado como si fuera un secreto?

–No era tanto un secreto como que, en mi familia, nunca hablamos de ella. Sé que parece muy fuerte, pero creo que es

porque es demasiado doloroso para mis padres, en especial para mi madre. ¿Te lo contó el sábado por la noche?

–Sí –dijo Holly, mientras miraba comer a su marido–. Está claro que sigue siendo tremendamente doloroso para ella, pero me ayudó a entenderla mejor. Sabes que podrías habérmelo contado, ¿verdad?

–No era quién para revelarte ese secreto.

–Jake, es una tragedia. Algo con lo que tu familia ha tenido que vivir durante muchísimos años. Podría haber ayudado.

Jake se encogió de hombros.

–A veces es más fácil enterrar ese tipo de cosas.

–En tu familia, sí.

–Eres un poco dura.

–¿Tú crees? –repuso Holly, pero como no quería empezar una discusión, no añadió nada más–. ¿La echas de menos? –preguntó al cabo de un momento.

–Ha pasado mucho tiempo. Solo la recuerdo vagamente. Yo tenía siete años, creo. Mi madre pasó semanas y semanas sin salir de su cuarto. Los días pasaban, y yo no la veía nunca. Me escabullía en su habitación solo para mirarla. Debía estar sedada; no lo sé, la verdad. Lo único que hacía era dormir, y yo aprendí a ser muy silencioso.

–¿Y tu padre?

–Pasaba mucho tiempo fuera. Tal vez se esforzara, a su manera; no me acuerdo. Debía sufrir mucho. ¿Te imaginas cómo nos sentiríamos nosotros si le pasara algo a Alice?

–No vayas por ahí. No alcanzo a imaginármelo.

–La manera que encontraron de lidiar con el dolor fue no hablar de ello. Me sorprende mucho que mi madre te lo contara, incluso ahora, después de tanto tiempo. Creo que no se lo ha contado nunca a nadie. ¿Cómo salió el tema?

–No estoy muy segura. Fui a su casa por la tarde y Alice estuvo un rato dando de comer a los patos. Katherine nos había estado mirando desde la ventana y yo le pregunté por qué no había salido con nosotras. Ella me dijo que el estanque le daba pavor, que no era capaz de acercarse. Yo le pregunté por qué y ella me lo contó.

–¿Así, sin más?

–Pues sí –contestó Holly, que se puso de pie y se quedó con los brazos cruzados en el borde del jardín, mientras miraba a su hija llenar su regadera de agua–. ¿Tu madre no tiene fotos de Lily en la casa?

–Es demasiado doloroso para ella. Seguro que guarda algún recuerdo.

–La semana pasada estuve buscando la partida de nacimiento de Alice, para matricularla en la escuela.

Holly observó a su marido rebañar el cuenco de gachas.

–¿Y?

–No pude encontrarla, pero sí encontré un pelele de bebé en el fondo de tu viejo escritorio.

–No tenía ni idea de que estaba allí –dijo Jake, que cogió su cuenco y lo dejó dentro de la cocina–. Lo más seguro es que se mezclara con los trastos viejos que envió mi madre.

–Me parece muy triste que la existencia de Lily se mantenga oculta.

–Es lo que ellos quieren –señaló Jake, y luego echó a andar por el jardín y cogió en brazos a Alice, que había corrido hacia él.

62

Me despierta el sonido de alguien que llama con los nudillos a la puerta de mi casa. Son más de las ocho, pero después de pasar la noche de ayer en la comisaría de Haddley, no tengo prisa por levantarme. Cuando suena el timbre, salgo de la cama y miro a través de las lamas del estor. Hay un coche patrulla aparcado delante de mi casa. Me pongo unos calzoncillos y una camiseta y me paso las manos por el pelo.

Al abrir la puerta, me encuentro a Dani mirando hacia el parque y, a todas luces, perdida en sus pensamientos.

–Hola –digo.

Ella se vuelve hacia mí y sonríe.

–Te he despertado, ¿verdad?

–No pasa nada. Siempre es un placer recibir una visita matutina de la policía local.

–Iba hacia la comisaría y se me ha ocurrido pasar a ver cómo estabas.

–Muy amable por tu parte –digo yo, y me aparto para invitarla a entrar–. ¿Café?

–Por favor.

–¿Nunca tienes un día libre?

–Ahora mismo, no hay descanso. Órdenes de Barnsdale. Quiere «tracción»; es la palabra que usó.

Le dedico una sonrisa mientras meto una cápsula en la cafetera, antes de sacar la leche de la nevera.

–¿Has desayunado? –pregunto.

–Unas tostadas, antes de salir de casa.

–Necesitas algo más para aguantar toda la mañana. ¿Un cuenco de Choco Krispies? –le ofrezco, al tiempo que cojo la caja del armario.

–No he visto a nadie que coma peor que tú.

–Necesito a alguien que me meta en cintura –digo con una sonrisa–. Tu marido no sabe la suerte que tiene.

–No estaría de más que se lo dijeras a él. –Me doy la vuelta y aguardo a que continúe–: Ha tenido un año difícil. Se vio envuelto en un accidente.

–¿Salió muy mal parado?

–Está en silla de ruedas.

–Joder. –Le paso su taza a Dani–. Lo siento mucho.

–Gracias –contesta ella, y le da un sorbo al café mientras yo lleno de agua el depósito de la cafetera–. ¿Te he dicho ya que también es policía? –me pregunta, y yo asiento–. El pasado Halloween hubo un incidente y quedó atrapado.

Sus palabras despiertan un recuerdo en mi memoria. Cubrimos la noticia en nuestro portal.

–¿En el supermercado de debajo de los pisos, junto al puente?

–Sí.

–Lo recuerdo. Un agente estuvo a punto de morir, ¿verdad? –Dani hace una mueca y yo me la quedo mirando–. ¿Era tu marido?

–Entonces no lo era. Supongo que se podría decir que estábamos saliendo. Yo también estaba en el supermercado, comprando unas cosas después del trabajo.

–Pero a ti no te pasó nada, ¿no?

–No –responde–. No me di cuenta de que tenían cuchillos. Debería haberme fijado; debería haber actuado de otra forma.

–¿Cómo ibas a saberlo?

Ella me interrumpe:

–Me dejé llevar por el pánico. Uno de los hombres me sujetó por el cuello y me puso un cuchillo en la garganta.

–Es una situación complicada para cualquiera –señalo, al tiempo que me siento frente a ella.

–Mat fue el primer agente en llegar. Entró por la parte de atrás de la tienda. Si yo me hubiera dado cuenta antes de que había cuchillos de por medio, no me habría puesto en una situación tan vulnerable. Fui una ingenua.

–¿Cómo podías saberlo?

–Soy policía; debería haberlo sabido.

–Habías ido a comprar. ¿Estabas siquiera de servicio?

–No, pero eso no debería cambiar nada.

–No tienes poderes sobrehumanos.

Echo los cereales en un cuenco y los baño en leche.

–¿Te parece que has echado bastante?

–Me gusta bebérmela luego.

–¿Qué tienes, cinco años?

Yo me río.

–¿Te puedo preguntar qué pasó después?

–Otro tío atacó a Mat por la espalda y lo apuñaló en la base de la columna vertebral.

–Mala cosa.

–Está paralítico de cintura para abajo.

–Debe ser tremendamente duro.

Dani traga saliva.

–Más que nada me da una pena inmensa. Podría haber llegado lejos en el cuerpo de policía.

–¿Y ya no puede? –pregunto.

–Ha perdido la batalla. Espero que algún día, tal vez… –Dani se interrumpe antes de añadir–: Mi trabajo es ayudarlo.

–No puedes culparte a ti misma –digo.

–Ben, tú no estabas allí.

Nos quedamos callados. Yo me muero de ganas de decirle lo que pienso: que nada de esto es culpa suya. Quiero decirle que es guapa y lista y divertida, y que no debe castigarse por una tragedia que no provocó ella. Pero no lo hago. No me salen las palabras.

Dani me mira mientras desayuno y luego alarga la mano hacia el fajo de fotografías que encontré entre las cosas de mi madre.

–¿Puedo echarles un vistazo?

–Claro.

–¿Este es tu padre? –me pregunta al coger la primera del montón. Yo asiento–. Entonces, ¿tu madre sabía que él había ido al partido?

–A juzgar por la foto, supongo que sí –respondo–. Aunque nunca me lo comentó.

–Lo único que diré es que parece un padre orgulloso, como los demás. –Yo no digo nada–. Mi padre y yo pasamos una mala época –continúa Dani–, pero procuro recordar las cosas divertidas.

–¿Estabais muy unidos?

–Durante mucho tiempo estuvimos solo él y yo, un poco como os pasó a tu madre y a ti. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña. En muchos sentidos, mi padre era mi héroe; él es la razón por la que hoy estoy donde estoy. De no ser por mi padre, no me habría hecho policía. –Dani se interrumpe y vuelve a mirar la foto–. A lo mejor un día también la cuelgas en la pared.

Yo me sirvo más cereales.

–Me imagino que no has venido a compartir recuerdos y mirarme desayunar como un niño, ¿no?

–Seguramente no –contesta Dani.

–Ni siquiera para ver cómo estaba, ¿verdad?

–Hemos recibido más documentos del juicio original. Una parte son interrogatorios que se llevaron a cabo mientras las dos chicas estaban detenidas. A ambas les preguntaron por sus posibles relaciones con hombres mayores.

Tras introducir una segunda cápsula en la cafetera, me vuelvo hacia Dani.

–Por favor, no me digas que seguís pensando que Peter Woakes tenía algún tipo de relación con las dos chicas.

–Su mujer no se mostró muy cooperativa cuando le preguntamos ayer sobre el tema.

–Quizá se deba a la campaña de desprestigio que la policía de Haddley trata de lanzar, ¿no crees? –Al coger el espumador, la leche caliente se me derrama sobre la mano–. ¡Mierda! –La meto bajo el chorro de agua fría–. Su hijo fue asesinado –digo, mientras dejo que el agua me tranquilice.

Dani no tiene intención de dejarse distraer.

–¿Es posible que las chicas escogieran de manera deliberada a Simon Woakes?

–Estás muy perdida, Dani.

–Hoy vamos a hablar de nuevo con su madre.

Me seco las manos y me acerco a la encimera.

–Ven conmigo –digo, al tiempo que la cojo de la mano.

Salimos a paso rápido por la puerta de atrás de mi casa y subimos por el callejón en dirección a la casa de los Cranfield.

–¿Adónde vamos, Ben?

–Los dos estamos de acuerdo en que, de alguna manera, Langdon y Fairchild se relacionaban con hombres mayores que las embaucaban. Y me atrevo a decir que Abigail embaucó a Josie; la usó y la obligó a seguir sus pasos. Era el precio que debía pagar por su amistad. Pero la familia Woakes ha vivido un infierno por culpa de esas dos chicas. La señora Woakes es una buena persona, pero no la clase de mujer que protegería la memoria de su marido por una lealtad ciega y mal entendida. Quiero que hables con alguien que conocía a Peter Woakes. –Al acercarnos al final del callejón, llamo al señor Cranfield, sabedor de que estará fuera cuidando de su huerto–. Señor C, ¿podemos robarle un par de minutos?

–Buenos días, Ben. ¿En qué puedo ayudaros?

–Le presento a la agente Daniella Cash –digo–. Me gustaría que le contara a ella lo que me dijo el sábado por la noche sobre el señor Woakes. No saldrá de aquí. –El señor C me mira, indeciso–. Por favor –añado.

El señor Cranfield reproduce en pocas palabras la conversación que compartió conmigo: el arrepentimiento que carcomía por dentro a Peter Woakes, la ocasión que dejó pasar de intervenir cuando pudo.

–En mi opinión, era algo que lo torturaba.

–¿El arrepentimiento?

–En muchos sentidos, sí. Por no haber actuado a tiempo.

–¿Se planteó la posibilidad de hablar con la policía en ese momento? –pregunta Dani.

–A veces es necesario vivir una vida entera de arrepentimiento para identificar las cosas que de verdad importan –contesta él.

–Lo entiendo –digo yo–. Ya lo dejamos tranquilo.

–Gracias por su tiempo –añade Dani, antes de alejarnos y regresar por el linde del parque.

–Se rumoreaba que alguien llamó a la escuela –le explico–. No sé hasta qué punto era verdad, pero es posible que el origen de su arrepentimiento fuera su incapacidad de hacer algo al respecto.

–¿Quién llamó?

–¿Un padre? –aventuro–. Pero es solo una suposición.

–Y aun así, él decidió no hacer nada.

–Si hubiera tenido pruebas contundentes de que alguno de sus alumnos estaba en peligro, creo que habría intervenido. De hecho, estoy cien por cien seguro.

–Tal vez tú lo estés, pero yo no –replica Dani–. Todavía no podemos descartar la posibilidad de que lo que destruyó a Peter Woakes fuera su propio secreto.

–Te equivocas –digo–. Lo que destrozó a Peter Woakes fue lo que no hizo, y por ello la muerte de su hijo le resultó más insoportable aún. Dani, escúchame bien: hay un hombre, un hombre mayor, que tenía una relación con las chicas, que tal vez sea incluso el padre del niño y que sigue vivito y coleando, dispuesto a hacer todo lo que sea necesario para que su secreto no salga a la luz.

63

–¿Por qué no me has despertado? –gritó Sarah mientras se metía la blusa por dentro de la falda, antes de correr escalera abajo y ponerse la chaqueta del traje–. Son casi las ocho y media. Tengo una vista a las diez.

–Tiempo de sobra –repuso Nathan mirándola desde el suelo, donde estaba sentado y desayunando con Max–. Tenías pinta de necesitar una hora más de sueño.

–Quería reservarme media hora para volver a repasar el caso. ¿Puedes llevar a Max a la guardería?

–Claro, nos parece de maravilla, ¿a que sí, colega? –dijo Nathan, que iba vestido con la ropa de correr.

–Nathan me ha hecho huevos pasados por agua con palitos de tostada.

–Nathan es un sol.

–¡Me encantan los palitos! –gritó Max, poniéndose de pie junto a su mesa de tamaño infantil.

–Lo sé, hijo –contestó Sarah, dedicándole una sonrisa–. Bébete el zumo antes de salir.

–Tengo que hablar de algo contigo –dijo Nathan, que se levantó y cruzó la cocina.

–¿Ahora? –Sarah metió una bolsita de té en su taza preferida, que había diseñado Max–. ¿No puede esperar hasta la tarde?

–Creo que no.

–¿No? Me aseguraré de llegar pronto a casa.

–¿No puedes sentarte solo dos minutos?

–Si me hubieras despertado, podríamos haber hecho esto antes –replicó Sarah, mientras Nathan retiraba una silla para ella.

–Ya te he dicho que no quería despertarte. –Su voz estaba teñida de desazón mientras retorcía un trapo con las manos–. Debería habértelo dicho antes. No tenía pensado contártelo así, pero todo esto se ha salido de madre.

–¿Nathan? –dijo Sarah.

–¿Mamá? –dijo Max.

–Bébete el zumo, hijo.

–¿Puedo meter una chocolatina en la mochila de la guardería?

–Está bien –contestó Sarah, sin apartar la mirada de Nathan.

–¿Y una para Alice?

–Si va a estar ahí, sí. Y ahora, bébete el zumo –insistió Sarah.

–Tienes que saber que no vine a Haddley solo para explorar Londres –continuó Nathan, removiéndose en su silla–. Vine a tratar de averiguar más sobre mí mismo, a entender de dónde venía.

–¿No eres de Gales? –dijo Sarah.

–Más o menos. Soy adoptado. Mi familia adoptiva es originaria de Cowbridge –explicó él–. Mis padres biológicos son de Haddley.

–Tienes razón, esto no me lo esperaba.

–Hay más. Sé quién es mi madre. –Nathan se preparó para lo que estaba a punto de decir. Sabía que no habría vuelta atrás–. Josie Fairchild –se apresuró a añadir. Sarah se quedó petrificada–. Lo descubrí hace poco. Vine aquí para entender lo que había pasado y para ver si podía averiguar quién es mi padre biológico. Sé que suena absurdo, pero quiero saber quién soy, qué le hizo este sitio a mi madre y si mi padre sabía siquiera que yo existo. No tenía ni idea de que te conocería, de que me enamoraría de ti y de que me encantaría cuidar de Max.

Sarah se levantó y cogió al niño en brazos.

–Me encanta estar con los dos –insistió Nathan–. Di algo, por favor.

–¿Adónde vamos, mamá?

–Mamá te va a llevar a la guardería –contestó Sarah.

–No me he acabado el zumo.

Tras entrar en el recibidor, Sarah cogió su bolso y la mochila de Max, agarró las llaves de la mesita auxiliar y abrió la puerta de entrada. Nathan fue tras ella.

–Habla conmigo, Sarah, por favor.

–No puedo hacer eso ahora. –Fue la respuesta de ella.

–Tenía que contártelo; tenías que saberlo. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Sarah se volvió hacia Nathan desde la puerta y bajó la voz para decir:

–Te he abierto las puertas de nuestra casa, he confiado en ti, ¿y a ti no se te ha ocurrido mencionar todo esto hasta ahora? ¿Ahora que Abigail Langdon ha muerto?

–No ha sido por eso.

–Cuando vuelva esta tarde, no te quiero ver aquí.

Nathan se quedó inmóvil mientras Sarah se llevaba a Max afuera.

–Mamá, ¡has dicho que podía llevarme una chocolatina!

–Compraremos una en la tienda –dijo Sarah mientras bajaba con cuidado los escalones delanteros de su casa.

–¿Y otra para Alice?

–Y otra para Alice.

Nathan vio cómo ella le daba un beso en la frente a su hijo y lo estrechaba entre sus brazos, como si lo protegiera de una amenaza invisible. Luego, echó a andar con rapidez por el parque sin volver la vista atrás.

64

En el tranquilo pueblo de Saint Marnham, la vida se despertaba para afrontar una nueva semana. Holly se apartó para dejar pasar al verdulero, que arrastraba canastas con plantas decorativas por la acera, delante de su tienda. En la puerta de al lado, el panadero llenaba un cesto vacío con panecillos integrales recién hechos. El bullicio de la hora punta había terminado, y ahora las aliviadas madres volvían por la calle mayor después de dejar a los niños en la escuela. Holly deseó ser una de esas mujeres que atestaban la cafetería de la esquina, riendo y charlando, y cuya única preocupación era cumplir con la rutina de su día.

Katherine la había llamado el domingo por la noche y había confirmado su promesa de ayudarla. ¿Se equivocaba al depositar sus esperanzas en ella? A pesar de que deseaba confiar en su suegra, Holly sabía muy bien el poder que podía ejercer Francis. Ella misma había permitido que controlara su vida durante años. ¿Cómo podía estar segura de que su suegro no estaba usando a Katherine ahora?

Al acercarse al estanque de los patos, Holly vio a Katherine sentada sola en el banco de Lily y, tras apretar el paso, se sentó a su lado. Se quedaron un momento calladas hasta que su suegra habló.

–Me alegro de que hayas venido –dijo mientras miraba más allá del estanque, a su casa.

–Siento lo de la lámpara –se disculpó Holly.

–Lo único que siento yo es que no lo golpearas con ella.

–Bueno, en ese caso, siento haber fallado.

Katherine sonrió.

–Las lámparas se pueden sustituir, pero nadie te da un premio por quedarte atrapada dentro de un matrimonio sin amor. Debería haberlo sabido, que Dios me ayude. Si hubiera sido sincera conmigo misma desde un principio, las cosas podrían haber sido muy distintas. Es fascinante la cantidad de verdades que te cuentas solo para hacer que la vida resulte tolerable.

–¿Francis y tú fuisteis felices al comienzo? –quiso saber Holly.

Katherine se quedó pensativa.

–Es una buena pregunta. A lo largo de mi matrimonio, nunca me ha faltado de nada. He podido comprar todo lo que he querido sin que mi marido se haya quejado jamás. Supongo que, en cierto sentido, es una suerte. Francis no pone reparos a que me gaste cientos o incluso miles de libras, y nunca le ha importado en qué las empleo. La posibilidad de gastar a manos llenas era lo que le proporcionaba placer; eso le daba control sobre la gente, sobre mí. –Katherine se quedó un momento callada antes de proseguir–: Pero al mismo tiempo, en todos los años que llevamos juntos, Francis nunca me ha dado nada. –Se volvió hacia Holly–. ¿Tiene sentido?

–Sí.

–Nuestro primer aniversario de bodas, por ejemplo –continuó Katherine, volviéndose hacia su nuera y cogiéndole la mano–. Antes de que llegara el día, me pasé semanas comprándole toda una serie de regalos, cada uno representativo de nuestro primer año juntos. Encargué una reproducción pintada a mano del velero en el que pasamos nuestra luna de miel, una maqueta de nuestra casa con su brillante puerta azul, una cuna en miniatura, un bote de remos en recuerdo de todo el tiempo que pasábamos en el río. Cosas muy personales para nosotros. Francis me compró un microondas de última generación y me dijo que acababa de salir al mercado. –Las dos mujeres se rieron–. En muchos sentidos, fue una revelación, pero yo decidí ignorarla, tanto entonces como durante muchos años después.

–¿Y Jake?

–Lo que más deseaba en este mundo es que las cosas fueran distintas con él –explicó Katherine–. Siempre que le daba algo era fruto del amor, pero él acabó por detestarlo todo. Jake habría

cambiado todas y cada una de las cosas que yo le regalé a lo largo de los años por recibir un único y minúsculo regalo de amor de su padre.

Holly apretó la mano de su suegra.

–Está muy agradecido…

–No lo digas –repuso Katherine–. Por favor, no. Yo estaba tan desesperada por que Jake me quisiera…

–Te quiere.

–Déjame acabar, por favor. Habría dado cualquier cosa por sentirme unida a Jake, por crear un vínculo entre los dos, pero cuanto más me esforzaba, más lo alejaba de mí. –Katherine cerró los ojos–. Siempre supe que no sería fácil. No es lo mismo con el hijo de otra mujer.

Holly se quedó mirando a su suegra.

–¿A qué te refieres?

–Jake no es hijo mío –declaró Katherine en un tono sorprendentemente calmado–. Francis lo tuvo con otra mujer, antes de que nos casáramos. Hasta donde yo sé, es posible que Francis tenga una familia entera de hijos sin mí.

–No tenía ni idea. ¿Jake lo sabe?

–No. Siempre he procurado tratarlo como si fuera mío, pero por alguna razón eso solo ha servido para que él necesitara más de su padre, algo que Francis se negaba a darle y que yo tampoco he encontrado la manera de ofrecerle. –Holly percibió la tristeza en los ojos de Katherine, un secreto enterrado en lo más profundo durante muchos años–. Dudo que Jake llegue a ser feliz nunca.

–Sin la aprobación de Francis, no, no lo será –respondió Holly–. He tratado de encontrar la manera…

–El dolor es demasiado hondo –dijo Katherine–. ¿No amas a Jake?

–No –confirmó Holly, y al escucharse decirlo en voz alta, hizo una mueca.

–En ese caso, no hace falta que digas nada más. –Katherine se puso en pie y Holly la imitó. Luego, su suegra entrelazó su brazo con el de ella–. Tengo un poco de dinero propio y quiero que sea para ti y Alice –dijo, mientras ambas mujeres echaban a andar despacio por

la orilla del estanque–. Úsalo para iros las dos lejos de aquí y empezar una nueva vida.

–¿Y si vienen tras Alice? –preguntó Holly, expresando su peor miedo–. He buscado su partida de nacimiento por todas partes. Si pudiera hacer constar a Michael como su padre…

–No dejaré que vayan tras vosotras; tienes mi palabra. –El tono de Katherine era firme, apremiante–. Ni Francis ni Jake deben sospechar lo que planeamos. Cuando Alice y tú estéis lejos y a salvo, yo me enfrentaré a Francis. ¿Tienes una cuenta propia en el banco?

–Todas son compartidas.

–Pues en cuanto te marches de aquí, ve a abrirte una. Envíame los detalles y te haré una transferencia de doscientas mil libras. Organízalo todo para marcharos un día de lo más anodino, sal por la puerta como si fueras a llevar a Alice al parque y no mires nunca atrás.

Holly sintió el impulso de rodear a su suegra con los brazos.

–Jamás te lo podré pagar –dijo con voz trémula.

–Ojalá yo hubiera abierto los ojos antes –respondió Katherine–. Tienes que ser fuerte.

Las mujeres se despidieron y Holly contempló a Katherine mientras esta rodeaba el estanque en dirección a su casa. Luego, se dio la vuelta y se apresuró a cruzar de nuevo el pueblo. Con la vista clavada en el suelo, no se dio cuenta de que Francis observaba todos sus movimientos.

65

–Señora Woakes, soy Ben –digo al micrófono de los auriculares mientras salgo de casa y echo a andar por el borde del parque–. Ojalá me lo cogiera. Siento haberla metido en una situación complicada. Sé que solo intenta proteger al señor Woakes, pero quería pedirle que fuera sincera con la policía. Era un buen hombre que se encontró en una mala tesitura. No fue culpa suya. Estoy seguro de que no hizo nada malo, y sé que usted tampoco. Llámeme cuando reciba este mensaje.

Después de colgar, abro mi lista de contactos. Llamo de nuevo, y esta vez me contestan casi de inmediato.

–Will, soy Ben Harper.

–Hola. –El tono de Will es cortante, tenso.

–¿Estás bien? –pregunto.

–Sí, perdona. Todo va bien, es que estoy delante de mi casa y un cabrón ha rajado las ruedas de mi R8. ¿Qué le pasa a la gente?

–Es increíble.

–Pero oye, hablemos de ti, ¿cómo estás? –pregunta–. Me he enterado de que te llevaron a la comisaría para interrogarte. La policía tiene que estar loca.

–Estoy bien, pero quiero hacerte un par de preguntas más. Cosas generales.

–Dispara –contesta él sin vacilar.

–Si la policía te preguntara por el pueblo de Farsley, ¿qué contestarías?

–Ben, eso no me parece muy general –replica Will–. He leído los periódicos dominicales.

–Igual lo que quiero es más bien advertirte –digo–. Me da la impresión de que la policía no tardará en centrarse en los hombres que se relacionaban con Langdon y Fairchild antes de los asesinatos.

–Por entonces, yo era solo un niño.

–Ellas también –contesto–. Pero sé de buena fuente que hubo un niño y que no es hijo de Langdon, sino de Fairchild. –Al otro extremo de la línea, se hace el silencio–. ¿Sigues ahí, Will?

Al cabo de un momento, la conexión se restablece.

–Perdona, Ben; sí, estoy aquí.

–Creo que es probable que la policía intente encontrar al padre del niño.

–No será fácil.

–No –coincido–. Sé que lo que me contaste fue en confianza…

–No tengo nada que ocultar.

–No quiero ponerte en una situación difícil –digo.

–Ben, la semana pasada estuve tres días en Fráncfort. Llegué al aeropuerto de Heathrow el miércoles a la hora de comer, y East me estaba esperando. Hay un montón de testigos que pueden confirmar que no estaba ni por asomo cerca de Farsley.

–No tengo intención de contarle a la policía nada sobre ti.

–Ya has pasado una noche en comisaría –replica Will–. Lo último que necesitamos es que pases otra solo por protegerme. Si la policía quiere hablar conmigo, en cualquier momento, estoy seguro de que sabrán dónde encontrarme. Tengo que colgar, Ben. Ya quedaremos para tomar una cerveza cuando todo esto acabe.

Aunque me siento aliviado por el hecho de que Will tenga una coartada, no puedo evitar seguir preguntándome si es posible que sea el padre de Nathan. Al mirar calle arriba, veo al señor C abrir la puerta de su garaje y echo a andar hacia su casa.

–Gracias por lo de antes –digo mientras me acerco–. ¿Lo tiene todo listo para empezar a trabajar en el jardín? Cuando acabe puede venir a hacer el mío, si quiere.

–Solo voy a pasar un poco el rato –contesta, al tiempo que se acerca a saludarme–. Me sorprendió verte ayudar a la policía

después de pasar la noche en comisaría.

–Dani es distinta –explico–, o al menos eso creo. Me interrogaron solo para ver si descubrían algo por casualidad, nada más. Me ven como una fuente de información útil, no como un verdadero sospechoso.

–A mí me parece que estás haciendo su trabajo.

–Quizá se me da mejor hacer las preguntas correctas.

–La señora C estaba decidida a llevarte la comida ayer por la tarde –me cuenta, al tiempo que se inclina hacia mí con actitud conspirativa–, pero yo la convencí de que seguramente te gustaría disfrutar de un rato solo.

–Gracias –contesto–. Reconozco que estaba agotado. ¿Está en casa?

–Este mediodía tiene una reunión de su club de lectura en Richmond. Se ha marchado pronto para tomarse un café con sus comadres. Tendrán mucho de que hablar.

–Seguro que todo el mundo está enganchado a esta historia.

–Pronto se acabará, Ben –dice el señor C, con una mano en mi hombro–. Te sentará bien ir a correr un rato.

–Será corto –comento, sacando mi móvil para abrir Spotify–. Solo media hora para aclararme las ideas.

–Disfruta –dice él mientras yo me doy la vuelta y empiezo a correr al trote por el centro del parque.

Cuando estoy a punto de pulsar mi lista de canciones para correr, oigo pasos y me doy la vuelta para encontrarme a Jake Richardson, que ha aparecido a mi espalda.

–¿Te importa que corra contigo?

–Claro que no –contesto, y apagó la música–. ¿Hoy no trabajas?

Seguimos charlando mientras corremos con calma alrededor del parque y luego bajamos hacia Lower Haddley Road.

–Tengo una reunión en Paddington esta tarde, aunque creo que es una de esas oportunidades que acabará siendo una pérdida de tiempo. Hol ha ido a ver a mi madre y acabo de dejar a Alice en la guardería, así que he pensado que valía la pena hacer el esfuerzo de salir.

–«Esfuerzo» es la palabra adecuada –digo, mientras pasamos en fila india entre los pasajeros que bajan del autobús 29–. ¿Qué tal el dolor de cabeza ayer? –pregunto, al tiempo que lo miro y le dedico una sonrisa.

–Siempre me digo a mí mismo que es la última vez, ¡pero esta vez va en serio!

–Hasta la próxima –contesto, y apretamos un poco el paso en dirección al bosque de Haddley.

Al alcanzar el camino de sirga, un ruido espeluznante nos para en seco. Durante un instante, mientras el autobús pasa traqueteando junto a nosotros y la vida en Lower Haddley Road continúa como si nada, creo haberlo imaginado, pero entonces lo oigo de nuevo: el inconfundible sonido del grito de un niño, que resuena desde el interior del bosque.

Jake es el primero en reaccionar y sale disparado parque arriba, en dirección al claro por el que yo entré al bosque hace más de veinte años. Con el corazón desbocado, corro tras él y ambos apartamos las ramas, mucho más densas ahora de lo que eran ese verano. Tras avanzar un poco entre los matorrales, dos niños de no más de diez u once años vienen corriendo hacia nosotros entre los árboles, con el terror reflejado en el rostro. El mayor de los dos se traba con las palabras:

–En medio del bosque, hay una mujer…

Mientras da saltitos con un pie y luego con el otro, y con la cara roja y cubierta de sudor, el menor de los niños es incapaz de seguir callado.

–¡Está colgada de un árbol!

–¿Nos podéis enseñar dónde? –pregunta Jake en un tono apremiante, y me fijo en que ambos niños adoptan una expresión dubitativa.

–No os preocupéis, nosotros estaremos a vuestro lado –digo–. Vamos todos juntos.

Mientras el niño mayor se da la vuelta y guía a Jake por el bosque, el más pequeño me da la mano y los dos echamos a correr. A medida que sorteamos los árboles, vuelvo a tener ocho años y sigo el angosto sendero lleno de curvas hacia el claro que hay en el

centro del bosque. El camino está cada vez más lleno de arbustos y vetustas raíces que sobresalen del suelo, así que llamo a los dos de delante.

–Jake, esperadnos. –Lo veo aminorar el paso y miro al niño que corre a mi lado–. ¿Cómo te llamas? –le pregunto.

–Oscar, y él es mi hermano Harry. Tengo nueve años y él, once. Todas las mañanas pasamos por el bosque para ir a la escuela. Hoy llegamos tarde porque he tenido que ir al dentista para que me ponga un empaste.

–Yo me llamo Ben, y él es Jake. ¿Estamos cerca? –Oscar asiente–. ¿Puedes continuar? –pregunto, y él asiente de nuevo.

–Es por aquí –dice Harry en un tono de urgencia, mientras vuelve a encabezar el grupo y aparta las ramas de nuestro camino.

Frente a nosotros, la luz se abre paso entre los árboles y, al acercarnos al claro, veo colillas de cigarrillo tiradas por el suelo. Al llegar, nos quedamos todos juntos en el centro. Harry se vuelve a mirar hacia el camino por donde hemos llegado y señala hacia un inmenso roble que hay encima, y que se yergue orgulloso en el corazón del bosque.

Noto cómo Oscar hunde la cabeza en mi costado y lo estrecho contra mí, aunque no puedo apartar la mirada.

El árbol está un poco apartado de los demás y sus ramas se extienden en todas las direcciones.

Y de la rama más gruesa, balanceándose de una manera espeluznante con el viento, cuelga el cuerpo de Elizabeth Woakes.

Diez

«El goteo incesante de la lluvia sobre el frío suelo de cemento apenas había dejado conciliar el sueño a Corrine durante toda la noche».

66

El ruido de las aspas de un helicóptero del noticiario televisivo inunda la habitación mientras Dani y yo miramos por la ventana de mi sala. Barnsdale está delante de mi casa, informando de la situación a un oficial. Una nueva invasión a gran escala por parte de los medios ha vuelto a asolar Haddley. Voces indistinguibles hacen preguntas a gritos en dirección a mi casa, y es imposible saber si se las plantean a los inspectores o a mí. Dani y yo nos alejamos de la ventana y cruzamos la estancia para sentarnos juntos en el sofá.

–Barnsdale sigue negándose a descartar que Elizabeth Woakes estuviera implicada de alguna manera en la muerte de Langdon –dice Dani.

–Pero tiene que excluir esa posibilidad –señalo–. A la pobre mujer la han estrangulado y luego la han colgado de un árbol.

Dani arquea las cejas.

–Me ha dicho que debemos «mantener una mentalidad abierta ante todas las líneas de investigación».

Sospecho que eso significa que Barnsdale no tiene ninguna.

–Se está aferrando a su teoría sobre el señor y la señora Woakes porque no tiene nada más –observo–. ¿Puedes contarme lo que pasó ayer con la señora Woakes?

Dani se levanta y mira por la ventana delantera de la sala. Barnsdale sigue hablando con el oficial.

–La señora Woakes acudió sola a comisaría –empieza Dani, bajando la voz–. Barnsdale la interrogó durante una hora, pero no averiguamos nada nuevo. La señora Woakes insistió en que su

marido no sabía más sobre Langdon y Fairchild que sobre cualquier otro niño de la escuela. Terminamos antes de las cinco. Esta mañana he revisado las cámaras de seguridad y se la ve salir por la parte delantera del edificio. Luego, sube por la calle mayor de Haddley en dirección a la estación de tren.

–Para coger el tren de vuelta a Richmond –apunto.

–Sí –confirma Dani, mirando de nuevo por la ventana–, pero hay un pequeño detalle. Entró en la estación a las cinco y nueve, compró lo que parece un té en el Caffè Nero y pasó por el torno. –Yo asiento–. Luego, se paró a leer la pantalla informativa –continúa Dani–, y los pasajeros empezaron a bajar de un tren procedente de Waterloo. Cuando dichos pasajeros salen de la estación, la señora Woakes da media vuelta y los sigue a la calle mayor.

–¿Por qué iba a entrar y luego salir? –pregunto.

Dani se pone enseguida de pie y se acerca de nuevo a la ventana. Yo la sigo y veo a Barnsdale todavía plantada delante de la casa.

–Justo después de la muerte de Langdon, se tomó la decisión de avisar a Josie Fairchild y activar un plan para reubicarla –explica Dani, de pie a mi lado–. La policía de Kent ha acudido a su casa en numerosas ocasiones durante los últimos días, pero no han logrado encontrarla. Sin embargo, las cámaras de seguridad la captaron subiendo a un tren en dirección a Londres el domingo a la hora de comer. Llegó a Charing Cross a última hora de la tarde, y allí hizo transbordo para cruzar Londres en dirección a Haddley.

–¿Josie Fairchild estaba en ese tren?

–¡Sí! –exclama Dani–. Y Elizabeth Woakes la vio salir por la puerta de la estación de Haddley.

–¿La reconoció?

–Eso parece.

–¿Crees que habían quedado? –pregunto.

Aunque a mí me sigue pareciendo imposible que mi madre contactara con Langdon, la verdad es que lo hizo, así que ¿por qué no iba a hacer lo mismo la señora Woakes con Fairchild?

–Nada indica que interactuaran –dice Dani. Cuando le toco el brazo y señalo a Barnsdale, que camina hacia la puerta abierta de mi casa, continúa hablando más deprisa y en voz más baja–: Fairchild

salió de la estación y Elizabeth Woakes la siguió. Fairchild se dirige hacia el río mientras la señora Woakes va tras ella. Las últimas imágenes que hemos encontrado muestran a Fairchild pasando por delante del bar Watchman, y Elizabeth Woakes hace lo mismo más o menos un minuto después.

–¿Y desde entonces? ¿Tenéis idea de dónde está Fairchild?

La puerta de mi sala se abre y Barnsdale mira directamente a Dani.

–No. –Es la respuesta de la subinspectora a mi pregunta.

67

Invito a Barnsdale a tomar asiento mientras Dani y yo volvemos a acomodarnos en el sofá.

–El hijo de Josie Fairchild vive aquí, en Haddley –le digo a la subinspectora–. Se llama Nathan Beavin y trabaja de camarero en el Watchman.

Con actitud controlada, la subinspectora se alisa la raya perfecta de sus pantalones negro azabache antes de quitarse unas motas de polvo imaginarias. En cuanto a Dani, su expresiva mirada le impide disimular su sorpresa, pero se limita a quedarse sentada y aguardar a que su superior responda.

–Supongo, señor Harper, que a estas alturas ya debería haber aprendido que es usted una caja de sorpresas.

Yo reprimo el impulso de darle las gracias y, en cambio, le dedico tan solo una sonrisa incómoda.

–¿Y cuánto hace que lo sabe? –pregunta ella.

–Con certeza, desde ayer por la tarde.

Barnsdale asiente.

–¿Ha hablado con él?

No gano nada ocultándole información a Barnsdale.

–Sí, vive en una casa en lo alto del parque. El número veintiuno, creo.

–Genial –contesta Barnsdale.

–Vive con una mujer llamada Sarah Wright. Y con el hijo de ella, Max. –Dani anota los nombres–. No tengo motivos para creer que se

haya comunicado con Josie Fairchild, ni que esté relacionado con el asesinato de la señora Woakes.

La subinspectora resopla al escuchar mi valoración.

–Señor Harper, aunque le agradecemos que haya compartido con nosotras esta información, tal vez sea mejor que nos deje decidir quién es sospechoso en este caso y quién no.

Yo me resisto a la tentación de devolverle el comentario mordaz.

–¿Cómo lo has descubierto? –pregunta Dani.

–No para de hacer preguntas y quería saberlo todo sobre Nick y mi familia. También ha mostrado interés por James Wright, el exmarido de Sarah.

–Le agradezco la información –dice Barnsdale al tiempo que se levanta–. A partir de ahora nos encargaremos nosotras.

–No saque conclusiones precipitadas, por favor –le pido–. No tenía ningún motivo para matar a la señora Woakes.

–Madre e hijo juntos en Haddley –señala ella–. Mi trabajo es averiguar por qué.

68

–¡No salgas del jardín! –le gritó Holly a su hija mientras Alice se ponía de puntillas para asomarse por encima de la verja y mirar a los policías que había calle arriba.

–¿Sarah irá a la cárcel? –preguntó la niña al ver a dos mujeres policía subir los escalones de entrada de la casa de Sarah Wright–. ¡Y Max!

–No, solo quieren hacerle unas preguntas.

–¿Por qué, mamá?

–No tengo ni idea –contestó Holly, que no sabía muy bien qué decirle a su hija–. Venga, vamos dentro y te prepararé algo calentito. Ha empezado a llover otra vez.

–Quiero jugar aquí –dijo Alice–. Es mi sitio favorito para jugar.

–Alice, dentro, ya. –Holly se quedó plantada junto a la puerta mientras la niña se acercaba de mala gana desde la verja, arrastrando los pies a propósito–. Deprisa.

Pero al cabo de un momento, al divisar a dos figuras que subían por la calle, Alice salió disparada de nuevo.

–¡Max! –llamó–. Max, ¡la policía te va a meter en la cárcel!

–No es verdad –dijo Holly.

–Hol, ¿te importa quedártelo? Será solo media hora –le pidió Sarah mientras Max corría hacia Alice.

–Desde luego –contestó Holly, dándole la mano al niño–. Puedo darle de cenar, si quieres.

–Gracias –dijo Sarah–. Pobre mujer; todo esto es espantoso. Tengo que averiguar qué está pasando.

–No me puedo creer que haya vuelto a ocurrir en Haddley.

–¿Estás bien?

–Lo estaré –contestó Holly, y le dio un abrazo a su amiga antes de mirar cómo cruzaba con rapidez el parque en dirección a su casa.

Desde la ventana, Nathan contempló a las dos policías subir los escalones de entrada de casa de Sarah, y les abrió la puerta en cuanto llamaron al timbre.

–¿Señor Nathan Beavin? –preguntó la subinspectora Barnsdale.

Las dos agentes se presentaron.

–Será mejor que pasen –las invitó él–. Podría decirse que las estaba esperando.

De pie en la cocina con las dos policías, Nathan oyó abrirse la puerta principal.

–¿Señorita Wright? –dijo Barnsdale, al tiempo que Sarah entraba en la cocina.

–Señora –contestó ella–. Estoy divorciada.

–Desde luego.

–¿En qué puedo ayudarlas?

–Hemos venido a hacerle unas preguntas al señor Beavin en relación con su madre –explicó Barnsdale.

–¿Se refiere a su madre biológica?

–Sí –contestó la subinspectora–. ¿Lo sabe usted? –continuó, sin poder evitar que la sorpresa se reflejara en su tono.

–¿Que es Josie Fairchild? Sí.

–Señor Beavin, nos gustaría hacerle unas cuantas preguntas acerca de sus movimientos de ayer, y esperaba que nos pudiera acompañar a la comisaría.

Nathan se volvió hacia Sarah.

–¿Lo van a detener? –preguntó esta.

–No –contestó Barnsdale–, pero agradecería mucho al señor Beavin que cooperase con nuestra investigación.

–Si tiene preguntas, hágalas –repuso Sarah–, pero Nathan no va a ir a la comisaría.

–¿Es usted la representante legal del señor Beavin?

–Si hace falta… –replicó Sarah a la policía.

Nathan dejó escapar el aire, pero Barnsdale insistió:

–¿Quedó usted ayer con su madre en Haddley?

–No conozco a mi madre biológica –contestó Nathan–. No tengo ni idea de dónde está.

–¿Alguna vez ha intentado ponerse en contacto con ella?

–Nunca.

–Pero consiguió usted acceso a su expediente de adopción, ¿verdad?

–Mediante una resolución judicial, sí –respondió Nathan.

–¿Habló alguna vez con Elizabeth Woakes?

–No.

–¿Quedó usted con Josie Fairchild o Elizabeth Woakes en el bar Watchman ayer por la noche?

–No.

–¿Trabaja usted allí?

–Sí, pero mi turno terminó a las ocho.

–Y después estuvimos aquí juntos toda la noche –añadió Sarah.

–¿Toda la noche?

–Toda.

–¿Puede decirme a qué se debe su interés en James Wright?

–¿James? –exclamó Sarah, al tiempo que se volvía hacia Nathan–. ¿Qué pasa con James?

Nathan se quedó callado y se pasó la mano por el pelo, mientras las tres clavaban la mirada en él.

–Señor Beavin –dijo Barnsdale–, a lo mejor le gustaría aclarárnoslo. A todas.

–Sarah, nada de esto estaba planeado. De verdad que no creía que las cosas irían así. No he hecho nada malo; tienes que creerme.

–¿Qué pasa con James? –repitió Sarah.

Nathan cogió su chaqueta, sacó la cartera del bolsillo interior y extrajo de ella la imagen reducida que había hallado oculta en las profundidades de internet. La única imagen que había podido encontrar de su madre que no le resultaba familiar.

Y a su lado, estaba James Wright.

Le tendió la fotografía a Sarah.

–Después de que me dejaran acceder al expediente de mi adopción, encontré esta imagen en internet.

Sarah se la dio a la subinspectora Barnsdale.

–¿Es su exmarido? –preguntó esta.

–Sí.

–Solo quería averiguar quién era mi padre –señaló Nathan.

–En los próximos días tendremos más preguntas –dijo Barnsdale–. Para los dos.

–Nada podría hacernos más ilusión –repuso Sarah, y salió de la cocina para dirigirse al recibidor.

Barnsdale y Cash la siguieron en silencio y, cuando salieron de la casa, Sarah cerró la puerta a su espalda.

–Tienes que creerme –dijo Nathan, que también se había acercado al recibidor–. Lo último que quería era hacerte daño.

–Te he dicho que no quería verte aquí cuando volviera –contestó Sarah–. Voy a ir a buscar a Max y, cuando vuelva, más te vale haberte marchado.

69

El goteo incesante de la lluvia sobre el frío suelo de cemento apenas había dejado conciliar el sueño a Corrine durante toda la noche. Eso, y el sonido del grito ensordecedor de la mujer, que se repetía una y otra vez en su cabeza.

Cuando la mujer los había encontrado en el claro del bosque, Corrine había dado media vuelta y había echado a correr. En la penumbra creciente, había avanzado tropezando entre los árboles hasta el pueblo de Saint Marnham. Transida de miedo y convencida de que alguien la reconocería, se había cubierto el rostro con la capucha y se había apresurado a dirigirse al río. Hacía muchos años que el cobertizo para botes de Peacock estaba abandonado; de hecho, cuando Corrine era pequeña ya no lo usaba nadie. La puerta posterior estaba casi podrida por completo en la zona de las bisagras, y no le había costado mucho forzarla y refugiarse dentro.

En el interior, casi nada había cambiado.

Corrine se había ceñido el abrigo, pero aun así era imposible escapar del frío y la humedad de la noche. Se había acurrucado junto a los soportes para las embarcaciones y se había esforzado por bloquear el recuerdo de su primera visita a aquel lugar.

Allí era adonde la había llevado Abigail.

La sorpresa que le había prometido. El secreto que iban a compartir.

El hombre introduciéndose a la fuerza en su cuerpo.

El duro suelo de cemento, implacable bajo ella.

Abigail la había llevado allí una y otra vez.

Su torturador escondido, observando desde detrás de los soportes.

A lo largo del día, Corrine no pudo evitar preguntarse si no debería haber huido la noche anterior, cuando se le presentó la ocasión. Con el aguacero que caía, le habría resultado sencillo caminar hasta Richmond por la orilla del río sin que nadie la viera. Desde allí podría haber cogido el tren, y a estas alturas ya estaría en Deal, de vuelta en su piso encima del salón recreativo. Esa noche tenía que ir a trabajar a Sunny Sea, pues Molly aprovecharía cualquier excusa para echarla. De pronto, su desoladora vida le parecía de lo más atractiva; al menos, era segura. Ahora, Corrine dudaba que volviera a estar a salvo en ninguna parte.

Con frío y hambre, se asomó por la puerta podrida para mirar el lúgubre cielo de última hora de la tarde y se preguntó cómo se le había ocurrido volver a Haddley. Corrine odiaba Haddley. Su vida allí siempre había sido miserable, y ahora había violado las condiciones de su puesta en libertad. Si la policía la encontraba, la detendría de inmediato. Durante todo el día, el sonido de sirenas la había dejado paralizada. No se atrevía a pensar en lo que le habría pasado a la mujer de la noche anterior, aunque sabía que a esas alturas ya no estaba viva.

Él había matado a Abigail.

Había matado a esa mujer.

Y la siguiente sería Corrine.

Tenía que marcharse ahora que aún podía.

Empujó la puerta con fuerza para abrirla y contempló la marea que subía por la orilla.

Aquella había sido su última oportunidad. La ocasión definitiva para escapar de la vida de Corrine Parsons y convertirse en otra persona, en alguien nuevo.

Había vuelto a Haddley para aprovechar esa oportunidad.

Con la mujer muerta en el bosque, tal vez la oportunidad fuera incluso mayor. Él estaría desesperado por ocultar lo ocurrido.

Tras cubrirse de nuevo la cabeza con la capucha, salió un momento al exterior. Había empezado a llover de nuevo y, en el

puente de Haddley, los coches estaban parados y con los faros encendidos.

Palpó el cuchillo que guardaba dentro del abrigo, entró de nuevo en el cobertizo para botes y volvió a asegurar la puerta. Esperaría a que anocheciera y entonces regresaría al pueblo de Saint Marnham.

70

Me vibra el teléfono; es un mensaje de Madeline para anunciar que tardará solo siete minutos en llegar. Casi de inmediato recibo otro mensaje, en el que me pide que no conteste a una sola pregunta de ningún periodista. Desde el punto de vista de Madeline, toda tragedia es una exclusiva.

El parque continúa sumido en la confusión. La carretera que une Haddley y Saint Marnham aún está cortada con cinta policial tendida de un lado a otro. Dos agentes montan guardia en la entrada del bosque, y la mitad del parque sigue acordonada. Los vehículos de la prensa se mezclan con los de la policía, y los reporteros hacen conexiones en directo con los canales de noticias de veinticuatro horas. Veo a Francis Richardson avanzar a zancadas entre el caos, haciendo comentarios a los medios mientras se dirige a la casa de Jake y Holly. Barnsdale y Cash bajan los escalones de entrada de la casa de Sarah, y luego la subinspectora cruza el parque hacia la entrada del bosque después de enviar a Dani a buscar el coche.

Cuando abro mi puerta, las cámaras vuelven sus objetivos hacia mí, pero yo ignoro todas las preguntas que me lanzan mientras avanzo. Los periodistas quieren saber sobre mi madre y su relación con Elizabeth Woakes; ¿estábamos unidos la señora Woakes y yo? ¿Me trae todo esto recuerdos de Nick? Preguntas obvias. Yo agacho la cabeza para dejar claro que no tengo nada que decir, y cuando ellos siguen gritando mi nombre, me recuerdo a mí mismo que se limitan a hacer su trabajo.

Voy directo hacia Dani y le toco el brazo con suavidad para pararla cuando alcanza su coche.

–Dime por qué –le pido–. ¿Por qué después de descubrir por fin quién era su madre iba Nathan a venir a Haddley y verse envuelto en un asesinato?

–Aquí no, Ben –responde ella, mirando hacia el grupo de reporteros que me ha seguido calle arriba.

Al mirar hacia atrás, al parque, veo un equipo de mi propio portal de noticias, y de improviso Min se adelanta al grupo.

–Ben, ven a hablar con nosotros –me grita. Yo vacilo–. Solo treinta segundos, Ben, para que todos sepan que estás bien.

–Vamos dentro –dice Dani, cogiéndome del brazo.

–¡Ben! –me llama Min, pero Dani se me lleva por la calle, mientras las cámaras continúan siguiéndonos.

Al entrar de nuevo en mi recibidor, retomo el hilo de la conversación.

–No tiene sentido –digo–. Barnsdale puede acceder a los documentos judiciales para ver cuándo descubrió Nathan la identidad de su madre, pero estamos hablando de semanas, no de meses. ¿Se supone que durante este tiempo ha averiguado su ubicación, ha formado una alianza homicida con ella y ha trazado un plan para matar primero a Langdon y luego a la señora Woakes? Es absurdo.

–No te lo niego, y creo que Barnsdale tampoco –dice Dani mientras entramos en la cocina–. Aun así, estaríamos faltando a nuestro deber si no habláramos con el hijo de Fairchild en cuanto aparece en Haddley. Puede que él no sea el asesino, pero tal vez la esté encubriendo a ella. El vínculo entre una madre y su hijo puede ser muy poderoso.

No me queda más remedio que reconocer que es una posibilidad.

–No tenemos manera de saber lo que siente Nathan por su madre biológica –digo–, pero sigue sin haber nada que lo relacione con Elizabeth Woakes. Vino a Haddley para intentar comprender un poco mejor a su familia. Estoy convencido de que es un error concentrarse en él. La verdadera pregunta es por qué regresó Josie Fairchild a Haddley.

–Podría ser por Nathan.

–He hablado con él y no me da esa impresión. ¿A ti sí? –Dani niega despacio con la cabeza–. A quien ha venido a buscar es a su padre, no a su madre.

–Tenía una foto de Josie Fairchild con James Wright.

Cojo el montón de fotografías del día de las finales de *rugby* y las paso deprisa.

–¿Esta? –le pregunto a Dani, al tiempo que le tiendo la original en el que sale James Wright con Langdon y Fairchild.

–Sí –contesta ella–. ¿Era el capitán del primer equipo? –Yo asiento–. Me imagino que todo el mundo quería hacerse una foto con él.

–Así es –respondo–, pero ¿es posible que hubiera algo más? Ese día, la señora Woakes parecía tremendamente incómoda. Langdon y Fairchild haciéndose pasar por dos adolescentes en la edad del pavo; James Wright, capitán del equipo de *rugby*, a punto de entrar en Oxford…

Dani se queda pensativa.

–Eso es lo único que vio la gente –comenta.

–Él era cuatro años mayor que ellas; un adulto a punto de irse a la universidad.

–Pero no hay ninguna prueba que lo señale como un asesino por encima de cualquier otro miembro del primer equipo de Haddley.

–Tal vez no, pero ahora mismo tiene mucho que perder.

–Barnsdale quiere que compruebe dónde se encontraba ayer. A ver qué averiguamos.

–No pareces muy convencida –observo.

–Después de que me llevaras a hablar con el señor Cranfield, repasé de nuevo el expediente original del caso. La llamada anónima a la escuela se investigó; quien la hiciera habló de dos chicas sin identificar y de su posible relación con un hombre mayor. Cuando salió a la luz, Langdon y Fairchild ya estaban detenidas. Tras una breve conversación con Peter Woakes, se tomó la decisión de abandonar esa línea de investigación.

–¿Sabes qué dijo exactamente la persona que llamó?

–Nada más que eso. Dos chicas pero, sobre todo, la insinuación de que había un «hombre mayor». ¿Se trata de verdad de James Wright, o era otro miembro del equipo de *rugby* del instituto?

–¿Cuándo se efectuó la llamada?

–Por lo que he podido averiguar, pocas semanas antes de que mataran a Nick y a Simon. No podemos descartar la posibilidad de que Peter Woakes se alegrara de que la cosa no fuera más allá.

–No fue así –replico.

–En ese caso, ¿por qué no hizo más en su momento?

–Porque fue solo una llamada –contesto–. ¿O porque le daba demasiado miedo la persona cuya identidad podía desvelar?

Dani se encoge de hombros.

–¿Crees que Elizabeth Woakes quedó con Fairchild ayer? –pregunto.

–¿Por qué iba a quedar Josie con ella para luego matarla?

–Es verdad. Si fueras Fairchild y volvieras a Haddley, ¿cómo te sentirías?

–Asustada.

–Sin duda –coincido–. Estás aterrorizada. Has visto las noticias sobre Abigail Langdon y crees que tú eres la siguiente. Quieres protección y necesitas dinero. Pero al volver a Haddley, sabes que pones en riesgo tu vida.

–¿Y qué persona hay en Haddley por quien valga la pena correr ese riesgo?

De pronto llaman con los nudillos a la puerta de mi casa, al tiempo que un clamor estalla en el parque. Mientras regresamos al recibidor, Dani y yo escuchamos gritos, y al abrir la puerta, nos enfrentamos a una avalancha de preguntas, cámaras que sacan fotos y *flashes* que destellan en la luz menguante de última hora de la tarde.

–No tenemos comentarios, pero si queréis leer la desgarradora historia de Ben Harper en primera persona, solo podéis hacerlo en un sitio. –Las cámaras vuelven a restallar antes de que Madeline se dé la vuelta y entre en mi casa–. Son unos puñeteros animales –dice con una sonrisita, y entonces mira a Dani, que se está colocando bien la gorra–. Vaya, estás acompañado.

–Te presento a la agente Daniella Cash; trabaja en el caso.

–Hola –saluda Dani, mirando a mi jefa.

–Me temo que Ben y yo tenemos que discutir unas cuantas cosas –señala Madeline, como si Dani fuera una becaria del portal de noticias–. ¿Hay vasos en la cocina? –añade, al tiempo que se vuelve hacia mí y saca una botella de *whisky* Hibiki de su holgada gabardina.

Dani se queda boquiabierta mientras Madeline recorre el pasillo.

–Un placer conocerla –dice en voz baja.

–Lo mismo digo –contesta Madeline, al tiempo que saluda con la botella.

–Es Madeline Wilson –dice Dani.

–Es un poco especial –explico–. Será mejor que vuelvas con Barnsdale. –Dani asiente y pone los ojos en blanco–. Te informaré si averiguo algo –le aseguro.

Cuando Dani sale por la puerta, hay otro deslumbrante centelleo de *flashes*. Tras cerrar la puerta, me dirijo a la cocina, donde Madeline ya ha servido dos vasos de *whisky*.

–Ya sabes que apenas bebo –digo.

–Por favor, no me defraudes aún más –contesta ella, que ya se ha sentado. Yo disimulo una sonrisa mientras cojo tres cubitos de hielo del congelador, para mí–. En primer lugar –continúa–, dime que estás bien.

–Estoy bien –contesto, echando el hielo en mi copa.

–¿Y no te van a detener por asesinato?

–No –respondo–. Creo que estoy fuera de peligro.

–Cuando me enteré de lo de Elizabeth Woakes, me dio mucha pena. Sé que estabais unidos.

–Gracias.

–Y en segundo lugar… –Madeline se interrumpe antes de proseguir–: Lo siento. Ea, ya lo he dicho.

Yo asiento para agradecerle su disculpa. Ella no dice nada más y los dos nos quedamos sentados en silencio, aguardando a que sea el otro quien lo rompa.

–¡Maldita sea! –exclama después de lo que parece una eternidad–. Esto se te da mejor que a mí. Y mira que te lo enseñé yo. –Sonrío–. Mira –dice–, es posible que no abordara bien las cosas con tu madre,

pero no fue únicamente por motivos egoístas. Al menos, le hice sentir que trataba de ayudarla. Eso significa que no soy tan mala. Además, ¿qué tenía de malo que ella quisiera saber más sobre el niño, sobre todo si era su nieto?

–No –contesto–. En realidad no era el hijo de Langdon, sino de Fairchild.

–Cuéntame más.

–El hijo está aquí, en Haddley –continúo, sabedor de que los ojos verdes de Madeline se van a iluminar al enterarse–. Y Josie Fairchild también.

–Madre mía, Ben, esto es una bomba. Tenemos que publicar la noticia, aunque…

–¿Aunque qué? No eres de las que se piensan dos veces ese tipo de cosas.

–Sé que te cuesta creerlo, pero hasta yo tengo ocasionales arrebatos de lealtad.

–Vaya, será verdad que no eres tan mala –contesto–. Me imagino que hablamos de East, ¿no es cierto? –Madeline asiente–. ¿Te ha presionado?

–Algo así. Y desde luego, tenemos que publicarlo.

–Cuando lo tengamos todo.

–¿Y tú eres nuestra exclusiva?

–Siempre cumplo mi palabra –observo–. Te dije que escribiría el artículo, pero solo cuando pueda contarlo todo. Y ahora, háblame de East.

Madeline se reclina en la silla mientras bebe *whisky*.

–Hemos sido amigos desde la escuela; buenos amigos. Alguien como yo no suele atraer a muchos amigos de verdad, y a los que tiene los acaba apuñalando por la espalda.

–O en el pecho.

Madeline sonríe.

–Es verdad, pero East ha estado siempre a mi lado, desde la escuela. Conectamos desde el principio y nos lo contamos todo.

Yo asiento.

–¿Como el hecho de que había un niño?

–Sí –confirma Madeline–. Los dos crecimos rodeados por esta historia y conocemos a muchas de las personas involucradas.

–¿East conocía a alumnos del instituto Haddley?

–Era el capitán del equipo de *rugby* del Twickenham Duke, aunque detestaba el *rugby*.

Yo busco la fotografía de East del día de las finales, con la cara cubierta de sangre.

–Es un deporte brutal –comento, al tiempo que le paso la foto a Madeline.

Ella sonríe.

–East ni siquiera jugó.

–¿Y cómo acabó así?

–Llegamos juntos al club de *rugby* un par de horas antes del partido. Yo quería comprobar la luz y hacer unas cuantas fotografías del campo mientras lo disponían todo, y también de los estandartes y cosas así. East quería fumarse un porro gigante.

Me río.

–Una preparación perfecta para el partido.

–No tengo ni idea de lo que llevaba, pero una hora antes de que empezara el partido apenas se tenía en pie. Mientras lo ayudaba a levantarse, E. E. Hathaway nos encontró y, aunque entonces ya caminaba con ayuda de un bastón, East estaba en tal estado que no pudo protegerse cuando le atizó con el bastón en un lado de la cara.

Hago una mueca al imaginármelo.

–¿Y este fue el resultado? –pregunto, cogiendo la fotografía.

–East se pasó el partido entero en las gradas.

–Entonces debió de ver a todo el mundo, incluso a Langdon y a Fairchild, ¿no?

–Ese día, Langdon y Fairchild solo eran dos chicas más en un partido de *rugby*.

–Igual sí, igual no –digo, cada vez más obsesionado con todas las imágenes de ese día–. ¿Y Will? –pregunto–. ¿East lo conocía?

–No, Will tiene cuatro años menos, igual que Nick. East y Will se conocieron mucho después.

–Pero años después, cuando empezaron a salir, East ya sabía lo del niño, y luego, en algún momento, Will le contó que se había

acostado con Josie Fairchild.

Madeline entrelaza los dedos en el aire.

–Los dos coincidimos en que era mejor no contarle a Will lo del niño. ¿De qué iba a servir?

–Y East deseaba con todas las fuerzas que el secreto no saliera a la luz.

–¿Quién iba a querer que se hiciera público que es el padre del hijo de Josie Fairchild? A East le da pavor que eso acabe con su relación.

–Y lo que eso suponga para el hijo no importa, claro.

Madeline le da un sorbo a su bebida.

–¿Lo conoces?

–Sí.

–¿Y? –pregunta ella, arqueando las cejas.

–¿Quién sabe? Será mejor que esperemos a que todo esto termine.

Madeline alarga la mano por encima de la isla de la cocina para coger las fotografías del día del partido, y al cabo de un momento las tiene organizadas en tres montones.

–La final del primer equipo, imágenes del público y celebraciones pospartido.

–Impresionante.

–No es un día que vaya a olvidar jamás.

Ambos empezamos a revisar las fotos y, una vez más, me enfrento a rostros de un pasado muy lejano.

–Te faltan dos –dice Madeline–. Una del partido y otra de las celebraciones.

–¿Cómo lo sabes?

–En la Edad Media, hacíamos las fotos con carretes de veinticuatro. Estos dos juegos tienen veintitrés. Es posible que me equivocara con la velocidad de obturación o la apertura del diagrama, pero no es algo que me pasara muy a menudo.

–Eres una perfeccionista nata –comento.

–Me ha sido muy útil en la vida.

–Eso, y adelantarte a la competencia.

Madeline vuelve a llenar el vaso con generosidad y, sin decir nada, me pasa una fotografía de Elizabeth Woakes estrechando la mano a James Wright. Ambos son todo sonrisas, y solo logro echar un somero vistazo a la imagen.

–Sé que no es fácil –dice Madeline–, pero cuando publiquemos el artículo, causará sensación. Vas a tener un éxito estratosférico.

–Y el número de lectores también será estratosférico.

–Esto es un negocio.

–Pero no se publica nada hasta que yo lo diga, ¿de acuerdo?

–Te doy mi palabra –contesta Madeline con una sonrisa–. Esta es tu historia, Ben, y tu vida. No la publicaré hasta que tú me lo digas. ¿Por dónde vas a seguir ahora?

–Josie Fairchild vino a Haddley por un motivo, y creo que fue para reunirse con el hombre que las sedujo a Abigail y a ella, seguramente el padre de su hijo.

–¿Para hacerle chantaje?

–Sí. Y si Fairchild sigue aquí, intentará volver a quedar con él.

–Pero ¿quién es?

–Sé que el padre no es Nick ni Simon, pero aparte de eso… –Me encojo de hombros.

–¿Y si ya tiene lo que vino a buscar?

–En ese caso seguiré investigando, pero algo me dice que no es así. Es imposible que matar a Elizabeth Woakes formara parte de su plan.

Madeline no contesta y, al mirarla, veo que está observando una de las fotos.

–¿Qué pasa?

La deja frente a mí. En la imagen se ve al primer equipo después de la victoria, agrupado en torno a James Wright. Madeline señala la esquina superior: de espalda a su equipo ganador está Peter Woakes, concentrado en algo que hay al otro lado del campo.

Y solo entonces veo lo que vio él. Apenas visibles en el extremo izquierdo están Abigail Langdon y Josie Fairchild, y de pie entre ellas, con los brazos alrededor d sus hombros, está Francis Richardson.

71

Mientras yo estoy tendido en el sofá destartalado del fondo de mi cocina, con el partido de fútbol del lunes por la noche reproduciéndose sin sonido en la esquina, Holly contempla la imagen de Francis Richardson con Langdon y Fairchild. Antes, Madeline ha recibido una llamada que ha reclamado su presencia en Londres para seguir el rastro de un escándalo político enterrado en lo más hondo de Westminster. Le he dicho que esperaba poder entregarle el artículo la semana que viene, y he insistido en que le tomaba la palabra de que no publicará nada hasta entonces. Cuando se ha ido, le he escrito un mensaje a Holly para saber más cosas sobre su suegro, y en cuanto ha metido a Alice en la cama, ha venido a mi casa.

–Me repele mirarlo –dice, y arroja la foto al sofá en cuyo extremo está acurrucada.

–¿Hol? –digo yo, al tiempo que me incorporo y me inclino hacia ella–. Es solo una foto. Todavía no sabemos nada con certeza. –La observo mientras se frota la frente con la palma de la mano–. La foto relaciona a Francis con Langdon y Fairchild, y sí, es la prueba más clara que tenemos, pero dar por hecho que Nathan es su hijo es un poco aventurado.

Holly se queda callada y yo la miro con curiosidad.

–Hay algo que debería haberte contado –dice.

–¿Sobre Francis? –pregunto, colocando los pies bajo el cuerpo mientras Holly cruza las piernas y me mira desde el otro lado del sofá.

–Nunca ha sido mi intención tener secretos para ti.

–¿Hol?

–Me daba miedo contárselo a alguien, incluso a ti –continúa ella, y su cuerpo se tensa mientras se inclina hacia delante–. Todo empezó cuando murió Michael. Debería haber hablado contigo entonces, pero no lo hice y fue una estupidez por mi parte. Quería contártelo, pero él me convenció de que no podía saberlo nadie, que así era más seguro. Más seguro para mí y para Alice.

–¿Francis? –pregunto.

La desesperación que percibo en la voz de Holly me rompe por dentro.

–Me daba pavor lo que pudiera hacer.

–No lo entiendo –digo, al tiempo que me acerco a ella para rodearla con el brazo, pero Holly se estremece y se aparta–. Puedes contármelo, Hol.

Ella me coge las manos y se inclina despacio hacia delante.

–Me aterrorizaba perderte y que nunca me perdonaras. –Yo niego con la cabeza–. No, Ben, de verdad. Yo amaba a Michael de una manera en la que no he amado jamás a nadie, pero tú y él estabais tan unidos que él se había convertido en un hermano más para ti. –Nuestras cabezas se juntan con un gesto delicado–. Esa noche, la noche que murió…, él y yo habíamos estado paseando por el bosque y perfilando los últimos detalles de nuestro plan de huida.

Pienso en las interminables conversaciones que tuvimos alrededor de la mesa de mi cocina cuando a Michael le ofrecieron un contrato para jugar al *rugby* en Australia. Era la promesa de una nueva vida para Holly, Alice y él, una oportunidad que no podían dejar pasar.

–Estábamos sentados bajo un roble del bosque y me sonó el teléfono. Era Jake. Yo le había dicho que había quedado con mis amigas del grupo de madres. Me contó que no conseguía calmar a Alice y yo corrí hacia el coche. Al cabo de un momento, tomé la curva a toda velocidad. Jake volvió a llamarme y, mientras cogía el móvil, Michael debió salir corriendo del bosque. No lo vi hasta un segundo antes de atropellarlo. Fui yo quien lo mató.

Dejo que sus palabras resuenen en mi cabeza, pero no les encuentro la lógica.

–¿Ben?

Cuando la miro, tiene los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. Y parece muy asustada.

–Lo siento muchísimo –dice.

–Podrías habérmelo contado –contesto con una voz apenas audible–. ¿Cómo lo soportaste?

–No lo sé, fue… horrendo. Sigue siéndolo. Incluso ahora, a veces me cuesta respirar cuando pienso en ello. Pero estaba desesperada; tenía que pensar en Alice.

–¿Qué pasó?

–Sabía que no podía explicárselo a Jake. Pensé en llamarte, pero necesitaba a alguien que pudiera encargarse de todo y borrar lo sucedido.

–Hol, yo podría haberte ayudado.

–No podía arriesgarme a que me separaran de Alice. No miraba a la calle; estaba cogiendo mi móvil –explica Holly, que se levanta del sofá y cruza despacio la cocina. Con los brazos alrededor del cuerpo, continúa–: Sabía que Francis era la única persona que podía hacerlo desaparecer todo. En tres minutos ya estaba allí. Michael había muerto; no había nada que yo pudiera hacer. –Asiento despacio–. Francis me mandó a casa y me dijo que dejara el coche delante con las llaves dentro. Como todo lo demás, el coche era de él, y al día siguiente había desaparecido. Nunca volví a verlo. No sé qué le dijo a Jake, pero dos días después teníamos un coche nuevo.

–¿Y Michael?

–Exactamente como publicó la prensa. Salió a correr por Lower Haddley Road; estaba oscuro y era una calle solitaria junto al bosque. Lo atropellaron y el conductor se dio a la fuga. Sin testigos. Nunca atraparon al responsable. Nadie lo sabía… salvo Francis.

Cruzo la habitación para darle un abrazo, pero ella retrocede.

–¿Hol?

–El caso es que, con Francis Richardson, siempre hay que pagar un peaje –continúa ella, al tiempo que se vuelve a mirar el jardín iluminado por la luna–. El día del entierro de Michael, vino y me dijo que estaba en deuda con él. Me violó, Ben. Me violó mientras Alice dormía en su cuna.

Once

«Tiene dinero y eso le da poder; poder para controlar. Ese hombre es la encarnación del privilegio».

72

Una calma inquietante se ha apoderado del parque cuando salgo a primera hora de la mañana del martes. En lugar del revuelo de ayer, solo se oye un silencio vacío. Los residentes permanecen ocultos, mientras que los grupos de periodistas han partido en busca de la siguiente primicia del ciclo de noticias de veinticuatro horas. En la entrada del bosque, un policía solitario monta guardia y la cinta policial ondea de un lado a otro a medida que el viento procedente del río arrecia.

Mi teléfono vibra, y leo el mensaje de Dani Cash:

> James Wright cogió un helicóptero de Battersea a Sandbanks el domingo por la mañana. Estaba a más de ciento cincuenta kilómetros de aquí cuando mataron a Elizabeth Woakes

No contesto.

Tomo el sendero que atraviesa el centro del parque embarrado y pisoteado. Holly cruza la calle delante de su casa y, cuando nos encontramos, me coge de la mano con delicadeza. Me fijo en las ojeras que engullen sus ojos habitualmente perspicaces, cuyo brillo está apagado por el agotamiento.

–¿Seguro que quieres hacerlo? –digo.

–Sin duda. –Es su firme respuesta mientras giramos en Lower Haddley Road.

–¿Cómo está Alice? –pregunto.

–Se ha levantado a las cinco, lista para desayunar –contesta ella.

La mención de su hija siempre confiere un tono liviano a su voz.

–No sé cómo lo haces. Con lo que me gusta a mí dormir.

–Me he despertado mucho antes que ella, si es que he llegado a dormir. ¿Y tú?

–A ratos –contesto, mientras nos dirigimos a Saint Marnham y el tráfico aumenta a medida que la gente empieza a ir a trabajar.

–No he podido sacármelo de la cabeza –explica Holly.

Cruzamos deprisa por delante del atestado autobús 29 antes de que gire hacia Richmond.

–Es un ser humano repugnante –digo, mientras tomamos el camino que lleva al centro del pueblo.

–Pero ¿lo convierte eso en un asesino?

–Cuando pienso en lo que te ha hecho a ti, su nuera… Tiene dinero y eso le da poder; poder para controlar. Ese hombre es la encarnación del privilegio. Su arrogancia le hace creer que es intocable, y se regodea en la posición que ocupa. Apuesto a que haría cualquier cosa para protegerse, incluso matar.

–Pero ¿por qué matar a Elizabeth Woakes?

–Fairchild vuelve a Haddley para verse con él. Quiere dinero. Va a Saint Marnham, al sitio donde han quedado los dos. La señora Woakes la ve, la sigue y acaba descubriendo que se ha reunido con Francis en el bosque.

Holly y yo atravesamos el pueblo, rodeamos el estanque por la orilla y nos paramos frente a la entrada del camino de acceso de los Richardson.

–¿Preparada? –pregunto.

–Sí –contesta ella–. Katherine quiere ayudar de corazón. Conoce a Francis mejor que nadie. Creo que nos dirá la verdad.

–Salvo que no sabe qué vamos a preguntarle.

Subimos por el camino de grava y, mientras nos acercamos a casa de los Richardson, la puerta principal se abre. Nos hacen pasar a la galería acristalada de la parte posterior de la residencia, donde encontramos a Katherine Richardson ya sentada.

–Gracias, Monique –dice esta cuando entramos, y nos invita a tomar asiento en uno de los mullidos sofás blancos–. Que no nos

moleste nadie. –Monique sale de la habitación y Katherine nos sirve sendos cafés de una cafetera de cristal–. Debería haberos preguntado si queríais comer algo. Yo no desayuno, pero puedo llamar a Monique.

–No, no, estoy bien –digo, al tiempo que me siento frente a Katherine y cojo la taza que me ofrece.

–Yo tampoco quiero nada –añade Holly.

–Queremos darle las gracias por recibirnos tan temprano –digo.

–Siempre me levanto pronto; me gusta aprovechar el día. Mi marido es más noctámbulo, quizá una forma conveniente de limitar nuestra interacción. –No digo nada mientras Holly añade leche a su bebida y da un primer sorbo–. Señor Harper… –empieza Katherine.

–Llámeme Ben, por favor.

–Holly me preguntó si no me importaba reunirme con vosotros para responder a algunas preguntas sobre mi marido.

Holly mira a su suegra.

–Ben sabe lo de… –Su voz se apaga.

–En ese caso, como mínimo, déjame empezar por ahí.

–Gracias –respondo.

–Sería erróneo describir mi matrimonio como uno de conveniencia –explica Katherine, con el brazo apoyado en la esquina del sofá–. Nuestra relación ha funcionado para ambos. Había un vínculo entre nosotros, y hubo momentos en el pasado en los que podría haberme considerado feliz. –Katherine se interrumpe y se inclina hacia delante para dirigirse a Holly–. Sí, sabía cómo era Francis, y sabía que siempre que se le presentaba una oportunidad, la aprovechaba. Sin embargo, nunca creí que hubiera forzado a una mujer… hasta ahora. Eso es algo que nunca me perdonaré. Nunca. –Holly cierra los ojos–. No entiendo cómo pude equivocarme tanto con él.

–¿Es posible que Francis se lo haya hecho a otras mujeres? –pregunto.

Katherine se estremece.

–Supongo que sí. Aunque solo de pensarlo, me dan náuseas.

–Tal vez haya leído que la semana pasada mataron a Abigail Langdon, la chica, ahora ya una mujer, condenada por asesinar a mi hermano.

Katherine se sirve despacio una taza de café solo y luego se reclina en la esquina del sofá.

–Sí.

–La policía trabaja sobre la hipótesis de que, en el momento de los asesinatos, Langdon y Fairchild se relacionaban con un hombre, o un grupo de ellos, que las había seducido y captado.

La miro en busca de una reacción, un atisbo de discernimiento o comprensión, pero no muestra ninguno.

–¿Puedo enseñarle una fotografía? –pregunto.

–Por supuesto –dice ella, y yo me saco del bolsillo de la chaqueta la imagen en la que aparece Francis Richardson con las dos chicas.

–En el borde de la foto se puede ver… –digo mientras se la entrego.

–Ya lo veo.

Katherine clava sus ojos de un marrón profundo en la imagen y la mira con intensidad. Luego, deja la fotografía sobre la mesa de centro de mármol negro y la desliza hacia mí.

–¿Señora Richardson? –pregunto.

–¿Quieres que te diga si creo que es posible que mi marido tuviera una relación sexual con esas dos chicas? No puedo. Lo siento.

–¿Quiere decir que es imposible? –insisto.

–No tengo motivos para pensar que su relación con esas chicas fuera más allá de lo que se ve en esa foto. Una celebración en un partido de *rugby* escolar. Excesivamente efusiva, sí. ¿Inapropiada? Es probable. Pero nada más. –Holly alza la vista y la clava en Katherine–. No tengo información que sugiera que tuvo una relación con esas chicas en particular –continúa Katherine, uniendo con fuerza las manos para evitar que le tiemblen–, pero es cierto que tuvo un hijo con una chica; una chica de dieciséis años. Me imagino que ella misma era poco más que una niña.

Katherine deja que sus palabras queden suspendidas en el aire y se inclina hacia delante para coger la jarra de agua helada que descansa sobre una bandeja de plata, en el centro de la mesita baja. Tras servir tres vasos, coge uno para ella y se coloca un cojín rojo escarlata detrás de la espalda.

–Francis y yo nos comprometimos el día que cumplí veintiún años –dice–. En muchos sentidos, el matrimonio se concertó mucho antes. Hacía años que mi padre conocía al suyo y, desde el momento en que yo nací, ambos habían imaginado que un día nuestras familias se unirían. Tal vez se debiera al atractivo de combinar historia y dinero. ¿O fue simple arrogancia masculina?

»Cuando nos prometimos, Francis ya había servido diez años en el ejército y trabajaba en el Ministerio de Defensa. Después de la boda, iba a renunciar a su puesto y asumir un nuevo cargo en una empresa de la City. Necesitaba a la esposa perfecta para presentarla a los inversores y que ejerciera de anfitriona en todas las fiestas de empresa.

»No digo que no tuviéramos un romance, pero lo describiría como vertiginoso, casi frenético. Al cabo de seis semanas ya estábamos comprometidos, y tres semanas después, me anunció que iba a adelantar la fecha de la boda. Habíamos planeado un compromiso de varios meses y, de repente, nos íbamos a casar en solo cinco semanas. Se negó a explicarme por qué, y cuando hablé con mi padre, se limitó a decirme que aceptara la propuesta y diera las gracias. Como todo el mundo, dio por hecho que yo estaba embarazada, pero no era así.

»La noche antes de la boda, Francis vino a mi casa. En mis momentos más oscuros me he preguntado por qué esperó hasta esa noche. ¿Quizá para impedir que yo tuviera tiempo de echarme atrás? ¿O era tan solo su vena cruel, que lo llevó a aprovechar la adversidad para afirmar su control? Nos sentamos juntos en el despacho de mi padre y nuestra conversación fue tremendamente franca. Una chica de dieciséis años estaba embarazada. Su padre trabajaba en la finca de los padres de Francis, y la familia vivía en la caseta de la entrada. El padre de Francis había intervenido para ocuparse de todo; para compensar a la familia, por así decirlo. El embarazo llegaría a su fin al cabo de dos meses, y Francis y yo debíamos hacernos cargo del niño en cuanto naciera.

»Francis tenía treinta y un años.

73

Un tren pasó traqueteando mientras Corrine avanzaba con sigilo por el sendero cubierto de maleza que recorría la parte alta del bosque de Haddley. Tras abrirse paso con cuidado entre las densas matas de cardos, se detuvo al pie del montículo elevado y miró hacia la cima que la había obsesionado durante tantos años. Los jóvenes retoños, ahora crecidos, cubrían la ladera con un bosque nuevo de árboles.

Al rodear el montículo por el otro lado, encontró el hueco donde él se había escondido aquel día de hacía tantos años, y que ahora estaba cubierto por un poblado arbusto de espino. Lo habían preparado todo para una semana antes, pero solo un chico había salido de entre los árboles. Él había insistido en que debían ser dos, y tanto ella como Abigail estaban obligadas a demostrarle su devoción.

Siete días después, todo estaba de nuevo en su lugar.

La creciente y palpable expectación de Abigail mientras se alejaban danzando del autobús por el borde del parque.

La persecución a través del bosque en el que no corría el aire.

Los cuchillos ocultos bajo la hiedra trepadora que crecía sobre el montículo.

Cuando los chicos se arrodillaron, Abigail no había vacilado. Había soltado un grito de júbilo al clavar el cuchillo.

Para Josie, un instante de duda. Los ojos de Nick Harper clavados en los suyos; su miedo y confusión, un reflejo de los de ella.

El grito desde el hueco. La puñalada de Josie; Abigail agarrando su mano para empujarla hacia delante y desgarrar la carne.

Él se había quedado de pie sobre ellas mientras mutilaban los cuerpos.

Y ella había sentido la adrenalina que emanaba de él. La certeza de que Abigail y Josie eran suyas para siempre.

El día anterior, bajo la oscuridad del cielo nocturno, Corrine había atravesado el pueblo de Saint Marnham desde el cobertizo de botes de Peacock en dirección a su casa. En medio del frío, había aguardado tiritando entre los árboles, mientras se esforzaba por ver a través de la niebla las luces encendidas de su hogar. Al ver abrirse la puerta principal y que él se quedaba solo, su cuerpo se había tensado y había sentido que ese era su momento.

Con la capucha todavía echada sobre el rostro, había cruzado a toda prisa el terreno abierto y había cogido el sendero hacia su casa. Las persianas delanteras estaban abiertas, y Corrine se había quedado paralizada mirando al interior. Verlo cruzar la habitación irradiando su arrogancia inexpugnable le había provocado un estremecimiento.

Sus dedos duros, que sostenían el vaso, tocando la piel de ella.

Sus manos fuertes, que se pasaba por el pelo, frotando los hombros de ella.

Sus piernas cruzadas con elegancia, presionando la espalda de ella.

Sus ojos en la ventana, mirando hacia fuera, observando cada uno de los movimientos de ella.

Se había dado la vuelta y había echado a correr, adentrándose de nuevo entre los árboles y buscando refugio en la oscuridad que creaban las copas. Mientras se abría paso por el bosque, se dio cuenta de que solo debía regresar cuando pudiera imponer su ultimátum.

Sin hacer ruido, había vuelto a colarse en el cobertizo para botes y, en un esfuerzo desesperado por entrar en calor, se había cubierto con los chalecos salvavidas que colgaban de la pared. Se había pasado la noche entera despierta, temblando de miedo.

Hasta esa mañana, porque ahora tenía un plan.

Se llevaría a la niña.

74

Holly se levanta y cruza la habitación para sentarse junto a Katherine.

–Él no te dejó otra opción –observa–. Te lo dijo en el último momento.

–Podría haberme marchado esa noche, o cualquier otra noche desde entonces –responde Katherine–. En cambio, elegí desconectarme de la verdad. A lo largo de nuestro matrimonio, he intentado racionalizar lo que sucedió, convencerme de que fue un desliz puntual.

–¿Puedo preguntar qué pasó después de la boda? –digo.

–La luna de miel duró siete semanas, en un yate privado que nos llevó por las Maldivas. Allí estábamos a salvo, sin riesgo de encontrarnos con alguien que conociéramos. Y si por casualidad lo hacíamos, podían llevarme a bordo con discreción. Cuando regresamos, un coche nos esperaba en el aeropuerto de Heathrow y nos trajo directos aquí: nuestra nueva casa familiar. Jake nació al cabo de dos días, y un par de días después vino a vivir con nosotros. En realidad, ni siquiera tuvimos que mentir. La gente sacó sus propias conclusiones: el cambio de fecha de la boda, la larga luna de miel. A partir de ese día, yo fui la madre de Jake y él fue nuestro hijo. –Su boca se tensa–. Pero sigo pensando que solo ocurrió una vez con una chica, que fue un error por parte de Francis. Lo creí entonces, y todavía lo creo. Acosar a alumnas… No. No es propio de él. Yo le di libertad, sobre todo después de Lily.

–¿Lily? –digo, mientras Holly extiende la mano hacia su suegra.

–Nuestra hija. Estuvo con nosotros menos de tres años. Sigo pensando en ella todos los días –explica Katherine, antes de volverse hacia Holly–. Y sé que Francis también lo hace.

–Lo veo en la forma en que cuida de Alice –dice Holly, mientras yo le dedico una mirada implacable–. Es verdad, Ben.

–Lily se ahogó en el estanque del pueblo después de salir por la verja trasera de nuestro jardín –dice Katherine, dirigiéndose de nuevo a mí–. Hicimos todo lo posible por salvarla. La mujer que dio la voz de alarma, el equipo de la consulta del médico: fue como si todo el pueblo intentara ayudar. Pero llegamos demasiado tarde.

Sin decir nada, enciendo el móvil y le envío un mensaje a Min mientras la señora Richardson continúa hablando:

–Francis la adoraba, igual que yo. Él intimida a las mujeres, las trata como si fuera su dueño y luego se desprende de ellas, pero a Lily la adoraba. Ella era suya de verdad. Creo que por eso la quería tanto, de la misma manera en que se desvive por Alice.

–Ella os quiere mucho a los dos –dice Holly en tono afable.

Katherine ladea la cabeza y cierra los ojos. Me imagino lo que debe de sentir ahora que su vulnerabilidad ha quedado expuesta por primera vez en su vida, después de haber pasado décadas ocultándola.

–Ni Francis ni yo quisimos tener más hijos después de Lily. El rumbo de nuestra vida estaba marcado: vidas separadas. En los negocios éramos un equipo, acudíamos juntos a eventos y adulábamos a los inversores. El resto del tiempo lo disfrutábamos por separado. Yo no prestaba atención a lo que hacía Francis.

»Hasta lo de Holly. Debería haber hecho algo antes. Haberle preguntado, haber hablado con él, al menos –continúa Katherine, volviéndose hacia Holly–. Debería habérselo impedido; debería habérselo impedido desde el primer día. Y debería haber hablado contigo antes y haberte ofrecido mi ayuda. Cuando te miraba, solo veía otra de sus conquistas. Qué equivocada estaba. No quería pensar en ello, y fue muy egoísta por mi parte. Decidí ignorarlo, aterrorizada por lo que haría Jake si se enteraba. Le guarda mucho rencor a su padre.

–Has hecho todo lo que has podido por apoyarnos a Jake y a mí.

–Jake siempre ha tenido que pagar un precio muy alto por el apoyo de su padre.

–Pero te tenía a ti.

–Eres muy amable –dice Katherine–, pero siempre pienso si podría haber actuado de otra manera. A menudo me pregunto si no compensé en exceso al intentar ser su madre.

–¿Jake nunca ha sabido nada? –pregunto.

Katherine niega con la cabeza.

–Siempre ha sido nuestro hijo.

–Su relación con Francis es complicada, pero Jake te quiere mucho –dice Holly.

Me vibra el móvil y, tras excusarme un momento, me dirijo al fondo de la habitación y leo el mensaje de Min. Me ha enviado el artículo que publicó el *Richmond Times* sobre la muerte de Lily hace más de treinta años, y al mirar las lúgubres imágenes de los árboles desnudos que rodean el lodo húmedo de la orilla del estanque, siento la desolación de aquel día. La cinta policial, rota y sucia, bordea el agua. Las fotografías en blanco y negro del periódico captan la desesperanza del ambiente.

Al leer el artículo, me entero de que fue una mujer llamada Mary Hess, que había ido a pasar el día en Saint Marnham, quien descubrió la tragedia y arrastró el cuerpo de Lily fuera del agua. A pesar de todos sus esfuerzos y de los del personal sanitario del consultorio médico cercano, no se pudo hacer nada para reanimar a la niña de dos años, a la que se declaró muerta en el lugar.

El artículo concluye con una declaración de un funcionario del ayuntamiento, que da el pésame por tan trágica pérdida. El ayuntamiento se comprometió a realizar una revisión de seguridad completa y a considerar todas las opciones en el futuro, entre ellas la de cercar o incluso vaciar el estanque. Al recordar el lugar por el que acabamos de pasar, me cuesta pensar en un solo cambio que se haya producido durante los años transcurridos desde entonces. Ese espantoso día tuvo consecuencias en un sinfín de vidas, pero me pregunto si hay algún reconocimiento de ello aparte de una pequeña placa en un banco de madera.

Bajo hasta el final del artículo, donde hay más fotografías que muestran el exterior de la casa de los Richardson, el pueblo de Saint Marnham y, por último, una imagen borrosa de Mary Hess.

Me quedo mirando el móvil, y entonces me empieza a temblar la mano.

75

Toc, toc, toc.

Toc, toc, toc.

Una llamada a la puerta de la galería interrumpe mis pensamientos. Apago el teléfono y me apresuro a guardarlo en el bolsillo de la chaqueta.

Toc, toc, toc, se oye por tercera vez, y la puerta se abre.

Francis Richardson entra desde el pasillo.

–¡Eres un canalla! –exclamo.

La ira me hace hervir la sangre, y me lanzo hacia él desde el otro lado de la estancia.

–¡Ben, no! –grita Holly mientras yo salto por encima del sofá blanco, sobre el que mis botas dejan una huella indeleble.

Me abalanzo sobre Richardson aprovechando el impulso de mi metro ochenta de altura. Mi puño vuela hacia su rostro y los nudillos le rompen la mandíbula al tiempo que él se desploma sobre el suelo. Mientras está tendido en el umbral, me agacho, lo pongo en pie y lo golpeo de nuevo. Su cabeza sale disparada hacia atrás y la sangre que emana de su rostro mancha el suelo de piedra blanca. Cuando él se encoge junto a la puerta, lo levanto de nuevo y echo el brazo hacia atrás antes de propinarle un tercer puñetazo.

Holly me agarra el brazo y tira de mí, y es entonces cuando oigo el llanto de Katherine.

–Basta –dice–. Basta.

76

–Llama un taxi, ve directa a la guardería de Alice y asegúrate de que está a salvo –le digo a Holly, al tiempo que paso por encima de Francis Richardson y salgo al pasillo.

–¿Alice? –pregunta ella.

–Tenemos que asegurarnos de que está a salvo –insisto, mientras retrocedo por el vestíbulo y Katherine se reúne con su nuera.

–Yo te llevo –dice Katherine, cogiéndola de la mano–. Llegaremos enseguida.

–Ben, ¿adónde vas? –me pregunta Holly, al tiempo que yo me doy la vuelta y salgo corriendo por la puerta de entrada.

–Asegúrate de que está a salvo –repito a gritos, antes de bajar a la carrera el camino de acceso y dirigirme al pueblo.

Me doy cuenta de que la ruta más rápida para volver a Haddley es tomar Lower Haddley Road. Tras sortear el congestionado tráfico de los padres que llevan a los niños a la escuela, me dirijo con rapidez al lado del bosque más cercano al río y regreso hacia el parque. Las imágenes se reproducen en mi mente a una velocidad vertiginosa. Yo a los ocho años, saliendo del bosque a la carrera mientras el calor ardiente me abrasa el cuello. Michael atropellado por el coche de Holly. Las caras de Nick y Simon. Mi madre cayendo delante del tren de las 8:06 a Waterloo.

Tantas personas asesinadas para proteger un secreto.

Echo a correr a través del parque.

Al llegar a mi casa, abro la puerta y corro escaleras arriba. Mientras recupero el aliento en la entrada de la habitación de la

buhardilla, contemplo los vestigios de la vida de Nick. Mi madre pasaba muchos ratos aquí en silencio, a solas con su hijo mayor y los recuerdos atrapados en el tiempo que la conectaban con él.

Ahora apenas queda nada intacto. Poco a poco, mi vida ha ido invadiendo la habitación, aunque en la esquina sigue el escritorio de Nick, cubierto de cajas y libros viejos. Echo un vistazo rápido a los papeles de mi madre, pero no hay nada que no haya visto antes. Sé que ya he buscado ahí. Abro una caja llena de libros de texto de la escuela de Nick y los ojeo, pero no encuentro nada. Vacío un sobre marrón con nuestras notas escolares y las esparzo por el suelo. Dentro de otra caja encuentro el premio anual de Lengua y Literatura que ganó Nick por un ensayo sobre *El regreso del nativo*, de Thomas Hardy. Mi madre no podría haber estado más orgullosa cuando lo vio subir al escenario durante la asamblea escolar para recoger su galardón. Era Nick quien soñaba con convertirse en periodista, no yo.

Me siento en el suelo y soplo el polvo de las cubiertas de una pila de libros amontonados en un rincón. Al revisarlos, encuentro el ejemplar de Hardy, lo cojo y paso con rapidez las páginas amarillentas.

Dentro de la contraportada hay dos fotografías guardadas.

Las dos fotografías que faltaban del día del partido.

Las dos imágenes que me confirman que mi madre fue asesinada.

Y por qué.

77

Contemplo las dos fotografías que han permanecido ocultas aquí arriba durante todos estos años. Mi madre debió ser la última persona en tocarlas.

Debió ver lo mismo que veo yo ahora. Y debió querer respuestas.

La tarde previa a su muerte, fue a buscar esas respuestas, aún con la esperanza de estar equivocada. Seguro que quería pensar lo mejor.

Fuera lo que fuese lo que ocurrió aquella tarde, no bastó para tranquilizarla. A la mañana siguiente, cuando me gritó desde abajo mientras yo seguía en la cama con resaca, debía estar angustiada por lo que había descubierto. Alterada e insegura, habría salido de casa sintiéndose a la vez confundida y traicionada.

Sentado en la cama de Nick, cojo la primera fotografía: una instantánea tomada momentos después de que el equipo campeón posara con su trofeo. Mientras el grupo se dispersa, James Wright sigue sujetando la copa con fuerza, aunque ahora da la espalda a la cámara.

Phil Doorley salta por el aire.

Abigail Langdon y Josie Fairchild se encuentran a un lado del grupo.

Ya no es Francis Richardson quien las abraza.

Con su inmaculada camisa blanca, es su hijo, Jake, quien ahora las estrecha con los brazos.

Tengo que obligarme a coger la segunda fotografía. Es la que a mi madre debió de resultarle imposible comprender.

Tomada después de que se anotaran los puntos de la victoria, capta un instante de pura alegría, pero que ahora me deja desolado.

Jake Richardson está plantado con actitud triunfal junto al banderín de córner. Con los brazos extendidos a ambos lados, sonríe a la mujer que está de pie en la banda celebrando con los brazos en alto. Con el rostro iluminado por el orgullo, es la mujer a la que hace años el *Richmond Times* identificó como Mary Hess. Solo que, cuando se jugó aquel partido, ya la conocerían por su apellido de casada.

Mary Cranfield.

Doce

«Ahora teníamos nuestro propio secreto; uno que no podíamos compartir con nadie pero que nos uniría para siempre».

78

Mientras bajo de la buhardilla de mi casa, siento que mis piernas son como un peso muerto, y al llegar a la puerta de entrada, me paro con la mano apoyada en el pomo. La casa de los Cranfield ha sido mi refugio durante todos estos años, un lugar al que iba para sentirme querido y esconderme del mundo. La próxima vez que entre allí, eso terminará.

Tras abrir la puerta, echo a andar despacio y arrastrando los pies por el linde del parque. Lo único que rompe el silencio de la mañana es el ruido de un avión en lo alto. Mientras doy los mismos pasos que he dado mil veces, los mismos que dio mi madre el día que los Cranfield llegaron a Haddley, miro al cielo. Recuerdo lo feliz que la hizo la llegada de nuestros nuevos vecinos, dos años después de la muerte de Nick. Para ella, encarnaban la esperanza de un nuevo comienzo.

Parado delante de su casa, vuelvo a mirar las fotografías y sé que a mi madre debió de darle vueltas la cabeza cuando las vio. Si no tenía ningún vínculo con la zona, ¿qué hacía la señora Cranfield celebrando con tanto entusiasmo en la banda de un partido de *rugby* escolar jugado muchos años antes? No lo sé, pero sí sé que mi madre le habría dado la oportunidad de explicarse. Se habría sentado con su amiga la noche antes de su muerte, en busca de respuestas y tratando de entenderlo todo. Las respuestas que recibió no la dejaron satisfecha, y a la mañana siguiente, consumida por lo que había descubierto, se dirigió a la estación de Saint Marnham enfrentada a la peor traición posible.

Mientras camino por un lado de la casa, miro por la ventana de la cocina de los Cranfield: sartenes abolladas colgadas sobre los fogones, libros de recetas desgastados y apilados unos sobre otros: todo evoca el olor de comida casera.

Abro la puerta trasera con suavidad.

El señor Cranfield está sentado solo a la mesa, con su mantel de lino azul desvaído y un poco gastado. Sumido en un letargo, contempla con la mirada vacía el billete de tren que está apoyado en el molinillo de pimienta de madera. Al percibir mi presencia, lo coge y lo desliza sobre la mesa hacia mí, y veo que tiene fecha del miércoles pasado. Un billete de ida y vuelta de King's Cross a Leeds.

–Me dijo que había ido en autocar a Chawton House con su club de lectura. Yo le comenté que habían tenido mucha suerte con el tiempo.

Muy despacio, deslizo de nuevo el billete sobre la mesa y, al adelantarme, me fijo que la puerta del garaje está entreabierta. En el centro hay una silla de cocina con un cojín, y sobre ella cuelga una soga hecha a mano.

Pongo la mano sobre el hombro del señor Cranfield y él alza la vista hacia mí.

–No. –Es la única palabra que pronuncio.

79

–Señora Cranfield –llamo en voz baja–. Tenemos que hablar.

No hay respuesta, y yo salgo con paso cauteloso de la cocina al pasillo, antes de dirigirme a la salita que hay en la parte delantera de la casa. El pomo de la puerta chirría cuando lo giro para entrar. Junto a la chimenea, sentada en su butaca de asiento alto preferida, está Mary Cranfield.

–Deseaba con todas mis fuerzas que no fueras tú, Ben –dice mientras yo me acerco en silencio–. ¿George? –pregunta, cerrando un momento los ojos–. Ha sido un buen marido.

–Todavía lo es –contesto, y oigo cómo deja escapar el aire muy despacio.

–A veces, los mayores secretos son los que no nos contamos a nosotros mismos –dice ella–. Creo que él nunca quiso saberlo.

Mis brazos se tensan y me doy cuenta de que me aferro a las dos fotografías que todavía tengo en las manos.

–Ven, siéntate conmigo –me indica la señora Cranfield, al tiempo que hace un gesto con la mano en dirección a su sofá cubierto con una manta–. Una última vez. –Yo cruzo la estancia y me acomodo junto a ella–. Nada me habría gustado más que ser yo quien las encontrara –dice, mirando las fotos–. Tengo que reconocer que no fue porque no lo intentara. Las busqué por todas partes –continúa con una sonrisa–, pero era tu familia, Ben, así que lo más justo es que las hayas encontrado tú. ¿Puedo verlas? –La señora Cranfield abre el broche de su bolso y rebusca sus gafas–. Sé que están aquí

dentro. No las habrás visto en la cocina, ¿verdad? –pregunta–. Ah, aquí están. Ya no veo nada sin ellas.

Su conversación es casi trivial. Le paso las fotografías.

–Qué joven estoy; me sorprende que me hayas reconocido –comenta–. Y Jake también está muy joven. Qué feliz se le ve.

Me digo a mí mismo que lo que percibo en su voz es arrepentimiento.

–Usted es la madre de Jake, ¿verdad?

–Así es –contesta ella, y asiente suavemente sin apartar la mirada de las imágenes que tiene sobre el regazo–. Y me gusta pensar que soy su ángel de la guardia. –Yo me quedo inmóvil mientras ella alarga la mano hacia mí–. Me lo quitaron, Ben –prosigue, con una súbita acritud en la voz–. Me lo quitaron después de solo dos días y no me dejaron nada más que el pelele que le había puesto. Ni siquiera eso era lo bastante bueno para ellos. –Me mira por encima de las gafas con los ojos encendidos por la ira–. Es mi hijo.

–Cuénteme qué pasó.

–Cuando decidieron enviarme de vuelta a Irlanda, hice lo que me pedían. Intenté olvidarme de él, pero me fue imposible. Yo era su madre; tenía que estar con él, cuidarlo. Katherine Richardson jamás iba a darle el amor que él necesitaba. Y en cuanto a su padre… –La señora Cranfield se interrumpe–. Todos sabemos lo que quiere su padre. Jake me necesitaba a mí. Necesitaba a su madre.

–¿Cómo lo encontró?

–Eso fue lo más sencillo. Francis Richardson no es la clase de hombre que fuera a llevar una vida discreta. Empecé a observarlos. Al principio, solo de vez en cuando, y después más a menudo. Al cabo de unos años, adopté la costumbre de viajar a Saint Marnham una o dos veces a la semana. Eran días felices. Llegaba del norte de Londres a tiempo de ver a Jake en el patio durante el recreo de la mañana, y luego almorzaba en el pueblo y, por la tarde, lo iba a ver correr alrededor del estanque. Su madre casi nunca estaba con él; siempre lo acompañaba alguien del servicio. Jamás se percataron de mi presencia. Yo me moría de ganas de hablar con él, de abrazarlo, pero sabía que debía esperar al momento adecuado.

–¿Y ese momento llegó cuando Lily murió?

La señora Cranfield asiente.

–En cuanto te enteraste de lo de la niña, supe que atarías cabos –dice.

–¿Qué pasó?

–A Jake nadie le había enseñado lo que era el bien y el mal. No fue culpa suya. A ninguno de los dos les importaba de verdad.

–Cuénteme qué ocurrió ese día.

–Esa niña era una consentida. Se pasaba la vida gritando y escondiéndose tras las faldas de su madre. Todo el mundo se daba cuenta de que era su preferida, incluido Jake. Los dos niños habían estado en el estanque, dando de comer a los patos, y cuando empezó a anochecer, Jake le dijo que era hora de volver a casa. Me sentí muy orgullosa de él, pero la niña empezó a chillar, y el problema era que siempre se salía con la suya. Alguien tenía que darle una lección.

»Jake dijo que se iba y, que si no quería quedarse sola en la oscuridad, tenía que acompañarlo. Luego, se alejó de la orilla y, al final, ella lo siguió. Yo decidí sentarme un rato más junto al estanque, hasta que saliera mi tren, y me sorprendió que, apenas tres o cuatro minutos después, volvieran a aparecer por la verja trasera de su jardín.

»Jake le dio la mano para cruzar la calle y miró en ambos sentidos para asegurarse de que no venían coches. La farola iluminó la expresión de júbilo de ella mientras regresaban a la orilla embarrada. Saltaba a la vista que estaba satisfecha por haberse salido con la suya.

»Se fue acercando cada vez más al agua y entonces empezó a resbalar. Vi cómo intentaba agarrarse a Jake, pero a aquellas alturas ya tenía las manos cubiertas de barro. Es normal que él se apartara. Ella se sumergió un poco más, y oí su grito penetrante. Las botas se le llenaron de agua. Jake se plantó con firmeza en la orilla, se inclinó hacia delante y alargó la mano.

»Y entonces la hundió. –Tras echar un último vistazo a las fotografías, la señora Cranfield abre el bolso, se quita las gafas y las guarda en su funda–. Al principio, ella chapoteó y pataleó en el agua embarrada. Él tuvo que sujetarla bajo la superficie, pero, para tener

siete años, era un niño fuerte. Y entonces ella dejó de moverse. Aunque hubiera querido, yo no habría podido llegar a tiempo junto a ellos.

»Miré a Jake mientras él empujaba la cara de la niña durante unos segundos más, hasta que estuvo seguro, y entonces eché a andar por la orilla en su dirección. Era la primera vez que hablaba con él desde que tenía dos días. Le cogí las manos, lo limpié y le dije que volviera a casa y no hablara jamás de aquello. Yo me encargaría de todo.

La miro horrorizado.

–¿Vio usted lo que había hecho y no se lo contó a nadie?

–¿Qué habrías hecho tú? –pregunta la señora Cranfield, con el ceño fruncido en una expresión de perplejidad–. No fue culpa suya. Lo único que necesitaba era una madre.

–¡Dejó que la ahogara!

–No me quedó otro remedio –responde la señora Cranfield–. Ahora teníamos nuestro propio secreto; uno que no podíamos compartir con nadie pero que nos uniría para siempre.

80

–Está loca –digo, al tiempo que me levanto con brusquedad del sofá–. Trastornada –le grito a la cara–. Dejó que Jake matara a una niña de dos años y luego lo dejó destruir una vida tras otra.

–Esa no era mi intención, Ben –responde la señora Cranfield con calma–. Pero la vida de Jake fue muy difícil, sobre todo después de Lily. La relación con su padre siempre ha sido muy tensa. A menudo me he preguntado si Francis vio mi fotografía en el periódico. De ser así, espero que lo haya atormentado desde entonces, que le haya carcomido el alma como un cáncer. ¿Le despertó sospechas acerca de la muerte de la niña? No lo sé. Nunca hemos hablado. Lo único que yo sabía era que debía estar junto a Jake para procurar guiarlo.

–No lo guio, ¡dejó que se convirtiera en un monstruo! ¿Cómo ha sido capaz? ¿Cómo ha podido hacerme esto?

–Nunca quise hacerte daño. Si esas chicas no hubieran aparecido, todo habría sido muy distinto. Lo sé.

Estupefacto, me pongo a caminar por la sala antes de sentarme frente a la señora Cranfield, al borde del sillón reclinable de su marido.

–Háble me de ellas.

–Esas dos chicas eran veneno puro, Ben. –Yo espero a que continúe–. Hice todo lo que pude, tienes que creerme. De verdad que intenté orientarlo. Había hecho muchos progresos; los exámenes le habían ido bien y lo habían seleccionado para el equipo de *rugby*. Era un joven apuesto con un brillante futuro por delante –dice, mirando las fotografías que están sobre el sofá–. Ojalá hubiera

conocido a una buena chica de su edad; pero en lugar de eso, aparecieron esas dos. Lo veneraban de una manera casi sectaria, incondicional, y él se regodeaba en su admiración. A lo largo de ese verano, vi cómo todo iba cada vez a peor. Ellas despertaron algo en él, algo heredado de su padre. Francis lo controlaba, y ahora él quería ejercer su propio control.

–¿Jake estaba allí cuando mataron a Nick y a Simon?

Ella cierra los ojos.

–No tienes ni idea de lo que ha supuesto, Ben.

Y aunque en este momento quiero odiar a la señora Cranfield más de lo que he odiado jamás a nadie, me doy cuenta de que no puedo hacerlo con todo mi corazón. Percibo el dolor en su semblante y siento la tragedia que ha sido su vida.

–Cuando Jake llegó a la adolescencia, mis visitas a Saint Marnham cesaron. En cambio, quedábamos en el centro de Londres; yo lo invitaba a comer o incluso lo llevaba al teatro. Pero a medida que se hizo mayor, cada vez quería verme menos a menudo. Ese verano, Jake había empezado a conducir y no dejaba de cancelar nuestros encuentros, así que fui a Saint Marnham a hablar con él y, cuando los vi a los tres juntos, se lo advertí. Llegué incluso a llamar al instituto y dije que las chicas se relacionaban con hombres mayores. Estaba desesperada. Si lo hubiera sabido, Ben, si hubiera sabido lo que planeaban los tres, tienes que creerme… –dice la señora Cranfield al tiempo que alarga la mano hacia mí, y noto que se le rompe la voz por primera vez.

Yo me aparto.

–Habría hecho cualquier cosa para detenerlos –prosigue–. A comienzos de la semana, él se negó a verme, y debí hacer algo entonces. Ese día aciago, él se quedó esperando en el bosque. Quería poner a prueba su control, ver hasta qué punto querían ellas ser sus esclavas.

»Y las observó mientras los mataban.

81

El pánico se apoderó de Holly mientras corría del aula de Alice al comedor y luego al patio. Nadie de la guardería había visto a su hija esa mañana. Su cuerpo empezó a temblar mientras Katherine la cogía del brazo y llamaba a la policía.

En cuestión de minutos, se presentaron en la puerta de la guardería. Holly reconoció a la agente rubia a la que había visto con Ben.

–¿Señora Richardson? –Dani Cash le puso una mano en el brazo–. ¿Puede volver a contarnos lo que ha ocurrido?

Holly repitió lo que sabía: Alice no había ido a la guardería esa mañana.

–Su padre tenía que traerla –explicó Holly, mientras Dani se la llevaba por la verja del patio hacia el coche patrulla–. Salvo que no es su padre, y no sé si él lo sabe. Ben me dijo que viniera a buscar a Alice y me asegurara de que estaba a salvo.

–¿Dónde está Ben ahora? –preguntó Dani, mientras Katherine se colocaba a su lado junto al coche.

–Ha vuelto a Haddley –explicó esta–, pero no sabemos adónde ha ido.

–¿Ben cree que su marido puede estar implicado en la muerte de su madre?

–Mi marido no –contestó Katherine–. Mi hijo.

82

–Háblame de mi madre –le pido.

–Jamás quise que pasara lo que le pasó –responde la señora Cranfield–. Te lo prometo.

–Cuéntemelo.

–Después de lo de tu hermano y Simon Woakes, tenía que encontrar la manera de controlar a Jake. Él estaba contrito, compungido, genuinamente arrepentido. Mudarme a Haddley fue mi manera de asegurarme de que continuara así. Durante un tiempo, las cosas mejoraron. Conoció a Holly, montó su propio negocio; su mejoría era real. Se merecía una segunda oportunidad.

Siento deseos de gritar a la señora Cranfield, gritarle que nadie le dio a Nick una segunda oportunidad, pero me limito a pedirle que siga.

–La noche antes de morir, Clare vino a verme. Había encontrado un montón de piezas del rompecabezas, pero no sabía cómo encajarlas. ¿Qué hacía yo en un partido de *rugby* escolar de tantos años atrás? Sin lugar a dudas, había sido una estupidez por mi parte acudir, pero lo único que quería era ver jugar a mi hijo. Intenté negarlo, decir que no era yo, que debía haberse equivocado, pero no sirvió de nada. Tu madre tenía la carta.

Me siento y observo cómo la señora Cranfield abre de nuevo el broche de su bolsa y saca un sobre blanco muy gastado. Al abrir la solapa, le empiezan a temblar las manos. Me pasa la carta.

–Deberías leerla –dice.

Yo desdoblo la única hoja de papel fino y amarillento por el tiempo. Una breve nota escrita a mano se extiende por la hoja como una telaraña. Una letra cada vez más desesperada e ilegible le dice a mi madre que valdrá la pena pagar el dinero. Voy directo al último párrafo.

Le puedo hablar de todos. De Francis Richardson, de Mary Cranfield, de todos. No se creería las cosas que puedo contarle.

–Eso no podía explicarlo –dice la señora Cranfield–. Cuando nos llevamos las cosas de tu madre de tu casa, encontré la carta. No sabes qué alivio sentí, aunque no pude dar con las fotografías.

»Esa noche, me esforcé por convencer a Clare, pero no hubo manera. A la mañana siguiente, la vi cruzar el parque sumida en sus pensamientos. Tenía que proteger a Jake; él había cambiado mucho, y a mejor. Ojalá hubiera sido cualquier persona menos ella, de verdad.

–La empujó usted –digo, apenas capaz de controlar la ira–. Y luego vino a consolarme. ¡Cómo se atreve! –grito–. La he querido como a una madre durante todo este tiempo, ¡y fue usted! –La señora Cranfield permanece inmóvil–. Cuénteme el resto –le digo, y me levanto para colocarme sobre ella.

–Ben, no, por favor.

–¡Cuéntemelo!

–La muerte de tu madre sirvió de advertencia a Langdon. Pasaron tres años antes de que se pusiera en contacto conmigo, pero para entonces lo que hizo fue amenazar, y su amenaza era muy real. Mientras Jake tuvo el negocio, nos las apañamos, pero con el tiempo fue pidiendo cada vez más dinero y, al final, nos quedamos sin nada. Jake empezó a ir cuesta abajo y sin frenos. Comenzó a sospechar de Michael Knowles y, de forma estúpida, decidió encargarse él mismo de este asunto. Lo empujó a la calzada, pero con mucha torpeza. Su paranoia fue en aumento, y yo aproveché que se acercaba el aniversario de la muerte de Clare para pasar a la acción.

–Desviando las sospechas hacia mí.

–No hacia ti, Ben. Sabía que todo el mundo hablaría de su aniversario. Cualquiera podría haber localizado a Langdon y haberla matado. Solo quería sembrar confusión. Esa mujer era escoria, Ben.

–¿Y Josie Fairchild?

–Ella nunca tuvo la codicia de Langdon. Tras la muerte de esta, lo único que quería era huir, empezar una nueva vida, y esperaba que Jake le diera el dinero para hacerlo. Yo se lo habría dado. No quería más sangre.

–Pero Elizabeth Woakes la siguió al bosque.

–Sí; ahora que, de pronto, todo ha vuelto a ponerse de actualidad, la reconoció en la estación. Fairchild huyó y a Jake no le quedó otra opción. La estranguló y regresó por la noche para colgarla del árbol.

Yo la miro con aversión.

–Tenía que cuidar de mi bebé, Ben –dice, al tiempo que extiende la mano para coger la mía.

Yo la aparto con rapidez. No quiero que se acerque a mí bajo ningún concepto.

–¿Dónde está Jake ahora? –pregunto en voz baja, mirando a la señora Cranfield desde arriba mientras ella se encoge ante mis ojos–. ¿Dónde está?

–No lo sé –dice, y ahora el miedo se refleja en su voz–. ¿Qué vas a hacer?

–Lo voy a matar.

83

Corro a toda velocidad por el parque en dirección a la casa de Jake y Holly, y al llegar, aporreo la puerta principal, pero nadie abre. Me acerco a la ventana y no veo señales de vida, aunque la mesa de centro del salón está volcada. Rodeo la casa a la carrera y salto por encima de la valla trasera. La puerta que da al jardín está abierta y entro a toda prisa.

–Jake –llamo en medio del silencio. Avanzo hasta el recibidor y vuelvo a llamarlo mientras subo la escalera–. Jake, soy Ben Harper. Lo sé todo.

–¡Ayúdame, Ben!

El grito me atraviesa y, aterrorizado, echo a correr.

–Alice, ¿dónde estás? –grito.

–Estamos en el cuarto de Alice, Ben. –me contesta Jake desde el otro lado del rellano, con la voz teñida por el miedo–. Por favor, entra despacio.

Yo abro la puerta con cautela.

Jake está petrificado en un lado de la habitación, mientras que Alice está sentada en el centro del suelo, rodeada de la merienda de juguete de sus muñecos.

Hay una mujer agachada detrás de ella, con un cuchillo apoyado en la garganta de la niña.

Me dejo caer de rodillas.

–Ya estoy aquí, Alice, y todo va a ir bien. Quédate muy quieta y haz todo lo que esta señora te pida.

Alice asiente apenas con la cabeza, y yo desvío la vista hacia la mujer.

–Hola, Josie –digo, mirando directamente a la asesina de mi hermano, aunque ahora mismo solo puedo pensar en Alice–. Me llamo Ben Harper. –Sus ojos me indican que me ha reconocido–. No has venido aquí a hacerle daño a Alice.

Ella niega con la cabeza y, en ese momento, se oye el sonido de una sirena de policía. Su mano tiembla.

–Suelta el cuchillo y deja que te ayude –digo–. Sé que no fuiste tú quien hizo daño a la mujer del bosque.

–No fui yo; fue él. Él lo hizo todo. Desde el principio, él y Abigail –insiste, con el miedo reflejado en los ojos mientras mira hacia Jake.

–Y ahora va a pagar por ello. Josie, suelta el cuchillo y todo esto acabará.

Sus ojos se abren de par en par cuando vuelvo a decir ese nombre.

–Ahora me llamo Corrine –murmura.

–Alice no ha hecho nada malo, Corrine. Deja que se vaya. –A mi espalda, oigo el crujido de unos pasos en la escalera–. Hacerle daño a Alice no te servirá para conseguir lo que quieres –digo, conteniendo la respiración, y doy un paso minúsculo hacia delante.

–Solo quiero empezar de cero –dice Josie, que me dedica una mirada lastimera.

A pesar de percibir la desolación de su vida, no siento ningún tipo de perdón en mi interior.

–Aún puedes hacerlo –respondo, acercándome un poco más–. Solo tienes que soltar el cuchillo.

Ella me mira fijamente y luego, muy despacio, deja caer el cuchillo.

Yo dejo escapar el aire de los pulmones mientras Alice corre a mis brazos y hunde la cabeza en mi hombro. La estrecho contra mí al tiempo que Josie Fairchild se derrumba sobre el suelo, sollozando. En el mismo instante en que la puerta principal se abre de golpe, la puerta del dormitorio de Alice también se abre de par en par.

Confundido, me vuelvo y veo a Mary Cranfield plantada en el umbral.

–Esto tiene que acabar –dice, mientras recoge el cuchillo del suelo.

Con una mano, empujo a Josie hacia atrás, contra la cama de Alice.

–No, señora C –grito.

–¡Mamá! –exclama Jake desde detrás de la puerta.

Sin dudarlo, ella se da la vuelta y, con un solo movimiento, da un paso al frente y le hunde el cuchillo hacia arriba en el corazón, antes de estrecharlo contra su pecho. Aferrada a él y empapada en su sangre, Mary Cranfield acuna a su hijo mientras él cae al suelo.

–Chissst –susurra, mientras Jake se estremece entre sus brazos–. Ya ha terminado. Todo ha terminado. –Se vuelve hacia mí, con lágrimas en los ojos–. Hace años que debería haberle puesto fin. Lo siento muchísimo.

Epílogo

Cogí a Alice en brazos con delicadeza y me la llevé de su dormitorio. Abajo, Holly nos esperaba al pie de la escalera. Tras pasarle a su hija, Alice rodeó con los brazos el cuello de su madre con tal fuerza que pensé que nunca la soltaría. Los tres juntos volvimos despacio a mi casa.

Seguí a Holly y a Alice al interior, sabedor de que ahora tengo que protegerlas de la misma manera en que mi madre me protegió a mí. Con el tiempo, las ayudaré a construir una nueva vida, y sé que un día volveré a ver a Alice correr feliz por el parque. Ahora, ella es mi familia.

Desde entonces, la mujer a quien Alice considera su abuela ha venido a verla todos los días; pasa tiempo con la niña en el jardín y la va conociendo un poco mejor con cada visita. El abogado de Katherine ya ha llegado a un acuerdo de divorcio con Francis.

Dani Cash detuvo a Mary Cranfield y la acusó del asesinato de mi madre, así como del de Abigail Langdon y Jake Richardson. Ayer por la tarde hablé con Dani, y me dijo que la policía espera que se declare culpable. Dudo que vuelva a ver a la señora Cranfield.

Dani terminó nuestra llamada con una reprimenda.

–Seguramente esté malgastando el aliento –dijo–, pero sabes muy bien que deberías haber esperado a la policía antes de entrar en la casa de Jake Richardson.

–Creo que a estas alturas ya sabes que no siempre me gusta esperar a la policía –respondí.

–Tenía un cuchillo, Ben –replicó Dani con firmeza–. Podría haber pasado cualquier cosa; nadie lo sabe mejor que yo. He visto lo que le ocurrió a un buen hombre y no soportaría que le ocurriera a otro.

Le juré que, en el futuro, iría con más cuidado, y comenté que sería agradable quedar una tarde para dar un paseo junto al río. Ella prometió llamarme.

En los días posteriores a la muerte de Jake, Nathan Beavin y Will Andrews acudieron a una clínica privada de Richmond para someterse a una prueba de paternidad. Después de haberlos visto juntos, el resultado no supuso una sorpresa total. Nathan se ha mudado a Saint Marnham y trabaja en el restaurante de su padre. El sábado pasado por la noche, Holly y yo hicimos de canguro de Max mientras Sarah iba a lo que llamó su «segunda primera cita» con Nathan.

Esta mañana he abierto una tarjeta con una fotografía del laberinto de Hampton Court. A mi madre le encantaba contar la historia de cómo nuestra familia pasó una hora entera intentando encontrar la salida del intrincado dédalo. Nick corría delante con mi padre, mientras mi madre escogía su propia ruta empujando con dificultad mi cochecito. Nosotros dos fuimos los primeros en llegar al centro, con bastante margen, algo que ella disfrutó enormemente. Yo era tan pequeño que no me acuerdo de ese día; era un recuerdo de mi madre.

Dentro de la tarjeta, mi padre escribió que esperaba que un día volviéramos a vernos. Holly ha evitado que la rompiera y la ha puesto en la repisa de la chimenea del salón. Por el momento, la he dejado allí. He vuelto a ir al armario que hay bajo el alero y he sacado la otra caja de zapatos. El león de colores vivos se ha unido a la última merienda de Alice y sus muñecos. Fue el último regalo que me hizo mi padre antes de abandonar a nuestra familia.

Anoche, cuando Max y Alice por fin se durmieron, le leí a Holly el borrador final de mi artículo, y luego se lo envié por correo electrónico a Madeline para que lo publicara hoy. He escrito sobre la fortaleza de mi madre, sobre cómo su valentía me dio esperanzas y sobre lo orgulloso que estaba de ella por haber construido una nueva vida, una vida que le fue arrebatada brutalmente.

«Durante más de veinte años, Haddley y Saint Marnham han guardado oscuros secretos. Junto a muchas otras personas, ahora mi madre ha recibido justicia. Y la lección que me enseñó cuando era un niño resuena con más verdad que nunca: los secretos son peligrosos».

Agradecimientos

Por extraño que pueda parecer, escribir un libro es en realidad un trabajo en equipo. Numerosas personas han contribuido a la publicación de *Los doce secreto*s, y todas y cada una de ellas merecen mi inmensa gratitud.

Hay un reducido número de personas a las que estoy especialmente agradecido, y sería una incuria por mi parte no aprovechar este espacio para darles las gracias. Durante muchos años, tanto Selina como Susan han sido una fuente constante de validación para mí. Todos los autores noveles necesitan a alguien que les dé un chute de confianza.

James Patterson me dio una oportunidad por la que siempre le estaré agradecido, cuando trabajé con él en su serie «Bookshots».

Mi agente, Juliet, es una fuerza de la naturaleza. Le escribí mi primer correo electrónico un domingo por la tarde con la esperanza de que lo viera el lunes siguiente por la mañana. Ella me respondió el domingo mismo y el lunes por la mañana ya me ha había enviado un montón de sugerencias estupendas. Ha sido fantástico tenerla a mi lado durante todo el proceso de publicación.

Quiero dar las gracias a todo el personal de Little, Brown y Hachette por apostar por mí y *Los doce secretos*, a pesar de que mi empleo habitual podría haberles hecho dudar. También quiero dar las gracias a mi jefe en mi trabajo habitual por su apoyo incondicional y su deseo de que el libro fuera un éxito.

Ha sido un placer trabajar con todo el equipo de Little, Brown y Sphere. El entusiasmo que mostraron desde mi primera reunión con

ellos fue contagioso, y su confianza en mí, de lo más genuina. Muchísimas gracias a todos ellos.

Gemma no solo es una extraordinaria publicista, sino que también ha sido una gran amiga y excompañera de trabajo. Mi colaboración editorial con Ed y Rosanna ha sido alentadora, honesta y directa en todos los momentos necesarios. Mientras trabajábamos en la estructura y los detalles de la trama, Rosanna mostró lucidez, creatividad y una paciencia tremenda.

Todo mi amor a mi familia entera, en especial a O, H y W por prestarme el nombre. Y a mi madre, que perdió a mi padre, su marido durante cincuenta y cinco años, en el periodo previo a la publicación de *Los doce secretos*. Ojalá él lo esté leyendo desde alguna parte.

Y por último, gracias a ti, lector, por leer *Los doce secretos*. Espero que te lo hayas pasado bien conociendo a Ben, a Dani y al resto de los personajes de Haddley y Saint Marnham. Tengo que aclarar que ambos son producto de mi imaginación, y que en realidad a mí me encanta vivir entre Putney y Barnes.

Gracias a todos por leer.